



Said GUENNOUN

LA VOZ DE LOS MONTES





LA VOZ DE LOS MONTES

Said GUENNOUN

LA VOZ DE LOS MONTES

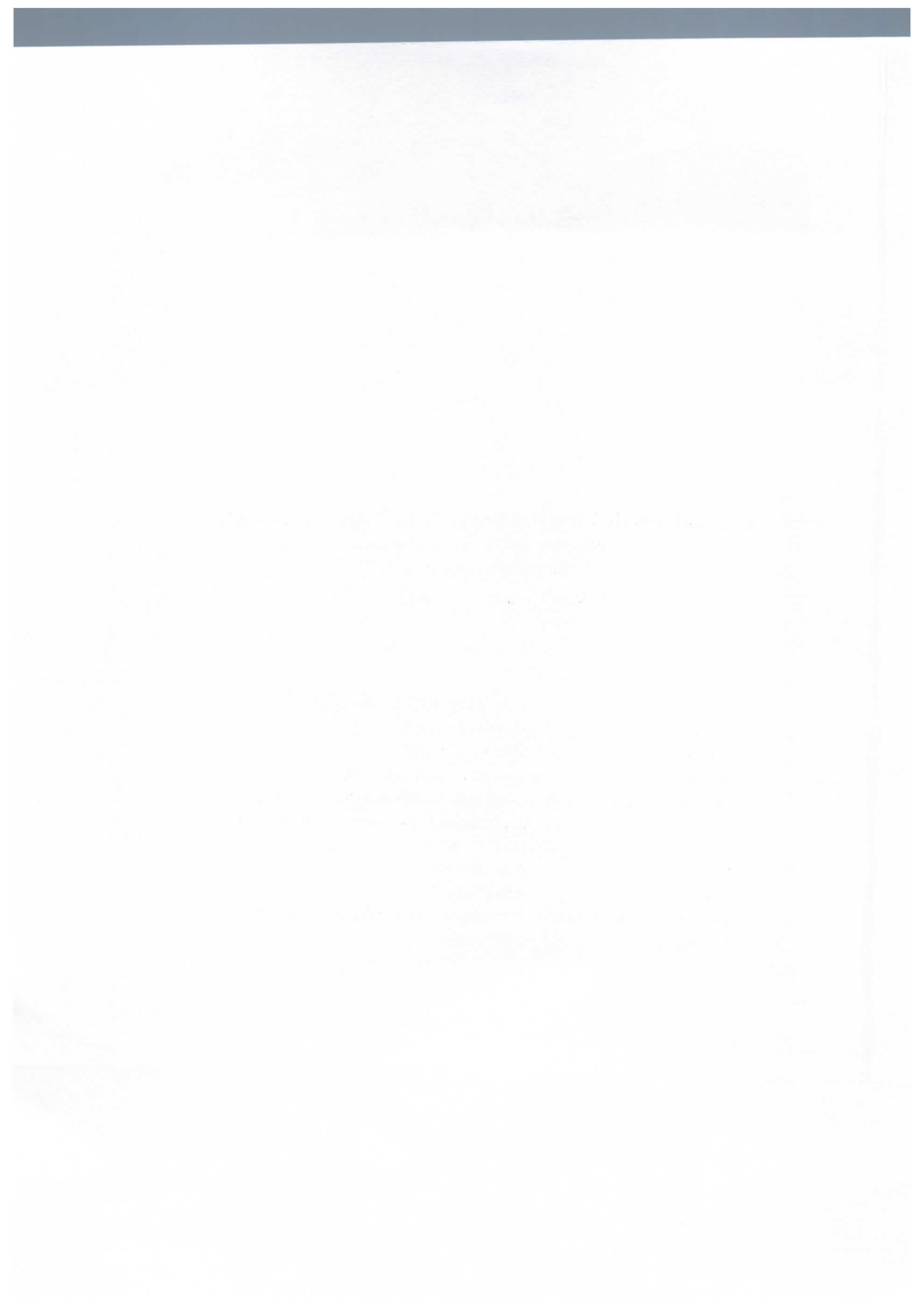
Trad. Mustapha Ouzir

Publications de l'Institut Royal de la Culture Amazighe

Centre de la Traduction de la Documentation, de l'Édition et
de la Communication

Série : Traductions - N° : 21

Titre	: LA VOZ DE LOS MONTES
Auteur	: Said GUENNOUN
Traducteur	: Mustapha OUZIR
Editeur	: Institut Royal de la Culture Amazighe
Réalisation technique	: Centre de la Traduction, de la Documentation, de l'Édition et de la Communication (CTDEC)
Couverture	: Unité d'édition
Dépôt légal	: 2010 MO 3329
ISBN	: 9954-28-073-7
Mise en page et impression	: (CTP) Imp. El Maârif Al Jadida - Rabat / 2011
Copyright	: © IRCAM



PROLOGO

El nuevo libro del Comandante Saïd Guennoun es más que una novela. Es un estudio sutil, profundo, de la mentalidad beréber en sus relaciones con la civilización europea. Y como tal, es de suma importancia.

El autor quiso revelar " el misterio de la montaña " bajo una forma tierna y atrayente. Para alcanzarlo, debía añadir un poco de sentimentalismo en el panorama severo donde nos pasea su sicología penetrante y advertida. Que se tranquilicen los aficionados de lo maravilloso. El idilio es verosímil. Es, sin duda, real... sino vivido. De tal manera, la " Voz de los Montes " es hondamente humana.

Con el Capitán Alain – héroe del libro – penetramos en el ambiente donde el hombre de la montana vive, piensa y actúa con todas sus calidades y sus debilidades. Asistimos a las escaramuzas de dos mentalidades que se oponen y se tantean. La fuerza sola no tendría la última palabra – o la tendría mal – sin la ayuda de la política con todos sus medios de persuasión. Y ¿cómo podría ser persuasiva, si le escapa el conocimiento del alma beréber?

El Comandante Saïd Guennoun era capacitado para hablar de lo que tan bien conoce. En el Capitán Alain, nuestros compañeros, que con pasión estudiaron este país, se encontrarán con orgullo. Con él, pensarán que "la conquista moral" es la que debe triunfar. Esa engendra aprecio y confianza. Gracias a ella se establece la perennidad de lo que Francia hace para el bien común de dos pueblos asociados.

La descripción evocadora de una pacificación difícil, que el Comandante Guennoun nos presenta, no es una ficción. Es la historia misma de una obra compleja y generosa cuyo desarrollo debe continuarse bajo el signo de la colaboración.

Rabat, el 1ero de febrero de 1934

L. BENAZET

Director de los Asuntos Indígenas de Marruecos

PREÁMBULO

A unas distancias tan lejanas y sin embargo perceptibles gracias a la claridad de la atmósfera, surge una desmesurada e infinita muralla, como una frontera de un mundo: El Gran Atlas nevado. Después de Khenifra, nos cerrará aun el paso hacia unos inmensos espacios que ni el pensamiento se arriesga a medir.

René VANLANDE⁽¹⁾

Al haber leído los libros de Ardí, de Le Glay, de Laoust, de Odinet, de Abbès por no citar más que a los principales autores de Marruecos, parece que se haya dicho todo sobre los beréberes y no es sin tener algún escrúpulo que se aborda, a su vez, la cuestión. Ese escrúpulo es aun más grande cuando –es el caso– al servicio de su prosa sólo se puede poner una pluma inexperta y rica de buena voluntad. No obstante, nuestros lectores nos han acostumbrado a tanta indulgencia que no hemos podido resistir la tentación de presentarles esta modesta contribución al estudio de la psicología beréber. Pueda el objetivo buscado que es, como siempre, el de subrayar las razones por las cuales Franceses e Indígenas pueden y deben fraternizar, hacernos perdonar las imperfecciones de este relato.

Tratamos aquí de un país bien conocido por nuestros lectores; independientemente de las obras que le han sido consagradas por unos eminentes autores, nosotros mismos, lo hemos descrito ampliamente en " La Montaña Beréber "⁽²⁾. Será pues fácil referirse a ese ensayo que da sobre la organización y las costumbres de las tribus Aït Umalu, informaciones susceptibles de aclarar la fisonomía de los acontecimientos objetos de este relato.

(1) « Au Maroc sous les ordres de Lyautey ~ 1924. (Peyronnet et Cie, éditeurs, Paris.)

(2) Ediciones del Comité de África Francesa, 21, calle Cassette, Paris. (1era edición.)
Ediciones "Omnia ", Rabat (2da edición.)

La región de Um Arrabia es incontestablemente una de las más bellas del mundo. En ella la vida es tan dulce y tan apasionante que cada habitante es poeta y que los Europeos más indiferentes al encanto de la naturaleza no la dejan sino obligados. La poesía se halla en la majestad de las montañas y en el esplendor de los bosques. Se halla también en el susurro de los manantiales y en el impetuoso tumulto de los torrentes. Se halla sobre todo en el canto de los zagales, en la mirada de las mujeres, en el orgullo de los guerreros y hasta en ese pasado atormentado y áspero que los troveros y trovadores nos transmiten y donde la barbarie misma toma una cara amable.

He aquí una berbería desconocida por los observadores apremiados. Queda ignorada hasta por muchos de nuestros " viejos marroquíes " que de sus compañeros de cada día solo quieren conocer los albornos o los defectos más perceptibles. Mas quien se dignó a escuchar las improvisaciones de los aedos Zayanes o las dulces e ingenuas endechas de los cabreros de Seru o de Alqisari que tanto encantan al Sr. Pierre Mille, no podría negar a nuestros montañeses algo de esa alma y de esa sensibilidad que hacen los pueblos más sociables. En todo caso, fue, seguramente, pensando en Aït Umalu cuando el Doctor Chatinières, enemigo de los clichés cómodos, pudo escribir " sentimos al contacto de los beréberes una sensación de frescura, de natural, de espontaneidad tal una caricia para nuestras almas de civilizados ".

Pero lo que emociona más aún en los beréberes que son el objeto de este libro, es la indiferencia con la cual se complacen en un estado social que les obliga a vivir con las armas en la mano. ¿ Inaptitud a concebir otra forma de vivir? ¿Invencible apego a todo lo que fue querido por los antepasados? No se sabe exactamente. Quizá mera pereza del ánimo que lleva a los individuos a vivir día a día sin preocuparse de un pasado que ya ha muerto y de un día siguiente que a nadie pertenece. Sea como fuese, su existencia se lleva a cabo entre sus corderos y sus cabras que, tal como al comienzo de su historia, llevan de pasto a pasto. Han construido instalaciones permanentes alrededor de los puntos de agua y de las zonas de cultivo, pero que se trate de cabañas de ramaje, de cuevas cavadas en el pendiente de las colinas o de fortalezas de adobe, esas construcciones sólo sirven de almacenes de víveres o de puntos de apoyo en caso de guerra y en tiempos de paz solo albergan a los inválidos y a los ancianos. El resto de la población, o sea " su parte sana y sólida " vive bajo la endeble tienda negra " que siempre va adonde quiera su amo " y de donde es fácil lanzarse a caballo en caso de ataques.

En cuanto a la organización social, ha conservado intacta la forma patriarcal que parece haber tenido desde siempre. La unidad es la tribu, es decir el conjunto de las ramas directas o colaterales de una sola familia, cuyos miembros tienen el mismo apellido, el del antepasado común, matriz de la familia, y viven en un pie de igualdad completa. Los derechos del individuo y las reuniones de la tribu con las tribus vecinas están sometidos a unas costumbres ancestrales que se transmiten de generaciones en generaciones. Un consejo de los ancianos –yemaâ- en el que todas las ramas están representadas, cuida de la aplicación de las costumbres. Un miembro de ese consejo –Amghar- elegido para un año por sus pares, preside las reuniones de la Asamblea y compraba la ejecución de sus decisiones. Un otro miembro, –el Amghar de guerra- elegido en las mismas condiciones, asume la responsabilidad de los preparativos de la guerra y conduce a los guerreros de la tribu al combate.

Así, durante muchos siglos, las condiciones de vida de los beréberes no sufrieron ningún cambio notable. Y apenas si la constitución de bienes raíces y los cuidados que deben darse a los cultivos han reducido la extensión de las áreas de desplazamiento de los aduares y de los rebaños y han indicado una etapa hacia un sedentarismo más riguroso transformando "el semisedentarismo" de antaño en una mera trashumancia estacional.

Ahora bien, cualesquiera que puedan ser las causas, esa persistencia de un modo de vida tan primitivo y de una organización tan rudimentaria va acompañado de una influencia dañina sobre la actividad política del país. La gran obsesión por los intereses pastorales y los restringidos recursos de que disponemos, hacen que el egoísmo y el individualismo reinan como amos y que la existencia viene a ser una lucha continua por la posesión de los mejores pastos. Por lo tanto, el hombre nace, crece y muere en un ambiente de guerra y que para él nada cuenta fuera de lo que debe garantizarle unos beneficios materiales personales.

Cuando al chaval Europeo solo le importan su aro o sus libros, y que el joven árabe no piensa sino en acabar el ciclo de sus estudios coránicos, el muchacho beréber, él, lo único que le fascina son las hazañas de los mayores y no deja de soñar en superarlos algún día. Que le hayan dejado en casa o en la tienda cuando los hombres vuelan en afrontar el enemigo y mientras que

los " bibiu "(1) y los " yu yu "(2) estridentes de las mujeres calientan la sangre de todos, él, se siente vergonzoso como si hubiese sufrido la ofensa más grave.

Al ser mayor de edad su único ideal realmente preciso es el de formar parte de los guerreros más temibles cuyas virtudes belicosas cantan los aedos de todas las tribus.

No se siente animado por ningún sentimiento nacional. No tiene ninguna noción de política general ni de la idea de patria territorial. Esos notables que deciden por sus tribus y que podrían pasar por sus jefes no son en la realidad sino unos líderes cuya dominación padece. La religión misma no suscita en él impulso sino en la medida en que le pueda procurar un poco de lo que Maurice Le Glay llama el " reconforte místico ". Pero tiene tanta pasión por su libertad y tanto desprecio por la muerte que al menor apremio se pone fuera de él y se desencadenan sus más violentas reacciones. Su instinto batallador es tan desarrollado que todo pretexto es bueno para satisfacerlo y que la guerra para él se ha convertido en un estado normal que, solamente, unas breves treguas deben interrumpir de vez en cuando. Las apariencias vagamente democráticas, de ese estado tan vecino de la anarquía, añadidas a algunos atributos de una verdadera nobleza encubren apenas el fondo de una barbarie. De ahí también, esa complejidad y esa lamentable incoherencia de la historia militar de las tribus cuyos clanes se forman y se disuelven con una facilidad desconcertante, donde los combates suceden a los combates en una indecible confusión, en que los agrupamientos, recién aliados, se exterminan por cualquier motivo, a veces por unas simples peleas de niños, o por unos litros de agua de riego desviadas de su destino.

Hasta los atracos que permiten romper la monotonía de los momentos de calma han sido elevados al grado de una institución de las más gloriosas y honorables.

Mientras tanto la amenaza de la dominación extranjera logra vencer a veces, por un tiempo, ese gusto inmoderado por la anarquía. " Es entonces, nos dice Georges Hardy, un levantamiento general de las tribus, una agrupación de todas las fuerzas, una comunidad rápidamente establecida de sentimientos violentos y de heroísmo "(3). No se forma un ejército nacional, en el sentido

(1) Los gritos que los beréberes utilizan para llamarse mutuamente a las armas y para repulsar un ataque del enemigo.

(2) Los gritos de las mujeres para alentar y fanatizar a sus guerreros en el combate.

(3) "L'âme marocaine d'après la littérature française ". Librería Larose, Paris.

europeo de la palabra, pero en la comarca en peligro, todas las energías se unen para resistir al invasor. Los campamentos que vagan sin rumbo fijo, por la propia voluntad de los pastores y de los pastos, se estrechan y marcan con sus masas oscuras la probable línea de las próximas batallas. Las yemaâs multiplican las reuniones, elaboran planes de campana, eligen a los jefes de guerra, reparten las cargas y los recursos. Los marabúes, si los hay, declaran la religión en peligro y sacan las banderas sagradas. Los aedos y los trovadores toman sus tamboriles y empujan la exaltación general al extremo. Y hasta las mujeres y los niños se preparan para contribuir a la victoria animando a los guerreros en el combate o reemplazando a los pastores susceptibles de ser aptos para combatir.

Y, al llegar el día señalado, de cabo a rabo del país, una fiebre sin par en todos los aduares, alrededor de todos los centros de resistencia. " Entonces, constata Maurice Le Glay, el terror reina en la montaña pero no está en los corazones. Lo que une a los beréberes, es un frenesí singular y feroz, síntesis exasperada de todos los sentimientos que provocan en un pueblo altanero hasta entonces indomado, los sufrimientos del aplastamiento, la obsesión de la servidumbre. Los jóvenes, las mujeres, los guerreros, durante muchos meses empujados de barranco en barranco, de hoz a hoz, de cumbre en cumbre, sabiendo que nada hay solo la muerte les espera si se paran, nada más que la muerte para ellos cuando llegan más allá del último hoz, de la última cumbre, frente al desierto donde nada comestible existe, los jóvenes, las mujeres, los guerreros, exaltados de morir, juegan con la muerte⁽¹⁾ "... " Vemos invenciblemente, en esa resistencia implacable, el gesto de un pueblo que no quiere dejarse absorber, de buena gana evocamos los levantamientos nacionales que los pueblos europeos consideran como las más bellas páginas de su historia. La idea nacional es totalmente ausente de los acercamientos de las tribus: aquí también, es la avidez por la independencia la que justifica momentáneamente el reagrupamiento para apartar al extranjero, es la pasión por la libertad, principio de la historia y de la política beréberes, que deja para mañana la satisfacción de los egoísmos⁽²⁾ "... " libertad que por más dura que sea, debe tener un inmenso encanto, ya que de ella los hombres sacan diariamente la fuerza de luchar y de morir más bien que de someterse... "⁽³⁾.

(1) «Maurice Le Glay dans l'âme marocaine d'après la littérature française », de G.Hardy

(2) «L'âme marocaine d'après la littérature française », de G.Hardy, librería Larose Paris

(3) « Maurice Le Glay dans l'âme marocaine d'après la littérature française », de G. Hardy.

Se puede, por lo tanto, fácilmente, imaginar la inmensidad de las dificultades a las que se debían enfrentar nuestras campañas de pacificación en la región de Aît Umalu. Por un lado, unas montañas muy ásperas, expuestas a unas perpetuas precipitaciones atmosféricas y de acceso extremadamente penoso para nuestras columnas, necesariamente pesadas. Por otro lado, unas tribus particularmente bélicas, ferozmente hostiles y decididas a defenderse y, *además*, claramente dominadas por sus autores de milagros erigidos como defensores del Islam que mientras tanto nada amenazaba. Era la alianza del hombre y de la naturaleza sacando su fuerza de los prejuicios y los errores acumulados desde siglos.

No obstante, no solamente esas dificultades han sido vencidas, sino que hasta nuestras más sangrientas acciones de guerra, engendraron tan poco odio, que apenas abandonadas las armas, Franceses y Beréberes, como en otras regiones, Franceses y Árabes, se vieron unidos milagrosamente por las más sólidas amistades, como si nunca se hubiesen enfrentado. Y aun hoy, en el momento mismo en que escribimos estas líneas, los que ayer fueron nuestros adversarios forman hoy la primera línea de nuestras columnas en marcha hacia las cimas del Atlas.

¿ Cómo se lograron tales resultados? ” ¿ Cómo, tal como lo pedía M Surdon, durante una conferencia en la Universidad popular de Casablanca, hemos llevado a cabo la unidad marroquí, dado al Imperio Jerifiano la paz y la unidad sobre toda la extensión de su territorio, abordado, finalmente, una obra que debe asociar estrechamente a los Franceses y Marroquíes a fin de dar a la palabra de colaboración su alto y luminoso valor? “. Otros, con otras competencias, ya lo han expresado en términos dignos del tema y gracias a ellos sabemos que el Mariscal Lyautey y el General Huré han concebido y llevado a cabo la obra militar de la pacificación con mucha preocupación humana. Pero lo que poco sabemos, es la larga y discreta labor que se cumple en la calma de las noches beréberes, a veces con la amenaza de los cañones y las ametralladoras, para evitar o poner fin a las efusiones de sangre. Puesto que ese trabajo lleva en sí los gérmenes de la futura fraternidad, consideramos como un deber marcarlo en el relato que sigue, con la objetividad e independencia que nos procura el fin próximo de nuestra carrera. Así nuestros compatriotas francés, árabes y beréberes, encuentren en ese pasado de guerra igualmente glorioso para todos, nuevas razones de apreciarse y de quererse.

PRIMERA PARTE

I - La Insoportable Paz

Se estaba en el mes de abril y la primavera, en la región de los ichkiren, es espléndida.

La vida, entorpecida desde hace cuatro meses por un invierno riguroso, sacudía su entorpecimiento y volvía a salir de más bonito.

La nieve, este enemigo de la gente sin abrigo y de las manadas muertas de hambre, se había ido muy rápidamente, dejando unos escasos regueros blancuzcos de los que se obstinaban en engalanarse las altas cumbres como efímeros armiños.

Algunos bruscos acantilados protegían también amplias placas cebradas y arrugadas donde unos pequeños cabreros en andrajos venían a jugar alegremente en medio de ágiles cabritos, pero, poco a poco, esas manchas desaparecían a su vez, dejando los picos del Medio Atlas al gris oscuro de sus rocas.

De nuevo, se percibían sobre las cuestas escabrosas las tiesas y caprichosas sendas que llevan desde el ued⁽¹⁾ Seru a la Muluiya, del espléndido bosque a la desnudada estepa.

La hoz de Tizi Nghechu mismo se deshizo de su abrigo de invierno y abrió a los insumisos de Kruchen, hasta allí bloqueados en su hondo embudo, bajo la amenaza de un avance francés, la vía preferida hacia lo que llamaban las tierras de la libertad.

¡ La primavera! ...Thifsa... El que no conoce íntimamente la vida familiar beréber no puede imaginar lo que tal palabra y tal cosa representan de alivio, de alegría y de esperanza para los " imghughen " (insumisos y disidentes) de la montaña.

Han vivido hasta allí en unas continuas ansiedades, bajo las acometidas repetidas de las desastrosas tempestades de nieve que arrebataron a los viejos, bebés, borregos, cabritos... Debieron exponerse a las ruinosas razzias⁽¹⁾ del

(1) Río.

enemigo para salvar una parte de sus rebaños que la falta de pastos y el frío en la montaña condenaban a la destrucción total... Debieron mantenerse en un estado permanente de alerta, el equipaje listo cada noche, sin ilusionarse mucho por su destino en caso de ataque serio. Luego vuelve el sol para poner fin a todos los daños y a todas las angustias. Bajo sus ardientes rayos, una gadorah⁽²⁾ por fina que sea basta al hombre como al niño, la hierba aparece *por todas partes* del Dir⁽³⁾, ya no hay necesidad que los aduares se queden en las peligrosas llanuras o en sus alrededores y los caminos que conducen hacia los seguros refugios, por fin transitables para las grandes caravanas, procuran a las familias, a las camadas y a las tiendas de campaña, la seguridad de que el enemigo no podrá, en ningún caso, alcanzarles.

Se vuelve a ser incluso agresivo porque el beréber que deja de tener miedo quiere convencerse así mismo y demostrar a los demás que los malos días terminaron y que de allí en adelante hay que contar con su potencia recuperada.

Precisamente, este año, los Ichkern que la caballería francesa había evitado durante el invierno gracias a su hábil política, habían decidido que en vez de volver a la montaña a la vuelta del buen tiempo, los campamentos permanecerían al pie de los primeros contrafuertes con el fin de aprovecharse mientras eso fuera posible de los abundantes pastos de Ben Khelil, de Tighessalin, de Sidi Buanan y de lenda.

Y, en virtud de ese convenio ocurrido una tarde mientras una decena de notables estaban reunidos por casualidad en una jaima en luto, se podía censar a lo largo del Dir un considerable número de aduares cuya quietud era tan grande que las más elementales precauciones de seguridad eran totalmente descuidadas.

La tribu de Aït Yacub o Aïssa por exceso de audacia o de descuido había mantenido ciertas de sus fracciones en la parte baja de las cuevas de la vertiente norte del yebel (monte) Buyghaayen, al alcance de los cañones de los puestos de Aït Isaac y de Tajjemut, sin provocar además, por parte de nuestras obras, la menor reacción.

De modo que era imposible para el observador más advertido descubrir en

(1) Pillajes.

(2) Vestido ancho, con mangas, en tela basta o fina.

(3) Generalmente, zona que separa la montaña de la planicie. Aquí se refiere a toda la pendiente oeste del medio Atlas conocida por el Dir. El traductor.

la zona el menor índice de guerra. Al contrario, en todas partes se respiraba la paz y la alegría.

La propia naturaleza, vuelta a ser generosa, prodigaba al primero que llega la variedad de sus recursos.

En el llano, inmensos campos de cebada y trigo comenzaban a amarillear anunciando unas abundantes cosechas. Las pesadas espigas, diseminadas de amapolas, ondulaban suavemente bajo las ligeras brisas, en olas profundas y doradas donde hundían y reaparecían, sin cesar, las ruidosas líneas de las escardadoras.

Cerca de las fuentes y a lo largo de los arroyos donde el agua corría en murmullos cristalinos, unas enormes manadas saciadas desde el alba extendían sus masas fieras y grisáceas mientras que pastores y pastoras, momentáneamente liberados de sus preocupaciones, se daban caza mutuamente, entre los asfódelos en flores, el garrote alto y puerilmente amenazador. Sus gritos y sus sonrisas llenaban el aire hasta el momento en que, perdido el aliento y extenuados, se dejaban caer en bola l pie de los gruesos arbustos, y allí, recostados uno contra el otro, sus pequeñas manos enlazadas, los ojos en el vacío, se contaban sus sueños de infancia o esbozaban precoces idilios.

En el fondo de cada valle, detrás de cada cumbre favorable a la defensa, ligeros humos revelaban unas tiendas y unas cabañas donde las mujeres, indiferentes a los llantos de los niños, cotorreaban alrededor de su bandeja de té, donde otras, aprovechando de otro modo del sol, habían instalado, fuera de su refugio, los pesados telares y, valientes, reanudaban la labor interrumpida.

Por todas partes, los niños ya divididos en clanes y encima de largos bastones, jugaban a la guerra entre los gordos perros dormitados, agitando con orgullo sus endeble fusiles de caña. A lejos, dominando la monótona letanía de los grillos, las ligeras melopeyas de los chicos y de las chicas confiaban al cielo puro la alabanza de la más hermosa y del más valiente del aduar.

Todo el llano florido daba muestras de alegría y de un vivir dulce.

Al mismo tiempo sin embargo, los senderos que conducen al Kebbab rebosaban de jinetes y de peatones apresurados. La oscura aldea misma, ya sumergida por una multitud cada vez más amplia, se había puesto a la medida

de los grandes acontecimientos políticos. La gente se empujaba en el mercado, se atropellaba en las estrechas callejuelas, entre los chillidos de los pregoneros. Cada una de las fuentes del pueblo tenía su muchedumbre, como cada uno de los enormes álamos plateados de la vecindad que el hacha había, por milagro, ahorrado.

La gente seguía llegando de todas partes, en series ruidosas y pintorescas que se identifican desde lejos sobre las cumbres. Allá había los Ichkern , los Aït Isaac, los Aït Ihand, los Zaïan de la orilla norte del Seru, así como los Aït Mguild de la Muluiya, los Aït Ihya de Tunfit, los Aït Sokhman de Aghbala. Se veían hasta los Aït Haddidu de más allá del Ayachi donde, según se decía, los Imazighen⁽¹⁾ fuera de Dios no temían a nadie.

Y todo ese mundo que, aun ayer, se libraban las más duras batallas por unas futilidades, no parecían extrañarse de encontrarse reunidos alrededor de la pacífica tetera y del humeante mechui⁽²⁾. Como si un plumazo hubiese borrado todo el pasado agitado, no se hablaba sino de fraternidad y de alianzas. Se abordaban afectuosamente, la sonrisa en los ojos, hasta entre desconocidos. Se daba la mano al adversario francamente y sin malas intenciones. Se olvidaban hasta las deudas de sangre, como si una misteriosa orden hubiese impuesto una tregua a todos los rencores, a todos los odios.

Y en efecto esa orden se había dado. ¡OH! No de una forma imperativa: nadie "da ordenes" a los hombres libres de la montaña. Pero los emisarios Ichkern habían recorrido las tribus durante una semana, y, hábilmente, habían tocado el punto sensible:

Nuestra yemaâ⁽³⁾ os llama, OH hermanos, y a ella vendréis. El " rumi "⁽⁴⁾ debilita y tiembla. Nos hemos burlado de él durante todo el invierno, nuestros aduares están bajo sus muros, nuestros rebaños atraviesan la línea de sus puestos; a pesar de eso, no se atreven a moverse. Su canon permanece mudo y sus aviones no pueden más reaparecer en el cielo. Ha llegado la hora de la liberación para los Imazighen. Venid a tomar decisiones. Venid al botín. El jueves, las pistas de nuestro territorio y nuestro mercado serán sagrados para todos los musulmanes...

(1) Beréberes en su propio idioma. Su significado es: hombres libres. El traductor.

(2) Asado de cordero. El traductor.

(3) Asamblea de los notables de una agrupación (ver el léxico).

(4) El Europeo o el Cristiano.

A un tal llamamiento apoyado de " thimithar "⁽¹⁾ irrefutables y de exhortaciones hábiles y apremiantes, los beréberes no podían quedarse indiferentes. Por otra parte era una cuestión de honor, porque en todo el Dir como en el resto de la berbería, combatir el extranjero invasor es el primero de los deberes. El rumi estaba aun lejos de ciertas tribus solicitadas, pero a pesar de todo era el enemigo de toda la montaña ya que, después de haber conquistado sin pena la llanura árabe, se había atacado audazmente al territorio de Aït Umalu y hasta había ocupado en ése algunos puntos muy importantes. Al resto, en el caso presente, sin duda alguna se trataba de precipitar su fin con la participación de todos los Imazighen.

Entonces los mensajeros han sido acogidos con simpatía, habían recibido los mejores tratos y consideraciones y la gente se había achispado de sus maravillosas promesas. Luego éstas se habían difundido por todas partes, desmesuradamente amplificadas por la imaginación popular.

Las reuniones habían tenido lugar en cada aduar, al lado de los santuarios venerados, necesarios testigos de todos los acontecimientos importantes.

El presupuesto de la guerra principalmente constituido de " los bienes de la mezquita " (el mal nel yemaâ) había sido examinado en cada agrupación, minuciosamente, capítulo por capítulo, bajo el control vigilante de los notables.

Como las circunstancias eran graves, se había explicado discretamente a ciertos jefes de guerra envejecidos que había llegado el momento de dimitir a sus funciones.

Entonces, en todo el campo apasionado, los " inechaden "⁽²⁾, resaltando el tema favorito, habían cantado las virtudes de la raza, exaltado la valentía y maldicho la cobardía.

Y es así como la capital Ichkern, transformada en el gran centro de las intrigas desde que nuestras tropas habían ocupado khenifra, había sido invadida aquel día por toda la notabilidad y los guerreros que el país contaba, quienes, insensibles al encanto del momento o demasiado excitados por ése, iban a hablar de emboscadas, de pillajes, de combates, de muerte...

Los comerciantes por otro lado se felicitaban de la ddiva: su pacotilla se vendía, sobre todo los " caftanes "⁽³⁾ de colores vivaces que querían ponerse

(1) Una consigna o contraseña.

(2) Aedos

(3) Vestido ancho en paño, con mangas.

luego para deslumbrar al rival e imponerse a la consideración de la tribu.

La *yemaâ* exultaba, quizás iba a desempeñar un gran papel ante los nobles franceses y estar gratuitamente de francachela.

Y en ese impaciente alboroto, exaltados con la impresión de fuerza que daba esa imponente reunión, ya se susurraba que " si la montaña quisiera unirse, los puestos franceses serían " comidos "⁽¹⁾en un día " .

Un bufón tuvo mucho éxito pero iba a morir de golpes por parte de quienes quería divertir. Reposado sobre un camello previamente recubierto de inmundicias, revestido de una sórdida capota y de un grotesco kepí – restos inocentes de un desdichado suceso donde unos nuestros habían perecido en el terreno – había pretendido ser el " qaptan " (el capitán) de khenifra y aparenta aplastar a todo el mundo.

– Apartaos, perros, ¿no veis quien soy? Y tú Qaïd⁽²⁾, ¿por qué no estas en la pista vigilando a los obreros? Serás privado de comida durante 4 días y vaciaras los toneles de los senegaleses. Y tú Amahroq⁽³⁾, ¿no quieres trabajar porque tu padre era el amghar⁽⁴⁾ de los Aït Umalu? Tu arrojo es increíble. Anda delante de mí y date prisa, inmundo beréber...

El populacho, muy divertido, había empezado a tomar en serio al "cristiano" y se había apartado del camino. Además agitaba, encima de las cabezas, un garrote que no paraba siempre a tiempo y su camello enloquecido con el alboroto y los gritos, espantaba a los más atrevidos. Pero la gente se había recobrado rápidamente y se hablaba de continuar la broma hasta el final y de hacerse la mano. Entonces se armaron de cañas y de piedras y cercaron resueltamente al aâdhu (el enemigo) para obligarle a pararse.

Entonces, el camello, controlado, se dejó caer torpemente en medio de la muchedumbre, entregando su jinete a quienes querían su muerte.

El Qaïd insultado habló de matar al infiel durante la sesión.

Los amigos de aquel que había llamado Amahroq, pretendiendo ser indignados, propusieron enterrarlo vivo.

(1) Tomado aquí por destruidos.

(2) Alcalde.

(3) Hijo de Muha U Hammu Zayani, khalifa (teniente) del Pacha de Khenifra

(4) Principal personaje de la *yemaâ* (ver léxico)

El hombre arrancado a su indiferente montura, fue rodeado en el polvo y ferozmente pisoteado entre las risas burlonas y los insultos: ¡Ah! ¿Eres el hakem⁽¹⁾, horrible mono? Pues, toma.

Y los golpes caían, cada vez más violentos, sobre el desdichado que ya no podía más.

Finalmente, alguien habiendo propuesto ahorcarlo " para ver cómo se comportaba el cristiano bajo la cuerda ", lo amarraron cuidadosamente y cuatro hombres se echaron sobre él para llevarlo al lugar del suplicio, mientras que se esforzaba de conmover a sus verdugos continuando a bromear:

– Perdóname, querido Qaid, y tú también Amahroq con la magnífica rezza.² Evacuaré Khenifra y la Zauiya, volveré al mar, ya no oiréis más hablar de mí.

Pero la muchedumbre insensible y agitada no lo oía así. Quería vengar a los beréberes gravemente insultados y reírse a costas de quien la había provocado.

Y la comitiva se fue hacia una casa en ruinas donde un madrigal de armadura se ofrecía para la faena, mientras tanto tres jóvenes bromistas, encapuchados hasta el cuello, precedían al condenado y le aportaban, a su manera, la ayuda de la religión: " O Dios de las carroñas hediondas, tenga piedad de la que te mandamos. Quémala hasta el último hueso a fin de purificar el aire. Apesta, o Mohammed, mas eres potente y misericordioso. "

Afortunadamente, en ese momento preciso, un clamor resonó hacia el santuario de Sidi El Mekki, aportando una diversión y provocando un remolino en la asistencia.

Un gigante, orgullosamente acampado sobre su caballo gris, recorría el zoco en todos los sentidos y gritaba el llamamiento de los notables.

Ésos, con unos pasos lentos y majestuosos, se acercaban de la tumba sagrada y se sentaban encima de los muertos, entre las losas y las malas hierbas.

Inmediatamente, la muchedumbre, abandonando a su víctima temblante, se precipitó hacia la yemaâ y, en un guirigay indescriptible, se agrupó en torno a sus jefes, por tribu. La elección de los sitios no se hizo por otra parte sin dolor, cada agrupación queriendo estar en la primera fila.

(1) Jefe francés.

(2) Turbante.

Por ultimo, los guerreros se apilaron como pudieron sobre las tumbas, las piernas cruzadas en torno a las culatas de los fusiles, éstos erigidos hacia el cielo " como los árboles de un bosque " y se guardó el silencio.

Entonces, el amghar se enderezó orgulosamente y desafió la audiencia.

– Zallath ghaf ennebi a Imazighen (Rezad el Profeta, OH Beréberes.)

– Alih Salat U Salam, replicó la muchedumbre (A él los rezos y el saludo.)

– Os deseo la bienvenida, hermanos míos.

– Que Dios te colme de sus buenas acciones.

– Conocéis sin duda el objeto de esta reunión...

– Queremos echar fuera al rumi...

– Lo expulsaremos gracias a Dios y si estáis decididos.

– Que la yemaâ ordene y nosotros ejecutaremos...

– Pues, preparaos, porque, gracias a Dios, la hora de la liberación anunciada por nuestros " igurramen "⁽¹⁾ ha llegado. Mirad esa llanura: esta recubierta de nuestras manadas confiadas solamente a unos zagales. Mirad más allá del ued Ben Khelil: las mujeres y las chicas circulan sin temor, al alcance de los fusiles del enemigo. Ayer nuestros jinetes fueron hasta Tajjemut sin topar con nadie. El puesto de Zauiya sigue mudo desde meses y sus mojakznies⁽²⁾

– maldichos renegados– ya no se atreven a salir. Admirad el cielo: es puro y sin manchas, los " ibukha " (los insectos, los aviones) que lo infestaban habiendo sido barridos por la baraka⁽³⁾ divina. Y un miedo tremendo ha invadido todos los puestos cristianos hasta tal punto que sus jefes pasan su tiempo informándose sobre nuestros hechos y gestos. Nuestros prisioneros han sido muy bien tratados. Y hasta el mismo hijo de Itto Mohand que nunca tuvo una camisa limpia en su casa, ha sido provisto de unos nuevos vestidos. Sin embargo, hemos mentido al rumi durante 6 meses y le hemos hecho promesas que no hemos cumplido. ¿No creéis que el enemigo convencido de estar condenado quiere, mostrándose generoso, garantizarse una protección por el día en que vayamos a aniquilarlo?

(1) Ilustres personajes religiosos.

(2) Auxiliares indígenas (ver el léxico.)

(3) Potencia divina (ver el léxico.)

– Sí, sí...

– Pues, sin perder un instante debemos actuar.

– Estamos listos.

– Por otro lado, Sidi Mohamed ben Taïbi⁽¹⁾ lo ha dicho: Los cañones y los fusiles del enemigo nada podrán contra nosotros.

– Ya los conocemos y no nos da miedo desafiarles.

– Estoy seguro, o hermanos míos, que recuerdo los combates de Tabaynut, de Aârar, de Bu Mussa, de Buhayati, y sobre todo de El Heri donde los obuses hacían temblar las montañas bajo vuestros pies sin haceros retroceder. Entonces vamos a designar a nuestros representantes...

Entonces, los guerreros se levantaron y cada tribu se reunió bajo un árbol o contra una roca para deliberar " entre hermanos ".

La discusión no fue por otra parte larga porque las agrupaciones habían escogido a sus hombres antes de la asamblea general. Pero los Aït Isaac, los Aït Ben Messaud y los " Chorfas "⁽²⁾ de Tasekert tardaron mucho y tuvieron mucha pena en elegir definitivamente a sus jefes de guerra, su entusiasmo se había poco a poco calmado al pensar que, su territorio siendo el más cercano a la región ocupada por los Franceses, serían los primeros y quizá los únicos en sufrir las represalias en el caso muy probable en que el proyecto de guerra de los Ichkern no conociera el éxito previsto. No era la primera vez en que se anunciaba el fin o la fuga del rumi. Ya se ha hablado regularmente, a cada llegada de la primavera, sin otro resultado que el de provocar una actividad más grande de los " jinetes azules " y de las razzias ruinosas para las fracciones limítrofes. El viejo Chafaï de los Aït Ben Messaud estaba tan convencido de la fuerza del enemigo– había visitado el puesto de khenifra y el jefe francés le había enseñado sus cañones y sus fusiles – que no disimulaba su escepticismo.

En cuanto a los Chorfas de Taskert, apacibles vendedores de maderos, adictos, a pesar de todo, a su viejo protector Amahroq, ahora junto con los Franceses, no se habían atrevido a evitar de venir a la reunión, pero habían informado su amigo de que, si se decidiera la guerra, encontrarían unas razones de abstenerse de participar en las hostilidades.

(1) Personaje religioso, intentó durante muchos años tomar la dirección de la resistencia contra los Franceses en el Medio Atlas.

(2) Descendientes del Profeta o pretendiendo serlo. Los jerifes.

De todas maneras, la idea de la guerra triunfó en cada fracción y todos se reagruparon de nuevo en torno al santuario y de los notables del lugar.

Luego, serenamente, lentamente, incluso sin levantar los ojos, cada elegido se hizo conocer al Presidente de la reunión pronunciando con el grave tono que convenía en la circunstancia la fórmula que comprometía definitivamente a su agrupación en la nueva vía:

– Ussigh Aït flane (represento a los Aït fulano, salgo fiador de tal agrupación.)

Cuando se acabó todo y clausuró por una " fatiha "⁽¹⁾ solemne, el entusiasmo volvió a ser general y fue en clamores de alegría y entre las salvas de aplausos que los retrasados procedieron a sus compras.

El grupo de los " garantes " que ahora había de elegir a un jefe de guerra común y a elaborar un plan de campaña, fue conducido al amghar de guerra por una delirante muchedumbre, mientras tanto unos jóvenes jinetes, apresurados de mostrar su destreza a las tribus juntadas, invadían los espacios libres a los accesos uestes del pueblo y multiplicaban sus fogosas cargas.

Finalmente, se dispersó la multitud, para llevar la gran noticia a las tiendas de campaña, y Kebbab se hundió de nuevo en su tranquilidad, bajo la vigilancia de sus rocas y de la protección de sus acantilados.

(1) Rezo con la primera Surat del Sagrado Alcorán. (ver el léxico)

II –El Alarma

En el puesto francés, esa noche, todo el mundo duerme excepto las centinelas que intentan con sus ojos taladrar el misterio de la oscuridad que les rodea.

En los aduares los goumiers⁽¹⁾ y los mokhaznis⁽²⁾, amarrados al contrafuerte, un mismo silencio reina. Ya no se oye incluso el ronroneo de los molinos a mano familiares. Ni las suaves endechas de las mujeres que lo acompañan.

Regulares y auxiliares, agobiados por las duras obras o por las patrullas a lo lejos, descansan, resignados a la monotonía de su existencia.

El mismo jefe del puesto, el Capitán Alain, después de haber pasar todo el día a caballo, examinando los puntos de agua y los diversos recursos de la planicie de la Aqissari, se ha ido a su cuarto para dormir, confiando en la paz que reina a su entorno.

Pero de vez en cuando, un cohete luminoso se eleva en una estela resplandeciente, forzando al vagabundo agazapado en la hierba a esconderse aun más y a los que montan guardia de ser discretos, en sus puestos, para evitar el balazo traidor del "salopard"⁽³⁾ emboscado.

Unas granadas arrojadas al azar sobre la fina red del alambre de espino estallan con estrépito sembrando el terror entre los chacales ocupados en hurgar en los depósitos de los desechos y desencadenando el concierto ensordecedor de los perros del aduar del que el Comandante de Armas, muy avisado, ha duplicado su servicio de guardia. Luego, a cada hora, calculados a partir de un miserable presupuesto, unas luces de proyectores surgen de repente de los ángulos de la fortaleza, levantando a su turno el gran velo de la

(1) Legionario indígena.

(2) Soldado auxiliar indígena reclutado por el ejército francés.

(3) Término, que abarca más indulgencia que hostilidad y con el que los soldados franceses que odian la palabra « enemigo » designan a su adversario marroquí. En lo civil, se traduce por la exclusión absoluta, del vocabulario europeo, de los epítetos malsonantes hacia los indígenas. Significa: carbón. (traductor)

noche y atrayendo, por unos minutos, sobre el antepecho, unos ojos ansiosos de ver y de saber.

Pero del enemigo ninguna señal y el destello luminoso solo acorrála a liebres y erizos sobre los cuales, si fuese permitido, veinte disparos partirían a la vez desde la muralla distraída.

Una noche como todas las noches del frente marroquí, donde el bandido beréber, taladrador de las murallas, ladrón de los fusiles y asesino, es dueño absoluto. Horas de la astucia y de los golpes de arrojo en que el adversario se disfraza en matorral, en arbusto, en zorro, para luchar contra un soldado que aun no ha renunciado completamente a pesar de las experiencias, a morir "reglamentariamente" de pie detrás de las piedras alineadas o la cabeza bien enmarcada en una almena.

No obstante, a pesar de la vigilancia de las centinelas, un hombre se arrastró a unos treinta metros del "dentado" y en la noche muy oscura, echado al suelo contra un montón de piedras que lo protegerán del disparo del guardia demasiado nervioso, escucha y observa.

No es sin embargo un malhechor porque su fusil no reacciona a las cabezas que se perfilan sin cesar sobre la oscura muralla. Al contrario, se siente invadido por una angustia a cada aparición de una sombra en el cielo constelado porque piensa que si en aquel momento un insumiso ocupara su lugar, la guarnición conocería ciertamente un nuevo luto.

Por otro lado, llega a identificar fácilmente las siluetas amigas.

He aquí, cerca de la garita cubierta con chapas, la del tirador Ahmed Tadlaoui, un beréber casi arabizado, que el uniforme caqui retiró a la exacción del caïd.

Mas lejos, muy cerca de un puesto de ametralladoras, seguro que es Omar Buhaddu, un acostumbrado de la tienda (de campanna) del chauch Lehcen U Ali y que cuenta tantas sabrosas historias...

Y los dos hombres, cuyas tribus no obstante saben hacer la guerra y saben mejor que nadie los peligros de la noche al contacto con la insumisión, van y vienen a lo largo del muro, el cuerpo enderezado, martilleando la tierra con sus gruesos zapatos, imprudentemente provocantes.

Se exponen incluso con tanta indiferencia sobre el antetecho o a través de las almenas que el hombre que les tiene al alcance de su fusil debe sentirse aquella noche desconsolado.

—Aquí están los Franceses, piensa Taïbi (porque el misterioso visitante no es sino el informador bien conocido en el puesto) con su extraña forma de comprender la guerra en nuestras tierras. En vez de dejar a los beréberes que tienen a su servicio combatir al vagabundo a su manera, les recargan cuanto pueden les obligan a andar constantemente ante los fusiles apuntados o a ofrecerse como " blancos " en unas enormes ventanas. Estoy seguro de que si el Tadlaoui hiciera guardia esta noche, me habría descubierto desde mucho tiempo.

Pero ahora que ha trocado su yelaba⁽¹⁾ por una capota y sus blaghis⁽²⁾ por unos zapatos ferrados, se ha tornado otro hombre, torpe, falso y hasta imprudente. ¿ Cómo podría, con los pesados y ruidosos pertrechos que le han puesto para la guardia, descubrir la presencia de las " serpientes " que se deslizan en la hierba? Hace poco, una enorme piedra ha roda bajo mis pasos sin llamar la atención de nadie al otro lado de la muralla. ¿Y por qué en vez de hacer unas aberturas tan largas en la piedra en las que un hombre no puede apostarse sin arriesgarse la vida, contentarse con unos pequeños huecos, justo para poder ver lo que pasa fuera? Es verdad que cuando las guarniciones francesas sufren ataques nunca salen y disparan contra los asaltantes desde sus almenas; ¿pero por qué no tienen junto a éstas unos puestos de observación menos vulnerables? Se lo diré al jefe...

Pero en aquel momento preciso y mientras se preparaba a lanzar a los vigilantes la contraseña, Taïbi siente una fuerte inquietud. Un perro, un enorme perro se acercaba de él olfateando la tierra y gruñendo de manera sorda. El horrible animal delante del hombre aterrado, a unos quince metros a penas, y lo siente dispuesto a arrojarse sobre él. ¿Moverse? ¿Gritar? Seria su fin cierto entre los dientes que él imagina terribles y los disparos de los soldados sacados a duras penas y súbitamente a sus pensamientos. ¿Echar al animal pelotillas de carne que los profesionales llevan con ellos en previsión de semejantes situaciones? Seria evidentemente una excelente manera de deshacerse de aquel enemigo inesperado, pero el gesto que implicaría podría ser percibido desde el muro y desencadenar, no menos cierto, el peligroso tiroteo. ¿Quién sabe, estados alerta, a lo mejor los soldados del vecino bastión han sacado ya su famosa taraqa (ametralladora) y se preparan a inundar la zona sospechosa de una lluvia de balazos?

(1) Vestido amplio, de lana, con mangas.

(2) Zapatos (ver léxico).

Efectivamente, a penas pasaron algunos segundos que una seca detonación de una pistola lanzacohetes resuena, seguida inmediatamente de un estallido que no deja duda alguna al infortunado Taïbi.

Un instante más y el maldito artefacto, estallará y lanzará en el cielo sus innumerables estrellas que recaerán lentamente, muy lentamente, como para prolongar el suplicio de los enemigos de la luz.

El execrable perro se acerca sin tregua... Sus ladridos se hacen cada vez más fuertes, sin duda, para avisar a los demás perros antes de arrojar sobre su víctima temblante.

Por otro lado, ¿quién puede decir lo que esconden las zarzas de la vecindad donde se emboscan habitualmente los verdaderos vagabundos? ¿La inoportuna luz no podría señalar la presencia del amigo de los cristianos a otros enemigos aun más peligrosos que los soldados y los perros?

Entonces, el confidente amenazado por todos lados y desesperando de zafar del problema, intenta una última posibilidad. Juntando las manos en portavoz en dirección del puesto, grita desesperadamente: " ¡ Reqas⁽¹⁾! ... ¡Reqas!... " Hubiese querido también lanzar su nombre a sus amigos, pero se puede que le escuchasen otros y, al regresar a casa, luego, pagaría su devoción al invasor rumi.

Además, el cielo se ha aclarado de repente y, a pesar de sus llamadas, una crepitación ha resonado en el fortín, sembrando en su entorno, innumerables " faenas ".

¡Reqas! ... ¡Reqas! ...grita aun, mientras su enemigo de antes, apoyado por una docena de sus semejantes, se lanza rabiosamente hacia su escondite.

Pero una ametralladora en acción no se hace callar fácilmente y las ráfagas cortas, agitadas, terribles, se suceden despiadadamente.

El propio Tadlaoui participó y, muy contento " de quemarse algunas ", incluso al azar, totaliza una veintena de estuches vacíos.

Por fin, el sargento primero del puesto de policía acude en tropel con un cencerreo de bayonetas, seguido inmediatamente del capitán Alain.

Rápidamente, el oficial constata el desacierto y hace cesar el fuego mientras tanto los mokhaznis de guardia, llegados con él, van a abrir la puerta del fuerte y se lanzan al socorro de Taïbi.

(1) Emisario, confidente.

Ese último no ha sido alcanzado pero sigue luchando con la jauría que ya ha despedazado sus prendas. Su bastón distribuye los golpes, su boca vocifera insultos. Pero nada cambia. Los mokhaznis, propietarios de los perros, tienen que venir a salvarle cubriéndole en otro lado de injurias por haberse ido directamente al puesto militar mientras que su consigna es la de presentarse primero al campamento de los auxiliares.

- Deberíais atar vuestros gozques, ¡eh! Cobardes. ¡Como si pudiera elegir mi camino! Déjenme ponerme al abrigo. No volveré más por aquí...

Y, furioso de su aventura, sigue al chauch Lahcen que le debe conducir " al despacho " .

Pero en el momento en que su compañero quien no dejó de echarle pestes va a atravesar la puerta del puesto, un balazo disparado por un malhechor insospechoso viene a romper el farol que imprudentemente traía con él y se echa al suelo, contra las piedras.

Entonces, los dos hombres interrumpiendo su coloquio, se echan a correr a toda prisa hacia el fuerte y se meten dentro mientras el proyector, alertado por la insólita detonación, hurga de nuevo en los alrededores de la posición del vagabundo quien, orgulloso de su audacia impune, se pierde en el territorio cómplice...

Taïbi, emocionado aun, contó su desventura en detalles al capitán Alain y a su chauch. Una vez sosegado, se pone a describir al oficial la reunión del Kebbab.

- Prepárate, porque quieren hacerte la guerra.

Moha Achqir ha sido elegido amghar. Todo el mundo está de acuerdo. Han intercambiado sus rezzas en señal de alianza. Cada tribu del Dir se ha comprometido a movilizar sus jinetes en permanencia a Maammar, a Tinteghalline, a kebbab, a kerruchen, y a mandarlos al jefe de guerra a la primera señal. La gente de la Muluiya ha prometido igualmente de prestar su ayuda. Así que, estas avisado. El peligro no es para hoy, ni para mañana. Todavía ignoro por donde atacarán. Pero sin duda alguna, uno de tus puestos será tomado por asalto antes de 8 días si, entre tanto, no se hace nada contra los insumisos. Ahora, déjame volver al yebel donde es necesario que me vean y de donde podré informarte. Si no puedo volver yo mismo – ya sabes cómo me vigilan y acabas de ver a qué riesgos me expongo a tu servicio – mi

hermana Fatma que tu chauch conoce bien y a quien daré una "thamatharth"⁽¹⁾ te traerá las noticias.

- Estás muy apresurado Taïbi, y pareces aun muy conmovido. Siéntate aquí, tranquilízate y dime por lo menos cómo un proyecto pudo germinar entre tus hermanos ayer aun tan apacibles y tan bien dispuestos...

- ¿Qué quieres saber? El peligro es eminente, cierto, muy próximo, el resto no tiene importancia. Supone, si quieres, que los montañeses desocupados quieran hacer hablar de ellos otra vez...

- No es una razón para los hombres de edad, para los notables que, ayer todavía, me prodigaban pruebas de amistad...

- ¿Y entonces por qué? ¿Crees que nuestros viejos sean tan cuerdos? Individualmente, sí... quizás... pero cuando se reúnen, en yemaâ, sobre todo delante de la muchedumbre, son como un rebaño de corderos: siguen a su "tghecht"⁽²⁾ ciegamente.

- Sí, eso lo sé muy bien, pero la "tghecht" hubiese podido quedarse en el camino de la paz...

- ha preferido comprometerse en la de la guerra y los demás darán balidos de alegría detrás de ella...

- Pues bien, Taïbi, hay cosas que no quieres decirme y que quiero saber. Que la muchedumbre sea tonta, no niego que eso sea cierto, es así en todos los países. Pero para nosotros Franceses, acabamos siempre por conocer los móviles que guían a esos líderes.

- Aquí también, mi Capitán, y es incluso de una sencillez tal que tus preguntas me sorprenden porque no eres un hombre nuevo en estas tierras.

- No, es cierto, no soy nuevo aquí. Confío sin embargo que en el caso presente, no comprendo. Todo andaba tan bien hasta ahora...

- Pero he aquí, precisamente, la razón que buscas: todo iba muy bien y es porque dejaste el territorio tranquilo desde hace muchos meses que el Dir está en efervescencia. No solamente que, tus jinetes no dan golpe, pero has liberado a prisioneros, has distribuido ayudas a los viejos y a las viejas que vinieron en busca de cuidados y los cautivos que todavía tienes aquí están mejor vestidos y alimentados que en su casa. Incluso has colmado de

(1) Contraseña.

(2) Oveja andando delante de un rebaño sirviendo le de guía.

beneficios a un hombre que no venia a verte que para engañarte. Entonces, en el Dir donde nunca nos compadecemos del enemigo, todo el mundo piensa que actúas así por miedo. Y, como el frió ha desaparecido, que se espera una buena cosecha y que has salvado a las camadas dejándolas venir a apacentar bajo tus murallas sin "comerlas"⁽¹⁾, te van a hacer la guerra. En la reunión de ayer, no se levantó una sola voz para decir que eres un hombre bueno, que eres fuerte. Sin embargo, tienes amigos en la montana, pero ¿quién habría pensado en defenderte contra tantos locos? Mira, mi Capitán, seguramente el beréber es digno de interés, pero no vale la pena ser generoso con él si no se declara vencido y sumiso. En espera de esa sumisión, y para apresurarla, hay que usar todos los medios posibles.

- Pero lo que me dices no tiene sentido. ¡Qué! ¿Es porque he acogido y bien tratado a la pobre gente y porque he dejado a los disidentes en paz que piensan atacarme? Hay de qué desanimar al hombre más dispuesto. De todas formas, constato por primera vez tal ingratitud.

- ¿Ingratitud? ¿Por qué? Los insumisos no piensan de ninguna manera que te deben reconocimiento alguno.

- Sin embargo, habían prometido someterse al acabarse el invierno y su notable Saïd Moha Uhaddu él mismo había empujado su amistad por mí hasta reaprovisionarme de corderos...

- Eso es cierto, te han hecho promesas, ¿pero no te dije que los beréberes acorralados no se echan atrás ante cualquier subterfugio susceptible de sacarles de apuros, sobre todo cuando se hallan confrontados a extranjeros de una religión que no es la suya? Para nosotros el ardid es un medio de guerra tan bueno y honorable como cualquier otro...

- Pues, es extraño...

- Es, de todas maneras, así y no he dejado nunca de decírtelo. Pero tú, tienes tu manera de ver las cosas, de razonar, según tu propia mentalidad y tu buena fe y, tal como puedes constatar, el resultado no es productivo.

- Pero, ¿los insumisos no pueden haber olvidado ya las lecciones que se les han sido infligidas? Por otra parte, ¿no ignoran que el puesto es todavía fuerte, que con una palabra puedo movilizar miles de guerreros, así como cañones y aviones?

(1) Usado aquí por saquear.

- Seguramente no, ni olvidan ni ignoran nada de todo esto, pero ello no cambia nada para ellos. Han sido vencidos y saqueados muchísimas veces. ¿Y qué? Es el juego normal de la guerra. Por otro lado, no has hecho siempre sino responder a los ataques padecidos. ¿Puedes traer columnas? Pues bien, se dispersarán ante esas últimas, se marcharán y la situación volverá como antes.

- ¿Las columnas podrán también quedarse y ocupar el país?

- Sí, pero no lo creen. Por otro lado, no piensan tanto y no miran tan lejos. Una sola cosa les interesa: el presente. Si el momento es desfavorable, se acurrucan como un erizo y esperan. Tan pronto como se mejora, recobran ánimo. Hoy, se les parece ideal y quieren aprovecharlo, lo que es innegablemente su derecho. Tu gran error, sabes, es el de no razonar como ellos, que tú podrías atacarlos durante el invierno, debajo de las cuevas, como en una trampa. Sólo que tú, para atacar esperas siempre hasta recibir el primer golpe.

- Pero mis réplicas son terribles.

- Así te lo imaginas, porque en realidad, atacas con tanto remordimiento cuando estas obligado, te apiadas tanto de las desdichas de los vencidos cuando consigues una victoria, que el efecto de tus éxitos dura poco...

- Es cierto que, no siento ningún placer en matar y el sufrimiento de los demás nunca me deja indiferente. Pero tú mismo reconoces que mi generosidad ya me hizo adquirir amistades en la montaña. De ahí en adelante, nada me impide de esperar que nuestros partidarios serán cada vez más numerosos y un día...

- ...los insumisos te acogerán en casa con los mechuies calentitos, ya me lo has dicho muchas veces. Pero una vez más te equivocas por completo. Jamás un beréber que se respeta se someterá a ti sin combate a menos de resignarse de antemano al deshonor. Yo mismo, quien tiene a los míos del otro lado, pienso que serias mejor inspirado haciendo la guerra como se debe hacer, o sea mostrando tan duro y despiadado como eres fuerte y audaz, porque para nosotros, no podemos inclinarnos sinceramente sino ante el hombre que inspira el temor. Acuérdate de lo que pasó el año de tu llegada en la región: aquellos que reaprovisionabas de azúcar han sido los primeros en combatirte. ¿Cómo puedes esperar, de ahí en adelante, penetrar pacíficamente en el territorio de los Ichkern? ¿Las tribus del Dir serian tan diferentes de los Zayan?

¿Tendrían menos fusiles y menos caballos? ¿Tu "siassa"⁽¹⁾ habrá sido más persuasiva desde tu venida a Turguilal?

- Por supuesto que no, pero la situación ha cambiado. En la época a la cual te referes, los insumisos no creían en la realidad de nuestra fuerza porque la guerra europea, de la que los líderes decían que nos había arruinado en hombres, acababa apenas de terminar. Por otra parte, seguíamos recordando la desgraciada batalla de El Herri que era el último acto de guerra importante de la región⁽²⁾. Pero, ahora que hemos realizado un avance importante al instalarnos aquí y que numerosas columnas están preparadas para intervenir desde Tadla y Mekinez, deberíamos estar más bien convencidos del peligro que correrían si nos atacaran. En cuanto a las sumisiones sin combates que tú pretendes imposibles, las de Aït Bu Mzil, entre los Zayan, de Aït Arfa, de los Aït Izdeg y de los Ouled Khaua en la Muluya te dan un mentís formal.

- No estoy de acuerdo contigo. Los Aït Bu Mzil se han sometido porque Amahroq, su pariente, quien conoce bien a las gentes que se trata, les había intimado a que le siguiesen y de incorporarse bajo pena de ser saqueados de arriba abajo. Entonces han cedido simplemente a una fuerza de la que no podían dudar. En cuanto a la gente de la Muluya, si efectivamente se ha acercado a los Franceses sin combatir, luego lamentó tanto haberlo hecho y se lo reprocharon tanto que se sublevaron a la primera oportunidad que se les ofreció, o sea desde la aparición de un *rogui*⁽³⁾, verdadero o falso, en el extremo sur. Por lo demás, las tribus de las que hablas jamás han dado a luz sino a tenderos y vendedores de dátiles y no tienen nada en común con los verdaderos Aït Umalu cuya sangre ha quedado pura.

- Desde luego tienes respuesta para todo y es inútil continuar esta conversación. Pero no es porque los montañeses no me comprenden que debo desesperar de su inteligencia y de su sensatez. Sin embargo, reconozco que para acertar con ellos, necesito a un aliado capaz de hacerles entrar en razones. Así, en este momento, estoy convencido de que si uno de los notables que asistieron a la reunión del Kebbab desertara con escándalo, las cosas cambiarían. Saïd Moha Uhadu, por ejemplo...

(1) Política suave, de persuasión.

(2) Alusión al combate del 13 de noviembre de 1914, en El Herri, cerca de khenifra durante la cual un destacamento francés bajo el mando del coronel Laverdure fue aniquilado (ver La Montagne Berbère).

(3) Jefe de guerra pretendiente al trono (ver el léxico).

- No cuentes con él, no volverá más a verte que por haberte engañado, temería ser encarcelado.

- Le garantizaría el aman⁽¹⁾...

- Seguramente y todos saben que respetas mejor que nadie la palabra dada. Sin embargo, mantengo la idea de que Saïd no es el hombre de la situación. Por otro lado, para que sus hermanos le hayan elegido como intermediario ese invierno, o sea en el momento más crítico, hubiese que tener una confianza ciega en él y un tal hecho, no le permitiría ser tu aliado, si lo desee un día. No se abandona fácilmente una situación llena de honores entre sus hermanos para ir a ponerse a la disposición del enemigo.

- Sí, conozco a otros muchos notables susceptibles de servirte. Hay sobre todo un amghar entre los Aït Isaac que no pide sino a venderse para salir de la mediocridad en la que se halla. ¿Pero que podría decir a ese hombre para atraerlo? ¿Que le prometes el mando de su tribu? No me creería, porque sabe que con los Franceses, mejor entrar el último si uno quiere pasar por una personalidad a manejar con cuidado. ¿Qué le pagarás con generosidad? Pero eso te costaría mucho, porque El Hayi Ali –es el nombre del amghar en cuestión– es insaciable. No se contentaría, de todos modos, con los 30 francos que concedes generosamente a tu amigo Taïbi cada vez que arriesga su vida para ti. Pero, si quieres creerme, tienes en tus manos un recurso aun mejor para obtener la paz. Una razzia bien manejada... ¿Verdad chauch Lahcen?

Pero a pesar de que compartiese totalmente esa opinión, el chauch Lahcen se guardó de contestar de forma directa al confidente. Un buen auxiliar, confidente habitual de su jefe, nunca se permite de dar su opinión sobre una cuestión tan grave en presencia de un ajeno, si no se lo permitiese expresamente su jefe. Por otro lado, Lahcen estaba ocupado en preparar el té y esta labor – cuánto agradable y absorbente para un marroquí – acaparaba toda su atención.

No obstante, habiendo notado que el Capitán Alain había abandonado la conversación para consultar algunos papeles y tomar notas, pensó que era necesario (formaba parte igualmente de su papel) intervenir para no dejar al montañés el tiempo de " pensar mucho y de inventar historias ". Quiso también informarse casualmente sobre la situación de las camadas.

- ¿Así, querido Taïbi, los insumisos quieren hacernos la guerra?

(1) Protección, salvaguardia.

- Sí, querido Lahcen. ¿Eso te daría miedo?

- ¿Por qué no? Hay que temer siempre a su adversario y al Ichker más que a cualquier otro.

- ¿Qué, lo crees tu también? ¿Crees en esas fanfarronadas de los bromistas del yebel? Entonces, es inútil continuar a charlar...

- No seas irritado Taïbi, y contesta a mis preguntas sin preocuparte más. ¿Qué piensas entonces que podamos hacer contra los diez mil jinetes del Dir? Defendernos detrás de los muros como máximo...

- ¿Pero sabes muy bien que no son diez mil, que cada uno de tus mokhaznis bien armado y provisto de 100 cartuchos vale cien de sus guerreros?

- Es lo que nos decimos siempre para animarnos, y un buen día, sin saber cómo, los mokhaznis se hacen destripar como corderos el día del Aïd Kebir⁽¹⁾. Ahora bien, yo, quiero la vida, y pienso menos aún exponerla cuando, ahora, las camadas de los insumisos sean lejos y que para ver la cola de un borrego, hay que andar un medio día.

- ¿Quién te ha contado eso?

- No me lo dijo nadie, pero supongo que antes de decidir de combatirnos, los montañeses no han olvidado de poner en seguridad sus bienes. ¿Habrían modificado su táctica?

- Han permanecido muy cerca de aquí y el puesto no les preocupa. El ued Ben Khelil está invadido cada día por innumerables camadas. Del mismo modo que la llanura de Tighessalin, de Sidi Bu Ali, de Aurir. ¿Y sabes quien se encarga de guardar los rebaños? Unos niños y tres o cuatro jinetes de cada tribu. Es como decir que los insumisos quieren daros su ganado o más bien que os saben tan aterrorizados como para no preocuparse por lo suyo.

- Tienen razón, porque no los atacaremos jamás ya que el Capitán quien es un hombre juicioso no quiere efusiones de sangre.

- Entonces, toma tus precauciones.

- Son tomadas y nuestras murallas son sólidas. Si tus insumisos llegan hasta aquí a provocarnos, encontrarán con quien hablar. Además, acabas de constatar que las ametralladoras no faltan y que velan incluso de noche...

(1) Gran fiesta musulmana llamada « fiesta del cordero » porque cada familia que tenga los medios debe degollar un cordero...

Al oír esas palabras, el Capitán Alain no se equivocó de ninguna manera a propósito del auténtico pensamiento de su auxiliar y no pudo sino agradecerse por disimularlo mientras se informaba hábilmente sobre la vulnerabilidad de los insumisos sin que él mismo tuviese que abandonar la reserva que se imponía.

Pero pensando que la conversación había durado lo suficiente, retomó la *palabra* para ponerle fin:

- Pues, está bien Taïbi, trata de convencer a El Hayi Ali que venga a verme en su beneficio personal como en el de la tribu. No le prometas nada, pero dile que estoy exactamente informado sobre su valor y que será recompensado como se debe. Si consiente en venir, podrá hacerlo de día o de noche, a su antojo. He aquí una carta del aman que le garantiza su seguridad dentro de nuestras líneas durante su visita, sea como sea el resultado de nuestra entrevista. Evidentemente, lo acompañarás y te indicaré, a ti, un lugar de encuentro, en el último momento, cuando me hayas avisado de su llegada a Tibhirin o al Ksar de Moha U Ali Ujhayn. En espera de tu próxima visita, quiero ser informado inmediatamente de todo hecho nuevo. Cuando se de la orden de agrupación de los jinetes de las tribus, te ruego de avisarme sin perder tiempo encendiendo simultáneamente, con la ayuda de tus parientes, dos fuegos sobre el yebel Bugrir y otros dos sobre la planicie dominando Sidi Saïd. Ahora, puedes marcharte porque el día se acerca y no me queda nada que decirte. He aquí cien francos para procurarte otro albornoz. Además, el chauch va a darte cuatro pilones de azúcar y té para los tuyos. Y que Dios te acompañe...

En efecto, al aparecer el día, Taïbi dejó el puesto, acompañado hasta la puerta por el chauch. Luego, desvaneciéndose en el barranco de la Zauya, desapareció rápidamente, mientras que el Capitán Alain, quedado solo, se ponía de nuevo a pensar.

La perplejidad del oficial era en efecto muy grande ante el hundimiento de su plan y del resultado desalentador de su política.

Desde luego, no era la primera vez que los insumisos no cumplían su palabra y estuvo seguro de que sus jefes no le sancionarían en absoluto por su fracaso, pero no se perdonaba por haberse dejado engañar después de tantos años en esos territorios y que los notables que acababan de hacerlo eran iguales a los que habían eludido la sumisión, en Sidi Lamin y en Khenifra, en vísperas del día en que se debía producir.

Por otra parte, sufría por haber dudado de la sinceridad de su chauch quien había dicho lo mismo que Taïbi y de no haber tomado en cuenta el descontento de sus *goumiers*⁽¹⁾, que la inacción había forzado a hacerse liberar en gran número.

- Hubiese podido, se dijo, manifestar más confianza hacia el buen Lahcen quien ha sido siempre irreprochable desde que me sigue como un caniche. Me he equivocado también al sacrificar a buenos auxiliares para ganar las simpatías de la gente de enfrente. Con lo cual, no solamente he desorganizado un *goum*⁽²⁾ admirablemente constituido con vistas a su misión, pero como me lo han declarado categóricamente Lehcen y Taïbi, he dejado a los insumisos los medios para retomar la lucha. Decididamente, tengo que cambiar de método y puesto que la mano suave se revela una vez más inoperante, voy a atacar. En cuanto a los acontecimientos del Kebbab, me guardaré de tomarlos en serio exageradamente. Taïbi me anuncia por lo menos un ataque inminente, mas este amigo olvida que esa amenaza contra los puestos no es la primera y que puede desvanecerse como las precedentes, a causa de las rivalidades de los jefes. Además, si El Hayi Ali consiente en venir a verme, le convenceré rápidamente para que me ayude. Sea como sea, tomemos nuestras precauciones, avisemos a nuestros jefes y los puestos vecinos y tratemos de reconquistar a los *goumiers* y *mokhaznis* haciéndoles comprender que la situación va a cambiar.

Entonces dio sus ordenes para que el servicio en el exterior no comenzara hasta que volviese la patrulla de caballería encargada de explorar las inmediaciones del puesto. Luego intentó llamar por teléfono al comandante de la Zona y a los comandantes de las armas de la cercanía, pero le fue imposible obtener la comunicación, habiendo sido cortada la línea durante la noche. Después redactó un mensaje con la esperanza de hacerlo transmitir por el telégrafo óptico, mas ninguno de los puestos llamados contestó a las señales de los zapadores.

En último extremo, se resignó a redactar un informe que hizo mandar urgentemente a la capital de la Zona por cuatro soldados de caballería a quienes asignó un itinerario indirecto. Después de lo cual, se encargó de establecer alrededor del puesto un servicio de seguridad reforzado y de hacer restablecer las comunicaciones telefónicas.

(1) Militares indígenas proporcionados por una tribu al ejército francés. (traductor)

(2) El cuerpo de los *goumiers*. (traductor)

Mas en el momento en que iba a ordenar la salida del equipo de reparación, estimó que aquella interrupción de la línea produciéndose unas horas apenas después de una reunión de los insumisos podía muy bien anunciar una emboscada. Entonces tomó la decisión de hacer una excepción a la regla yendo él mismo a reconocer el terreno y a la protección de la labor de reparación con toda la caballería disponible, el puesto suspendiendo todo trabajo y poniéndose en estado de alarma durante su ausencia.

III - La Agresión

Un toque muy breve resuena en el puesto y el Tourguilal, silencioso y apagado ahora mismo, se llena de nuevo de vida.

Soldados de infantería y de caballería se equipan febrilmente y salen uno detrás de otro de sus refugios, mientras tanto las mujeres y los niños de los auxiliares invaden las caballerizas y, tal como antaño, en medio de su tribu, ensillan los caballos de sus guerreros.

Luego sin ningún ruido, en un orden perfecto, "alegres", goumiers a pie y artilleros regresan a su situación de combate mientras la caballería, concentrada cerca del edificio principal, espera, fuera de vista de las montañas muy cercanas, el momento de "volar" hacia el enemigo. Es cierto que el trajín de esta noche y los esfuerzos del Capitán Alain para obtener la comunicación telefónica con su jefe no permiten ya a la guarnición de dudar: la tregua tácita observada hasta aquí está rota y se va a pelear.

Sin embargo, la hora de la alarma parece anormal a todos: no se moviliza así en pleno día, bajo las miradas de los insumisos, cuando se quiera intentarlo. Se concentra de noche, con miles de precauciones, se busca un escondite favorable, luego, cuando las camadas del adversario, objetivo invariable de toda expedición en esas tierras de pastores, lleguen al alcance del ataque, se arremete contra éstas, se pelea un poco, y se regresa rápidamente protegiendo las capturas.

¿Se trata desde entonces de una ofensiva del enemigo? No más, porque hay una tranquilidad completa alrededor del Tourguilal y los soldados de caballería por más que busquen con sus ojos de lince en las acuestas, en los caminos y barrancos muy abiertos de la montaña de enfrente, no hallan a ningún ser humano.

Los humos de los adueros insumisos instalados cerca de Sidi Bu Ali, única señal de vida, a esa hora matinal, en el Dir de nuevo hostil.

Por lo demás, ¿todo eso importa poco? Lo esencial es que se haya oído por fin, por primera vez desde hace muchos meses, un toque de guerra y que el día que viene no será probablemente como los precedentes.

Se espera entonces con paciencia y confianza en todos los grupos, mientras que las familias, ahora reunidas contra la *zeriba*⁽¹⁾ del aduar de los mokhaznis, comentan el acontecimiento a su manera y se dejan ir a las suposiciones más increíbles.

Durante ese tiempo, el Capitán Alain ha reunido a los oficiales y suboficiales en su despacho y, después de haberles puesto someramente al tanto de la situación, hizo sus últimas recomendaciones al oficial que debe mandar en el puesto durante su ausencia.

Luego, vino a reunirse con el "destacamento de la misión" que le presentaron el brigada del goum y el chauch Lahcen, y le dio rápidamente las indicaciones indispensables acerca de los hechos de la noche así como sus instrucciones para la operación.

- El teléfono dejando de funcionar desde esa mañana, supongo que la línea ha sido cortada por los insumisos que han decidido, eso parece, de retomar la guerra. Vamos pues a proceder a su reparación. Tomaremos la formación de combate en cuanto llegemos al ued Seru.

A esas palabras que les dicen mucho y que les encantan, los guerreros tienen cuidado de no manifestar su alegría para no subrayar de manera muy brutal el fracaso político de su jefe. Pero aprietan más fuertemente sus fusiles, sus ojos vuelven a ser más brillantes y sus caballos, que martirizan ya la espuela y el bocado, no aguantan más en su sitio. Con presteza, cada uno echa hacia atrás los molestos faldones de su albornoz, hunde la mano en una profunda cartera de municiones y abastece su arma.

Después, uno a uno, siguiendo a su jefe que saben decidido finalmente a tratar a los insumisos como se debe, goumiers y mokhaznis emprenden el estrecho sendero que conduce al ued Seru y al Aqisari, seguidos de dos telefonistas franceses del equipo de reparación, posados sobre sus héticos mulos.

La línea telefónica que une el puesto a la capital de la Zona, se encuentra establecida paralelamente a la pista que conduce a Khenifra, muy cerca del

(1) Un seto de espinas de arbustos con que se rodean las tiendas de campaña de los nómadas para protegerlas contra los robos nocturnos. Cercado de animales.

frente de la disidencia marcado por el ued Seru. Pero el territorio siendo formado de barrancos por todas partes, la línea escapa en varios lugares a las vistas de las guarniciones de Aït Isaac y de Tadjemut que tienen la misión de protegerla y de mantenerla. De ahí que, es fácil para los insumisos de alcanzarla de día como de noche, de sabotear a su antojo el cordón, los aisladores y sus frágiles varas, y luego volver a sus casas sin ser inquietados. Así que, al principio de la ocupación del territorio, los Ichkern no pararon de entregarse a frecuentes destrucciones de ese tipo, además sin tener otro objetivo que el de " hacer una jugarreta " al rumi. Después, dándose cuenta de que tras cada sabotaje, una pequeña tropa salía de uno de los puestos y procedía a las reparaciones, adoptaron otra táctica, que consiste en emplear grupos muy fuertes, capaces no solamente a destruir el material, pero también de emboscarse a proximidad de la acción y de atacar al equipo de zapadores y su débil escolta en el momento oportuno.

Los puestos habían sufrido de tal manera unas lamentables pérdidas.

Ahora bien, el día de antes precisamente, unos cincuenta guerreros de los Aït Yaqub U Aïssa (Ichkern) que acababan de asistir a la impresionante reunión del Kebbab y de donde habían vuelto en un estado de extrema exaltación, habían decidido de no dejar a otra tribu el honor de abrir las hostilidades y de tentar algo en la misma tarde contra el cristiano.

Jóvenes y vigorosos, bien armados, sus caballos bien reposados de las fatigas de las últimas labranzas y atiborrados de cebada y de hierba, se habían puesto de acuerdo para reeditar lo " del teléfono " y elegido para ello la planicie de Aqissari que les era accesible en dos horas y que les ofrecía unas posibilidades excepcionales de éxito.

Y, después de haberse proveído de pan, mantequilla y de botellas de leche o de té, habían elegido rápidamente un amghar de " *harka* " ⁽¹⁾ y se habían ido silenciosamente, por el yebel Bu Tnifest, hacia la depresión llamada " Timrirt Nhaddu U Fruk " en recuerdo de un mokhazni así llamado que había sido matado ahí en 1920. En el dicho lugar, talaron una veintena de postes telefónicos, rompieron o se llevaron numerosos aisladores, hicieron una decena de cortes en los alambres, y se apostaron con vistas a una intervención.

Al amanecer se encontraron repartidos de la manera siguiente: 15 jinetes en el único vado practicable del Seru, en la orilla amiga, cuya misión es la de

(1) Aquí : una banda; habitualmente : pequeño ejército.

recoger a la banda en caso de necesidad; 20 jinetes a medio camino entre el río y Timrirt Nhaddu U Frukh, encargados de impedir la retirada al equipo de reparación y a su escolta tras su sorpresa por los 15 otros guerreros apostados, ellos, en el bosque de arbustos a proximidad del material telefónico sabotado.

El amghar de la harka, al adoptar esas disposiciones, de acuerdo con sus compañeros, estaba convencido de que ningún soldado o *mokhazni* francés saldría sano y salvo del asunto, aunque, al contrario de los anteriores, los efectivos del equipo y de su escolta eran algo superiores a aquellos esperados. Por lo tanto, entre los miembros del grupo la esperanza era tan grande y fue pensando al botín que iba a hacer su fortuna que cada uno de los *yicheurs*⁽¹⁾ no designados para la observación, se durmió en su espesura, el fusil apretado entre sus piernas y la brida del caballo descuidadamente colgada en una rama cercana.

La señal para estar listos a combatir debía darse por los observadores imitando el ululato de la lechuza.

Ahora, los soldados de caballería del Capitán Alain han llegado al ued Seru y han tomado sus disposiciones para un combate eventual.

Un grupo de 10 goumiers entró en la orilla izquierda del río para atacar por detrás, llegado el caso, a los insumisos entrados en el Aqissari.

El resto del destacamento pasó a la otra orilla después de haber dejado con los telefonistas a cuatro soldados de caballería destinados a garantizar su seguridad inmediata durante la inspección de la línea y del trabajo de reparación.

El silencio es completo en todos los grupos. Se avanza con precaución, entre los lentiscos y azufaifos, como si cada matorral escondiese un millar de víboras.

El oficial, él, se queda muy pensativo. Imagina a su jefe de Khenifra recibiendo su informe, pensando los términos uno a uno, controlando sus informaciones ante sus camaradas del frente, y, finalmente, dando cuenta al Territorio, a la región, a la Residencia. Y se entristece por adelantado de esa multiplicidad de grados, de la pérdida de tiempo que supone habitualmente y que va a ser aún más deplorable en el presente caso en que su conciencia le dice que hay que darse prisa bajo pena de ver la montaña prenderse.

De repente, a lo lejos, un disparo de fusil resuena, pronto seguido de un intenso y desordenado tiroteo. Unos gritos roncros, unas llamadas desesperadas. Y, en las narices del Capitán y de los mokhaznis atónitos, pero

(1) Banditos, merodeadores, malhechores que componen una banda, un yich.

lejos, muy lejos, hacia " el puente cojo ", unos jinetes en albarnoces blancos huyen a galope tendido en dirección de la disidencia, mientras que, en la pista, otros hombres con semejantes vestidos, pero a pie, corren a toda prisa hacia el destacamento y el puesto. ¿Qué pasa? Al oficial no le importa saberlo. Por el momento, lo esencial es arremeter contra los que van hacia la montaña enemiga y de " acorrallarlos " antes de que hayan logrado pasar el ued y desaparecer detrás del yebel Bu Tnifest.

Y, con una señal del Capitán, comienza la persecución. En un abrir y cerrar de ojos, como si los disparos hubiesen dado alas a los caballos, el oficial llega al puente de donde su grupo de derecha ha desalojado ya al adversario con sus fuegos de flanco, mientras que el chauch que se apresuró hacia los peatones sospechosos, le trae informaciones precisas sobre la extraordinaria aventura.

- Acabo de ver a los albarnoces blancos de la pista. Son unos Azemur⁽¹⁾ sin armas que vienen a incorporarse en el majzén⁽²⁾. Venían en compañía del mokhazni Rahu U Ali quien volvía de su permiso y era el único en tener un fusil y un caballo. Llegado a Timririt N'Haddu U Fruk, Raho habiendo observado que unos gorriones no se atrevían a posarse en un matorral, sospechó algo, galopeó hacia el lugar sospechoso, ahí descubrió a un merodeador adormilado y descargó su arma en él. Pero enseguida, los nuestros fueron rodeados por numerosos jinetes Ichkern quienes, habiéndose dado cuenta de nuestra presencia al salir de sus escondites, sólo tuvieron tiempo de llevar al mokhazni, su caballo y su fusil. Es en Timrirt donde el alambre ha sido cortado.

Así informado, el Capitán Alain pone fin a toda indecisión. Como uno de sus soldados ha caído en manos de los insumisos, hay que liberarlo, pero conforme con las consignas permanentes del comandante de la Zona, no se sobrepassará, durante la persecución, las cimas del yebel Bu Tnifest detrás de las cuales el adversario está seguro de encontrar numerosos refuerzos, a proximidad de sus tiendas de campaña. Por lo demás, aunque el oficial no haya sido ligado, a ese respecto, por unas instrucciones categóricas, el envío de su informe de la mañana le haría una obligación de esperar las decisiones del comandante respecto a la ofensiva que ha aconsejado. En cuanto al cautivo,

(1) Confederación beréber establecida alrededor de khemisset, entre Rabat y Meknes y que ha proporcionado a los puestos delanteros, durante la pacificación, 50% de sus más fieles mokhaznis.

(2) Cuerpo o ejército de los mokhaznis. (Traductor)

al suponer que el enemigo lograra llevarlo, su destino no sería preocupante ya que numerosos prisioneros de intercambio se encuentran todavía en el puesto.

Las ordenes habiendo sido transmitidas rápidamente en ese sentido, el tiroteo disminuyó de intensidad y la persecución retomó con vigor después de que la escolta de los telefonistas que iban a tener que trabajar hubiese sido reforzada con seis soldados de caballería.

La escalada de las pendientes de la montaña bajo el fuego del enemigo, entre las rocas resbaladizas, los enebros y las tuyas, fue de las más duras. Mas los *goumiers* y los *mokhaznis*, muy acostumbrados a esos senderos, eran de esos hombres que no retroceden ante nada. Además, estimulados por la presencia de su jefe cuyo caballo gris se dejaba ver a todos en los más expuestos lugares, parecían haber perdido conciencia del peligro y se abalanzaban con una admirable fogosidad y un absoluto desprecio de la muerte hacia los puntos de donde estallaban los disparos.

Un *goumier* cuyo caballo acababa de ser matado continuaba el combate a pie después de haberse descalzado " para estar cómodo e ir más rápido ".

Un *mokhazni*, que acababa de matar a un insumiso, se permitía el lujo, en pleno tiroteo, de echarle un sermón, bien inútil, sobre los inconvenientes que hay en insultar a los *rumis* y a los que les sirven.

En fin, después de una hora de tiroteo, el enemigo, al desesperar de poder llevar a los nuestros hacia sus aduarez, renunció y se alejó rápidamente llevándose su presa, pero abandonando entre las manos del Capitán Alain dos cadáveres que fueron inmediatamente cubiertos de tierra, 1 fusil y 3 caballos.

Entonces el destacamento se reunió con los zapadores cuyo trabajo era casi acabado, y luego regresaron todos al puesto, después de haber informado al comandante de la Zona de los resultados del alistamiento por medio del teléfono de campaña llevado la mañana.

IV - El Prisionero Raho

Aunque los Beréberes maten escasamente a sus prisioneros después del combate, sobre todo cuando esos prisioneros son de su raza, Raho conocía muy bien el salvajismo de los Ichkern y su particular odio por los mokhaznis como para esperar su rescate.

Despojado de sus vestidos durante el combate y vestido solamente de una gandurah sórdida perteneciente a uno de los autores de su captura, caminaba tristemente en medio de los insumisos que le colmaban de injurias y de golpes:

- Ahí estás pues renegado, caíste en nuestras manos, maldito perro... Llama ahora a tu hakem a auxiliarte. Vendrá seguramente a recogerte porque, tú ausente, ¿quién besará sus pies, guapo Raho?...

Y el pobre Raho, los pies magullados, el cuerpo ensangrentado iba...

No maldecía a nadie o más bien se maldecía a él mismo por haber sido capturado de una manera estúpida al salir de Khenifra, sin permiso, con camaradas todavía no armados, en vez de esperar un convoy o de pedir fusiles.

En cuanto a sus verdugos, al mostrarse inhumanos, estaban en su derecho absoluto de vencedores...

Se contentaba pues de suplicar que le ejecutasen enseguida. Luego, hastiado, se puso a injuriar a su vez, deseando precipitar su condenación a muerte.:

- Sí, banditos con aspecto de burros, estoy al servicio del rumi, le quiero y le serviré aún mañana, recuperaré mi libertad, como seréis vanagloriados vosotros mismo de servirle el día en que vendrá a mandar donde estáis. Es que es mejor que todos vosotros porque es justo, porque es bueno, porque, cuando capturase uno de los vuestros, venda sus heridas en vez de causarle unas nuevas, le viste en vez de despojarle, le honora en vez de insultarle. ¿Os creéis hombres? No sois, en realidad, sino unos brutos y sin corazón, unos despreciables cobardes, unos sin bandera (*idhouar laalam.*) Veis que merezco mil veces la muerte, pero no me matareis porque tembláis de antemano por el castigo que os sería infligido...

Pero sólo otros nuevos golpes rajaron su rostro y doblaron su cuerpo.

- Sí, mereces la muerte y serás matado, cerdo... Pero perecerás lentamente, cuando los tizones hayan pinchado tus ojos, cuando nuestros perros te hayan despedazado vivo. Tus huesos irán pudrir en el estiércol...

El calvario duró horas así, volviendo a ser cada vez menos soportable a medida que se acercaba de las tiendas de campaña de los insumisos.

En la llanura de Tighessalin, cuando los insumisos acudidos al tiroteo aprendieron que dos de los suyos habían quedado en el terreno del combate, sin vida, y cuando oyeron los gemidos de los parientes de los dos matados, fue aún peor y el pobre prisionero fue tan maltratado que se tuvo que subirle en un mulo, desmayado.

Por fin, llegaron a los adueros y el cautivo, solidamente atado, y tendido para el sol, fue entregado a los niños.

Entonces, fue alucinante de crueldad. Chuzos, espinas de zarzas, cuchillos, adoquines, todo lo que esa calaña encontró a su alcance para martirizar al pingajo gimiente fue empleado sin que nadie se apiadase de tanto sufrimiento, ni siquiera Dios...

Sin embargo sí, porque un hombre aún joven se acerca del ajusticiado y le habla en voz baja, después de haber apartado a la furiosa chiquillería:

- Raho, ¿me reconoces? Soy Hausa U Mhend, el Bu Haddiui, el padre de tu amigo Ali U Hausa, que hospedaste tan a menudo, que alojaste en tu tienda de campaña entre tus mujeres y tus hijos. Abre los ojos si me oyes e intenta acordarte.

¿Acordarse, bondad divina? Pues sí, Raho oye y comprende. Esa voz, la reconoce: es la de aquel insumiso que venía con frecuencia " al despacho ", que hacía tantos favores al hakem y que la maldad de un joven *mokhazni* había apartado para siempre del puesto. ¿Pero qué puede por él en tal infierno?

- ¡Eh! Bien, no digas nada por el momento, compórtate conmigo como si no me conocieras y luego, cuando los hombres vengan hacia ti, y que me veas cerca de ti, une toda la fuerza que te queda y grita tan fuerte como puedas que te pones bajo mi protección. Mientras tanto, ánimo y esperanza...

Entonces, Hausa volvió hacia la tienda del amghar, después de escupir ostensiblemente en dirección de su amigo, en señal de desprecio.

La *yemaâ*, su apetito calmado y las lamentaciones de fuera apaciguadas, debatían precisamente de la suerte del botín. Ya había decidido que el caballo y el fusil serían vendidos a favor de la gente de la harka, pero todavía no se había puesto de acuerdo acerca del prisionero. Unos querían matarlo, otros hablaban de venderlo, otros aún sugerían rehacer de él un buen musulmán, de casarlo y de reforzar así el clan con un combatiente muy conocido. Iban, a fin de cuentas, a separarse sin haber tomado decisión alguna, cuando un notable de los Aït Bu Haddu, sentado al lado de Hausa, su pariente, dijo con negligencia:

- Creo que estáis hablando inútilmente porque acabo de pasar cerca del prisionero y me parece que ha muerto. Vamos a asegurarnos de su estado. Luego fijaremos su destino, si es necesario.

Al haber recibido esa opinión la aprobación general, todos se dirigieron hacia Raho que fue encontrado adormecido.

Hausa se acercó de él, le interpeló groseramente para despertarlo y, al ver que no se movía, le dio una bofetada, provocando la hilaridad.

Entonces, el *mokhazeni* abrió lentamente los ojos, miró a la muchedumbre, reconoció al autor del insulto, cuya intención entendió, y con una voz que se esforzó en vano de hacer enérgica, dijo:

- O beréber, hermano mío, que no conozco y que se atrevió a infligirme esta afrenta mientras que estoy en el suelo y atado, me pongo bajo tu protección. Si me abandonas, que tu apellido y tu descendencia sean para siempre malditos en este mundo y en el otro.

Luego, cansado o fingiendo el agotamiento, cerró de nuevo los ojos, mientras la gente reía sarcásticamente ante tal atrevida e inhabitual llamada.

- Sabes muy bien, hijo de perro, que no hay protección para los servidores del rumi.

Pero Hausa, enderezando su alta estatura y levantando de un movimiento amplio el faldón de su albornoz que ocultaba su carabina, ya había saltado hacia la *yemaâ*:

- ¿Quién ha pronunciado esas palabras? ¿Quién se ha permitido de decidir por mi honor y dictarme mi conducta? ¿Quién pues tiene el atrevimiento de hacerse a él solo el guarda de nuestra costumbre? Digo yo, que de ahora en adelante tomo a ese hombre bajo mi protección en virtud de esa misma costumbre que invocáis sin conocerla y también porque lo quiero hacer por

gusto mío. Y juro por El que ha hecho esas montañas y esas llanuras que, mientras viva, nadie tocará a ese hombre...

Y, sin vacilar, se volvió hacia su protegido, deshizo sus ataduras y, ayudado por sus parientes acudidos ya a su lado, lo llevó bajo su tienda de campaña, mientras tanto la muchedumbre, sorprendida pero dominada, volvía lentamente adonde el amghar comentando lo sucedido.

Fue entonces para el prisionero una alegría sin límites. Un cordero fue inmediatamente degollado en su honor, lo que atrajo a la tienda de campaña una multitud de admiradores del hombre que acababa de mostrarse tan enérgico.

La misma yemaâ, debidamente invitada y satisfecha de poner fin al incidente de forma honorable, vino a tomar parte en el festín, confirmando así la tesis de Hausa sobre la interpretación de la costumbre.

Entonces, cada uno dio su opinión sobre la mejor manera de cuidar del herido que se ha vuelto " una pobre víctima del rumi " y se pusieron sinceramente a compadecerse de él...

Por fin, una vez terminada la comida, acordaron, por la más grande alegría de Raho ahora débilmente tendido sobre las más preciosas alfombras de la tienda de campaña, mandar a una mujer anciana, la propia tía de Hausa U Mhend, enseguida al hakem francés para presentarle una propuesta de puesta en libertad de su *mokhazeni* a cambio del pago de un rescate de diez mil duros⁽¹⁾.

El emisario elegido tuvo la precaución de ver al cautivo antes de irse del aduar. Quiso, declaró, pedirle informaciones sobre cómo debería presentarse al puesto y asegurarse de que no sería tomada como rehén.

Raho la tranquilizó:

- Puedes ir, madre, no hay nada que temer. Los rumis nunca tratan mal a una mujer, al hombre tampoco además. Les vas a traer una noticia que complacerá a todo el mundo y que colmará a mi familia de alegría. Di a todos los que verás que aquí me tratan bien y me respetan mucho. Pero insiste en que me liberen enseguida, cueste lo que cueste. Que vendan todo lo que me pertenece para reunir la suma exigida, que mi esposa pida un préstamo en caso de necesidad; pagaré a los acreedores al vender unas parcelas de tierra que poseo en la región de Zemmur. En cuanto al Capitán, dile que le pido

(1) Un duro marroquí valía 5 a 8 francos de la moneda francesa, según el cambio.

perdón por la falta que he cometido y que pongo a mis hijos bajo su protección durante mi ausencia.

Entonces, la vieja se fue en la noche oscura, acompañada por su nieto durante unos cientos de metros, mientras que, en el aduar, cada uno volvía a su tienda de campaña pensando que 200 duros por soldado representaban una suma tentadora y que verdaderamente la guerra tenía algo de bueno...

V - Hacia La Libertad

Como ya se ha adivinado, la vieja Rqia – era el nombre de la emisaria – no era una desconocida en el puesto donde había traído antes numerosas informaciones por parte de su nieto. Así que, cuando el chauch la recibió hacia las doce y se enteró de su misión, la trataron con consideración y le manifestaron su simpatía. La mujer de Raho y sus hijos la recibieron – se entiende perfectamente – con unas particulares señales de alegría. Y si al beréber le apetecen tanto el azúcar, el té y la carne, las cantidades ingeridas aquel día por la enviada de la montaña hubieran podido matarla inmediatamente. Pero, en ese país donde la naturaleza es aún sola en luchar contra los disturbios del organismo humano, ése resiste todavía muy bien a tal tipo de excesos y Rqia estuvo muy cómoda para contarle todo al Capitán al haberla convocado a su despacho.

- Raho sigue vivo, pero ayer ha sido cruelmente martirizado. Si mi nieto no lo hubiese salvado por todo el bien que haces por su hijo, sería muerto a estas horas. Eso te da la prueba de que un favor jamás es perdido, digan lo que digan. Ahora, se trata de sacar a tu amigo de ahí cuanto antes...

- Para ello estoy totalmente dispuesto.

- ...porque las demás tribus y Sidi Mohammed Ben Taïbi podrían interesarse por el caso y, sería entonces difícil para mi nieto resistir a sus exigencias sin correr él mismo grandes riesgos. Sin embargo, Hausa U Mhend considera que un rescate de diez mil duros es excesivo. Si la pagases, los disidentes no se ocuparían más sino de capturar a presos. Hay que ofrecer 400 duros como máximo, 300 para los autores de la toma y 100 para la yemaâ que has de interesar por tu asunto. En espera de la aceptación de esa suma, Raho se quedará bajo nuestra protección y sabes que nuestra fracción que cuenta con más de 150 fusiles no dejará de solidarizarse con mi valiente nieto que si no tuviese más remedio.

El Capitán exultaba, al escuchar esos consejos.

Así, Hausa U Mhend que había injustamente sacrificado, pero cuyo hijo había acogido, no se acordaba sino de aquel favor y no vacilaba en arriesgar su vida por uno de sus auxiliares preso. No solamente que garantizaba al cautivo una protección sin reserva, sino que proponía espontáneamente hacer aceptar un rescate ínfimo en vez de pactar con los guerreros de su tribu. Fue simplemente admirable...

No obstante, para que entre los insumisos no se hablara de su satisfacción como una nueva muestra de debilidad, el oficial trató de disimularla y se contentó con responder a la emisaria que le agradecía por la molestia que había tomado al llegar al puesto:

- En cuanto a Hausa, dile que no olvidaré nunca lo que acaba de hacer, que tomaré nota de ello en los archivos del despacho con el fin de que más tarde mis sucesores sean informados, y que lo que me sugiere es lo más razonable. Entonces estoy dispuesto a pagar los 400 duros pero a condición de que el asunto no tarde y que el preso me sea devuelto dentro de 3 días a más tardar. En lo que concierne a Raho, dile que le perdono y que no se preocupe por los suyos. Además, su mujer, que vas a ir a ver te dirá ella misma que no le falta nada y que sus hijos rebosan de salud.

Al decir esto, sacó dinero hassani⁽¹⁾ de su caja fuerte y se lo dio a la vieja:

- He aquí, mi buena Rqia, 10 duros para ti y 20 para tu nieto que debe arruinarse ahora por mi *mokhazeni*. Te van a dar también todo lo que serás capaz de llevarte de azúcar y de té para Raho. Luego, podrás marcharte...

Rqia tomó el dinero, contó lentamente las preciosas monedas plateadas que ató después, solidamente, en un faldón de su " izar "⁽²⁾ luego miró por turno, al chauch y al oficial sin atreverse a salir del despacho.

- ¿Quieres algo más? Preguntó Lahcen.

- Hijo mío, se me olvidó de decir una cosa importante al hakem y no sé si es aún tiempo de hacerlo. Además es por parte de mi nieto.

- Pero habla, madre, aquí no tienes nada que temer.

- Pues, es que: mi nieto me ha encargado de poner al Capitán en guardia contra los Ichkern que se han puesto de acuerdo el lunes para " comeros ". Los jinetes combatientes del Dir deben reunirse dentro de dos o tres días, cuatro

(1) Moneda de dinero marroquí, de la época del reino de Mulay El Hassan.

(2) Una larga tela que sirve de vestido que la mujer del campo se pone encima de su ropa.

como máximo, una mitad en el Kebab, otra mitad en Tinteghalline, a causa del alojamiento y de los gastos, luego atacarán un puesto que aún no ha sido determinado. Mi nieto dice que si han tomado tales decisiones, es porque, al haber sido tan generosos hacia ellos ese invierno y tan ingenuos, os creen debilitados y maduros para la suprema derrota.

- Pues que vengan...

- Vendrán, ¡OH! Hijo mío Lahcen, y eso más aún cuando en el Aqissari, ayer, erais poco numerosos.

- Eso no nos impidió hacer los sepultureros para los valerosos *Ichkern*, lo que no es precisamente, por lo menos a mi parecer, un indicio de debilidad...

- Eso es cierto, pero ya sabes que entre nosotros, deformamos muy rápidamente los hechos y como no habéis podido recuperar a vuestro *mokhazeni* capturado, la harka se considera victoriosa. De todas formas, mi nieto considera que la única manera de evitaros serios problemas, es la de atacar las manadas que vienen todavía acá, muy cerca de la Zauya. Ahora bien vosotros veréis. Por supuesto, el ganado de mi nieto está con el de la tribu y si se capturara, cuenta con vosotros para devolvérselo.

El Capitán Alain sonríe a esta nueva invitación.

- Está bien, entendido, estaré sobre aviso. En cuanto a lo de saquear los rebaños, no digo ni sí ni no. En todo caso, aún hace mal tiempo en ese fin de invierno y el suelo no es todavía suficientemente sólido para la caballería. Di a Hausa que lo esencial, por el momento, es hacerme devolver a Raho sano y salvo.

Luego dejó la sala donde la vieja continuó asaltando al chauch.

- ¡Pero bueno! Lahcen, ¿cómo puedes tolerar, con el poder que tienes aquí, que los Aït Isaac vengan para el pasto tan cerca del puesto y conspiren al mismo tiempo para declararos la guerra? ¿Se te olvida que para nosotros la fuerza se mide con los golpes y no con las amenazas? ¿Pues qué está pasando aquí? ¿Os habrían cambiado en mujeres, vosotros los mokhazenis de Buazza, que todo el mundo temía antes? ¿No sabes que os insultan en los haïdus⁽¹⁾ y que dicen que, como armas ya no tenéis sino bastones de hinojo?

(1) Baile beréber. (ver el léxico)

Lehcen estuvo a punto de dejarse llevar, mas logró dominarse:

- Ven, madre Rqia, acércate. Mira, esas cosas suceden siempre en su tiempo. En cuanto a aquellos que nos insultan, lo hacen desde tan lejos que no los oímos. Entonces, ello nos deja indiferentes. Pero cree a un hombre bien informado: que sea mañana, dentro de seis meses, o dentro de tres años, aquellas montañas que ves allá y donde vivís como chacales serán cubiertas, *una a una*, de hermosos turbantes blancos (leer: de puestos franceses) y todos vuestros notables que hoy se las dan de liso serán obligados a besarme la mano y a llenarla antes de ser admitidos en presencia del hombre que acabas de ver. Dicho esto, vete a ocuparte de Raho, saluda a Hausa de mi parte y dile que está bien lo que hace. Y, sobre todo, no te dejes devorar por las fieras...

Rqia, en realidad poco convencida, retomó por fin el camino de la tribu, no sin sobrecargarse de 6 panes de azúcar de 2 kilos cada uno y de una libra de té recibidos del chauch, así como de tres pequeños paquetes que le fueron confiados por la esposa de Raho para su marido.

A duras penas, pero con la alegría en el corazón, al pensar que su nieto triunfaba tanto entre los insumisos como entre los rumis, caminó durante tres horas.

Llegada a unas centenas de metros del aduar, se acercó al tronco de un árbol en parte hueco tendido en el suelo y escondió dentro su precioso cargamento que más valía no mostrar a todo el mundo.

Luego, con un paso más ligero, se fue a reunirse con los suyos.

Pero, fue sorprendida al ver que, el número de caballos, al lado de las tiendas de la fracción, se había multiplicado por diez y unos forasteros elegantemente vestidos, charlaban por grupos en los aduares. Mejor aún, la tienda de su nieto donde debía encontrarse el preso estaba rodeada de una ruidosa muchedumbre. ¿Qué estaba pasando entonces?

Simplemente esto:

Al ser difundida la noticia del enfrentamiento del día anterior y de sus resultados, todos los notables de las tribus del Dir habían venido para informarse. Moha Achqir, él mismo, amghar de guerra de la Confederación, se había desplazado y era a su alrededor donde había más afluencia.

Aquel importante personaje deseaba ver al prisionero y conocer las intenciones de la fracción a su respecto. Quería además, y ya lo había declarado a todos, que ese " kafer billah " (infiel) fuese matado sin más esperar.

Pero, al mismo tiempo que él, habían llegado los Aït Isaac y los Aït Ahmed U Aïsa, todos son miembros de la coalición formada en Kebbab, que contaban con que el cautivo les sería vendido para ser intercambiado contra sus hermanos detenidos en el puesto de la Zauya.

Hausa U Mhend al haber pretendido, además, con la aprobación de los suyos, que su protegido ni debía ser matado ni maltratado, ello tuvo como consecuencia una discusión violenta que ya había estado a punto de desencadenar una verdadera batalla.

Al final, al no haber podido, ni el amghar de guerra ni las tribus vecinas, hacer aflojar el egoísmo de los Aït Yacub U Aïsa, los notables rechazados abandonaban la reunión la amenaza en la boca.

Entonces Rqia fue introducida ante la yemaâ de su tribu, pero después de haber sido seriamente reprendida por Hausa U Mhend.

- He visto al rumi - Que Dios lo maldiga - y quiere efectivamente rescatar al prisionero. Sólo que, dice que 400 duros constituyen un máximo que no rebasará bajo ningún pretexto. Además, ha especificado que de esa suma 100 duros serían entregados por él mismo o por su enviado directamente a los miembros de la yemaâ. Tuvo la osadía de añadir que si su Raho fuese maltratado, haría torturar inmediatamente a los presos Aït Isaac y Aït Ahmed U Aïsa que detiene y que, si fuera matado, todos nuestros hermanos serían ejecutados y sus cabezas colgadas para secar en los muros del puesto. Lo creo capaz de hacerlo porque me pareció cruel y peligroso. ¡Ni siquiera me ofrecieron un vaso de té! Y además, ¡OH hermanos míos! Desconfiad de él, que lo he visto rodeado de numerosos soldados de caballería.

Un notable: - ¿Ha hecho alguna alusión a la alianza que acaban de concluir las tribus del Dir?

Rqia: - Soy yo quien le hablé de ello, pero me contestó que le daba igual, que seguiría construyendo casas, recibiendo bien a todos los que irían a verle, pero que si lo atacaran, prendería fuego a nuestros aduares. Claro que, se exagera su fuerza y no dejé de hacerle frente, ya que tenía el aman. Pero, con esa gente infernal que se alimenta de " *tabagha* " (tabaco) y que habla un lenguaje incomprensible a unas arandelas de madera y a unos cordeles, hay que tener cuidado. En todo caso, en vuestro lugar, me desharía muy de prisa de ese moribundo que apesta a cerdo o bien acabaría con él y me iría a vivir en la montaña. El rumi quiere a su hombre dentro de tres días...

Luego, Rqia cogió sus viejas zapatillas que había dejado en la entrada de la tienda y salió balbuceando invocaciones a todos los santos de la región.

El amghar de la harka: - Bueno, hermanos, ahora estáis informados. La suma ofrecida por el cristiano es, por supuesto, muy poca y deberíamos insistir para obtener más, pero nuestro enemigo siendo un hombre capaz de vengarse de los Musulmanes que están en sus manos, deberíamos, a mi parecer, aceptar su propuesta. Por otro lado, la guerra apenas comienza y tendremos a otros presos, mucho más importantes, si Dios quiere. Pido a los miembros de la harka que digan su palabra.

El notable Bennacer: - no comparto tu manera de ver las cosas y me niego a participar en este trato. Cuando hacemos la guerra al rumi que ha invadido nuestra tierra y que se prepara a penetrar aún más dentro, no debe haber ni perdón ni gracias. La muerte para él o para nosotros cuando lo haya decidido el destino y aún más para los de nuestros hermanos que se han hecho auxiliares de nuestros enemigos. ¿Has pensado, amghar, y habéis pensado, todos vosotros que me escucháis, que sin los partisanos Zayan y sin los *mokhazenis*, podríamos circular con nuestros rebaños entre los puestos franceses sin encontrar un alma viviente, por débiles que son las guarniciones? ¿Habéis pensado que, es gracias a la felonía de nuestros hermanos que el rumi puede procurarse el trigo, la cebada, la leña, la paja y la carne que le son necesarios? ¿Olvidáis por último que cada uno de vuestros enemigos se ha llevado a una mujer entre nuestras vírgenes y que nuestra raza se bastardea cada día más? No, no pensáis en nada de todo eso porque el dinero que brilla os atrae y os ofusca y porque preferís seis duros en el bolso al "rojo del honor"⁽¹⁾ en la frente. Para mí, hay que matar al prisionero, y si no fuese por el respeto que debo a la tienda de uno de los mejores de los nuestros, juro por Dios todopoderoso que comería de su corazón aún palpitante aquí mismo, delante de vosotros.

Hausa U Mhend: - Nuestro hermano habla bien y su sensatez es incomparable. Pero tiene un fallo, un gran fallo, el de pensar un poco tarde a las cosas exactas que acaba de recordarnos. En efecto, la guerra, sobre todo la guerra contra los rumis y los infieles que les sirven – que Dios les destruya a todos – no se puede concebir sino con la muerte del enemigo. Mas hay que matar en pleno combate y no bajo las tiendas, ante las mujeres y los niños. Era

(1) En tierra beréber, uno se pone pálido de vergüenza y se ruboriza de honor y de placer.

ayer, buen amigo Bennacer, en Bu Tnifest misma, cuando hubieras podido coger a este hombre por el pelo y degollarlo sin piedad. Hoy, es demasiado tarde; intercede por él lo que cien generaciones nos han legado y que legaremos a nuestro turno, si Dios quiere, a nuestros hijos: la costumbre sólida como una roca o como este brillante acero.

Al decir esto, Hausa, con un gesto que mostraba claramente lo que no se atrevía a decir, acariciaba suavemente la culata de su arma, reluciente en efecto como un espejo.

- En todo caso, añadió, a pesar de que no haya formado parte de vuestra expedición, digo que el amghar de la harka tiene razón y, ya que Dios ha salvado a este hombre de la muerte inmediata, no hay un instante que perder para devolverlo a su familia, si tiene una, y, para concluir por fin nuestros debates, mucho más peligrosos para nuestras fracciones que para él mismo.

Desde entonces, la causa estuvo vista y la yemaâ misma, contenta de que el cristiano haya pensado en reservarle el cuarto del rescate, no puso objeciones algunas.

Pensaron que seguramente el Aguram⁽¹⁾, Sidi Mohamed Ben Taïbi, hubiese podido, si fuese informado del asunto, ordenar y obtener la muerte del cautivo. Pero aquel personaje vivía en Tihuna, a 50 kilómetros al sur, y se desplazaba difícilmente.

Por lo demás, Hausa U Mhend quien era un combatiente particularmente afortunado lo había colmado tantas veces de partes de botines importantes que le convencería fácilmente, llegado el caso.

Entonces se pusieron de acuerdo para acompañar a Raho a su puesto a partir del día siguiente a la hora de *al assr* (16 horas) y, sin más tardar, otra parienta del protector fue mandada al hakem francés con una carta de aceptación.

En la misma tarde, el acuerdo a ese propósito se había logrado con el Capitán Alain y todas las disposiciones han sido tomadas, por ambas partes, con vistas al encuentro previsto.

(1) Personaje religioso ilustre; en plural: Igurramen.

VI - ¿Por qué?

Desde el asesinato del Capitán Taillade, jefe del distrito de Sidi Lamin, por Miami Uld Fassia, su pretendido amigo, era prohibido a los oficiales de su mando consentir una reunión con los insumisos fuera de los muros de los puestos. Además el crimen había sido cometido en unas condiciones particularmente odiosas y el considerable rango del asesino justificaba ampliamente las instrucciones dadas a ese propósito. Por lo tanto, cuando el Capitán Alain recibió la dichosa carta, su primera idea fue la de delegar a su chauch ante la insumisa yemaâ, al estar seguro de que ese inteligente auxiliar y además conocido y respetado por sus bélicas hazañas, cumpliría con su misión a la perfección. Pero abandonó pronto aquella idea. Una magnífica oportunidad se le ofrecía de ver a notables hostiles y de conversar con ellos, su deber era de aprovecharla. La gente se comprende y se entiende mucho mejor cuando se ha visto y los contactos con la montaña iban a ser necesariamente cada vez más frecuentes. Por otro lado, no había ninguna analogía entre el caso del Capitán Taillade y el suyo. En 1917, la víctima había tenido confianza en el hombre que le había llamado a lo lejos y no se había hecho acompañar por una escolta suficiente, mientras que en el caso presente, se trataba de adversarios declarados hacia quienes era posible, sin ofenderles, tomar todas las medidas de precaución necesarias. Por otra parte, no eran los insumisos los que debían elegir el lugar de la reunión, sino el oficial y, de hecho, no se podía temer ninguna sorpresa. Por fin, consideración que tenía su valor, Hausa U Mend estaba con los adversarios y no le faltaría poco, en caso de peligro, para advertirle del peligro en tiempo oportuno.

Al haberse convencido así que nada se oponía al hecho de que conociera a nuevas personalidades insumisas, el Capitán Alain informó a su jefe de su intención de ir a recuperar al preso, luego, a la hora fijada para la reunión, tomó el camino con una escolta de soldados de caballería.

La yemaâ insumisa estaba ya en el lugar de la cita, compuesta de una treintena de notables. Entre aquellos figuraban, a la demanda del oficial, no solamente el amghar de la harka, sino también el benévolo protector del cautivo.

En cuanto a ése, todavía muy pálido y débil, estaba sentado cerca del mulo que le había sido prestado para el viaje y no ocultaba su alegría de ver finalmente a sus camaradas y pronto a su propia familia.

El Capitán Alain asistió a la presentación de los insumisos que llevaron la mano torpemente al peinado para imitar el saludo militar del prisionero Raho. Luego, todos se sentaron alrededor de un asado que el previsor chauch Lehen había hecho preparar en el puesto " para desatar las lenguas de los cabrones".

Cuando finalmente el té que sigue todo festín fue servido y bebido, el oficial se levantó y, al haber tomado sitio sobre una piedra, no muy lejos, invitó a los insumisos a sentarse, en corro, entorno a él, para " charlar ".

El Capitán: - Os agradezco una vez más, Imazighen, por la diligencia con que habéis aceptado mi propuesta. Agradezco también de manera muy particular al de vosotros que ha tomado al preso bajo su protección y que lo ha hospedado con generosidad. No esperaba menos de unos valientes guerreros como vosotros. Si el destino nos une algún día, porque los propósitos de Dios son impenetrables, me acordaré de ello. Dicho esto, he aquí el dinero prometido.

Y el oficial contó a los disidentes, cuyos ojos relucían de codicia, primero 30 montones de 10 duros cada uno e hizo una señal al amghar de la harka para llevárselos, después otros diez montones que fueron entregados al más viejo de los miembros de la yemaâ.

El amghar de la harka (después de haber contado los duros uno a uno): - La cuenta sale bien, te lo agradezco. Te agradezco también por la comida que acabas de ofrecernos. Eres un hombre que sabe recibir y nos lo habían dicho. En cuanto a la diligencia con la que hemos arreglado ese asunto, te debo decir que no proviene de nuestro deseo de ser agradables hacia ti. Eres nuestro enemigo y todo lo que deseamos es hacerte daño. Nos hemos dado prisa porque era nuestro interés y seríamos culpables al dejarte suponer otra cosa.

El Presidente de la yemaâ: - El amghar de la harka tiene razón y lo que acaba de decirte es la verdad exacta. Somos tus enemigos y no hemos de complacerte.

Hausa: - yo también, rumi, no he tomado a tu *mokhazeni* bajo mi protección para gustarte. Lo he hecho por respeto a nuestra costumbre y para seguir andando con orgullo entre mis hermanos. Del mismo modo, si lo he tratado bien, en la medida de mis capacidades, fue porque las leyes de la montaña me lo imponían.

El Capitán: - Sí, entiendo bien que no son vuestros sentimientos que os han guiado a mí en tal circunstancia. Pero hay tantas tribus que desdeñan las leyes que acabáis de respetar que no puedo dejar de felicitaros por vuestra postura. Saber inclinarse ante la desdicha del fuerte momentáneamente vencido, no es dado a todo el mundo; es cosa de la nobleza del corazón y sean como sean vuestras disposiciones respecto a mí, diré por todas partes y siempre que, en tal circunstancia, os habéis comportado en hombres de honor. Ahora, dejemos esto y charlemos, si lo que queréis, del ataque de anteayer. Para decir verdad, hasta ahora no he entendido el porqué, puesto que no os había hecho ningún daño. Todo lo contrario, desde hace seis meses, veo cada día vuestros rebaños acercarse del puesto y ni una vez se me ocurrió la idea de saquearlos. Sin embargo, si lo hubiese querido, me hubiera bastado con hacer un solo movimiento, porque mis soldados son numerosos y sabéis lo que valen...

El Presidente de la yemaâ: - Eso es otro asunto, rumi. Pretendes que no nos has hecho nada. Pero ¿ignoras acaso que nadie nos ha deshonrado como tú? Tu sola presencia en el Turguilal es una insulta grave y permanente a todos los que llevan un albornoz. Hiere hasta los huesos de nuestros antepasados que reposan al pie de tu puesto y a los que ni siquiera podemos ver para cumplir con nuestro deber en los días fijados por la religión, sin inclinarnos ante ti. Cada día, la voz de nuestras conciencias nos reprocha no haber sabido morir para impedirte de atravesar el Seru. No nos atrevemos más a hablar de valentía delante de nuestras mujeres y nuestros hijos. El pan que comemos es amargo como si fuese mezclado con adelfa. Y nos dormimos cada noche pensando en nuestra vergüenza. He aquí porqué te hemos atacado y te atacaremos aún, si Dios quiere, pese a tus cañones y a tus ametralladoras.

El Capitán: - comprendo que queráis vuestro país y que luchéis por él. Entiendo que insistáis en defender vuestra religión y vuestras costumbres. Pero nadie codicia vuestros bienes ni piensa en pedirnos de cambiar algo en lo que era vuestra forma de vivir. Antes de venir a instalarme a la Zauya, os he dicho por escrito que no venía para quitaros vuestras tierras, Francia tiene tierras aún mejores, creadme, ni para humillaros o mancillar vuestras tumbas, sino para daros un poco de paz y más bienestar, y para enseñaros a sacar el máximo provecho de vuestras tierras. Y he logrado establecerme entre vosotros a pesar de vuestra valiente resistencia, porque era la voluntad de Dios contra la cual nadie tiene el derecho de sublevarse. En cuanto a mis cañones y a mis ametralladoras, reconoceréis que nunca los he utilizado salvo para recordaros – cuando os veía comprometidos en un mal camino – que os equivocabais de

camino. Y bueno, tenéis que ser justos: no hay en nuestra posesión sólo cañones y ametralladoras: hay también el trigo y la cebada que damos a los más pobres, hay el médico sabio y bueno que cada día salva de la muerte a los niños y a los ancianos de las tribus sumisas y hasta los vuestros también cuando consienten venir a visitarlo. Y, en cambio de todo eso, ¿sabéis lo que exijo? Que cada uno trabaje y viva del producto de sus esfuerzos sin tocar a la *persona* y al bien del prójimo. ¿Hay en todo eso de qué cubriros de vergüenza, sobre todo cuando se ha combatido con tanta valentía tal como lo habéis hecho y cuando se ha sido vencido por una potencia tan formidable como Francia?

El Presidente de la yemaâ: - Rumi, sabemos que eres un hombre bueno. Sabemos también que tratas de manera loable a los Musulmanes que el destino conduce hacia ti. Pero yo también te diré que hay otra cosa de la que no quieres hablar y que nos impediría dejar las armas mientras Dios no lo haya ordenado. Primero hay tu religión que es diferente de la nuestra y hay tus costumbres que reprobamos. Por otro lado, ¿olvidas que hemos vivido siempre libres y que si viniéramos a tu lado, no podríamos movernos más sin tu permiso, hasta para ir al zoco de Sidi Lamin? ¿Olvidas que desde lo alto de las montañas, vemos, cada día, a largas filas de Musulmanes vencidos manejando la pala y el pico para construirte casas o para cavar las rutas necesarias para tus pesadas máquinas? Ahora bien, es esto la deshonra para los hombres acostumbrados a moverse en el espacio tan libremente que el pájaro que ves allá y que, al despertarse cada mañana, no se preguntaban lo que se iba a hacer de sus brazos, sino que estaban seguros de que sólo harían lo que sería a su conveniencia. Dices que has venido para hacernos felices, que nos has traído la paz y que haces respetar el bien del prójimo. Pero olvidas de añadir que no te hemos pedido nada de todo eso, que éramos dichosos sin ti, que vivíamos sin tu médico, que para nosotros respetar el bien del prójimo es cosa de los débiles y de los timoratos. ¿Quién sabe si no has encontrado en esa prohibición de nuestras empresas de antaño, un simple pretexto para desarmar a la gente en la que no tenías confianza? En cuanto a la paz, tu paz a ti, lo sentimos de decírtelo, sabemos lo que cuesta a los Zayan que mueren cada día para defender tus convoyes y para apoyar tu causa. Pues no, ves rumi, mezclar el trigo y el maíz nunca puede dar un buen pan. Puedes ser bueno, es cierto que eres justo y, pensándolo bien, tu fuerza es innegable, pero eres y quedarás el extranjero y si nos quieres a tu lado tendrás que vencernos primero. Ahora, se hace tarde y tenemos un largo camino por recorrer. Entonces, con tu permiso nos despedimos de ti y disculpa por haberte hablado francamente. Así es mejor

que engañarte. De esta manera, si, como lo decías hace un momento, Dios nos reúne un día, las manos desarmadas, no tendrás nada que reprocharnos...

El anciano iba a levantarse, pero el Capitán Alain lo retuvo con un ademán:

- Esperad un poco más, Imazighen, el sol está todavía en lo alto y tenemos las mismas distancias que recorrer. Lamento no haber podido convencerlos de lo que Dios nos destina a ser hermanos, pero os agradezco por ser francos hoy...

El Presidente de la yemaâ: - Hemos sido siempre francos...

El Capitán: - ¿Estáis seguros?

El Presidente de la yemaâ: - ¿Cuándo te hemos engañado?

El Capitán: En Sidi Lamin, por ejemplo, hace tres años, aquí mismo durante este invierno. ¿No habéis prometido rendiros para aprovechar de los pastos del llano en toda tranquilidad y no habéis luego faltado a vuestra palabra?

El Presidente de la yemaâ: - ¿Reconoces, en esta asistencia, a los autores de aquella promesa? Si los hay, señálos y te serán entregados en el acto.

El Capitán: - No, no reconozco a nadie, pero los notables que se han comprometido en vuestro nombre son vuestros hermanos.

Todos: - Nómbralos.

El Capitán: - No los nombraré porque no estoy acostumbrado a denunciar a los que vienen a verme, incluso cuando resultan, después, indignos de mi confianza. Además, los conocéis a todos...

El Presidente de la yemaâ: - Pues, permítenos de decirte que te equivocas porque ningún notable ha recibido de nosotros la misión de venir a verte y no necesitábamos ningún permiso para bajar al llano. Sin duda, te refieres a tus confidentes, pero sabes muy bien que aquellos " pastores " no viven sino de sus mentiras. A lo mejor piensas también en Saïd Moha U Haddu quien efectivamente te ha abastecido, pero aquel hombre ha actuado siempre por su propia cuenta y sin procuración de ningún tipo...

El Capitán: - Puede ser, en vez de " comerlo " para castigarlo por sus buenas relaciones conmigo, sus maniobras os servían tanto que lo habéis dejado actuar a plena luz del día con el único fin de hacerme creer – además me lo había afirmado – que actuaba y hablaba en vuestro nombre.

El Presidente de la yemaâ: - Sí, eso es verdad, pero es de buena lid. Cuando el enemigo carece de clarividencia, sería estúpido, para su adversario, no sacar

provecho de ello. Por otro lado, cualquiera de tus mokhazenis hubiera podido decirte que para nosotros un hombre aislado nunca compromete a su agrupación a menos de ser el amghar o un notable particularmente respetado, lo que no era el caso para Saïd Moha U Haddu⁽¹⁾.

El Capitán: - De acuerdo, no insisto y nos peharemos aún ya que ésta es vuestra voluntad. Esperad por mi parte una guerra muy dura ya que solo la *fuerza* os hace doblegar. Pero, sean como sean nuestros momentáneos malentendidos, jamás olvidaré que, tarde o temprano, estaréis conmigo tal como los Zayan de los que hablabais ahora mismo, y que no se creen deshonrados, todo lo contrario, y que son tan respetables como vosotros. En cuanto a vosotros, recordad siempre, sobre todo cuando seáis desgraciados, que aquella casa blanca que veis allá sobre el Turguilal es vuestra, que está abierta día y noche para quien viene a pedir ayuda y asistencia y que en ella no encontrareis ni odio ni rencor sino una amistad sincera, el honor y también armas bellas y numerosas que os abrirán las puertas de bled Aït Sokhman, vuestros enemigos... Ahora, podéis marcharos. El *aman* que os he dado os protege hasta más allá de aquellas crestas y, si oís disparos desde nuestro lado, seguid vuestro camino en paz, porque esta tarde sólo mataré, si Dios quiere, liebres y perdigones.

Pero los insumisos quisieron ver el fusil de caza que llevaba el Capitán Alain y el oficial, para satisfacer su curiosidad, tuvo que matar delante de ellos un cuervo que volaba encima del grupo. Entonces se pusieron a gritar de admiración como niños, lo que el chauch Lahcen, a quien el silencio pesaba tanto, aprovechó para acompañar con una observación de cosecha propia:

- Veis, queridos insumisos, que somos diestros. Desafió al mejor de entre vosotros a que haga lo mismo. Reto hasta a vuestro *aguram*, pero es verdad que ese santo hombre sólo sabe exhortaros a haceros matar y comer vuestros corderos. De todos modos, si todavía tenéis la poco afortunada idea de guerrear con nosotros, esperad que el herraje de mi caballo sea cambiado y que el lodo haya desaparecido.

(1) Este notable será además matado por los insumisos un año más o menos después de los hechos relatados aquí. Su colaboración con nosotros empezó a ser sincera y, fue en el momento en que se disponía a entrar al puesto de Ksiba cuando lo atrajeron lejos de su tienda y lo degollaron sin piedad.

Sus palabras fueron acogidas con unas sonrisas, pero Hausa U Mhend que había "trabajado" con el chauch cuando ése era aún insumiso y no poseía ni un burro le lanzó:

- ¿Lehcen, cómo que ahora solo tienes un caballo? ¿Pasó el tiempo en el que cambiabas de arreos dos veces al día?

- Es en efecto lamentable, querido Hausa, y es tan fastidioso comportarse bien, pero no te preocupes, antes de seis meses, el caballo de vuestro amghar de guerra será mío, a menos que me llevo el tuyo...

y toda la asistencia se pone a reír.

Finalmente, se separaron con unas recomendaciones de todo tipo porque mucha gente de la montaña tenía una parte de su familia en la zona pacificada, al mismo tiempo, con una señal del Capitán, el chauch Lehcen aisló a Hausa U Mhend y mientras le pasaba discretamente una bolsa de 200 duros en su bolso, le decía:

- Asegúrate que no alejen las camadas antes de ocho días y tu fortuna está hecha. Esos imbéciles son incorregibles y hay que enseñarles a vivir. ¿Has oído el estúpido discurso del amghar? Construirá las casas, y cavará las pistas. Como si el rumi no pagase a los obreros que emplea... y bueno, en fin, ¿no es verdad que gracias a las pistas del rumi podemos ir de Khenifra a Buyâd sin tener que cambiar varias veces los cargamentos de nuestros mulos? ¿Y donde quiere que encontremos obreros? De todas formas, Raho debe ser vengado, sus heridas siguen sangrando. Parece que un miembro de la harka quería acabar con él a pesar de tu protección y que lo has puesto en su sitio enérgicamente. Procura que su rebaño, que seria importante, quede con los demás. ¿Cuál es el nombre de ese cobarde?

- Bennacer, pero no está aquí.

- ¿Tiene hijos?

- Sí, un chico que aún no monta a caballo.

- ¿Dónde se queda?

- Con uno de sus parientes, más allá de Taanzart, ellos dos tienen sólo un fusil y ningún perro guardián.

- Muy bien, gracias y hasta la vista, porque nos están mirando. El Capitán Alain estaba ya a caballo y llamaba con un silbido sus perros, el fusil en la mano.

Estaba deseando encontrarse solo con sus pensamientos y sacar de la reunión las conclusiones que comportaba, pero se negaba a opinar mientras estaba todavía bajo el efecto de la extrema franqueza de sus adversarios y de su admirable orgullo.

Por lo tanto, en cuanto hubo dejado a los insumisos el tiempo de atravesar las crestas más allá de las cuales podían retomar su libertad de acción, espoléó su caballo con vigor y comenzó la caza.

Admirable tirador y diestro en manejar el caballo, no hubo tardado, en ese país en el que era el único en cazar, en matar las unidades que se había prometido traer.

Luego, seguido de una decena de soldados de caballería, el Capitán entró al galope al puesto, mientras el resto del destacamento acompañaba al héroe del día, Raho U Ali, quien comenzó ya a olvidar su desdicha y prodigaba a sus camaradas pintorescos detalles acerca de su estancia " en el umbral de la tumba ".

VII - A pequeñas causas, grandes efectos

Mientras se desarrollaban esos acontecimientos, una extrema agitación reinaba en las montañas entre los Aït Isaac. Los notables, enviados por la tribu al aduar de los Aït Yacob U Aïsa para recuperar al preso Raho a cambio de una suma de dinero, habían vuelto muy descontentos de la acogida que les había sido reservada. Además de haberles pedido una exorbitante suma por el cautivo, se había dejado entender, en un tono casi insolente, que aún había muchos como Raho en los puestos franceses y que no se tiene más que ir a pillarlos. Además, durante la comida que había precedido la conversación, los delegados de la tribu habían recibido unos menudos trocitos de carne, los mejores habiendo sido dados a la gente del aduar. Por último, hecho incalificable y sin precedentes, los caballos no recibieron sino hierba verde y las sillas no habían sido cubiertas por la noche, conforme a la costumbre.

En tales condiciones, la yemaâ, ya al tanto del asunto, había pensado que ya no era posible seguir fraternizando con una tribu tan poco respetuosa con las costumbres y las leyes de la hospitalidad, y no esperaba más que la llegada de El Haj Ali, su amghar, para notificar a los culpables que no habría nada más en común con ellos.

Algunos notables habían hablado hasta de replicar con un ataque inmediato, pero habían sido retenidos por el temor a disgustar al amghar que acababan de mandar a buscar.

El Haj Ali, él, estaba en plena crisis de conciencia.

Acababa de recibir la visita de Taïbi, el confidente del " despacho " cristiano y la entrevista que había seguido lo había seriamente perturbado. ¿Aquel maldito no le había traído una petición de entrevista con el hakem francés?

Y si no vienes conmigo, había dicho el tentador, la culpa será tuya. No olvides que el rumi es potente y que si se dirigiera a otro notable, ése no dudaría un solo instante. Y, en vez de mandar, tendrías que obedecer, en vez de emplear a los demás, eres tú quien curaría. Por otro lado, quería ver a Hammu U Maluk y tuve que desviarle de esa idea porque eres mi primo (¿?) y porque considero

que eres el único capaz de estar al mando de la tribu cuando haya venido el momento oportuno. ¿No eres ya nuestro amghar? Y bueno, en fin, una entrevista no es en nada un compromiso, así que puedes encontrarte con el rumi – que Dios le maldiga – sin darle promesa alguna. De todas formas, tienes que decidirte rápidamente porque quiere absolutamente que le traiga alguien y si no estas capaz de discernir donde está tu interés...

- También te puedo ahorcar, hijo de perro...

- No, El Hayi, no me ahorcarás porque el rumi es rico, muy rico, porque necesitas dinero, en fin porque jamás aceptarás que Hammu U Maluk u otro de tus hermanos te de ordenes. Entonces, aunque sea hijo de perro, puedo mucho por ti...

- Pues, maldito demonio, quiero ir a la Zauya, pero reconoce que convertirme en el aliado de un hakem contra el cual todo el mundo acaba de aliarse y que acaba de sufrir un duro revés sería estúpido. Supongamos un instante que el rumi, que todo el mundo piensa debilitado, sea "comido" y que se hayan cometido indiscreciones a propósito de las relaciones de amistad que habría cultivado con él, sería nuestro fin. No más dinero, no más alcaldía, no más *amgharat* (función de amghar) y hasta, si los míos me abandonan, como es probable, no más cabeza sobre los hombros de El Haj y, por supuesto, sobre los de su primo Taïbi. Entonces el rumi tiene que demostrarme que es aún fuerte haciendo algo contra los Aït Yacob U Aïsa que acaban de vencerlo. Después de lo cual, prometo ir a verlo si no es vencido.

- Vale, después de todo tienes razón. Además he dicho al hakem que nosotros, beréberes, sólo queremos tener amigos entre los fuertes. Pues le voy a transmitir tu promesa, categórica, de ir a verlo en cuanto haya conseguido su primer éxito, aunque esa victoria sea conseguida contra tu propia tribu, porque desde luego, ésa queda enemiga del rumi al igual que las otras. Sólo que, quisiera saber, porque el Capitán me lo va a pedir, cuál sería tu actitud personal en esa última hipótesis.

Si mi tribu debe defenderse, no tendré más remedio que estar a su mando.

- ¿Y si, al contrario, el rumi la tomase con vuestros vecinos Aït Yacob U Aïsa?

- Taïbi, me estás fastidiando. Solo Dios sabe el porvenir.

El enviado de la yemaâ al haber llegado en el momento preciso en que El Haj eludía una respuesta categórica, la alegría de Taïbi fue inmensa al escuchar las noticias que traía.

- En tales condiciones, se dice, la tarea de El Haj es simplificada y " nosotros " vamos a poder atacar a los Aït Yacob U Aïsa sin que los Aït Isaac se metan en ello. " Nosotros " hasta podremos, a no ser El Haj un imbécil, hacer provocar un poco de algara⁽¹⁾ entre las dos tribus, lo que arreglará los asuntos del hakem y al mismo tiempo me permitirá traer estadísticas de las pérdidas tan frecuentes e inexactas como lucrativas.

Cuando los dos compinches llegaron al aduar donde la yemaâ se encontraba reunida, contaron para El Haj el relato de los acontecimientos y le pidieron que dijera su opinión sobre lo que se debía hacer:

- Quedémonos en casa, dice el amghar, porque si los Aït Yacob U Aïsa han restituido al rumi el prisionero de la Aqisari, ello no quiere decir que por lo tanto se acabó el asunto. Al suponer que el hakem consienta personalmente perdonar la agresión, los *mokhazenis*, ellos, no dejarán de reclamar la venganza de su camarada vuelto a casa en las condiciones que sabéis. Así que, es inútil romper el pacto y pasar por ser malos Musulmanes: bastará con no echar una mano a los Aït Yacob U Aïsa, que nos han ofendido, si fuesen atacados un día.

Al ver que la yemaâ adoptó esa opinión y decidió aconsejarla a los Aït Ahmed U Aïsa cuyos delegados sufrieron la misma afrenta, Taïbi juzgó inútil esperar mucho más. Entonces se fue a comer en casa del amghar y, contento de su inesperado éxito, retomó el camino del puesto deseando ardientemente que el Capitán consienta por fin " atreverse ".

(1) Juego de caballos y pólvora (Ver el léxico); aquí, el confidente piensa en provocar la guerra entre las dos tribus.

SEGUNDA PARTIE

VIII- La Réplica

El Capitán Alain había pasado una buena parte de la noche ocupándose del papeleo administrativo. Y, antes de retirarse para descansar un poco, convocó al chauch Lehcen y a los sargentos de artillería Dyilali y Mustafa para escuchar sus opiniones, tomando un té, sobre los acontecimientos de la semana. Todos habían estado de acuerdo para decir que si la injuria recibida en Aqisari y las heridas infligidas a Raho U Ali no estuviesen vengadas de inmediato, el atrevimiento de los insumisos vendría a ser intolerable y tanto los destacamentos como los aislados dejarían de estar en seguridad.

Mira, Capitán, dijo el chauch, para los beréberes, la afrenta se lava con sangre. Tú eres quien manda, puedes ser bueno y perdonar si quieres. Mas los de en frente, como nosotros, no lo entenderán y, tanto como en este invierno, explicaran tu conducta hacia ellos como una debilidad. De todas formas, lo cierto es: que si no reaccionamos rápidamente, habrá que esperarse a unos serios acontecimientos.

Así, la llegada de Taibi, por la mañana, no hizo sino añadir un argumento más a favor de la acción ya decidida:

-Nos hallamos, escribió el Capitán a su jefe, empujados a la ofensiva, no sólo por la necesidad de restablecer nuestro prestigio demostrando a los insumisos que seguimos siendo fuertes, sino también por la obligación de adelantar un ataque general de los Aït Yaqob U Aïsa cuya actitud, que noté ayer, no permite más dudas. Y, creo que lo de la ultima vez no ha sido sino un incidente para los beréberes, pero un incidente bien hecho como para exaltar su moral puesto que, a pesar del abandono de dos cadáveres en el terreno, pueden sentirse orgullosos de haber capturado, martirizado y en fin revendido a un mokhazni, tratando así de igual con nosotros.

De todas formas, nos hallamos en buena postura para infligir al enemigo una severa lección lo que disociara, lo espero, su pacto de alianza y nos traerá un influyente notable. En la precedente correspondencia, tuve el honor de presentarle al Hayi Ali, quien pone como condición a su entrada en discusiones

con nosotros, la previa derrota de la gente del Dir. Los Aït Yaqob U Aïssa que han provocado al Amghar de guerra de la confederación y enojado gravemente a los Aït Isaac y a los Aït Ahmed U Aïsa, pueden considerarse, ahora en adelante, como aislados. Son guerreros de valor reconocido, pero solo pueden contar, en caso de sorpresa, con 500 fusiles de varios modelos aun constituyen su armamento y el de Aït Bu Haddu, sus actuales huéspedes, a bajo de Buyghsayn. Además, los rebaños están volviendo hacia nuestras obras acercándose a la torre y al puesto, y puedo contar cuantos guardias los acompañan.

Aprovechando de la libertad que usted me dejo, propongo atacar mañana, sábado, día en que los Aït Isaac van a su zoco de Kheddi, a mas de 30 kilómetros al ueste del lugar de la acción proyectada. Solicito que Buazza Uld Moha U Hammu, jefe del Makhzen de Khenifra y de los partidarios Zaiyanes, venga a mi encuentro al Aqisari, hoy a las 12h.30 y de allá, ir a las alturas de Bu Tnifest desde donde se descubre perfectamente la región y donde decidiremos de los detalles. Deseo mientras tanto que los 500 caballeros de Khenifra sólo dejen su puesto a la ultima hora y a mi orden.”

A las 11 horas, habiendo recibido por teléfono el aviso aun su proyecto ha sido aprobado y que Buazza U Hammu llegaría a la hora indicada, el oficial almorzó de prisa, se equipó como para la caza y, seguido por su escolta habitual de seis caballeros y de sus tres principales subalternos, el Capitán se dirigió hacia el Aqisari.

Buazza lo había adelantado y cazaba. Los tiros de fusil y los clamores de sus sluguies (1) se oían desde muy lejos(1).

Cuando los dos grupos se encontraron, sus jefes, unidos por una sincera amistad, se abrazaron; luego, continuando a dar el pego a los insumisos que podían encontrarse en los alrededores, se dirigieron todos hacia el dyebel Bu Tnifest en una formación que aseguraba la seguridad del destacamento sin quitarle nada de su cadencia pacífica.

Se dejaron los perros a mano de tres caballeros en el ued Seru a fin de evitar que sus ladridos llamasen la atención del enemigo.

Llegados a los peñones desde donde se dominaba el país, la caballería puso pie a tierra en el vertiente amigo, y el Capitán, Buazza y los de grado de ambos puestos, todos proveídos de prismáticos, treparon hacia unos enormes y

(1) (1) perros de caza

frondosos lentiscos desde donde, dos por dos, se pusieron a observar.

Lo que vieron con sus ojos fue un espectáculo de los más reconfortantes. La llanura distante de sólo 6 kilómetros estaba llenísima de ganado: bueyes, corderos, cabras, caballos, yeguas, asnos, y ello hasta las primeras pendientes del Dir en donde los aduares se hallaban colocados en forma de unos imponentes círculos negros. Sin embargo, de toda evidencia, había más animales entre Sidi Bu Ali y la Zauiya de Aït Isaac que en ningún otro lugar. Unos caballos ensillados estaban en la estaca en cada aduar como de costumbre, pero los puestos de vigilancia eran poco numerosos. Cada puesto sólo contaba tres o cuatro hombres que parecían más preocupados por hacer cocer los "tibubalin", tan apreciados en la región, que por asegurar la guardia. En la llanura, a bajo de las primeras pendientes, se veían claramente las dos khaymas de Vencer cuya situación interesaba particularmente al vindicativo Lehcen U Ali. En fin, tal como lo declaró Buazza Uld Moha U Hammu al oficial, el asunto se presentaba de manera excepcionalmente favorable:

- Podemos, mi Capitán, limitando nuestras ambiciones, capturar a todos los guardias y unos 3000 animales. Para ello, tendremos que cortar directamente a nivel de las dos khaymas aisladas que se ven allá y recaer hacia la derecha recogiendo todo lo que hallaremos a nuestro alcance. La intervención durará dos horas como máximo, lo que no dejará a la gente del Kebbab tiempo para intervenir. Entonces propongo lo siguiente: quedar con los caballeros de Khenifra, en el Aqisari, a media noche y luego dirigirlos al barranco que ves cerca de las dos khaymas aisladas donde se emboscarán antes del amanecer. Mandar al mismo tiempo los 50 caballeros de la Zauiya al pico de Buyghiden donde servirán de reserva y de repliegue y contendrán en caso de necesidad a los Aït Isaac que pueden moverse a pesar de la confianza de Taibi y el alejamiento de su zoco. Este grupo, que tendrá que soportar la gran parte del barud final, deberá traer con él tres cajas de cartuchos para su propio abastecimiento y el nuestro.
- Entendido, contestó el Capitán. Yo también, tengo confianza en la operación tal como la concibes. Entonces vamos a comunicar estas disposiciones a los de grado y regresar.
- No, mi Capitán, por Dios, no digamos nada a los "chauches" por el momento. ¿Qué deben saber? Es cierto que son hombres de confianza pero sus esposas son tan boquirrotas y la montaña está tan cerca...

Entonces volvamos tranquilamente cazando, avisemos Khenifra, comamos una buena liebre y durmamos una horita. Informaremos a nuestros hombres una vez que hayamos dejado el puesto con ellos. Además, como puedes darte cuenta, ellos entienden muy bien que tomemos el tiempo de pensar antes de decidimos.

Sin sentirse ofendido por la bien merecida lección de prudencia que su valioso amigo acababa de darle, el Capitán Alain dio la señal del repliegue y partieron al Turguilal después de que Buazza haya enviado a dos de sus hombres al Aqisari con la misión de parar hasta su llegada a la gente que podría venir de Khenifra durante la noche.

Ahora, en el puesto, donde la llegada de Buazza, organizador de actos de valor, hace presagiar algo, los hombres duermen a medias con la esperanza de que la orden tan deseada no tarde en llegar.

En las tiendas de campaña de los mokhaznís y los abrigo de los "gumis" unos grupos de hombres charlan alrededor de platos de cuscus y tazas de té ardiente, mientras que en la comida de los oficiales, donde se ha recibido al "Teniente Buazza", se celebra con champaña en honor al joven jefe.

En la caballeriza, como si una orden misteriosa hubiese circulado, los caballos recibieron una amplia ración de cebada y el lugar se llena de ruidos de mordazas y de alegre piafar.

En la pista de Khenifra, en el mismo momento, una caballería avanza en dirección de del Aqisari. Hay unos albornoques azules de mokhaznís y otros blancos de partidarios, éstos constituyen la gran mayoría. El silencio es total. Hasta los caballos parecen obedecer a una consigna al no relinchar. Sólo, de vez en cuando, un murciélago pasa, rápido y extrañado, en un frufú sedoso, mientras tanto unos sapos, indiferentes, chirrían en las marismas de la vecindad.

Los chauches, por el momento consagrados a este difícil mando, se dan aires y se meten, majestuosos y dignos, en unos sitios dominantes, para ver desfilar sus cohortes...

Y entre esos hombres que van voluntariamente a la gloria y a la muerte con la única ambición de agradar a su jefe Buazza y al oficial francés, no vemos sino marroquíes, a veces recién sumisos. Están Baadí, Mulay Driss, Lebsir, Lehen, todos hijos del gran jefe desaparecido y hermanos de Hassan el Pacha, de Amhroq su califa y del que espera en el puesto vecino la hora de escribir

una nueva página de heroísmo en nombre de Francia. Están también los chauches Mohamed U Chart y Hammu Abuhsus, los dos Ahizunes (cojos) que ya perdieron el uso de una pierna en alguna parte y que continúan a combatir pese a su achaque, porque no tuvieron tiempo de aprender a hacer otra cosa. Están también Mulay Ahmed Uld Budyemaa que fue uno de los acompañantes de Moha U Hammu, Moha U Cherif que era el enemigo de ese mismo jefe pero que asiste a sus hijos, Mbrek U Ghadi que rechazó el liderazgo de su tribu para quedarse en la "sombra" de su ídolo Buazza, Bennacer N Hammu cuya única aspiración es la de participar en esas salidas, porque siendo hijo de notable, considera que sería inconveniente excluirse de tal misión. Por fin, hay esta multitud de héroes anónimos cuyos nombres nunca aparecerán en la historia y que sin embargo escribieron con su propia sangre, en los campos de batalla Zaiyan y Ichkern, su reconocimiento por lo que Francia les aportó de justicia y esperanza.

Pero es media noche y, a esta hora, conforme a las instrucciones, los caballeros del Turguilal han sido movilizados, Buazza se reunió con su grupo y los dos destacamentos caminan hacia los sitios de emboscada. El Capitán Alain encabeza el elemento de repliegue, secundado por sus propios oficiales. Y, uno por uno, andando a tientas, en aquella oscuridad hostil y cómplice a la vez, los combatientes atraviesan los barrancos, trepan en las montañas, evitando los caminos frecuentados por los vagabundos insumisos y observando, pese a las caídas y las molestias, un silencio de muerte.

Por fin, hacia las tres, los grupos llegan a sus "hoyos" de espera donde se echan alegremente a dormir un rato, mientras, no muy lejos, en donde el enemigo, los perros ladran furiosamente sin saber porqué.

Sin embargo, las horas pasan. El sol esta apareciendo y Mohamed U Chart, el único fumador de la honorable "dyemaâ"-como dice- ya ha fumado unos veinte cigarrillos y su albornoz bien ha escondido el fuego y disipado el humo traidor. Las botellas de té han sido vaciadas, pero el pan no ha sido tocado porque un buen combatiente nunca come antes del combate, a causa de las heridas posibles en el abdomen que son- como según cuentan el país- inofensivas para quien tenga el vientre vacío.

Ahora, cada uno en un lado, el capitán y Buazza, respectivamente ayudados por los chauches Lahcen y Mahamed U Chart, todos vestidos de caqui terroso, se hacen protagonistas.

Y bajo su mirada divertida, los aduares se despiertan, las Khaymah se abren bajo sus humos azulados, los cercos de bestias dejan escapar vacas y ovejas con sus ubres hinchadas de leche, mientras becerros y borregos por fin desatados, corren en todos lados en busca de sus madres y de la mamada. Sólo los perros vencidos por el cansancio, comienzan a dormir entre las estacas de las Khaimah, gruñendo aun por costumbre, los dientes amenazantes contra el enemigo imaginario.

A las diez horas, el sol habiendo vencido el roció tan funesto al ganado, un primer rebaño de corderos sale del aduar, y la mancha blanquecina que forma sobre la tierra roja se ancha, se hace pequeña, redonda, según la hierba y el pastor, un pequeño zagal de unos diez años, armado de un largo bastón. Luego, otros rebaños siguen, constituidos de todas especies de animales, andando al mismo ritmo perezoso, precedidos o seguidos de chavales, de chavalas, así como de ancianos que a pesar de la edad, el destino les ha condenado a sufrir hasta el final. A lo lejos, detrás de aquella mar mugiente y balante, cuya cacofonía llena de alegría los corazones de los mokhaznís que corren, grupos de jinetes aparecen, aumentando la cadencia para adelantar el ganado.

Buazza destaca a seis y el Capitán otros cuatro, encabezados por tres o cuatro guerreros cada uno. Van despreocupados, sin pensar en el peligro, hacia sus puestos de guardia y cabalgan, se paran, cantan o bromean al paso con la chica del vecino que anda en los once años de edad y cuya cabeza se adorna ya, bajo el sol brillante, con una maravillosa corona de flores del campo.

En fin, los relojes indican las dos de la tarde y los enemigos están en sus puestos, después de haberlos registrado minuciosamente antes de poner los pies en el suelo. Alrededor de nuestra gente que comienza a perder paciencia, numerosos fuegos se encendieron cerca de los cuales las chiquitas se agitan,

obedeciendo ya a sus jóvenes compañeros y intentan asar la liebre matada a golpes de bastón, el gorrión capturado con pegamento o las deliciosas "tibubalin" cuyo nombre no pueden pronunciar sin enrojecerse, como si supiesen ya... Unas viejas mujeres están también allí, dobladas sobre sus minúsculas layas, en busca de unas preciosas raíces y que pueden, de un momento otro, venir hasta las emboscadas y dar la alarma.

Entonces, Buazza Uld Moha U Hamu, después de haberse asegurado de que el sol esta a su ventaja a esa hora y que va a cegar a los tiradores enemigos que vienen todos del este, se arrastró despacio hacia sus caballeros, ordena "a caballo!" y, de pie sobre los estribos, la camisa arremangadas ojos echando llamas, quita su corcel y atraviesa el sesgo protector como un bólido, seguido por una tromba tumultuosa. En un cierre de ojos, llega al pie de la montaña, sembrando detrás de él una nube de bravos, algunos, designados de antemano, se encargan de empujar los rebaños hacia el Capitán Alain, listo para acogerlos y a protegerlos, y los demás hacen disparos. La llanura esta llena de gente y de animales enloquecidos, las crestas se llenan una a una, unos fuegos de alarma se encienden sobre todas las cumbres, unos albornoces se agitan desesperadamente en todas partes buscando auxilio, mientras tres caballeros azules, quienes, al azar, recibieron la consigna del chauch Lahcen, atraviesan rápidamente la línea fijada y tranquilamente, como si no tuviesen ninguna prisa en esa tempestad, meten el fuego a las Khaymah de Bennacer y lo traen antes que tuviera el tiempo de subir a caballo.

Entonces, detrás la inmensa fila del ganado capturado y de los prisioneros dirigiéndose al puesto francés, bajo la protección de una guardia dispuesta a luchar, el combate, el verdadero combate comienza desesperado, implacable.

Todos los Aït Yaqob U Aïsa y los Aït Bu Haddu están, pero están solos y saben que son impotentes contra esa falange tremenda que les insulta, les desafía y arroja la muerte alejándose detrás de sus botines.

En cuanto a las Imazinatn de Kebbab y a los Aït Isaac, esas <judíos> malditos, que fijaron el día del zoco un sábado, quizá están contemplando cos alegría, desde la alto de sus montanas, el desastre que sufren las valientes tribus de la llanura. No hay, pues, socorro que venga y la victoria será del "rumi"(1), pero ¿Qué importa? Hay que salvar el honor y conservar el derecho de hablar con dignidad más tarde. Los disparos se suceden, los enfrentamientos de

(1) Los Europeos o cristianos en general.

cuerpo a cuerpo empiezan, salvajes y crueles, en todas partes, movimientos giratorios se inician, el enemigo intenta envolver a los nuestros y de dispararlos en la espalda, a fin de crear el desorden y de por lo menos recuperar sus presos. Pero sería sin contar con la presencia del Capitán Alain, con sus caballeros, entre ellos el fogoso Lahcen, quien critica a su manera las fases del combate en espera de la hora de atacar.

Entonces, dejando la mitad de sus hombres en la posición que sería peligroso evacuar por el momento, el oficial rueda cuesta abajo, avanza en dirección de la región de Aït Isaac donde unos peatones perplejos empiezan ya a aparecer y en un ataque inaudito del que Buazza Moha Uld Hamu dirá luego que nunca había visto parecido ataque, derriba y borra, como bajo un inmenso golpe de rastrillo, los tan atrevidos in sumisos que ya empezaron los gritos de alegría. Unos jinetes caen con las manos crispadas sobre sus armas. Unos caballos se encabritan bajo las heridas agudas y derrumban. El chauch Lahcen había ya cambiado dos veces de montura, reenviar a "sus madres" los mokhaznís demasiado tímidos. Se oyen insultos e injurias, de una cresta a otra, en un zumbido de balas irritante como el de un enjambre de abejas. Luego, los hombres empiezan a perseguirse unos a otros, en todas las direcciones, algunas persecuciones terminan por capturas, otras por la muerte, en un desafío feroz al cuchillo, y otros terminan en el lodo grueso de una charca cubierta de narcisos blancos y donde ahora unos caballos espumantes empantanados se debaten.

Finalmente, el enemigo agotado, abandona en todas las posiciones mientras los cañones del puesto, entrando a su turno en acción, a cavan con el enemigo y siembran en terror asta muy lejos, sobre las alturas de Sidi Bu Ali, como si que sierran castigar a los indiferentes, que quedaron allá, por su cobardilla.

Entonces, el tiroteo se apaga poco a poco y los vencedores vuelven a su puesto desafiando aun, con sus cantos y sus gritos, la montaña lastimada...

IX- Después del combate

En el puesto del Turguilal, en donde se espera a los guerreros, se nota una gran agitación. Hombres, mujeres, chicas y hasta los soldados que ya no tienen porqué quedarse en sus puestos de alerta, se dirigieron hacia la posición sur donde hay dos cañones en acción y de allí, puestos en cuclillas al pie de la muralla del fortín en adobe, siguen las peripecias de la fase final del combate. La gente se da prisa, se atropella, grita, se injuria, para llegar a hacerse un sitio conveniente al lado de los <itobdjienes> artilleras mientras, a intervalos regulares, los obuses rompen el aire encima de las cabezas y van, bramando, perderse en los barrancos cubiertos de maleza. Y, a cada <salida> que barre el suelo alrededor con su terrible soplo, cientos de ojos fijan a lo lejos grupos de enemigos en marcha, deseando que un copo blanco vaya a sembrar el pánico, volcar caballos, pulverizar carne viva... Pero vana espera...

Los ruidos se suceden y las montañas gimen sin cesar, los artilleros aceleran cada vez más la cadencia de su tiro, en gestas de autómatas, sin que los puntos blancos del llano aceleren su retirada. Todo lo contrario, como si quisieran burlarse del trueno del "rumi", disminuyen ostensiblemente el ritmo, parándose sobre cada cresta encontrada para observar, para seguir luego su marcha lenta e indecisa, probablemente para llegar lo más tarde posible a sus aduares en luto. En cuanto a los proyectiles, cuya llegada acechan los espectadores del puesto, estallan allá lejos, en los profundos barrancas que se cubre rápidamente por un mar de humo y de polvo.

Entonces, la muchedumbre decepcionada protesta. Quiere ver a hombres caídos y a caballos huir enloquecidos... Quiere poder vanagloriar en fuerza del "rumi" y de sus amigos, luego, cuando los a quienes la muchedumbre de sea la muerte sin duda se hallan sus propios familiares y que su pérdida la afectaría y la haría llorar, pero ¿qué importa? Es la guerra y cuando hacemos la guerra debemos matar. Unas dos viejas insumisas, solas, que el negocio ha sorprendido en el puesto en donde vinieron a ver a unos parientes, se aíslan de los demás, silenciosas y ansiosas, temblando de antemano pensando en las

noticias que les esperan al lado de la disidencia donde deben volver luego, si dios quiere y el cristiano también...

Por fin, los primeros caballeros aliados aparecen en la meseta Buyghiden, detrás de la Zauiya. Llevan unos albornoces azules y unas ganduras blancas que dan al campo florido, bajó el sol de abril, un aspecto aun más encantador. Se oyen ya sus gritos de alegría y sus cantos de victoria. Detrás, siguen en masas compactas, bueyes, borregos y cabras cubriendo todas las pistas. De repente, los alrededores del fortín se vacían como por arte de magia y todas corren a toda prisa hacia los recién llegados. En pocos minutos, a pesar de las zarzas y los barrancas, la gente se reúne, se informa, se felicita, mientras que el ganado se junta en la plaza del zoco de la Zauiya para contarla y repartirlo. Pero esas operaciones solo interesan a los jefes. Además, las reglas que rigen esas operaciones son tan precisas como para asegurar a cada uno su justa parte. Que el Estado tome pues su lote, que se sirva con generosidad a Buazza, el valioso jefe indígena de la expedición, las familias de los matados, los heridos, los artilleros, la guarnición, los pobres... y del batín quedará la suficiente para los guerreros que por ahora solo de sean gozar de su éxito.

Entonces, de un gesto liberador, el jefe francés abre la fiesta. Como durante el ataque reciente, quinientos jinetes invaden, sobre sus monturas agotadas, las cercanías del puesto y allí, bajo las miradas de sus esposas que gritan los tradicionales "yu-yu" de entusiasmo de entusiasmo, y de los Ait Isaac que empiezan a mostrarse tímidamente sobre las alturas de Sidi Saïd, se libran a vertiginosas "fantasias".

Cabalgan en todas las direcciones en grupos de diez, de quince. La espuma sale de nuevo de las bocas de los caballos bajo el efecto de las heridas causadas por los estribos agudos, los torpes caen y se levantan, y ello sin dolor, los niños demasiado curiosos terminan atropellados y estropeados, pero nada podría parar el furor y la alegría de los jinetes. Los grupos se desafían entre si, cantan, ríen, en una atmósfera de polvo que el sol poniente ora. Al mismo tiempo, salvadas suceden a otras, llevando a la cima del "dyebel" el eco de la famosa victoria, y muy cerca de los manantiales, bajo los complacientes árboles y hasta en las cercas espionas y densas, unas virtudes se dejan llevar por el lejano ruido de los tamborinos...

¿Los muertos? ¿Quién se atrevería a hablar de ellos en esa hora tan alegre? Ni siquiera las madres a quienes unos corderos hicieron callar su llorar. Así, los muertos del puesto fueron enterrados enseguida, quizás

aun calientes, a fin de que su vista no estorbe la alegría general. En cuanto a los demás, cargan ya sus mulos, con paquetes pesados y disformes, y van en busca de las lejanas "khaymas" familiares.

Pero, llega la noche y los estallidos cesan. Ahora, la "harka" ha formado un inmenso campo entre las dos construcciones del puesto. Los caballos, aun sillas, han sido atados a unos picos o a la cuerda y los animales del botín han sido aparcados junto a la casa del comerciante griego que piensa ya en los créditos con los mokhaznís y evalúa con alegría las entradas de esa tarde y del día siguiente.

Al lado de cada grupo de guerreros, un mokhazni convertido en carnicero en esa hora, pierde el aliento un cuchillo rojo entre los dientes, a causa del borrego que acaba de degollar y que ha de despellejar y vaciar. Otro, conocido por su manera de preparar el "mechwi"⁽¹⁾, se ocupa de mantener el fuego que ilumina la escena antes de procurar las brasas necesarios. Están rodeados de niños, cuyos ojos brillan de codicia, y que reclaman ruidosamente unos trozos de asaduras que sus madres esperan, impacientes, cerca de las hervidas marmitas. Mientras bajo cada taíma, dentro de cada casita de adobes, las jóvenes mujeres vestidas de fiesta con las manos rojas de "alheña" bailan ya y cantan a solas esperando que sus guapos caballeros piense por fin en ellas.

Pero, dejemos ese ambiente de victoria y veamos la que pasa, a la misma hora, entre los vencidos del día. Allí, los guerreros se han separado inmediatamente, cada uno yendo a su negro destino "esad ahebchan"⁽²⁾. Pero en los aduares, es un ambiente de gemidos, lágrimas, lástima... las mujeres se rodean en el lodo llorando y gritando, mostrando su luto. Los hombres desamparados, están tristemente sentados a proximidad de sus khaymas, el mentón sobre las rodilla, el capucho sobre la cabeza como para ocultar su vergüenza, los ojos vagos, dispuesto a llorar. Los chicos, conscientes del desastre, se quedan callados, muy quietos, olvidando hasta a su preferido cordero cabrito que adoraban tanto acariciar y adornar con "alheña", pero que están ya lejos, llevado por la tormenta que acaban de padecer. En cada aduar, mujeres, jóvenes y ancianas, y hasta las chavalas ya iniciadas, la cara asolada por sus hábiles manos, cantan en cadencia el ritual "agueydur"⁽³⁾ al rededor de los cuerpos de los matados o de las reliquias en sangradas. Otras, las manos

(1) - (2) Cordero asado.

(3) Ver léxico.

juntadas en la espalda, van lentamente de una khayma a otra, en infinitas lamentaciones, como si esperaban descubrir al ser amado que no responde a sus llamadas. Y el silencio lúgubre de los cercados de bestias, desgraciadamente vacíos, añade al desamparo general una te nota aun mas dolorosa que parte el alma. Ya no hay leche, ni mantequilla, ni carne y sin embargo habrá que recibir a los parientes y amigos que van venir para el pésame. Ya no hay lana y la frágil khayma que los vientos de invierno han gastado y desgarrado no puede más, mientras que el abuelo y los niños llevan andrajos.

Además, no quedan animales para montar y dentro de poco habrá que huir y solo Dios sabe adonde. ¿Mientras se cavan tumbas cerca del pequeño morabito blanco? Atacan con injurias el nefasto dios y a los que no pudieron evitarlo. Insultan a las tribus vecinas, esos egoístas, cobardes, colman de sarcasmos la incapaz "dyemora" y esa "tanaïlmat" de amghar de guerra, ese traidor de mala pata cuyas victorias reportan 400 duros y las derrotas no dejan a sus hermanos nada más que los ojos para llorar.

En cuanto a los guerreros de la tribu, esos habladores que triunfan a 50 contra un mokhazni aislado pero que ni siquiera pueden defender sus hogares, que sean maldichos para siempre.

Los desgraciados vencidos bajan aun mas la cabeza pensando con angustia al refugio que habrá que encontrar lejos del enemigo victorioso y al campo de trigo o de cebada, único sustento de la familia, que una impetuosa cerilla puede aniquilar esa misma tarde.

Están dispuestas a sublevarse contra los notables, responsables de su desgracia y de su vergüenza, y hasta, Dios mío ¿porqué no? Ir a discutir con el poderoso "rumi" cuya casita blanca brillará de nuevo mañana, bajo el sol del amanecer, más fascinante que nunca...

X – Los Vencidos

En el silencio angustioso del fin de esa noche, una larga columna de fantasmas blancos y de animales circula lentamente junto a la "al cazaba" de Sidi Bu Ali, en dirección del sur. Dos caballeros la preceden el fusil en la mano, veinte otros la siguen, mientras que los otros guerreros cuyas monturas reemplazan las bestias de carga ahora en Manis de los Franceses, se pierden en la muchedumbre formada por las mujeres y los niños.

Ni palabra, ningún grito, ni canto alguno entre esa población que sin embargo odia el silencio.

Pero, de vez en cuando, un largo llanto que no pudo ser controlado revela la angustia de una madre o el calvario de un herido.

Los niños más pequeños, montando burros dóciles, tiemblan bajo el penetrante frío que se hace cada vez más agudo.

Los niños de pecho hambrientos obligan a sus madres a sentarse al borde del camino y se agarran de sus bocas codiciosas y de sus manitas crispadas a sus pechos casi vacíos.

Cuando una bestia cansada, de manera traidora, se deshace de su pesada carga, a penas si se percibimos las imprecaciones de la mujer que no pudo impedir el desastre y un macho cerca que esta dispuesto a castigarla por su negligencia.

Cada uno avanza, lúgubremente, pensando en la dulzura de ayer y en la desolación de mañana.

Ayer...era la bella existencia, entre los grasos corderos y los divertidos cabritos, sobre unos opulentos pastos, en medio de prometedoras culturas, o sea en la profusión de todo lo que, en tierra berebere, permite hablar muy alto y hacer frente a todos. No se preocupaba del día siguiente, sabiendo que era garantizado. No se hacían inútiles cálculos porque la vida sonreía a todos en el aduar, bajo el sol temprano y bello.

La gente no se preocupaba de nada, pensando solamente a las fiestas familiares que querían hacer alegres y brillantes justo después de las cosechas, según la costumbre. Ya se habían anunciado a los amigos los matrimonios proyectados, las circuncisiones del año, y cada jinete había hecho su provisión de pólvora para la algarada. Y hasta se compraron unos jóvenes y fogosos caballos para mantener la reputación de la tribu cuando venga el momento de desafiar los clanes vecinos en unas pacíficas carreras de pólvora. ! Pero mañana! ...En él no se pensaba sino con horror, por aparecer tan oscuro y lúgubre. Los más ricos del agrupamiento iban a estar obligados a vender sus caballos y sus armas para vivir. ¿La celebración de las fiestas? Dios no la permitiría más. Además, todas las familias estaban más o menos afectadas por los lutos de anoche. Y encima de todo, el honor de la tribu acababa de ser gravemente comprometido puesto que los jinetes enemigos habían alcanzado las khaymas, llevado cautivos y capturado todo el ganado del agrupamiento. Entonces de ahora en adelante debían hablar en voz baja en las reuniones y, como vencidas y malditos, padecer sin protestar la ley de las fracciones permanecidas fuertes...

Entratanto, en la cima de una colina, una parada repente se produce en el grupo de cabeza. Se percibe claramente la caída de un cuerpo, luego un largo grito de angustia rompe el aire: <Ayughen!>⁽¹⁾. Y también, mientras una mujer se pone a llorar en el medio día, un grupo se forma alrededor de un caballo cuya silla está vacía y que un hombre mantiene rigurosamente para no dejarle la posibilidad de moverse. Al lado de la bestia, el herido de hace poco traicionado por sus fuerzas, se lamenta y se debate con toda la energía que le queda contra la muerte. La gente se apresura en torno a él, encienden un fuego en la zarza de al lado, sacan el "alheña" de un izar⁽²⁾ (sábana) mugriento, para un rápido emplasto, el agua ronronea en un hervidor traído en seguida. Pero todo era inútil... El té que debía salvarlo no estaba aun listo cuando el hombre, ya en el umbral del más allá, levanta el índice derecho hacia el cielo, para la ultima <chahada> y con fervor se rinde a su Creador: <La ilaha ila Allah, Mohammad rassul Allah> (No hay otro Dios que Alah y Mohammed es su profeta). Y los tolbas (especie de curas para los musulmanes) que unen esa multitud al Islam, se apresuran a su turno y, se ponen en cuclillas al fondo de una reguera, recitan el rezo de los muertos. Así, lentamente, en un último

(1) Ver léxico.

(2) Ver léxico.

estreñimiento de todo su ser, el hombre se hunde en el misterio como entumecidos por el lento ritmo del canto del saludo, mientras tanto las mujeres se alinean en el estrecho sendero y, frente al sol que intenta aparecer, acompañan el alma del difunto con el indispensable "agueydur"...

Ahora, ha llegado el día recordando a los fugitivos que el puesto francés los está mirando y puede con sus terribles máquinas hacer numeras víctimas. Entonces, una vez el muerto puesto sobre la silla y sólidamente estibado, con cuerdas y turbantes, la marcha continúa más rápida y dura. Se escalan nuevas cuestras, se atraviesan nuevas montañas, bosques, parándose apenas cerca de los manantiales, buscando a toda prisa la complicidad de la naturaleza, la más segura de los amigos, multiplicando a toda velocidad los obstáculos entre ellos y el enemigo.

Por fin, llegan al calvero de Taymaât con su roca cenicienta hecha para y, más allá, unas hondo nadas y cuestras acogedoras. Los jinetes, rápidamente, se ponen a buscar un terreno de campamento. Luego, en medio del repiqueteo de los golpes de mazos y del relincho de los caballos, los aduares se forman, lentamente, tristemente, mientras se cava una tumba y que la dyemaâ delibera...

La dyemaâ... su orgullo ha desaparecido así como su jactancia. Y cuanto siente la loca calaverada del Aqisari, la causa de su desgracia... Sin duda alguna, ha combatido el rumi y nada mejor pueda ser agradable para Dios como hada pudo decir mejor a las demás tribus el valor de los hijos de Yaqob U Aïsa. Pero habiendo atacado – sin haber sido provocado – hubiese podido tomar precauciones contra la revancha del enemigo y no lo hizo. Ahora, por culpa de la dyemaâ, la tribu se siente humillada, sus hijos están en el Turguilal –vergüenza suprema – y no se puede contar ni con la piedad del enemigo que de todas maneras no solicitarían, ni con la ayuda de los hermanos de la montaña que les costaría demasiado. Es cierto que hay la posibilidad de dirigirse a Sidi Mohamed Ben Taibi, el <agurram> de la confederación, pero tal iniciativa costaría también mucho por los regalos y los sacrificios que deben acompañarla y el grupo se ha hecho tan pobre.

Además, tal paso indispondría aun al rumi y comprometería la suerte de los presos sin poner fin al egoísmo de los vecinos que no olvidarían para nada, con certitud, el derecho de la tribu en cuanto a lo de entregarles el prisionero Raho.

La situación, pues, es sin salida y luego cuando las Khaymas estén construidas, la tribu desesperada atacará a sus notables y les pedirá que de las cuentas.

¿Qué contestarle pues? ¿Que el ataque del Aqisari había sido deseado por todos los guerreros de la tribu y no solamente por la dyemaâ? ¿Qué después de la victoria, la tribu no recibió una parte del precio del botín sino gracias al hakem cristiano? ¿Que la derrota de anoche se debía sobre todo a la negligencia de los guardias del ganado y la poca agresividad mostrada durante la defensa por la tribu? ¿Que en una palabra en ese país donde no hay amos, cada uno tenía una parte de la responsabilidad en el desastre acaecido?

Es cierto que tales argumentos quedarían sin réplica para la gente cuerda.

Pero razonar a una muchedumbre, sobre todo una muchedumbre berebere, no es cosa fácil y la dyemaâ la sabe mejor que nadie. Ininteligente, extravagante y excesiva en todo, es, en sus reacciones y sus desánimos, profundamente injusta e ilógica. Encantada por una empresa de la que en la caliente atmósfera de las reuniones públicas sólo podía entrever las ventajas de todo tipo, esa misma tribu se espanta a las primeras dificultades y cede al mínimo signo de derrota. Como puede llevar a la cabeza a de la tribu a un ídolo por admiración tras un éxito o de un acto de valentía, puede también y sin vacilar condenarlo a su primera derrota y sin consentir a buscar las causas. Es, además, incapaz de tal deseo de equidad siendo indiferente a todo lo que no halaga sus instintos. La dyemaâ debía considerar la posibilidad de una rebelión de la tribu contra ella y hasta, como siempre en tal caso, una escisión entre las fracciones que complicaría peligrosamente la situación. Sólo había una manera de evitar esa nueva calamidad:

Acusar a los vecinos de la desgracia del grupo y engañar la opinión pública dando nombres extranjeros. Justamente el amghar de guerra del Dir, elegido entre los Imazinatn, se ha mostrado incapaz por no haber ordenado ninguna medida de precaución contra el rumi después de la reunión del Kebbab. Por su parte, los Aït Ahmed U Aïsa y los Aït Isaac cuyos aduares instalados sobre las pendientes des Dir habían asistido con indiferencia a los combates de anoche, habían hecho prueba de su cobardía. Sería pues fácil de desviar la tormenta que amenazaba la tribu y estaban decididos de hacerlo, aunque debiesen sacrificar la inútil alianza concluida con los vecinos para salvar la unión interna de la tribu...

Mientras la dyemaâ se inquietaba por su propio destino y del porvenir del agrupamiento, los sesenta aduares de la tribu se habían instalado según las indicaciones de los demás notables.

Ahora, sus masas oscuras, rodeadas ya de cercos de espinas (afrag) edificándooos de prisa por las mujeres, cubren toda la vertiente este del dyebel Buyghsayen.

Se han agrupado por familias para soportar mejor la adversidad y, también, para hacer frente mejor a la terrible invasión de <Imhzan>. Las personas que vienen para presentar su r pésame a la familia del muerto y que hay que tratar con dignidad.

Cuyos primeros han llegado ya y que, por algunas palabras de pésame a menudo hipócritas, van a engullir las últimas puñaladas de sémola de la Khayma y su últimas gallina.

Los árboles que ninguna ley protege, gimen bajo los golpes de las impetuosas hachas.

Los manantiales, hoce poco tiempo tan bellas, se han vuelto empantanadas. No sólo les han pedido su agua, sino que les han despojado hasta de las hierras verdes que los adornan. En todo el entorno, la gente y las bestias hambrientas, hormigueando entre los pastos y los montes bajos, se disputan las raíces y las hierbas, trastornan la tierra, destruyen unos espléndidos arbustos. Han invadido hasta las culturas de la vecindad cuyos propietarios acuden ahogados o lanzan, desde may lejos, a los culpables ===== injurias.

Por allí por allá, un humo azul filtra a través de la trama de algunas Khaymas ricas, indicando que a pesar de toda la vida empieza a recuperar sus derechos.

De repente, dos detonaciones resuenan en un ruido siniestro y en el inmenso campamento es el zafarrancho general. Las mujeres gritan y lloran aun antes de saber lo que pasa. Los hombres vuelan a sus caballos. En un abrir y cerrar de ojos, toda la cresta del dyebel se llena de guerreros listos para la batalla. Pero no hay enemigo alguno; hasta los más adelantados no han visto nada. Buscan en los barrancos, suben sobre las rocas dominantes, se agarran a los árboles, pero sin más éxito. Los perros mismos acostumbrados a las batidas, se dan por vencidos y esperan, el vientre al sol, que sus amos los devuelvan a la Khaymas.

Entonces, como para burlarse de los demás, un jinete surge de su insospecha escondida y, orgullosamente plantado sobre su caballo babeando aún, arenga a los del entorno:

- Es así, hermanos, como perdéis nuestras batallas. Vamos os creía más fuertes. Hay que decir que vuestra derrota de ayer os ha completamente

transformado. De todas formas, aquí estoy entre vosotros. Me he escapado del rumi –Que Dios lo maldiga – u os pido que me recibáis.

La estupefacción fue general. ¡Qué! ... ¿No sólo que ese traidor de Ali U husa, el propio hijo de Husa U Mhend protector del prisionero del Aqisari, se atrevía a reaparecer en la tribu después de haber servido al cristiano, sino que tenía la audacia de insultar a los guerreros y de reprocharles su derrota? *Algunos lo sospecharon inmediatamente de preceder a una columna, otros lo acusaron de haber venido a "robar" o simplemente a "informarse" para indicar al hakem el nuevo lugar del campamento. Cuando unos caballeros se apresuraron sobre las alturas de Sidi Bu Ali para registrar de nuevo la zona, la muchedumbre se precipito sobre el "enemigo" y lo obligó a bajar del caballo y a dar explicaciones.*

-Dinos lo que has venido a hacer aquí, perro maldito, o te fusilamos inmediatamente. ¿Donde están tus compañeros? ¿Donde esta la columna? ¿Donde esta tu jefe?

¿Mi jefe? Tengo solo uno y es el vuestro también: La Ilaha Illa Allah Mohammed Rasul Allah. ¿La columna? Ninguna columna hay. Estoy solo y vengo hacia vosotros como hermano arrepentido. He abandonado los rangos del cristiano para venir a reintegrar mi sitio entre vosotros porque al haber visto a mi tío Bennacer – prisionero del rumi- y a los demás cautivos se me partió el alma. He pensado toda la noche antes de decidirme porque estaba contento, porque nada me faltaba y porque, en fin, volver hacia vosotros sabiendo que seguramente el invasor no tardará en mandar este país, era una condenación a muerte cierta un día mas o menos próximo. Pero, a fin de cuentas, tomé mi resolución porque el sentimiento de honor ha vencido. Ahora estoy aquí entre vuestras manos con mi caballo y un arma que pertenece al rumi. Haced de mi lo que os guste. Si estimáis que el abandono de mi tribu merece la muerte, estoy listo para sacrificar mi vida, no habiendo pedido protección a nadie, absolviendo hasta a mi padre que veo entre vosotros, de la que Dios, a falta de nuestras costumbres, le obliga a concederme. Si, al contrario, pensáis que mi brazo y mi coraje pueden servirlos, así como mi conocimiento de la guerra y de las costumbres del rumi, os los ofrezco. De todas maneras, sepáis que he vuelto a ser "Amazigh" como vosotros, que la derrota de ayer me afectó dolorosamente tanto como vosotros y que de ahora en adelante mi único deseo es vengarme de los que sembraron el luto en mi tribu."

Hubo un instante de vacilación y unos murmullos. Parece que la gente estaba perpleja.

Estaba preguntándose si el hombre no fuese un espía perdido y si, después de haberse sido acogido, Ali U Husa no escaparía de nuevo hacia el puesto francés para servir de guía en un próximo ataque. No obstante, había tanta sinceridad en él y las familias de los presos deseaban ardientemente preguntarle por los suyos, que su perdón parecía cada vez más asegurado. Su vuelta a la tribu era por otro lado una cosa excelente en las actuales circunstancias: rehabilitaba un poco el agrupamiento ante sus vecinos.

En fin, Ali U Husa aunque es "ameyud" (tiñoso) era uno de los mejores guerreros del Dir y era el único hijo de un notable respetable.

Un viejo, rompiendo el silencio agobiante que pesaba sobre la asamblea, tomó la palabra y concedió el perdón:

-En nombre de todos los guerreros reunidos aquí y de los demás, sea bienvenido entre nosotros, hijo mío. Habías deshonrado la tribu al unírte sin motivo a nuestros enemigos, y te habíamos maldicho. Pero nos vuelves sin haber matado a nadie entre tus hermanos, estas decidido a ayudarnos en la obra de venganza que nos incumbe y ello basta para hacerte readmitir en tu sitio de antes. No obstante, conoces nuestras costumbres, que son sabias: necesitamos a un "ahmil" para ponernos al tanto de tus actos...

-¿Un "ahmil"⁽¹⁾? ¿La costumbre? Jamás. No soy ni judío ni extraño a la tribu. Nací entre esas rocas como todos vosotros y los muertos de mi familia están con los vuestros en todas partes. Vuelvo entre vosotros libremente, abandonando hasta la comodidad en al que vivía para compartir vuestra miseria. Entonces no quiero mendigar el favor de nadie y mi único fiador será mi fusil, si me lo dejáis. Sino, matadme o dejadme ir a vivir en otra tribu como un "anedhlib" incapaz de librarse de su deuda de sangre."

Ante tal enérgica actitud, el viejo perdió todo control. La cosa se complicaba. Perdonar a un traidor para aumentar de una unidad el número de los defensores de la fe, es algo fácil y hasta lícito cuando un fiador garantiza el porvenir. Pero empujar la violación de la costumbre hasta perdonar sin condición, es algo grave que sin duda los vecinos interpretarían muy mal. De todas formas, el asunto necesitaba que todos los notables reunidos deliberasen seriamente. El padre de Ali U Husa estaba allí y probablemente no faltaría de

(1) Ver léxico.

dar su palabra a favor de su hijo. Pero Ali U Husa ganaba cada vez más la simpatía de la muchedumbre. Sobre todo la de las mujeres que eran las más sensibles a su bravura y al blancor de sus vestidos, también la de los padres de los prisioneros del puesto que deseaban saber lo más pronto posible del destino de sus hijos. En cuanto a Husa, conocía demasiado a su hijo y sabía el favor del que gozaba por parte del Hakem y de su jefe Buazza Uld Moha U Hammu como para creer un solo instante en su odio al francés y en la sinceridad de sus nuevos sentimientos hacia sus hermanos. Tarde o temprano, sin duda, volvería a la zona sumisa, dejando a su "ahmil", sea quien fuese, en apuros con la dyemaâ... Así que, el único caso en el que se debía intervenir en su favor, caso improbable, es el de la amenaza de muerte.

- No estéis sorprendidos, hermanos, si no me ofrezco como fiador de mi hijo. Os lo ha dicho él mismo, reivindica por sí solo la responsabilidad de sus actos y en eso le apoyo totalmente. Cuando un hombre vuelve de nuevo hacia el Islam en las condiciones como acaba de hacerlo, no tenemos el derecho de poner en duda sus buenas disposiciones. Pero, aunque no merezca una tal confianza, nada me obliga más que a otros a comprometerme en su nombre, porque desde su huida hemos cortado toda relación y sabéis que ya no tenemos nada en común. Haced pues de él lo que os de la gana. Me someto de antemano a vuestra decisión y degollaré a mi hijo de mi propia mano si me lo ordenáis.

A esas palabras, la muchedumbre perdió todo interés y de todas partes, se gritaba que tal discusión era ridícula, que se le debía poner fin, que la tribu se volvía feliz puesto que uno de los suyos regresaba a su religión, y que no quedaba más que festejar el acontecimiento.

Entonces, sin más vacilar, se rodaba cuesta abajo hacia los aduares, mientras que Ali U Husa, libre y alegre, tomaba la cabeza de un pelotón de jinetes y, en una cabalgada insensata, entraba en el campamento en medio de disparos de fusil y de yu-yu.

XI – La Historia de Ali U Husa

El interés de la vida de los puestos adelantados para los Oficiales de los asuntos indígenas se halla esencialmente en el contacto que establecen y conservan con las tribus disidentes o insumisas.

Atraer, charlar, conocer, tranquilizar y convencer sin derramar sangre, luego organizar, aconsejar y enriquecer a sus nuevos administrados, he aquí la ambición de los Oficiales de los distritos y lo que hace la gloria de los mejores entre ellos ante sus jefes.

El combate viene como ultimo recurso, si es indispensable para mantener la seguridad en sus respectivos distritos, o si, habiendo agotado en vano todos los argumentos pacíficos, se hallan obligados a recurrir a la batalla para persuadir al adversario por el interés superior de la causa en marcha.

Quizás a algunos lectores no iniciados les sorprenderá un tal estado de espíritu, pero es real y basta con vivir durante algunos días en contacto con un distrito del frente para darse cuenta de las tendencias pacíficas que en él reinan.

Tendencias que responden ante todo a las directivas de arriba que son imperativas y claras, luego a la influencia irresistible de la existencia necesariamente severa y fastidiosa de los puestos "de contacto".

Para el mandamiento, heredero convencido de los métodos coloniales ilustrados aquí por el mariscal Lyautey y su pléyade de segundos, los Berriau, los Huot, los Henrys, los Poeymireau, los Huré y tantos otros, el marroquí no debe considerarse nunca como un "enemigo".

Es, como mas, un adversario momentáneo que puede ser necesario de combatir, pero cuyo destino seguro es él de ser mas o menos rápidamente- según las circunstancias y las capacidades de los que tienen por misión de conquistarlo- un socio, un sincero amigo de los Franceses. De hecho, la violencia que perpetua el odio debe ser desarraigada de los programas de acción cada vez que ello sea posible, y matar sin necesidad es un crimen contra el interés nacional. El honor del individuo, su familia, su religión, sus bienes,

deben ser, en todo caso, respetados. Y cuando unas represalias se imponen, su necesidad ha de ser evidente para todos y que los que las padezcan sean los primeros a considerarlas siendo de buena y justa lid.

En cuanto a la influencia del aislamiento y del ocio, es, lo repetimos, cierta y considerable. Que se imagine además la existencia de un jefe de un puesto adelantado y se convencerá uno de que no podría ser de otra manera. Puesto a la cabeza de un puñado de soldados y de algunos mokhazníes, encerrado con ellos entre unas murallas con una misión esencialmente defensiva, devorado por unas ganas intensas de actividad, pero condenado a la inacción por el vacío que reina alrededor del puesto, tiene una sola preocupación: tranquilizar los que huyen de él porque ignoran todo de sus intenciones hacia ellos, atraerlos hacia él y crearse así un mando o sea, la posibilidad de hacer algo útil, diferente de montar guardia detrás de piedras que muy a menudo nada amenaza seriamente.

Desde entonces, se entrega totalmente a esa tarea y aunque informado sobre la desalentadora posición ya tomada de enfrente, no pasa nada por alto para sacarla adelante. ¿Sus informantes le señalan un malentendido entre unas fracciones disidentes? Hace todo lo que puede para agravar la discordia con la ayuda de sus emisarios y para empujar el bando más débil a meterse bajo la protección de los cañones del puesto. ¿Se entera de que un notable hostil a la causa francesa busca imponer su autoridad a otras agrupaciones que la suya? Pone todos los medios para suscitarle rivales y multiplica, para eso, el número de sus agentes de información, colma a éstos de regalos, les entrega otros para unos presuntos amigos influyentes que no los reciben siempre o los rechazan. Se considera sin embargo satisfecho y espera. Además, sus informantes no son sus únicos medios de acción: tiene también cañones gracias a los cuales reina sobre los pastos cercanos –los más tentadores para los insumisos- y arregla a su gusto, según las informaciones que recibe, la frecuentación de los lugares de los campamentos y de los zocos.

Por otro lado, tiene su caballería y la de los puestos vecinos que puede movilizar de una palabra, con el permiso de sus jefes, para alcanzar los recursos lejanos de las fracciones hostiles y, mostrando su fuerza, proclamar que su amistad es preciosa.

Pero, cada vez, en todas las circunstancias, sus esfuerzos tienden a un solo objetivo: incorporarse al máximo posible de partidarios, repoblar los alrededores de su puesto cuanto antes, no solamente porque tal es la orden

recibida, sino porque para él es el único medio de escapar del ocio forzado y de hacer renacer la vida en los pueblos y campos desamparados de su futuro "mando".

Desde entonces, se entenderá sin esfuerzos que después de haber acertado en su indispensable razzia de represalias, el Capitán Alain haya pensado en tranquilizar rápidamente los que acababa de vencer para retenerlos al alcance de acción de sus emisarios de paz.

Pero para ello, no había podido utilizar al informante Taibi o a uno de sus semejantes: hubiese sido matado en la cólera de la derrota. Tampoco había podido delegar a un prisionero disidente: su mensaje hubiese sido desnaturalizado. Entonces había que encontrar a un emisario más calificado y capaz de hacer un buen trabajo sin exponerse a la muerte.

Ahora bien, entre los indígenas civiles del aduar, había un denominado Ali U Husa llamado "Ameyud" cuya devoción a su jefe de distrito lo designaba especialmente para tal misión. De origen Aït Bu Haddu y emparentado con los Aït Yaqob U Aïsa, teniendo aun a toda su familia en disidencia incluso a su padre que ya había salvado al Mokhazni Raho, el Capitán Alain había pensado que no rehusaría la idea de irse a la zona insumisa para tranquilizar a la gente de su tribu y persuadirlos de quedarse en las cercanías. Por otro lado, sus parentescos y las protecciones que estaba seguro de encontrar en la montaña debían procurarle la posibilidad de decir todas las verdades, sin temor alguno, y luego volver a recuperar su sitio en la zona pacificada. Era pues una misión que sólo exigía audacia e inteligencia y, a ese respecto, Ali U Husa ofrecía todas las garantías deseables.

Efectivamente, el partidario no había vacilado un solo instante en aceptar. Muy orgulloso de haber sido distinguido por el jefe del puesto, feliz de crearse nuevos títulos a su benevolencia, había empujado la buena voluntad hasta tranquilizar al Oficial que se inquietaba de los peligros que los esperaban:

- No temas por mí, mi Capitán, es cierto que por ser un sumiso, no es precisamente una recomendación para un viaje adonde los insumisos, pero conozco a mis hermanos y hallaré sobre seguro una forma de abordarlos.
- ¿Y cómo vas a hacer?
- Por ahora no podría saber, aun no lo he decidido; pensaré en ello durante el camino.

- ¿Y cuando piensas salir?
- En seguida si me lo permites.
- Está bien, porque hay que evitar toda pérdida de tiempo. Y no dejes de repetir a los todos los notables que me olvidé ya del asunto de Ben Khelil y que mi deseo es vivir de nuevo en paz con las tribus.
- Cuenta conmigo...

No obstante, al volver a su Khayma, Ali U Husa no pudo dejar de pensar en las dificultades de su tarea. Volver a reaparecer en zona de disidencia como emisario mientras se ha adoptado la causa del enemigo, no podía ser sin peligros y, poco importa la que haya dicho al Oficial, era bien a una muerte cierta a la que había aceptado de ir. Es cierto que, su padre se hallaba entre los insumisos y él mismo tenía a unos amigos en la montaña, pero su sumisión a los cristianos había roto todo lazo. Al juzgar pues que le había sido imposible llevar a cabo su misión en las condiciones convenidas, estuvo a punto de ir a declarar que iba a renunciar o de pedir que se le permitiera recurrir al ardid. Pero pensó inmediatamente en las personas capaces y dispuestas a remplazarlo y de acertar e, invadido por la envidia, decidió partir a pesar de todo, con riesgo de actuar de su antojo sin decir nada a nadie.

- Cuando el Capitán ya no este conmigo para controlarme, actuare a la manera amazigh. Ante todo, me llevare mi arma, por si acaso. Luego, una vez allí, puesto que se trata de salvarme el pellejo, haré teatro del musulmán arrepentido.

Es un ardid que ya acertó a otros y queme puede servir a mi también. El Oficial será seguramente descontento al enterarse de cómo habré actuado, pero como lo habré bien servido, por cierto que me perdonará. Lo que falta es acertar...

Y es así como los Aït Yaqob U Aïsa y los Aït Bu Haddu acababan de vivir el feliz acontecimiento que sabemos. Ahora, Ali U Husa, atiborrado de mechwi y de mantequilla, (perore) bajo la hermosa Khayma de la tribu ante una asistencia cada vez más numerosa y concentrada. No solamente hay la dyemaâ del agrupamiento sino también todos los jefes de Khaymas así como numerosos notables Aït Ahmed U Aïsa, Aït Ishaq e Imzinaten.

- la verdad, hermanos, es que habéis faltado de sabiduría esos últimos ocho días. Cuando os he visto atacar en el Aqisari, me sentí orgulloso y he sido feliz porque, pese a los dos cadáveres abandonados en el campo de batalla, habéis hecho un prisionero y aumentado el prestigio de la tribu. Pero al

constatar, durante un reconocimiento ejecutado en Bu Tnifest con los malditos rumís que no guardabais lo suficiente vuestro campamento y vuestros pastos, sentí mucha pena, sabiendo que un ataque se preparaba contra vosotros y que me era imposible poder avisaros. Durante el combate de ayer, vuestros caballeros...

Conozco vuestra valentía, cierto, y mi intención no es ponerla en duda, pero no puedo dejar de deciros que si el grupo surgido hacía el final del enfrentamiento de los (laureles rosos) del Ued Ben Khelil hubiese osado atacar a fondo, no tendríais hoy que deplorar la pérdida de vuestros prisioneros y de vuestro ganado. Hay que saber que durante el barud no se debe parar en pleno ataque porque uno o dos caballeros caen, no se debe refugiarse detrás de una cresta cuando se tiene a su alcance, enemigos agotados y cargados de pillaje. Hay que seguir adelante siempre y de tal manera se le imponen golpes a adversario y se siembra el desorden en sus rangos. No obstante, no sirvo para nada recriminar y es preferible hablar de lo que no se espera. ¿Que vamos a hacer ahora?

¿Qué vamos a hacer? pero huir antes que ahora e ir a otro lugar a fin de reorganizarnos, a Tnarten por ejemplo, donde estaremos entre los nuestros y en total seguridad, entre bosques y rocas. Porque tu sabes mejor que nadie, puesto que vienes de donde está, que el rumi quiere exterminarnos y que aprovechará nuestra actual desorganización y la penuria de nuestras municiones para acabar con nosotros. Esta noche, mientras trepábamos las montañas, el enemigo multiplicaba sus señales luminosas en todas las direcciones. Se puede que ahora mismo sus caballeros nos estén ya persiguiendo, quien sube, y que estén listos para saltar sobre los pocos corderos que nos quedan.

Pues, yo no comparto vuestra opinión y veo que desanimáis rápido. Eso porque no conocéis al cristiano Turgnilal - ¡Que Dios lo maldiga! - entonces voy a explicaros su manera de actuar y veréis que vuestros temores son injustificados. Estáis imaginando que él solo piensa en haceros la guerra y no es verdad. No es que os quiera: ¿Uno puede querer a gente de otra religión que la suya? Pero recibió ordenes de no se quien entre sus jefes de carrera para causar el menor daño posible a los musulmanes. ¿Miedo de represalias eventuales? ¿Deseo de engañaros para obtener vuestra sumisión? No lo sé. Pero lo cierto, es que a mi antiguo jefe no le ha sido fácil obtener el concurso de los caballeros de Buazza Uld Moha U Hamu por lo de ayer y que, una vez

la obra cumplida y la cena terminada, aquellos caballeros tomaron el camino de vuelta a Khenifra, dejando a nuestro "perro" solo y débil como antes. ¿Entonces, Porqué huir hacia lejos y darle la impresión de tener miedo? Además, ir a Tnarten, a una enorme jornada de marcha del puesto, ¿Eso no es renunciar a la venganza y a la liberación de vuestros prisioneros? En cuanto a las señales luminosas de las que hablabais hace poco, dejad me reír. Se hacen todas las noches para alejar a los vagabundos, porque él os teme más que lo podéis creer, y abandonar el llano para irse a morir en las brumas y la nieve de la Muluiya. De todos modos, es cierto que no seguiré, que si he vuelto entre vosotros es para vengar nuestros muertos de ayer. Iré entonces a pedir asilo a una tribu más decidida...

Hablas así, Ali, porque ignoras todo de nuestra triste suerte. Crees, sin duda, que somos aun fuertes mientras que ni uno de nosotros tiene más de veinte balas en su bolso. ¿Las tribus amigas? Todas nos dan de espalda. Ayer, nadie nos ayudo y ahora que hemos sufrido la vergüenza de la derrota, aun menos simpatía inspiraremos.

¿Entonces que mas encontrareis en Tnarten como amistad? Allí estaréis rodeados de los mismos Imzintaten, de los mismos Aït Ahmed U Aïsa que aquí, estando mas cerca de Aït Yahya cuyos sentimientos hacia vosotros os son conocidos y que os atacaran, sin duda alguna, mientras querréis recuperar vuestros terrenos de la Muluiya. En cuanto a vuestra subsistencia, comparad de vuestros campos de aquí con los miserables con que habrá que contentarse en el dyebel, y entenderéis lo irrazonable que es vuestro proyecto. Es cierto que el rumi es capaz de quemar vuestras culturas pero menos se atreverá cuando sepa que estáis tan cerca de él y listos para responder por alguna agresión contra el ganado de su puesto o contra sus guardias aislados. Además, solo vosotros sabéis que faltáis de municiones: él os cree aun muy fuertes y yo sé que según las conversaciones que he oído ayer por la noche que los mokhaznís están tan satisfechos por haber acertado en su razia como para no comprometer su éxito con una nueva y temerosa tentativa. Os pido pues quedaros aquí, al alcance de vuestros presos, que liberaremos a todo precio, si Dios quiere. Pero si, pese a mis exhortaciones, queréis huir y tacharnos de nueva vergüenza ante todos, libre a vosotros sois los amos...

Al haber dicho, Ali U Husa, fingiendo el descontento, se levantó y se dirigió rápidamente hacia la salida de la khayma, dejando al dyemaâ en un estado de extrema perplejidad. Su discurso de cuya sinceridad nadie dudaba, había

producido una profunda impresión, pero se notaba que a pesar de sus garantías el temor de un nuevo ataque subsistía en la mente de muchos de sus auditores. Es difícil concebir en tierras bereberes, que una victoria tan evidente como la conseguida anoche por los cristianos quedase sin continuación. No obstante, como Ali U Husa había hablado de una nueva vergüenza y se ofreció para librar a los presos y vengar a los muertos, decidieron no de nuevo antes de haber hecho verificar por unos jóvenes la realidad del retorno a Khenifra de los caballeros de Buaza Uld Moha U Hamu. Entonces cada uno se fue hacia el zoco de Tintghalin apenas distante de algunos kilómetros mientras el nuevo disidente intentaba descartarse de la muchedumbre formada por los padres de los presos, que lo rodeaban de nuevo:

Vuestros cautivos han sido recibidos y albergados ayer por la tarde por el chauch Lehcen U Ali y por orden del rumi que espera, gracias a ellos, obtener la sumisión de la tribu, han sido muy bien tratados. Entonces, por el momento no hay riesgo que suceda algo malo. Pero, lo reitero, si vamos a Tnarten, su suerte cambiaría de inmediato. Quizás no los matarían pero el rumi, el perder de toda esperanza de veros volver a su lado y por lo de haberme acogido, se vengaría sin piedad sobre ellos. Así que lo más conveniente es quedaros aquí o, mejor, bajar dentro de algunos días hacías vuestros campamentos de antes. Y creo que haréis bien en mandar hoy mismo a alguien al puesto para demostrar al cristiano vuestra preocupación por vuestros presos y para decir que si me habéis recibido, no será para mucho tiempo. De esta manera, nuestros desgraciados hermanos sufrirán menos en espera de su liberación.

Lo que dices es razonable, pero mandar a un emisario al cristiano sería un motivo más de menos precio ante los demás...

¿Los demás? ¿Os hacharon una mano ayer? ¡Vaya! ...¿A pesar de su actitud cobarde, aun os importaría su opinión aunque cuando se trata de la vida de vuestros hijos? Ya no os reconozco, de verdad. Tened confianza en vosotros mismos y decidís, una vez por todas, que " buey solo bien se lame". Por lo demás, vayamos todos al zoco y, si hay que hacerlo, digamos a nuestros vecinos sus verdades.

XII - Solidaridad

Tal como en Kebbab hace ocho días, Tinteghalin está lleno de gente en aquel domingo de pleno sol. Las casas, las pocas que hay, están atestadas y todas las callejuelas esta llenísimas. Cada sendero ha vertido su contingente en sucesivos racimos, pero, al contrario de lo habitual no se oyen ni cantos ni rizas. Las tribus del Dir vueltas a la realidad tras la derrota padecida, se ensimisman. Se preparan a acusar o a defenderse cuando, luego, se tratara de fijar las responsabilidades. Ni clientela delante de las tiendas; la gente se abastece en aquel minúsculo zoco al que sólo se conserva alguna vitalidad por el feroz amor propio de Aït Yaqob U Aïsa quienes insistieron en tener su propio mercado, tal como sus vecinos, pero a lo largo de cada pared, bajo cada higuera, a la entrada de cada cueva, buscando convencer a sí mismo antes de abordar la asamblea de los notables. Esos por lo demás aun no se han reunido.

Y cada uno sigue comentando para sus amigos los dos destacados hechos del día: la ruina de los Aït Yaqob U Aïsa y la vuelta de Ali U Husa a su tribu. Al decir la verdad, la ruina de los vecinos no entristece a nadie entre los ajenos al agrupamiento. En país amazigh, la piedad se para en las fronteras de la tribu. Y si se muestran prodigios de fórmulas de pésame, no se privan voluntariamente de una peseta a favor de nuevos pobres. Los mismos "tadha" (1) quedan indiferentes ante el destino de sus aliados cuando éstos no imploran expresamente su asistencia. Por lo demás, los Aït Yaqob U Aïsa no tienen verdaderos amigos en el Dir habiendo vivido siempre al margen de la confederación por hostilidad hacia los Imahzan de Khenifra, amigos de los Imzinaten y de los Aït Ishaq. A lo mejor merecen algunas consideraciones por sus líos con los cristianos, enemigo común, pero no se los van a mostrar antes de conocer su actitud y saber si no buscan imputar a los demás la responsabilidad de su desastre.

En cuanto al regreso del traidor, deja a todo el mundo escéptico fuera de tribu. Los Aït Yaqob U Aïsa a quienes se insulta con el calificativo de "hijo de los rumíes" – y sus amigos Aït Bu haddu, tienen una tal forma de picardía

como para no merecer – colectiva o individualmente – confianza alguna. Y Ali U Husa puede ser un espía del cristiano. ¿Su padre no había salvado al mukhazni del Aqisari antes, mientras no le vera una obligación formal por la costumbre?

Mientras los Imzinaten y los Aït Ishaq se preparaban unos argumentos en previsión de acusaciones de cobardía que podían ser formuladas contra ellos *tras su abstención* de anoche, los Aït Yaqob U Aïsa, reunidos en una extremidad del pueblo, se concertaban a fin de presentarse en tanto que víctimas de la insuficiencia del amghar de guerra de la confederación. De hecho, la actitud de sus vecinos durante el combate de Ben Khelil había sido indigna, puesto que no pudiese haber un solo disparo en el llano sin que fuese oído en toda la montaña. Sin embargo, el combate había durado toda una tarde y, contrariamente al uso y a las estipulaciones del pacto de Kebbab, ni un Imzinaten, ni un Aït Ishaq, había quemado un cartucho a favor de las víctimas de la agresión, mientras que una mera amenaza oportuna desde el Aurir ó la región de Sidi Saïd hubiese podido cambiar totalmente la fisonomía de la batalla.

Entonces, en el clan tocado, estaban decididos a gritar muy fuerte y a denunciar al jefe de guerra incapaz y a sus hermanos a fin de preservar por lo menos al honor del agrupamiento.

Un vehemente ataque fue iniciado inmediatamente al reunirse la muchedumbre, por llamamiento de un paladín, entorno u la dyemaâ. Sigamos los peripecias pese al carácter fastidioso de todo lo que se dice, porque no dejaremos de repetirlo, así es la política bereber.

El amghar de los Aït yaqob U Aïsa: - Hermanos, escuchadme, nuestra tribu ha sido traicionada digo yo. Hemos sido atacados y saqueados de arriba abajo. El combate duró hasta la puesta del sol y sin embargo, a pesar del pacto formal de kabbab, ninguna tribu vino a nuestro socorro. Ahora, quince de los nuestros murieron y reposaron al pie de Sidi Bu Ali, ocho más entre ellos cinco chicos, padecen la ley cruel del rumi, mientras tanto nuestros aduares vagan sin rumbo fijo abandonando a herido a cada doblar de camino. Así que habéis sido cubiertos de oprobio para siempre y sois indignos del nombre de Imazighen.

Un notable de la misma tribu: - Eso sí que habéis recibido la afrenta y me preguntó cómo Moha Achqir, el maldito Amghar, se atreve a presentarse delante de nosotros después de lo que ha sucedido ¿ Sabes, ser deshonorado,

que no basta con llevar bonitos albornoces y bailar bien en los haiduses para permanecer al frente de todos nosotros?

Con este grave insulto, Moha Achqir palidece, coge su arma y se levanta de un salto, seguido por todos sus hermanos Imzintan, luego por toda la asistencia. Va a desafiar y a derribar a su provocador, más de una mano hábil un notable lo desarma, mientras otras "barbas blancas" se interponen entre él y sus adversarios y, con pena, restablecen la calma.

Moha Achqir: - Aït Yaqob U Aïsa, yo creía ser un hombre y haberlo demostrado. Pero veo que en nuestras montañas muy pronto todo cae en el olvido y particularmente entre vosotros, tribu de traidores. Así que os voy a refrescar la memoria puesto que me obligáis. Es mi familia, hombres sin religión, la que os dio siempre el ejemplo de la valentía y del respeto de la palabra dada. Mirad abajo y preguntad a los adelfas del Ued Duna y de Lenda cuántos de los vuestros perecieron allí por mis manos y que aun no habéis vengado. En cuanto a los que bailan en el hidus, sabe Dios donde se contratan, pero por cierto no es en mi tribu.

El amghar de los Aït Yaqob U Aïsa: - tú también, Doha Achqir, tienes la memoria débil, a menos que tu valentía bien conocida no te haya retenido entre tus mujeres cuando combatíamos contra tu amo Moha U Hamu Zaiyani y contra los tuyos. Pero deberíamos contarte que allí, cerca de Aurir, más de cien de tus hermanos han perdido la vida, bajo nuestros golpes, cuyas tumbas aun no están cerradas. También deberíamos haberte dicho que cerca Butsiuanin, a la entrada de vuestro Ksar, junto a vuestras khaymas, esos cobardes y esos traidores de quienes hablas con tanto desprecio han echado fuera a tus hermanos y a sus aislados, como se caza un rebaño de jabalíes... Pero de ello no se trata. Lo que queremos saber, es la suma que se os ha pagado para reteneros en vuestros aduares mientras los cañones y los fusiles vomitaban la muerte sobre aquellos a quienes habéis prometido ayuda a asistencia.

De nuevo, el asunto tomaba mal cariz, pero como la dyemaâ no se movió de su sitio y se quedó muy quieta, el choque no se produjo aun.

Moha Achqir: - ¿La suma recibida por nuestra traición? Si fuerais hombres, no plantaríais tal pregunta. Pero sólo sois unos pastores y no os contestaré. En cuanto al amgharat (1) que me habíais confiando, ahora mismo renuncio a su mando y pongo fin a nuestra alianza. Así no habrá mas cuentas entre nosotros.

El amghar de los Aït Yaqob U Aïsa: - no esperábamos más de ti. Sabíamos que para ti, el amgharat sólo tiene atractivo cuando no hay que combatir. Pero al renunciar hoy al amgharat, después de nuestro desastre que dejas sin vengar

¿Estas olvidando que te deshonoras aun más ante tus hermanos?

Moha Achqir: - ¿Deshonrarme? ¿Pues qué he hecho en contra de la costumbre? ¿Vuestra desgracia? ¿Pero no sois vosotros los únicos responsables? ¿Cómo os atrevéis a reprocharme vuestra derrota mientras que habéis atacado en Aqisari sin el permiso de la dyemaâ, que habéis abandonado dos de los vuestros en manos del enemigo para, a fin de cuentas, revender a un preso a cuatrocientos⁽¹⁾ duros a un hombre que después no vacilo en aniquilaros y saquearos? ¿Sois vosotros quienes deberían ser excluidos para siempre de las reuniones del Dir? Pero creeros capaces de actuar mejor que lo que hicisteis, sería demasiado honor para vosotros. En cuanto a lo de vengarse a liberar vuestros presos, no nos necesitáis para ello. Vuestros hermanos sumisos son los que llenan las filas de los cristianos. Y si los Mustafa U Mohand y los demás no son capaces de interceder cerca de su amo a vuestro favor, Husa U Mhend y su digno hijo que veo entre vosotros han hecho tantos favores al cristiano como para obtener gratuitamente y sin combate la puesta en libertad de vuestros hijos...

A este cruel, recuerdo de la sumisión de una fracción Aït Bu Haddu, del papel desempeñado por Husa U Mhammed durante el asunto de Aqisari, de la vuelta sospechosa de su hijo, los Aït Yaqob U Aïsa y los Aït Bu Haddu, profundamente heridos e incapaces de dominar su furia, desencadenaron un horrible tumulto. De repente, se encontraron todos inmediatamente de pie y en unas vociferaciones ensordecidas se pusieron a gritar su desprecio por los demás tribus. El mismo Ali U Husa que aun no había dicho palabra alguna, pensó que había llegado el momento de hablar. De un salto, estuvo con la dyemaâ. Entonces, habiendo obtenido el silencio gracias a la curiosidad inspirada por su atrevida intervención, escupo su indignación:

- He aquí la unión, tan temida por el cristiano...no solo os escondéis en vuestras Khaymah cuando se ataca a vuestros hermanos, sino que los insultáis cuando vienen a pedir os participar a su venganza vuestros muertos deben temblar de cólera y de vergüenza en sus tumbas. Antes, cuando había notables dignos de serlo al frente de las tribus, jamás se pensaba en zafarse de un deber

(1) las funciones del amghar, aquí: de jefe de guerra.

contra el enemigo. Ahora ni siquiera sabéis morir y vuestros oídos han dejado de oír el cañón del rumi cuando truena en esos valles. Y, a pesar de ello, tenéis la audacia de pensar que es malo que uno de nuestros hermanos se hubiese sometido a los franceses. Hasta os atrevéis a sospechar la fe de mi padre y la sinceridad de mi arrepentimiento. Pues, vale, nos las arreglaremos sin vosotros. Los Aït Yaqob U Aïsa y los Aït Bu haddu siguen como eran: lo mejor que hay en el Dir. En cuanto a mi, desafié a las mejores de entre vosotros para la guerra contra el rumi, vuestro león el amghar en primero...

Moha Achqir - que bien hablas, rumi, pero olvidas de decir que has causado la ruina de tus hermanos por haber servido de confidente a sus enemigos; que ayer formabas parte de sus asaltantes y que esta misma noche, quizás, estarás de nuevo en el puesto francés. Si, como acabas de decirlo, Hubiese una verdadera dyemaâ al frente de la tribu, ya serias muerto y echado en la basura como un "uar eddin" que eres (hombre sin religión), como un traidor, como un perro. Si hubiese aun hombres en ese Dir, no osarías alzar la voz ante esos hombres de barbas blancas y ante tu padre, tu que vivías de rapiñas y que te has deshonrado para siempre. Pero los tiempos han cambiado y lo único que pueda a los tuyos es hacer de ti su jefe de guerra...

Esta vez, Ali U Husa no pudo contenerse. De un gesto rápido, se recogió el faldón de su albornoz, luego, las manos crispadas sobre su mosquetón, avanza firmemente hacia el Amghar de guerra. Mas, a ese momento preciso un motor de avión se hizo ver en el cielo puro, turbando la asistencia. Entonces fue el pánico y una huida hacia las cuevas y las cavernas de los alrededores, habituales refugios contra los bombardeos. El avión, brillante y alto, dibujo lentamente unos círculos encima de las casas, mientras que desde las rocas y las higueras centenares de tiros fueron disparados sobre él. Luego el avión dejó caer un paquete del que se escaparon innumerables pliegos blancos que el viento disperso en toda la región. Al final, se dirigió rumbo hacia el norte, perseguido por el vano tiroteo, y desapareció. Entonces, una vez el horizonte es untado con inquietud, la muchedumbre empezó a salir de sus cuevas y a precipitarse para recoger los papeles caídos en el pueblo y aportarlas a un taleb. El sabio cogió uno, ajusto sus gafas y leo, primero para él mismo según la costumbre, luego para él impaciente auditorio:

Por parte del capitán Alain, hakem del bled Aït Ishaq.

A la gente del Dir, Alabanza a Dios.

Como lo habéis constatado ayer, soy fuerte y capaz de responder por el mal a quien me hace daño. Podría hasta castigaros con más dureza porque vuestros campos están a mi alcance. Pero lo repito, no sois, a mis ojos verdaderos enemigos, y no os atacaré de nuevo si os quedáis tranquilos. Ni siquiera estaré resentido con vosotros por haber acogido a Ali U Husa, aquel traidor que ha pensado que su incorporación a la disidencia me obligara a abandonar la región. Dispongo de caballeros y de armas en número incalculable y él lo sabe mejor que vosotros.

Dejad pues de creer en las mentiras y vivid en paz en espera de que el altísimo nos reúna en la alegría y la prosperidad.

En cuanto a vuestros presos, no os preocupéis, por ellos. Francia, grande y generosa, no se venga de unos hombres desarmados y de unos chicos. Le basta con ser fuerte para castigar a los agitadores y a los ciegos que les sigan. Decid a las familias de los presos que pueden venir sin temor al puesto para ver a sus hijos. Les concedo el aman de día de noche.

Saludo.

Al terminar la lectura, el taleb tuvo que traducir el texto en lengua bereber porque del millar de personas que lo escuchaban, solo algunos comerciantes comprendían el árabe.

Luego, se le presentaron otros escritos que declaro semejantes a el que acaba de leer.

Entonces, los comentarios siguieron su camino en cada grupo, mientras la dyemaâ muy impresionada, pero calmada, formaba de nuevo poco a poco sobre las dalas de la pequeña plaza y reanudaba la conversación.

A hora, es el Hay Ali, el amghar de los Aït Ishaq quien va a hablar. Decidido de ir a ver al victorioso Capitán Alain, que lo espera, y encantado del giro tomado por la reunión, va a hacer todo lo posible para aprovechar de la situación para acercarse mas del Francés y ganar su consideración al mismo tiempo que va e imponerse como arbitro ante las tribu insumas.

Cosa que por la demás no será fácil, a causa de la insistencia de los padres de los prisioneros que quieran liberarlos a todo precio, con la ayuda de las tribus. Pero el saqueo del Capitán Alain al haber llamado a la razón a ésas, los Aït Yaqob U Aïsa se quedarán solos.

Además, gracias a la habilidad del nuevo amigo de los franceses, la alianza de kebbab será, en efecto, definitivamente denunciada.

Finalmente, la discusión general cesó y el ambiente vino a ser pesado, pero unas palabras agridulces continuaron de ser intercambiadas de un grupo a otro, aprovechando la circunstancia para satisfacer un rencor hiriendo el amor propio de algún rival.

Entonces, unos notables al haber descubierto de repente unos pretextos para volver a casa, la plaza se vació poco a poco y las tribus retornaron a sus campamentos comentando apasionadamente los sucesos, mientras que un viejo hombre arrugado, pariente de Ali U Husa, tomaba el camino del llano, una hoz en la mano, y con el pretexto de ir a buscar hierba, se acercaba del puesto en donde el Capitán Alain le esperaba...

XIII – Ellas...

Esta noche, el capitán Alain recibe de la insumisión tres emisarios cuyas declaraciones le interesan vivamente/ apasionadamente.

El primero que llega ha sido el enviado de Ali U Husa, el segundo (una mujer), había traído/alegado una carta de los Aït Yaqob U Aïsa, padres de los prisioneros del ultimo asunto, el tercero era Taibi el fiel, que, feliz y orgulloso, ha venido anunciar no solamente la visita de Hay Ali, finalmente conquistado, pero también la de otro notable de los Aït Ishaq, el llamado/denominado Hammu U Melluk, que le había manifestado espontáneamente el deseo de venir ofrecer al oficial francés la sumisión de su fracción.

El enviado de Ali U Husa se había expresado así:

La reunión de hoy a Titenghalin ha sido muy interesante. Ali U Husa estuvo a punto de provocar una verdadera batalla. Desgraciadamente, tu avión y tu carta han parado las manos alzadas/levantadas. ¿Por qué los has enviado? ¿No tenias confianza en tu amigo? Ves, con los beréberes jamás hay que ser apurado/ acosado ni pedir demasiado a la vez. En todo caso, tus seguros para los tribus han levantado sus recelos/sospechas y el notable el Hay Ali, de los Aït Ishaq, se ha amparado/apoderado para imponer calma justo en el momento en el cual los primeros tiroteos iban a empezar. Por más que sea, Ali U Husa te hace decir que los Aït Yaqob U Aïsa y los Aït Bu Haddu quedaran en tayamaât donde están instalados desde esta mañana y que, si ninguna nueva imprudencia es comprometida aquí, las dos tribus vuelven a bajar al llano antes de ocho días, conforme a tu deseo. No te muestres bueno hacia los prisioneros ni hacia aquellos que vendrán a verlos y sobre todo no liberes rápidamente a los cautivos si quieres obligar sus padres a retornar/volver a menudo a tu puesto. Además, obtenemos la amistad de "Aït Ari" (1) haciendo creer que no le acordamos ningún aprecio y mostrándonos fuertes. De otra parte, si te dicen que Ali U Husa te traicionará, no lo creas. Será obligado decir algo malo de ti e incluso, a veces, de reunirse a otros jóvenes en expediciones contra tu puesto o contra tus mokhaznîes. Pero es

para el único medio de evitar una muerte y de continuar a servirte/atenderte. Volverá aquí cuando le darás la orden...

El segundo emisario era la nombrada Aïcha Ahmed, totalmente desconocida del puesto.

Vestida de una manera sórdida por temor de ser desappropriada por los auxiliares de los franceses, ya corva por la edad, se ha presentado tímidamente al Mokhazni de guardia y ha pedido ver a los prisioneros y al "hombre de este lugar" (argaz u anesa ya). "Sobretudo, había suplicado, dile a (este hombre) que soy nada mas que una enviada de los padres de los prisioneros y que no tengo nada que ver con el tema de esos días. Cuando a Ali U Husa que viene de traicionarlo después de haber traicionado a sus hermanos, no tengo nada en común con el."

Introducida en seguida al despacho del oficial, primero ha sido estupefacta por el espectáculo que tubo bajo sus ojos/en su presencia. No solamente el rumi tenía una figura humana, contrariamente a las leyendas/subtitulo que corrían a su asunto en la montaña, pero se expresaba en un bereber tan puro que aquel de todos los imazighen⁽¹⁾. Además, drapeado dentro de un albornoz azul semejante a aquel del mokhazni, pero en tela más fina, y rodeado por una media-docena de auxiliares silenciosos y deferentes, tenía el aspecto de un gran jefe zaiyan presidiendo una bella dyemaâ. La bandeja del té tampoco faltaba. La noche anterior observo, contrariamente a las prácticas de la montaña, el rumi se había afeitado la barba y había dejado el bigote y que los muros como el suelo estuvieron cubiertos de bellas alfombras.

En fin, cosa inaudita, en vez de dejar arrodillarse delante de los zapatos que llenaban la entrada de la habitación como lo hubiera hecho todo notable bereber, el oficial le había preparado un sitio sobre los bellos divanes, entre dos mokhaznîes, y le había servido un gran vaso de té ardiendo y dulces.

Acomodada/garantizada por los presentes, bebió tranquilamente su té; pero, por temor a la grasa del cerdo y al infierno, disimuló los dulces en la raza/doblez de su vestido.

Y, mientras el oficial conversaba con su chauch, ella reflexionaba.

Enviada por la dyemaâ de su tribu para conocer las intenciones del rumi respecto a los cautivos, ella recibió innumerables recomendaciones: "mantente

(1) hay que marcar aquí que durante la discusión calurosa que sigue, Aïcha Ahmed olvidará a menudo esta particularidad a causa del traje y del mutismo querido y prolongado por el oficial

bien, le habían dicho, para dar al enemigo la impresión de que no tenemos miedo de él”.

Garantizada por el aman que le habían acordado ayer por carta a todos los que irán a verlo, no tienes nada que temer. Dile que nos consideramos los vencedores de la jornada del sábado, que tenemos todavía muchas municiones y que hemos abandonado el llano solamente para ir a preparar nuestros cultivos de maíz en la montaña. Si te habla de nuestros cultivos de trigo y cebada, dile que si se queman, no le dejaremos ni un día de reposo/descanso. Desconfía sobre todo del chaouch Lehen. Es un “chitane” (demonio), que querrá intimidarte pero no puede con la voluntad de su jefe/maestro. Si puedes ver Mustafa o Mohand y entrevistarlos en particular, dile que le recomendamos nuestra gente y si quiere ayudarnos a obtener sus libertades, le tenderemos un gran reconocimiento. De todos modos, si es el mismo hombre que habíamos conocido, no rechazara/denegara el concurso a sus hermanos y compañeros de su infancia. Si te hablan del rescate de los prisioneros, contesta que hemos sido generosos con el prisionero Rahu y que si lo hemos maltratado un poco, era bajo presión de otras tribus. No digas que el pacto de Kebbab esta roto. Al contrario, proclama que estamos unidos mas que nunca y por supuesto bien antes del combate, y que si hace caso a los cristianos de venir a la montaña, tendrá todo el Dir en contra de él. Acerca del asunto de Ali U Husa, di que lo hemos recibido porque no lo podíamos hacer de otro modo, pero no quedara probablemente para mucho entre nosotros.”

Cuando la montañesa rechazo cortésmente el cuarto vaso de té que le habían ofrecido, indicando que la pueden causar, la entrevista comienza por un chiste del mariscal- des- logis.

Mustafa:

¿Así, querida madre, las tribus ya no tienen hombres puestos que ahora emplean a mujeres ancianas como emisarias?

Aïcha Ahmed : - porque dices esto Mustafa? El Dir reboza de hombres y tú les has visto el sábado, durante el combate de Ben Khlil...

Mustafa : - ¿porque estas aquí entonces?

Aïcha Ahmed : - Pero porque son siempre las mujeres las que hacen lo que hago yo hoy delante del rumi.

Mustafa : - No es verdad, porque cada vez que queríais parlamentar con los imahzan de khenifra que son también “rumís” que nosotros, les habéis

mandado hombres. La verdad es que para vosotros, el cristiano no merece las mismas consideraciones/respeto. Pero cambiaríais...

Aïcha Ahmed : - Lo que dices es posible, pero es un asunto que no concierne nada mas que nuestra dyemaâ. Recibiendo la orden de venir encontraros, no tenia nada mas que obedecer y estas equivocado de hacerme estas preguntas que no hacen que indisponer "a este hombre" en contra de sus hermanos. Al contrario contábamos que nos ayudaras con toda tu influencia. ¿La sangre ya no habla dentro ti?

Mustafa : - No, ya no tengo nada en común con vosotros y os ayudaré cuando seréis a mi lado en este puesto. La sangre que puede hablar dentro de mi no es la que crees, pero bien la que corría en la venas de Raho U Ali bajos los golpes de vuestros brutos. Como dice el buey de la leyenda: mi hermano es aquel que tira del carro a mi lado...

Aïcha Ahmed : - Has cambiado entonces, porque hace tiempo que ya no eres el ultimo que martirizaba a los cristianos capturados. Acuérdate del día del Herri...

Mustafa : - En aquella época, era ciego, ignoraba todo del cristiano que a penas acababa de llegar a Khenifra y no tenía ninguna razón de tener alguna consideración por él. Los grandes de nuestras tribus nos lo presentaban como el enemigo de los musulmanes, como un hombre malo y cruel. Decían que quería quitarnos nuestros hijos para hacer (en faire) soldados y prostitutas. ¿En estas condiciones, como podía dejar de hacerle daño cuando tenía la ocasión? Pero hoy, no se lo que es realmente, y no puedo que reírme de las estupideces que nos contaban a su cuenta. Estoy resentido con los mentirosos y sobre todo con vuestros nefastos "Igurramn" que nos arrastraban en la vía del mal y que han sido la causa de muchas muertes inútiles entre nosotros.

A estas palabras que la escandalizan saliendo "de la boca de un hombre del Dir", la anciana no encuentra ni sitio ni que responder.

¿Además, como puede expresar, entre estos cuatro muros, todo el desprecio que siente por "el enemigo del Islam" y sus auxiliares? Será seguramente golpeada por el terrible chauch que todavía no ha dicho nada, incluso puede que la encarcele. ¿No esta en su Duar? Allí, podía alborotar toda la tribu y este felón de Mustafa que se atreve insultar lo mejor que ha creado Dios – los Igurramn y el Islam- pudo ser acuchillado hace tiempo. Mientras que aquí...

Poco a poco, sin embargo, en presencia del silencio del oficial, ahora inclinado sobre los papeles, ella retoma seguridad. Por otro lado/además, ella se acuerda de que su misión no le permite callarse ni mostrarse miedosa/temerosa. Al contrario, debe darse aires/pavonearse por la salvación de los suyos y si ella se pasa de límite, ella sabe – como todo el mundo lo sabe en la montaña- que el jefe francés él mismo prohibirá a los auxiliares beréberes de maltratarla.

Ella responde a Mustafa, sin rodeo y sin miramiento:

Aïcha Ahmed : - Pienso Mustafa que "tu vientre domina tu corazón⁽¹⁾" y estoy avergonzada por ti. No solamente has desertado el rango/clon de tus hermanos en el momento en que nuestras montañas tenían necesidad de todos sus hombres, pero porque estas cebado de "kumir" (designación peyorativa del pan fabricado en Europa), profundizas la traición hasta insultar los ilustrados marabúes cuya baraka vela sobre nuestras tribus. ¿Como has podido cambiar tan rápido tu que, hace a penas algunos meses, luchabas todavía valientemente por la fe y la independencia? ¿Como has podido ponerte del lado de los que hacen pasar el pan antes que la oración? El rumi él mismo debe de despreciarte. En cuanto a mí, maldigo el soplo de vida que me queda puesto que me procura el triste espectáculo que me ofreces.

A su vez, Mustafa profundamente herido, se lamenta que esta loca no le tiene discurso fuera de la presencia del oficial. Ah! que la estrangula con mucho placer... Es que, apenas sumiso, aun no se ha acostumbrado a la nueva situación y a las humillaciones, que procura muy a menudo.

¿Consagrado al cristianismo? Lo es, cierto, y lo ha probado en varias circunstancias. ¿Como podrá ser de otro modo con este hombre que, de la mañana a la noche, no piensa que con lo que puede hacer a los beréberes? Pero Mustafa todavía no tiene los suyos a su lado. Su padre ha quedado en la montaña a pesar de sus rezos... sus mejores amigos también... tiene entonces también "su corazón" del otro lado no es sin pena que escucho a la anciana Aïcha recordárselo. Y luego, sabe que bien que esta última expresa lo que la gente debe de pensar de él en Bouyghssayen. Sufre entonces porque ha sido deshonorado, y esta resentido con su jefe de no haberle ahorrado esta escena.

(1) sacrificas todo a tu vientre

Sin embargo, tiene que responder para no dejarle la última palabra a Aïcha Ahmed. Sin que, esta bruja (ta kahent)⁽¹⁾ pregonará mañana por todas partes que le había "cerrado la boca".

Tiene también que mostrar al oficial que su lealtad es sincera. Entonces, por no poder golpear a la montañesa garantizada por el aman del capitán, le va a lanzar algunas injurias bien sentidas que repetirá a su dyemaâ y que confortaran el jefe del puesto.

Pero el chauch Lehcen que lo siente desconcertado y dispuesto a enfadarse torpemente no le deja tiempo.

Mas familiarizado que él con arrogancia pueril de los visitantes insumisos, de los cuales sabe que su jefe saca siempre noticias, de una lealtad mas anciana, mas convencida y mas sólido que aquel de Mustafa, es el que va a alegar / defender su camarada, la suya, aquella de todos los mokhaznîes y de todos los "imsubrn"(sumisos). Lo hace además a su manera, bajo un tono chungo, a veces con una brutalidad calculada, pero no sin piedad también porque, a pesar de todo, compadece sinceramente los insumisos de poner mala cara/amohinarse al rumi y sus buenas acciones.

El chauch Lehcen : - pensaba, anciana loca, que tus hermanos nos habían enviado una mujer, pero me equivocaba. Lo que tengo en frente es una víspera, y de que especie...te vamos a tratar entonces como tal. Acércate de mi... mas cerca todavía, ¿donde has aprendido a hablar con tanta audacia/valor/coraje de los hombres? Dentro de los laureles rosas de los barrancos sin duda, cuando eras joven hace mucho tiempo...

Aïcha Ahmed : - me insultas, Oh, Lehcen hijo mío, no tienes derecho.

El chauch Lahcen : - eres tú quien empezó y no soy tu hijo: mi madre tiene pudor y a ti te hace totalmente falta. ¿Responde entonces a mis preguntas: como puedes hablar de la religión tú que nunca has tocado el agua ni has conocido lo que son las abluciones?

Aïcha Ahmed : - Le chauch Lehcen:- ¿que sabes tu de Mahoma y de Allah que ni siquiera sabes si son hombres o animales? ¿Sabes si quiera como están hechos, dilo?

Aïcha Ahmed : (aterrorizada) - lo ignoro hijo mió. Pero soy musulmana a pesar de todo...

(1) Kahena. El nombre de la reina de los Aurès quien rehace el bloque bereber en el siglo XII

El chauch Lehcen : - puedes decir si quiera la chahada⁽¹⁾?

Aïcha Ahmed : - claro que si: la ilah la ilah mahamed rasul allah.

El chauch Lahcen : - y crees que esta bien?, de veraz, mereces golpes. La .. La ..La..., creemos oír cantar un "feliz" del puesto. Y, además, estropeas el nombre de tu profeta.

Aïcha Ahmed : - ¿como hay que decir entonces?

El chauch Lehcen : - Mohammed, vieja descreída... Mo... Mo... y no Ma... y es un "amsuber" (insumiso) que debe de aprendértelo, mientras que desde la llegada del rumi a su país, el ultimo de vuestros mendigos se cree sheriff...

Aïcha Ahmed :- éramos musulmanes mucho antes que la llegada del cristiano...

El chauch Lahcen : - quiere decir que lo creéis, imbéciles... En realidad no conocéis nada de la religión porque si os sometéis voluntariamente a sus obligaciones que os molestan ni os cuestan nada, os burláis totalmente de las otras. Decís la "chahada" (bien mal, el resto, como lo acabo de mencionártelo), pero es porque las palabras no cuestan nada para pronunciarlas y porque teméis al mas allá. Enterráis vuestros muertos según las prescripciones de la ley musulmana, pero es porque no habéis podido inventar un ceremonial más simple. Aun, sois tan ignorantes que cada vez que muere alguien, necesitáis a un letrado árabe para dar limosna con un verso de Corán a vuestros muertos. Multiplicáis las reuniones de los musulmanes pero vuestras resoluciones no duran mas tiempo que el sonido de lustras palabras. Cuando a las exigencias esenciales, del Islam, no os avergonzáis casi/ apenas. ¿El rezo que requiere que nos levantemos en media noche y que nos molestemos muchas veces al día? Creéis que os coge mucho tiempo y no la hacéis. El ramadán? lo estimáis como una institución para los ricos y os dispensáis bajo el pretexto el mas fútil y incluso sin pretexto ninguno...

⁽²⁾Aïcha Ahmed: - pero ayunamos todos...

El chauch Lahcen :- ¿vuestras mezquitas? Son tiendas sórdidas que transportáis con vosotros y que utilizáis a todo uso menos al que están destinadas...

(1) El testimonio de cada musulmán ante Dios. Ver léxico

(2) Ramadán: el ayuno anual que dura un mes. Durante este mes, los musulmanes no deben ni comer, ni beber ni fumar durante el día. Mismas reglas respeto a las relaciones con la mujer.

Aïcha Ahmed : - tenemos verdaderas mezquitas en Khenifra, a Kebbab y aquí también en Zaouia...

El chauch Lahcen :- Ah! Si...es verdad, los he olvidado... pero seria mejor no hablar de esto.

Aïcha Ahmed : - ¿Y porqué entonces?

El chauch Lahcen : - porque estas mezquitas testimonian mas vuestra impiedad que vuestro amor a la religión. Porque la mezquita de Khenifra no ha sido construida por ese viejo tirano de Moha U Hammu nada mas que para retener la gente en el pueblo que ha quitado a los Aït Bu Haddu, los árabes que vendían sus (cotonada) y su azúcar. Y bien, ha sido construida a costa de las tribus y mantenida por el dinero impuro de las prostitutas. Ningún Amazigh la frecuentaba porque los guerreros como su jefe consideraban que el rezo era un lujo y el prefería los combates...

Aïcha Ahmed : - Oh! Hijo mío, como exageras...

El chauch Lahcen : - la mezquita de Kebbab? Es cierto que es una bella construcción y hay bellas columnatas. Pero ha sido construida por árabes saharianos et algunos Muludi⁽¹⁾ venidos por todas partes que los Ichkern han dejado hacer con la esperanza de que la empresa les aportara algo... Y todo como aquella de Khenifra, ha sido siempre desertada y lo es hoy todavía porque para entrar hay que estar un poco limpio de cuerpo y ropa...Estoy seguro que cuando los franceses llegaran a Kebbab, lo primero que van a hacer los Ichkern es vendérsela para hacer un puesto o una escuela...

Aïcha Ahmed : - Jamás...

El chauch Lahcen : - déjame hablar, vieja, esto te evitara de decir tonterías. La Zaouia? Ah! Lo buena que ha sido esta casa de dios y lo a gusto que podíamos estar allí rezando. Pero sabes, oh!, mujer sin cabeza, es un sultán árabe que la ha construido para consolidar -insensato-la conversión de los antiguos Aït Ishaq que a penas salían del judaísmo?...que no ha durado mas que una veintena de años porque los buenos musulmanes de donde descendéis, tu y tus hermanos, no han encontrado de mejor que robar una por una los bellos mosaicos, maderaje/ obras de carpintería esculpidas, y hasta los ladrillos que le van a servir de nada?... que en fin, las viejas murallas que subsisten se mantienen todavía de pie,- además por suerte de las serpientes y

(1) Nombre de un comerciante de Kebbab.

las ratas -, gracias al general francés que ha prohibido que les toquemos y ha ordenado que las defendemos en contra de los vagabundos? Ves que sois musulmanes "n'teqebbat" (un chiste) y nada es cómico mas que escucharte reprochar a Mustafa y a nosotros de haber olvidado la religión...

Aïcha Ahmed : - No, hijo mió, por mas que digas, somos buenos musulmanes, al contrario, y si quieres ser justo, lo reconocerás sin duda. Éramos los preferibles de Sidi Bubker...

El chauch Lahcen : - un brujo que vivía de sus mentiras y vuestra credulidad...

Aïcha Ahmed : - dábamos limosna y la damos todavía regularmente los días de fiestas religiosas...

El chauch Lahcen : - sí, diciéndole en voz alta para que todo el mundo se entere y os acomodáis siempre para que los pobres que aprovechan sean de vuestros familiares...

Aïcha Ahmed : cada una de nuestras tiendas-mezquitas se enriquece cada año donaciones importantes.

El chauch Lahcen : - ... cuyo producto sirve a armaros en contra de vuestros propios hermanos.

Aïcha Ahmed : - bien viene porque Dios nos ha hecho enemigos unos a otros. Hoy nos armamos en contra del cristiano y sidi Mohamed Ben Taib él mismo.

El chauch Lahcen : - eh! Deja entonces este "piel de macho cabrio⁽¹⁾" tranquilo. Es vuestro más grande enemigo...

(*Aïcha Ahmed* : - es nuestro protector...

El chauch Lahcen : - Es vuestro enemigo, te digo, y lo sabes mas bien que yo. ¿No os aconseja de mataros mientras tanto que el entra en su agujero de Tihouna al primer disparo?

Aïcha Ahmed : - Nos protege con su baraka.

El chauch Lahcen : - Pero esta baraka ha impedido alguna vez la progresión del rumi? Ha impedido que el capitán sea sentado aquí, en frente tuya, y te mire de/en maestro.

Aïcha Ahmed : ¿No, por supuesto, pero quien nos dice que sin ella nuestras desgracias no serian mas grandes?

(1) Sidi Mohamed Ben Taib seria de piel negra o muy morena.

El chauch Lahcen : Te repito que eres una bestia para batir/golpear y, además, cabezona como la mula de Kaci u Omar. Pero vemos otra cosa. ¿Admitiros dentro del Dir que Dios todo poderoso, hace lo que quiere y que lo que hace esta siempre bueno?

Aïcha Ahmed : - si, cierto...

El chauch Lehcen : - entonces porque os rebeláis en contra de la fuerza que ha dado al rumi? ¿Sois más musulmanes que los ciudadanos que jamás han cogido las armas en contra de los cristianos? ¿Sois mejores que los árabes del Gharb que han luchado dos días y luego han hecho la sumisión? En fin, pretendáis remontar en materia del Islam al sultán el mismo – el guardia fiel a la religión y el más grande de los igurramn – ¿que ha recibido el rumi con los brazos abiertos?

Aïcha Ahmed : - Pero. Hijo mío, me hablas de gentes que nunca hemos visto nunca sabré responderte.

Lo que hay de cierto, es que "cada uno entierra su padre como le canta⁽¹⁾".

El chauch lahcen : - Parece que no, como no tratáis como renegados y traicioneros. ¿No reprochabas hace poco a Mustafa de escuchar su vientre más que su corazón?

Aïcha Ahmed : - se bate en contra de sus hermanos...

Le chauch Lehcen : - Ah! Eso es... ¿Pero habéis nunca pensado que no es ni el primero ni el ultimo en hacerlo? ¿No sabéis que es una tribu del Gharb la que ha contribuido voluntariamente et con alegría, después de su propia sumisión, à la pacificación de la tribu siguiente?

Aïcha Ahmed (decidida) : - no es una razón ni una excusa. No es porque los árabes de Boujad os han traído el rumi que debéis de ayudarle a batirnos/derrotarnos. Sois beréberes, vosotros, y vuestro deber es buscar a liberar vuestro país y de preservar el nuestro. Pero en vez de soñar, pobláis los puestos cristianos y, gracias a vuestra (docilité), un solo rumi basta para mover harkas inmensas de musulmanes y desconcertar todo... Sois embrujados sin gran provecho y utilidad para vosotros, porque el rumi que sirváis es un pasajero aquí, y como el viento que pasa se irá de aquí un día...

Lahcen desespera de convencer a la montañesa. Fiel, a la lección aprendida, está seguro que ningún argumento la hachara atrás/desistirá. Su manera firme

(1) Proverbio local: cada uno es dueño de sus actos

de mandar se acentúa cada vez mas bajo la indiferencia del oficial que considera sin duda que todavía no es el momento de intervenir. ¿Quiere decir que Aïcha Ahmed no esta impresionada por lo que acaba de escuchar? No, porque todos como el chauch Lehcen y como Mustafa, ella sabe bien sin gran convicción que sus hermanos invocan los peligros que amenazan el Islam para justificar su hostilidad en contra de los cristianos. El ejemplo de los Aït Mguild de Azrou, de los Zaiyan de Khenifra y de todos los árabes de la orilla del mar y además a.C. para acreditar /garantizar que podemos vivir con los Franceses sin abandonar nada de la religión. Ella sabe además lo que inquieta mas la gente del dyebel, es la perspectiva de vivir bajo la dominación de un extranjero el cual los Igurramn les dicen cada día el malo mas grande; que a pesar de todo, no obstante, nada impide el rumi ocupar la montaña a la hora que ha elegido. Pero ella tiene su consigna y observa. ¿Y entonces, no le habíamos dicho que el hakem del puesto no es enemigo de la discusión y que se muestra cada vez mas generoso hacia sus visitantes hacen prueba de mas franqueza y firmeza? Ella tiene interés hablar alto, antes que nada para obtener lo mas seguro, hace hora, una respuesta favorable al tema de los prisioneros, luego para decidir el rumi concederle una buena gratificación sobre la cual no hablara a nadie y que le permitirá llevar algo a su tienda.

En estas condiciones, le chauch que ve claro en el juego del emisario estima inútil insistir y piensa acabar la discusión.

Sin embargo tiene amor propio/altivez él también y le repugna de ser reducido al silencio por esta piojosa (mthichin). Además, no tiene solamente a convencer la enviada del enemigo sino también; le hace falta también sostener la confianza de nuevo dudosa de su camarada Mustafa. Y conservar a los ojos de este último su prestigio de narrador.

Entonces, mientras que el capitán Alain sigue hojeando distraídamente un libro, Lehcen ataca de nuevo la vieja:

El chauch Lehcen : - ¿acorralado? Si, puede ser, mi pobre Aïcha, pero no, como podrías creer, a la manera bereber. No nos han hecho tragar un hervido de alheña con escupitajo de un marabú⁽¹⁾... no nos han atorado de amuletos atiborrados de mentiras... hemos ganado nuestra amistad y nuestra lealtad por palabras y por actos a los cuales el Profeta él mismo, si estuviera entre nosotros, no quedaría insensible.

(1) Alusión a la manera de la cual los bereberes de la región curan ciertas enfermedades del estomago nombrada "melhenni" o la enfermedad de alheña.

Ve a ver nuestros rebaños y los de los sumisos de Khenifra: no hay mejores ni más considerables. Observa nuestras familias: no hay mas unidas ni más felices.

Infórmate sobre las nuestras mezquitas nuestros santuarios, te dirán que ningún cristiano los acerca y que si los jefes se ocupan de ellas a veces es para que ordenen a conservarlas/mantenerlas. ¿Creéis que nos prohíben de practicar nuestra religión? Infórmate de la gente de tu tribu que sirven aquí: *te dirán* que cuando la hora del rezo llega, es el jefe francés quien piensa para nosotros suspendiendo nuestro servicio... Ah! loco que estas, no te has dado cuenta que hasta Lahcen que temía ni Dios ni el diablo lleva hoy un rosario...

Aïcha Ahmed : Si, si Lahcen, me he dado cuenta, desde mi llegada a este local y me proponía de decirlo una vez en el pueblo. Solamente, es tan increíble que me pregunto todavía si no acabas de suspender esta noche "esos granos" de tu cuello.

El chauch Lehcen : - ¿para recibir una descompuesta como tu? No, no hagas ilusiones. Además, no soy el único que se ha transformado y ha mejorado. Hassan y Amhroq ellos mismos – el terrible Amhroq, escuchas, oh, mujeres sin cerebro! piensan solamente a hacer el bien y a rezar. No obstante sabes bien que, de padre a hijo, en esta familia, nos hemos burlado de todo lo que no es guerra. Esto te demuestra que lejos de hacer de nosotros infieles/descreídos, el contacto con el rumi nos ha acercado a Dios.

Aïcha Ahmed : - pero insultáis nuestros Chorfas y entregáis nuestro país a los cristianos.

El chauch Lehcen: No insultamos los chorfas, verdad que han comprendido que encima de sus propios intereses hay los de las tribus. Esto lo puedes comprobar cuando quieras, los honoramos mas por el pasado y mas a menudo, para no decir siempre, es el Francés él mismo quien nos compromete., porque sabe que sus ciencias reales les hacen amigos. Pero somos en contra de los impostores surgidos de todas las esquinas del Sahara o incluso los barrancos de los Aït Ihand y os envían en contra de los cañones de los rumís, como lo hacían hace poco enviándonos a nosotros mismos, con la única ambición de continuar a vivir de vuestros despojos. En cuanto a librar el país a los cristianos, sabes bien, bonita inmunda, que no lo hemos hecho sin resistencia. Ve a ver nuestros cementerios y aquellos de los cristianos en bled zaiyan: constataras que ni una tribu se ha defendido con más vigor que nosotros. Recorre nuestras pistas: tropezaras cada vez con las piedras de nuestras tumbas. Pero nada es imposible, y cuando Dios tuvo piedad de

nosotros y nos ha abierto los ojos, nos hemos sometido a su voluntad y esto para nuestro bien. ¿Hemos ganado? De vivir en el orden, en paz y la abundancia; de estar seguro del día de después; de no trabajar que para nosotros; de conocer el final los verdaderos mandamientos del profeta, quiere decir que el amor de nuestros cercanos, la tolerancia, el respeto de otro, la caridad... Sabes que el rumi protege hasta los animales y que el caid Baadi, el propio hermano de aquel quien entierra sus domésticos vivos, a encarcelar durante 2 días un Zaiyan que ha maltratado su burro? Solamente, eres tonto para entender, mi pobre Aïcha, y siente que al querer convencerte, no hago más que perder mi tiempo. Compórtate a tu antojo, pero, por el profeta, no podéis ladrar de lejos, atacarnos una vez para todas y si fracasáis, someteros, dejad nos vivir en paz y, vosotros también, iros a convencer los Aït Abdi que os están esperando... ¿Ahora, dinos el objetivo de tu visita porque supongo que no has venido solamente para darnos lecciones?

¿Dar lecciones? Aïcha Ahmed ni lo piensa, sobre todo en existencia de la atmósfera irritada/enojada del chauch. Además, el capitán él mismo viendo que la "salida" del mukhazni ha producido su efecto, lentamente se puso derecho sobre su diván y, de una voz tranquila, aseguro su visitante.

Luego, sobre la demanda de Aïcha Ahmed de llevarse los prisioneros, le aconseja de ir en busca de los notables de la tribu para debatir el asunto entre hombres.

Después de que, la insumisa gratificada por algunas piezas de dinero, al escándalo formado por el chauch y su camarada, Taibi que empezaba a impacientarse esta al final introducido para hablar con el capitán Alain.

Pero el valiente informador no permanece mucho tiempo junto con el oficial. A partir del momento en que transmitió verbalmente el deseo de El Hay Ali y de Hammu U Melluk de venir el día siguiente al puesto, pide la autorización de irse.

- te llevaré mis dos "leones" mañana por la noche, a media noche. He dado cita a Hay en Tibrihin y es por el que comenzaremos.

Luego iré a buscar en busca de Hammu con quien he de encontrarme en Buhara. Desconfía de ellos: son mentirosos y astutos. Son capaces de servirte, pero mantenlo avisados de que no cree sen palabras y promesas. El hayi tiene autoridad sobre los suyos, pero su tribu no lo seguiría si le pidiera someterse en el mismo tiempo que él. Hammu no tiene prestigio más que entre sus

allegados -una treintena de tiendas- más si supieras arreglártelas y convencerlo, tendrías a este grupo bajo tu dirección cuando lo necesites. Desde luego, son todos dos candidatos caídos y hará falta que les hagas promesas a este respecto. No vaciles y deja a Dios el cuidado de sacarte, más tarde, de los apuros...

XIV – EL HAYI ALI HAMMU U MELLUK

En el territorio de los beréberes insumisos y en cada una de las fracciones tribales, los asuntos de gobierno están a cargo de la dyemaâ, es decir bajo la tutela de un número determinado de notables elegidos por sus compatriotas o designados por la población en cuestión para hacer las veces de vigilantes de los intereses morales y materiales de la colectividad.

Como ya lo hemos visto en el caso de la "Montaña beréber", la dyemaâ acumula todas las atribuciones administrativas, judiciales, políticas y militares. En tiempos de guerra es ella, igualmente, que organiza la resistencia, dirige las ofensivas, concluye las alianzas y establece la paz. Puede decirse, entonces, que detiene realmente todos los poderes decisivos de la potencia pública y que el destino de todas las agrupaciones tribales depende de sus decisiones.

No obstante esta soberanía no es completamente absoluta, pues, está sometida al control permanente y riguroso del pueblo. Este último consiente la delegación del poder a los ciudadanos que disponen de los medios suficientes para dedicarse a la labor política. Y cuando una decisión de estos dirigentes no corresponde a las aspiraciones de la población o a lo que ésta considera como decisivo para sus intereses, no vacila en "salir a la calle", es decir en la plaza de la aldea o del aduar, otro lugar sagrado, para librarse a discusiones apasionadas e incluso, cuando lo juzgan necesario, se rebelan contra la dyemaâ, confiando el poder del gobierno a otros hombres que se creen más aptos y habilitados que los que le han causado la decepción.

En caso de compromiso con el enemigo, puede ir más allá de eso y llevar el conflicto al tribunal y, a proceder, a veces sin debate, a las ejecuciones más despiadadas.

Se entenderá, entonces, porqué, en todas las circunstancias y más particularmente en su relación con nosotros, las dyemaâs insumisas actúan con gran cautela. Pues, lo que está en juego no es sólo el honor de sus miembros, sino también su fortuna e incluso su vida. Y, como por añadidura, van formadas de hombres que se suponen son los más virtuosos, los más

sensatos, los más valientes, los más ricos, pero que se envidian y se vigilan ferozmente. Para decirlo, claramente, resulta imposible, incluso para los más hábiles de nuestros oficiales del frente, entraren contacto con estas dyemaâs antes del "del día designado por la providencia divina", es decir antes de la verdadera y definitiva derrota de la tribu en cuestión.

Pero si las dyemaâs, en tanto que asambleas, son refractarias, por deber o por cálculo, ante todo acercamiento prematuro hacia el enemigo, o sea nosotros, no es éste el caso de sus miembros cuando se los consulta, por el intermediario de gente de confianza. Aquí destaca el carácter natural del bereber y la codicia y la ambición surgen para hacer más fácil la tarea del oficial francés que está en busca de aliados. Tal notable acribillado de adeudas se propone para vender sus servicios a los rumíes para desembarazarse de sus acreedores o para liberar un de sus parcelas de tierra hipotecada... Este otro notable quiere implemente robustecer su fortuna aprovechando la vecindad de los cristianos ricos y generosos...Otros - y forman la mayoría- resignados de antemano a lo inevitable y preocupante del porvenir, quieren preservarse unos derechos ante las prebendas cristianas haciendo el primer paso hacia el invasor.

Es, entonces, un asunto de habilidad, de generosidad y de tenacidad por parte del tentador francés. Es, igualmente y sobre todo, cuestión de organización y de explotación racional de los servicios de la Información. Pues, en este marco, el informadores - intermediario es muy eficaz. Es él quien hace preservar o desalienta a los demás por la misma forma con la cual repite los mensajes verbales que ha de transmitir. Y naturalmente, es su propio interés, son sus propias amistades y sus rencores que le dictan su conducta en cada circunstancia. ¿Acaso siente alguna estima para con el notable cuya fortuna se anuncia? Le prodiga los mejores consejos y le sugiere las actitudes susceptibles de hacer que gane los favores de los rumíes; va hasta dictarle las palabras que deben cuidar su imagen en los ojos del cristiano de cuyas ideas y de cuyos deseos está al tanto. ¿Acaso experimenta, al contrario, alguna repugnancia contribuyendo en el éxito de un hombre odiado? Se las arregla siempre para que este hombre e quede, para siempre, en la sombra. En caso de necesidad, y cuando se le antoja, puede mentir y desnaturalizar los verdaderos sentimientos para que los demás se reúnan y tengan éxito; pero, al contrario, cuando no lo quiere, puede cavar muy hondo y causar insolubles separaciones y escisiones.

No obstante, sea cómo sea la tendencia de los notables beréberes a dejarse corromper y por más complaciente que sea, a menudo, la acogida que consagran a las aperturas que se les facilitan, nada es difícil como obligarles a dar el primer paso para resignarse a la voluntad de los franceses. Consienten enviar y recibir mensajes, prodigan desde lejos garantías de amistad y fidelidad, incluso van con su buena voluntad hasta presentar pruebas tajantes de su sinceridad cumpliendo, en el seno de la tribu, con ciertos actos comprometedores que les son sugeridos y pagados, pero no se resignan a seguir los emisarios hacia nuestros puestos más que cuando no hay remedio.

Ellos alimentan la subyacente idea de engañarnos y traicionarnos si sus interés lo obliga un día. Y lo hacen aceptando los avances de nuestros emisarios y dejándose llevar por sus compromisos a distancia. Una promesa. Hecha desde lejos por medio de un intermediario, es fácil de olvidar (un intermediario niega holgadamente las verdades), mientras que el compromiso formal, hecho entre hombres, cara a cara, no puede invalidarse sin acarrear estigma y deshonor. Desde entonces, nuestros socios se dan cuenta de la necesidad de pensar más a la hora de firmar sus pactos con los enemigos de la tribu.

Además, nuestro contacto inspira a los insumisos, que nunca nos vieron, un pavor real: "¡Mira! Nos contaba un día un notable de Aït Chart, que venía a charlotear por primera vez, cuando estábamos en la montaña, creíamos que no erais como nosotros. Y estando aquí, e imaginaba que iba a encontrarme con un ser extraordinario, mitad humano mitad animal, maloliente y repugnante. Incluso me fui hasta prometer a los míos de volver a juntarme con ellos sin dejarme contagiar por ti, hablándote desde lejos y absteniéndole de comer de los platos que pudieras presentarme. Pero, nada más entrando a esta sala hace poco, he maldecido al diablo como para evitar alguna tentación páfida. Me pone alegre el constatar que todas las barbaridades que nos contaron a vuestro propósito no pasan de ser puras falacias y veo que el hombre con quien estoy es un ser humano normal exactamente como yo. No obstante reconozco que tu uniforme es un poco raro y me sorprende. Sin duda, nos adaptamos a verlo ya que algunos musulmanes empezaron a vestirse como vosotros, pero cuando recibas nuestros ignorantes del dyebel (montaña) será mejor vestirse de un albornoz. Además has de hablar su bereber.

Se entendería fácilmente; en estas condiciones, no sólo lo difícil que fue, para Taibi, hacer que el Hayi Ali le acompañara, sino también cómo la victoria

de los Ben Khelil, que había obligado al Hammu U Melluk a venir a Turguilal, había tenido reticencia en la montaña.

De todas formas, la jornada que precedió la visita de estos notables fue igualmente larga tanto para el Capitán Alain como para los dos insumisos.

El oficial francés; acostumbrado, desde hace muchos años, al optimismo excesivo e interesado por los informadores, no anunció a sus jefes el evento esperado: "tendré siempre la ocasión de hacerlo, se dijo a sí mismo, por telégrafo o por teléfono, porque es mejor pedir disculpas por el retraso de una buena noticia que anunciar un fracaso. De todas formas no tengo como garantías más que las promesas de Taibi, pero este valiente hombre considera siempre sus deseos como realidades y ya me anunció, en más de una ocasión, visitas que nunca se produjeron, pues podía equivocarse otra vez. Ahora bien, si se armara jaleo entorno al asunto antes de que se produzca, tomaría el riesgo de ser blanco de críticas y me considerarían como un hombre poco serio. En cuanto a mis visitantes, si vienen, me pondrán en una situación desagradable. El Hayi es el amghar de la tribu, pero éste no es el jefe e incluso si lo fuera, todo acto consentido públicamente a mi favor, sin el asentimiento de sus hermanos que me guardan todavía sentimientos de hostilidad, tendría como resultado su destitución inmediata y su destino podría ser aún peor. Este es el caso, igualmente, de Hammu U Melluk que tiene el mismísimo cargo en su sub-fracción. No puedo, entonces, pedirles por el momento más que adoptar una actitud personal de benevolencia e informarme con exactitud acerca de todo lo que pasa en sus aduares. Quizás pudieran también neutralizar su agrupamiento en caso de hostilidad, pero conozco bastante el humor combativo de los beréberes como para no esperar tanto que los Aït Ishaq se quedasen otra vez en sus casas en caso de disparo de balas en sus territorios. En cuanto a las promesas que hay que hacer no dependen de mi propia voluntad y me encontraré pendiente de dos candidatos caídos de los que no sé gran cosa salvo el hecho de ser los primeros en venir a hablar con nosotros. Pero, tal como lo dijo Taibi, estos se arreglarán fácilmente después, cuando haya visto a mis dos hombres cumpliendo con sus promesas. En espera de ello, me hace falta degollar dos corderos y preparar dos comidas completas para que mis visitantes sean tratados con las mismas consideraciones...

Por su parte, el hayi Ali y Hammu U Melluk no estaban menos preocupados y, a treinta kilómetros el uno del otro, en plena montaña, se hacía los mismos razonamientos:

- Heme aquí involucrado en aventuras y deshonor. Quien me hubiera dicho esto hace algunos días, habría arriesgado su propia vida. Honrado por la confianza de los míos, respetado por todos aquí, me veré obligado a mentir sin cesar para eludir la sospecha y la muerte. Si traicionase mis hermanos a favor de los musulmanes... Mas no, me comprometeré a servir a los "uar eddin", estos hombres negros como cuervos cuyo nombre nadie puede pronunciar aquí si maldecir al Diablo. Me pregunto si conseguiré a aparecer delante de la dyemaâ sin palidecer de vergüenza. Parece que tal crimen será imposible de disimular. Sin embargo sin o me voy para adelante, corroe l riesgo de ser suplantado por otros. Taibi me lo dijo claramente: No hay ningún notable en el Dir que haya visitado al rumí sin haber vuelto con la promesa de designarse como jefe de su tribu. Ahora bien, que hagamos lo que hagamos, el Cristiano es más fuerte que nosotros, invadirá estas montañas, se ira incluso hacia los territorios de los Aït Sokhman et y no quiero, de ningún modo, estar sometido a un rival ni tampoco forrarme a un enemigo. Ya he dañado tanto al rumí. ¿Acaso no maté a tres de sus soldados en El Herri? ¿No sigo teniendo uno de sus fusiles entre mis manos? ¿Y el llano de Buhara no es prohibido gracias a una de mis acciones personales? Entonces, he cumplido con mis deberes para con mi religión musulmana, y ahora que dios da el poder y la victoria al enemigo, tengo derecho a hacer lo que todos hicieron y tomar mis precauciones. Por lo demás, iniciativa no me impedirá participar en los enfrentamientos si mis hermanos deciden de hacer la guerra y el día de la Liberación (la'fu), soy yo quien mataré, con mis propias manos, a quien me procure esta vergüenza. Lo esencial es que no me pidan lo imposible esta noche".

Ahora la luna estaba en el centro del cielo y, con su pálida luz, ilumina la región de los Aït Ishaq y "el iguezdu" de la tribu.

Como es ordinario, los perros ladran sin cese al rededor de cada aduar para ahuyentar a los malhechores, no obstante las hienas, chacales, zorros, liebres y conejos, sintiéndose en plena seguridad, GROUILLEN Ten el MQAUIS de Sidi Said y de Bugrir, su incomparable dominio.

Sus ojos brillan en los matorrales como temblantes lamparillas de noche temblantes que pasan como relámpagos de un árbol a otro.

De cuando en cuando, un aullido lúgubre o un gañido desgarrar el aire, espantando los pájaros entumecidos en los árboles y deteniendo por unos

instantes el canto de la chiquilla o del abuelo que, bajo la atienda del aduar vecino, hace girar su molino manual.

En las autopistas, ningún ruido ni una sola señal de vida. Los animales las han abandonado para los humanos y éstos las han desertado desde la apuesta del sol. Pues, la noche es para los vagabundos de la región, y desgraciados son los viajeros distraídos: un tiro disparado desde una mata de hierbas o desde un tronco de árbol o un puñal surgido súbitamente de una inocente zanja, vienen para castigar su despreocupación o su funesta pereza.

El campo, al contrario, no carece de agitación a estas horas. Independientemente de la juventud que emprende la aventura, armada hasta los dientes, y algunos enamorados que van con prudencia hacia el encuentro previamente acordado, los campos de maíz que hay que irrigar, mantienen fuera de sus tiendas a algunos "ireba'nies" y sus acompañantes encargados de vigilar sus bienes con las armas en las manos.

Y mientras que el precioso líquido murmulla en minúsculas cascadas entre las piedras apenas desplazadas, dos grupos de jinetes, procedentes el primero de Butasesfsaft, el segundo de Kheddi, se dirigen lentamente hacia el morabito de Sidi Said.

El primero, el Hayi, astuto y audaz hasta la imprudencia, endereza su alta estatura y, pronunciando un discurso hábil, dice a sus acompañantes y sobre todo a los auditores que se pueden ver sin entender el objetivo de su presencia: "Esta tarde he visto a los cristianos errar hacia Tibhirin. ¿Qué iban a hacer allí? Lo ignoro, pero no hay que dejar pasar esta oportunidad. Si Dios está con nosotros, seguro que sacamos algunos beneficios " Y sus acólitos - cuidadosamente elegidos y perfectamente informados - aprueban en alta voz sus palabras.

El segundo, es caracterizado por su tendencia al silencio. Hammu U Melluk, más viejo y más prudente que el primero, optó por un itinerario más complicado y nunca emprendido. Incluso se fue con sus cautelas hasta pedir a sus acompañantes -un hermano y un cuñado- algunos caballos grises para procurarse más seguridad bajo la inoportuna luna.

Se anda así durante tres horas entre los árboles y las rocas, ignorando a su mal agrado el tentador apreso de caza, atento al contrario a no hacerse notar ante los eventuales acechadores.

Por fin, se divisa el morabito que marca los límites que nadie ha de traspasar si no tiene probada su hostilidad en contra del cristiano y sin que corra el riesgo de acusarse de buscar alianza con él.

Con infinitas cautelas, a tientas, los dos grupos que conocen el lugar frecuentado, pero que pueden evitar sólo acudiendo a enormes y peligrosos rodeos, avanzan uno hacia el encuentro del otro, el fusile n las manos, listos para el ataque y la maniobra que deben procurare l saludo si es necesario. Van a abordarse... Están frente afrente en la curvad el camino cuyas alfombras de tierra ensordecieron el ruido de los pasos de los caballos.... Entonces, arrastrando el trágico silencio y la inaguantable angustia, un grito mate revienta entre las seis culatas maniobradas:

- ¿Ma ndegsen a yen? (¿Quién va ahí?)

Y enseguida, dos, tres, cuatro tiros se disparan, perturban la serenidad de l anoche, alertando los perros de los alrededores y llevando la alarma hasta los centinelas del puesto que extiende su masa blanca en el temible llano.

Luego, absolutamente nada...

Como vergonzosos por su nerviosidad, los jinetes dejan de disparar instantáneamente. Ningún grito, ningún llamamiento sale de su boca: La peor de las imprudencias en esta circunstancia sería de pronunciar un nombre. De todos modos el caso de sorpresa ha sido previsto de antemano, en cada grupo, se ha decidido encontrarse en un punto determinado. Se busca, pues, fugarse, sobre todo, sin ocuparse demasiado del grupo adverso que, por s uparte, optó igualmente por la fuga y salvarse.

Entonces, el silencio impera rápidamente en todos los alrededores del santo lugar con sus tumbas, mientras tanto que los jinetes se pierden en las malezas y las hondonadas maldiciendo al cristiano y a su amigo Taibi...

Medianoche, En el puesto dormido, solos el Capitán Alain, su chauch

Y el mariscal del hogar Mustafa quienes prepararon cada uno una comida y se preparan para servirla a las "canallas" del dyebel.

Para eludir toda indiscreción, ha alejado de la fortaleza, para algunas horas, los mokhazhenies originarios de las tribus del Dir y desplazaron a los centinelas de la puerta llamada de los informadores. Después, queriendo soslayar todo riesgo de menosprecio, prohibieron a los hombres de guardia que fueran los primeros en disparar.

Oyeron los disparos en los campos lejanos, pero al no tener a nadie de los suyos fuera de la fortaleza y acostumbrados desde hace mucho tiempo a semejantes tiroteos entre vagamundos, no pensaron en ninguna amenaza.

Las horas les parecían interminables de forma que trepan la torrecilla que asoma a todo el llano en dirección hacia Sidi Said y escrutan la zona para darse cuenta de lo que está pasando. Pero no hay ningún movimiento ahí, y sólo un montón de piedrecillas blancas ubicadas a 500 metros de la amuralla para indicara Taibi que el camino de acceso de esta noche es libre, llamas u atención.

Entonces, el chauch Lehcen invadido por el sueño, acodándose cerca del su jefe y, feliz de desatarse la lengua, hace a voz baja las últimas recomendaciones:

- Verás que el Hayi Ali es un hombre extraordinario. Es tan joven que te costará mucho trabajo creer que haya sido elegido amghar. Pero después de hablar con él y constatar lo que pueda hacer, comprenderás porqué ha sido preferido y electo entre estas viejas momias que son Moha U Ali Uhsain y Raho U Menchich. Es un hombre de guerra, un perfecto hablador, que miente como respira y matará a su propio padre si ve en ello algún interés. Ese el quien dijo en la montaña que el jefe quien recibe por su cuenta, que no sabe vivir en detrimento de sus hermanos, es un imbécil. Pero, por hablar siempre fuertemente, por sabe cómo hacer respetar los derechos de su tribu en todas las circunstancias. Los suyos experimentan para con él mucha admiración. En cuanto Hammu U Melluk, tu otro "invitado" de esta noche, es un tipo de otra calaña, un amdhuch (miedoso) que "come", desde luego, ya que corre en su sangre, pero lo hace tan diminutamente de modo que no tiene ninguna autoridad. Cuando se le da pan, lo recibe como una limosna. No tiene estilo. Entonces, si buscas aun verdadero jefe....

- Tu candidato es, desde luego, este El Hayi sin escrúpulos. De esta manera, la tribu esta asegura de su destino: después de haber sido blanca de varios pillajes llevados acabo por nosotros cuando eran disidentes, caerá abajo la clemencia de aquél quien sabrá domarla. Pobre Lahcen, las velas no te salen bien y tus ideas políticas son descaminadas porque te estas descarrilando completamente.

- No, desengáñate tengo razón y esto lo digo en el interés de todo el mundo.

- ¿Y qué pasará con nuestras promesas de proteger a los débiles y hacer que la justicia impere?

- Digo que son admirables, espléndidas, y si me muero en el mismo tiempo que tú, no dejaré de recomendarte a los maestros del Paraíso aunque eres cristiano.

- Hay que estar primero seguro de que tú te va sal Paraíso, y si tomara en consideración tu historial, no lo creería. Deberías estar esperado arriba por todas tus víctimas y tu compañía sería muy comprometedora...

- No, no pretendo irme directamente al Paraíso, pues tengo un montón de cuentas que arreglar con Dios. El taleb de la alquería a quien tuve la insensatez de contar mis historias, me ha deshecho todas las ilusiones a este respecto. Pero hombres como y ose las arreglan siempre y como Sidna Azrayn es, tal como parece, tan feroz como yo, lo ganaré enseguida. En cuanto a tu pregunta ¿Quién es tu dios? Contestaré: mi carabina y mi caballo, se sentirá tan encantado de encontrarse con un colega suyo de forma que me procurará un pequeño quehacer entre el Paraíso y el Infierno, exactamente como tú me ubicaste entre la miseria y la fortuna. Seré chauch ahí arriba, como lo soy aquí...

- tus chistes son realmente divertidos...

- Pues, sí. Parece que en el otro mundo igual que en el nuestro, hay árabes y beréberes. Como los árabes letrados se han acaparado del empleo del profeta, dejando a los beréberes el Azrayn, que es su califa o, si quieres, el ejecutante de sus sentencias. Ahora bien, si los beréberes se riñen constantemente entre sí, vuelven a hacerse hermanos desde que y ano tienen campos o mujeres a causad e los cuales puedan ponerse en desacuerdo. Estoy, entonces seguro de hallare n seguida aun aliado poderoso y, como eres mi amigo, te lo recomendaré.

- Entonces sin o tienes nada más que esto para asegurarte y protegerme, deberíamos esperara que vengan para destruirnos sin piedad. Es mejor que me recuerdes al Hayi.

- Me gustaría tanto, porque por mi parte te veo desesperante. Crees que ya que vivo en detrimento de los vecinos y ano sirvo más que para que me echen en la basura.

- Más bien en los fuegos del Infierno...

- ¡Eh! No me hables ya de eso, te ruego, soy capaz de volver a ser un hombre honesto y serás el primero aquejarte de ello...

¿Y por qué eso?

Porque en tu situación, no son los hombres honestos los que te hacen falta sino unos gallardos como yo que matan sin preocuparse.

No se trata de tus proezas de guerra pero de tus hurtos.

Para mí, es exactamente la misma cosa, porque pillarle al enemigo su cabra o su cordero, es hacerle igualmente la guerra. Si eso no fuese verdad, que sentido tendrían las razzias que no son más grandes hurtos necesarios para tu política y para tus mokhaznías. Pero esta discusión no lleva lejos, et vuelvo al Hayi. Decía que este hombre es un acanalla, pero uno de esos que puedan ser de gran utilidad sino persistes en optar por una perfección, so pretexto de hacer que la justicia reine por doquier. Por añadidura, sus hermanos, que quieres proteger incluso antes de tenerlos a tu lado, no son los hombres que vosotros los franceses imagináis. Acostumbrados desde su temprana edad a formar parte de un clan y a luchar, no es la verdadera justicia lo que anhelan hallar a tu lado. Ellos se someten y pierden su libertad no para eso, sino para encontrar un liado fuerte y potente que les pueda ayudar a hacer frente a sus enemigos. Lo que deberías prometerles, pues, no es un paraíso terrestre, irrealizable desde luego y del cual no tienen ninguna idea, sino buenos fusiles y un montón de cartuchos que les permitirán "comer" a los que se quedaron en situación de desinencia. Honora, entonces, al Hayi para ganarlo por el bien de tu causa, respeta sus garras que res eran mucho útiles como peligrosas para sus presas y distrae a los pequeños enviándolos a la guerra, es así cómo lograras la paz, la tranquilidad y tras sumisiones. En cuanto a tus ideas de equidad, de igualdad, de probidad, son mercancías sin valor en estas zonas y hablar de todo eso ahora sería tan inoportuno como decir a los Aït Ari (los de la montaña) que de la noche a la mañana tienen que abandonar sus ganduras para revestirse de capotes.

El oficial iba a contestar a esta tirada de su auxiliar cuando divisa unas siluetas que se proliferan a lo lejos en dirección de Sidi Said.

- Allí vienen –anunció en seguida el chauch.

Y de hecho, las sombras engrandecen rápidamente, los centinelas reconocen a Taïbi que, el fusil en la mano, sea presura hacia la fortaleza familiar.

¿Qué ideas atravesaban entonces el espíritu del Capitán Alain? Sólo los que han vivido semejantes instantes podrán imaginarlo. Una emoción muy intensa le invadió y su alegría fue inmensa. Se acercaba al resultado de sus esfuerzos

desplegados con tanto afán, ya disponía de su primer éxito. La montaña, por fin conquistada, se estaba sometiendo en la persona de uno de sus más feroces jefes de guerra. No se trataba aún de la victoria real, puesto que todavía hacía falta discutir y nada estaba seguro. Pero se preparaba para dialogar y cuando se llega a estas alturas con los notables beréberes, la causa es medio ganada. Incluso si el acuerdo no pudiera realizarse esta noche, el contacto sería mantenido, la montaña cesaría de ser misteriosa y habría otros informadores.

Entregándose completamente a sus esperanzas, el oficial se había instalado en su salón, dejando al chauch el cuidado de recibir a los huéspedes y conducirlos donde él estaba. Lahcen, tan impaciente tan contento por el evento, no había esperado detrás de las murallas. Bajó corriendo muy de prisa por las escaleras rústicas, abrió la pequeña puerta que asomaba hacia toda la zona, apartó la hilera de espinas que la protegía y, el fusil cargado, se fue hacia el encuentro de los insumisos.

- ¿Eres tú hijo de perro? gritó a Taibi maniobrando su culata.

Sin ofenderse por esta acogida que, en estas circunstancias no suponía ninguna injuria, al contrario Taibi contestó en el mismo tono:

- Soy yo, abuljir (cerdo).

- Te haces desear, querido amigo. Se cree que nos llevas a una nueva novia y estás tan seguro de ti mismo de modo que ni siquiera te das prisa para encontrarnos. No obstante tenemos sueño...

El Hayi tomó, entonces, la palabra y muy feliz de hallarse frente aun vigilante adversario que conocía desde hacía mucho tiempo y que admiraba como todo el mundo, dice al chauch:

-¿Te duermes ahora, Lehcen? ¿No eras un "tir elil" (pájaro nocturno) y no tenías la oscuridad como tahdda (aliada)?

- No lo niego, el Hayi, pero he envejecido con los rumies, he aprendido a disciplinar a mi propio sueño. Tengo un reloj ahora ¿entiendes? Y he aprendido a medir mi tiempo como si cada uno de mis minutos valiera su peso de oro. Me acuesto y me levanto temprano y ah oras fijas y parece que eso es muy útil para la salud. Pero esta noche....

- Te entiendo sinceramente Lehcen, pero es mi primera visita y sabes mejor que yo que no se viene a visitar de día a un amigo. Además, sin o me equivoco, hay tardes en que uno se olvida voluntariamente de su reloj. Los Aït Yaqob U Aïsa saben cosas a este respecto....

- No sólo ellos, pero esto no me impide amar la regularidad que apreciarás como yo cuando seas Caíd... mi caíd.

- Este día me acordaré de ti, sé tranquilo.

- Gracias, Sidi El Hayi, no esperaba menos de tu generosidad bien conocida. Pero no pierdas tu tiempo en el camino y espolea tu caballo, ya que el cargo es concurrido y conozco a uno de tus hermanos....

- ¿A quién te refieres?

- A nadie, a nadie. Con mi locuacidad, acabaré diciendo tonterías. Sígueme, pues, estos hijos de hierro que nos escuchan no me inspiran ninguna confianza...

- Te ruego Lehcen, en nombre de nuestra amistad, dime si otros vinieron aquí antes...

- Creo que han venido otros. Este sendero es para todo el mundo y la casa que está en el fondo es la del Bondadoso Dios. Pero esto no ha de preocuparte ya que la superioridad será muy evidente en los ojos del Capitán que juzga avivadamente a estos hombres. Un consejo, mi querido amigo: Has de comprar un reloj y consultarlo constantemente para no dejar pasar el tiempo...

- Bueno, nunca se deja pasar el tiempo marcado por el Todo poderoso. Pero te equivocas al no confesarme todo con la misma confianza de antes...

Más advertido que Aïcha Ahmed acerca de lo que estaba por encontrarse en el puesto yeso gracias a las informaciones de Taibi, El Hayi no mostró ningún sentimiento de asombro entrando donde estaba el oficial. Este último se puso de pie para saludarle y desearle la bienvenida. Luego le invitó a sentarse a su lado para comer, mientras que el chauch, Taibi y los demás acompañantes del insumisos e instalaron a distanciad e respetuosa de sus jefes o sep reparaban a asegurar el servicio por la domesticidad indiscreta.

Fue entonces el momento de intercambiar las banalidades habituales acerca de la lluvia, el buen tiempo, el estado de los cultivos, los combates en los que los asistentes habían participado. Desde luego, el chauch Lahcen no dejó pasar la oportunidad e intervenía de vez en cuando en la tertulia creando así una atmósfera excelente para una diálogo serio que estaba por iniciarse. Por fin llegó el momento de la última taza de té que una vez saboreada el Capitán hizo sena la los suyos, el oficial, el Hayi y el chauch se dejaron solos y empezaron a discutir en torno al objetivo de la visita. El encuentro duró un ahora y tuvo

como resultado un acuerdo entre los dos nuevos amigos, es decir una verdadera alianza secreta.

Después, el Capitán recogió sus instrumentos de trabajo necesitados en similares circunstancias y empezó a tomar nota unas precisiones acerca de la zona insumisa. Entonces, durante más de una hora, tendido boca abajo alrededor de una lamparilla consultó la situación de la zona recién sometida. Se pasó revista a todas las fracciones de la tribu: el estado de las parcelas de tierra dedicadas a la agricultura, las del pastoreo, el número de los caballos, de las armas y muleros, la importancia del depósito los granos, las posiciones favorables a la defensa, los caminos susceptibles de prestarse por una colonia provista de artillería, los vados sobre los distintos ríos, etc.

Se habla, después, acerca de la situación particular de cada notable, de su fortuna, de sus relaciones familiares, de su grado de hostilidad.

Hacia las dos de la madrugada, el oficial, saciado u sed de conocer todo lo que le interesaba para sus planes del año, y convencido de la sinceridad de El Hayi, decidió por fin separarse de su invitado. Le sirvió una última taza de té ante la decepción del chauch preocupado, cada vez más, por el destino de Hammu U Melluk, que todavía está en Buhara.

Y lentamente, se dirigió hacia su caja fuerte, y tomó cinco sacos de duros hasanies y los entregó al insumiso: esto para que puedas procurarte algunos regalos. He aquí mil duros es decir 7000 francos franceses. No es más que un comienzo y de ti depende recibir más...

El Hayi recogió los sacos, los sopesó, agradeció al Capitán con un tono de satisfacción, luego mandó traer su gran bolso de lana colgada en su silla de montar ya que le costaba trabajo hacer que esta pesada carga cupiera en su bolsa de cuero.

Siempre malicioso, el chauch no dejó pasar la ocasión para poner de manifiesto la generosidad de su jefe: "la primer apersona que has encontrado esta mañana no fue seguramente ni tuerto ni albinos. Tu vena es incalificable. Si el Capitán no estuviera ocupado, te diría que en el país de los rumies, sería inquietante, pero no entenderás. De todas formas, mi caíd, te vas de aquí con un asuma que tu fogoso Lahcen nunca ha soñado poseer. Espero que n ola utilices para armar a tus hermano sen contra de nosotros..."

- ¿Tienes siempre una buena imagen de mí?

- Al contrario una muy mala imagen

- ¿Lo que quiere decir?
- Que te serré particularmente agradecido por no obligarme a buscarte en tu tienda para despertarte con bibi (granadas V.B.) en mis manos.
- Sé tranquilo, he dado mi palabra y sabes que me comprometo siempre con mis promesas.
- Ya veremos... después de todo, sólo tu ganas, ya que personalmente...
- Quéjate pues, estás siempre muy cercad el todo Poderoso, aprovechas de su armas y de sus cajas y haces la guerra y la paz a tus antojos...

El chauch sonrió ante sus ingenuidades, pensando en sus 9 francos de sueldo por día, en la moneda que se le exigen en casos de que algunos centavos venían para complicar las cuentas de su jefe, en otros tantos detalles todavía... pero se percató de que no se hará más que disminuirse frente al insumiso desengañándole y fue con convicción que le contestó:

- Claro, claro, pero cuando lo quieras, te quedará aprovechar, por tu parte, todo esto. Además serás mejor que yo en este despacho ya que tú tienes el semblante de un caíd.
- Pero no me prometió nada a este respecto.
- Poco importa. La acogida que te reservó vale más que toda promesa. No puede darte la estampilla de caíd desde tu primera visita...
- Es verdad, pero no me dijiste aúne l nombre de los demás amigos que vinieron aquí antes... es menester que lo sepa.
- ¿Pero para que quieres saber quiénes fueron? ¿Además qué dirías tú si dijéramos tu nombre a nuestros otros amigos? Pues, no insistas más ya que no te diré nada. Esta casa, es la tumbad e los secretos, como dice el capitán y deberías estar contento porque tu propia seguridad esta en juego.

El ksar de Buhara donde Hammu U Melluk esperaba l ahora de presentarse al puesto, no está lejos de este último más que de 4 kilómetros apenas. Llegando allí esta noche, y constatando el estado de abandono en el cual estaban las casas de sus hermanos de Aït Yaqob, Hammu U Melluk sintió un aprieto en el corazón y fue invadido por una inmensa tristeza. Pero recorriendo los ksures uno por uno, no si precauciones, se dio cuenta de que si las lluvias hubieran causado algunos perjuicios en las terrazas no cuidadas desde la fuga de la tribu, ninguna destrucción había sido llevada acabo

voluntariamente por el rumí que enviaba frecuentemente su caballería para patrullar en los parajes.

Se fue hasta la fuente, giró al rededor de las hileras que rodeaban los jardines donde crecían melones y pastecas. Luego trepó hasta la cima de la colina próxima desde la cual se domina toda la región y se tendió contra un mechón de paja y sus acompañantes y, frente a la fortaleza francesa que la luna engrandecía desmesuradamente, y se perdió en sus pensamientos.

Por fin, sin poder aguantar más, habló en voz baja como si quisiera confesar algo: "Es por eso, hijos míos, que el cristiano es superior a nosotros y es lo que prueba que Dios guía sus actos y asegurará su éxito. Teniendo bajo sus manos a las casas de su adversario no las utilizó. Los higos de los Ait Tennammast no les faltan nada, el pequeño morabito es intacto y ninguna tumba de los que rodean la aldea han sido profanada ¿No creéis que tal generosidad de parte de unos hombres muy potentes merece admiración? En su lugar, los beréberes victoriosos habrían desterrado a los muertos para echarlos a los chacales. Quizás sea por eso, a causa de nuestra crueldad incluso para con las cosas inertes, que Dios nos abandona y oscurece nuestra inteligencia. Nos despoja aun de un abanico como si fuésemos indignos de defenderla. Y como nos engañan todos estos morabitos negros, venidos del Sahara para nuestra desgracia, nos incitan incesantemente a la resistencia... Además, saben a la perfección lo que están haciendo estos nefastos hombres que se quedan en sus casas en el momento del peligro y no encabezan nuestras colonias más que para fugarse y buscar refugio."

- No blasfemes, tío Hammu. Los igurramn son buenos y nos obligan a recordarnos que somos Musulmanes y a servir al Profeta.
- Cállate, cállate, hijo mío. Apenas eres un hombre y no sabes nada. Todavía no has aprendido a amar el rincón de tierra donde has nacido, y a sufrir a causa de verte en la obligación de abandonarlo. ¡Quién supieras cuántos dulces recuerdos me evoca esta noche! ... nacido detrás de esta loma que ves allí, en dirección de Uaumana, he vivido días tan felices que nada pensando en ellos me rellenan los ojos de lágrimas.
- Si pero cuando te sentías feliz, éramos libres y nuestro país no tenía como soberanos más que musulmanes, Mientras que hoy...
- Es cierto, tienes razón, lo que nos hacía amar esta tierra era la libertad de la cual gozábamos. Pero que saber inclinarse ante la voluntad divina

y depositar las armas cuando todo indica que se han vuelto inútiles. Esta libertad de la cual hablas la añoro más que nadie, hijo mío, y nadie sufrirá más que yo si se os despoja. Antes, fui jefe de guerra y mi poder aquí fue admirable. Era yo quien lo decidía todo. Venían desde lejos para pedirme recomendaciones, y cuando el viejo Moha U Hammu necesitaba aliados, se dirigía a mí en primer lugar. Pero cree en mi experiencia, ya ha venido el momento del sacrificio y nadie tiene el poder de enfrentarse a ella. Escucha, pues, este ruido sordo que reina en el oeste de la región. Es el cañón del cristiano que revienta en contra de los Aït Uira. Los Imhiuachies, derrotados, han evacuado a Azagra y se han refugiado en la montaña de Uangunussen, poco hospitalaria. Los hijos de Moha U Said han traicionado nuestra causa con el consentimiento tácito de su padre. Mañana los Aït Bu Mellal, a su vez, huirán ante el avance de las columnas francesas, luego se someterán y alzarán sus fusiles para perseguirnos y aniquilarnos. Incluso aquí en nuestra tribu, el gusano (abakhu) está en los frutos y el puesto francés está repleto de un montón de informadores en busca de dinero y de honor. ¿Y me estas aconsejando de seguir indiferente a todo esto? Nunca. Sería un crimen contra mí mismo y contra mis hermanos. Acostumbrado a ser el primero, no quiero verme inclinado mañana ante el Hayi Ali Moha U Ali Ushain o Basso U Abderrahim. No quiero verte esclavo de un enemigo. No quiero que mi aduar deje de existir, en fin...En cuanto a la libertad, otros la perdieron pero no por ello murieron. Los hijos de los Zayaníes – ¿No eran los más fuertes y los más valientes antes de la llegada de los Cristianos?- Están ahora al lado de los rumies, lo que deja mostrar que la sumisión no es tan desagradable, haremos como ellos, si Dios quiere, dueño de los hombres y de las cosas.

- Ocurrir lo que tu desees, tío, eres nuestro padre, nuestro jefe, nuestro guía, y sabemos que si nos llevas hacia los cristianos, es que y ano es posible actuar de otra forma.

- Gracias, hijos, y que Dios esté con nosotros.

De nuevo hay peleas en el puesto donde Hammu U Melluk y sus acompañantes acaban de introducirse. Pero a los nuevos visitantes no les gustan las complicaciones y lo que piden es sencillo y precisado: Sabemos que la colonia está en marcha hacia nuestros territorios y queremos someternos a ti antes de vernos obligados a hacerlo por las armas. No has de creer que somos

cobardes, sabes que los Aït Yaqob son los más valientes aguerridos de la tribu. Pero somos gentes ensata y estimamos inútil derramar más sangre. ¿Cuales son las condiciones de la sumisión?

- formar parte de nuestras líneas con todas vuestras familias, vuestras tiendas y vuestros rebaños. Os instalaréis cercad el puesto de Uaumana, en las proximidades de vuestras tierras, y os conformaréis con lo que os diré luego t todo ello para vuestro bien y él de vuestros niños.
- Esto es evidentemente fácil si consientes procurarnos algunos fusiles y unos cuantos cartuchos para el día de pugna. Pues, el *menor* movimiento hacia tus puestos movilizará en contra de nosotros a todas las tribus de la montaña.
- Prefiero proteger yo mismo vuestro campamento por medio de mi caballería y mis cañones. Nos pondremos de acuerdo acercad el di ay de la hora...
- Esto no es posible, porque si nuestros actos y gestos son vigilados, los tuyos lo son más. Antes de que tú llegues ellos ya habrán invadido nuestros aduares. Pedimos sólo cuatro fusiles para armar a los que no lo son así como un millar de cartuchos y, llegado el día previsto, nos encofrarás entre los tuyos. En cuanto a tu caballería, es suficiente ubicarlo sen Uaumana para socorrernos nada más oyendo el primer disparo o si pedimos su ayuda encendiendo dos hogueras cercad e los ksures arruinados de Tighbula.
- Me gustaría complaceros, pero n osuelo confiar fusiles y municiones sin tener las garantías requeridas.
- Te enviaré a mi hijo como rehén y no puedo darte mejor que esto.
- Seguramente.
- ¿Y qué será de mí al volver? ¿Sin duda sabes quién soy yo?
- Sé que eres uno de los mejores notables de la tribu ya precio tu gran sensatez. Te recompensaré tal como lo mereces.
- Quiero ser caíd...
- Tú serás el jefe de tus hermanos...

XV - Perplejidad

El amanecer encontró al Capitán Alain de pie a pesar de los cansancios del último día. Estaba tan preocupado de modo que casi no había dormido.

Ciertamente, su éxito de la víspera era de aquellos de los cuales un Oficial podía ser orgulloso, pero, contrariamente a lo que él esperaba, no experimentaba ningún sentimiento de alegría. El hayi Ali y Hammu U Melluk le habían parecido muy dispuestos, pero precisamente, se habían mostrado, igualmente, tan precipitados en prometer su ayuda, hecho que llevaba a preguntarse si el día del vencimiento se acordarían de sus promesas y cumplirían con ellas.

Ahora bien, las operaciones de la columna Freydenberg se acababan en la comarca de Aït Uira y, en dos o tres semanas a lo sumo, el intrépido jefe iba a llegar a la región de Aït Ishaq, y, antes de emprender la pacificación de Dir Ichkern, pediría precisiones sobre las intenciones de sus ocupantes. ¿Qué se podría contestarle entonces? ¿Que los Aït Ishaq deberían estar exentos? Era, seguramente, una excelente medida para comprometer a la tribu ante sus vecinos. Pero este agrupamiento no se había comprometido bajo ninguna forma y, sólo, dos de sus notables; actuando por su cuenta personal, habían manifestado su deseo de paz. Seguía siendo pues susceptible de tomar las armas inmediatamente después del paso de nuestros soldados y de causarnos algún que otro desconcierto. ¿Recomendar, al contrario, no tener en cuenta las negociaciones contratadas y tratar todo el mundo en tanto que enemigos? ¿Preconizar la batalla como la solución más segura y más rápida con miras a obtener la paz en este territorio cuyo jefe de puesto tenía ganas de emprender la organización? ¿Dejar, en una palabra, que el plan de campaña establecido por el Estado-Mayor se desarrollase normalmente? Era reconocer la esterilidad del trabajo político ya realizado y, por lo tanto, declarar la discapacidad de aquel que se había encargado de él. Era también y, sobre todo, correr el riesgo de comprometer a los esfuerzos de EL Hayi Ali y de imponer a las tropas como a los insumisos unos combates y unas pérdidas que podrían evitarse.

La cuestión de los presos no desconcertaba al oficial. La dyemaâ de los Aït Yaqob U Aïsa iba a venir y su decisión todavía no había sido tomada. Liberar a los cautivos le alegraba ahora que tenía aliados en la montaña. Era mostrarse, una vez más, bueno y generoso y, tal vez, ganar la simpatía de los parientes en un momento en que su deber consistía precisamente en neutralizar a más adversarios. No obstante, tal medida que apuntaba los beneficios hipotéticos, le era, formalmente, desaconsejada por todo su entorno, incluso por los insumisos que frecuentaban el puesto. Estaba, de todas formas, en condiciones de descontentar seriamente a los mokhaznîes autores de la captura y a enfriar su celo así que su ardor en cuanto a los futuros compromisos. A menos que, repugnando a pesar de todo a mal lidiarse, no decidieran, en un acuerdo tácito, no hacer más presos y matarlos sin piedad en los mismos campos de batalla.

Graves problemas para un hombre que; anhelando los éxitos de las armas de su país; le apetecería obtener; cada vez que eso era posible, este éxito pero que tuviera como contraparte la multiplicación de los lutos y ruinas en el campo del adversario.

Es que el Capitán Alain era de esta categoría de Franceses que Paul Odinot calificaba, en uno de sus brillantes artículos de prensa, de "Horr", es decir de puros.

Preparado para la más dolorosa de todas las pruebas nacionales, sufriendo aun de la profanación reciente de su propio suelo natal por el más destacado de los invasores, profesaba intensamente el respeto de este pueblo bereber que, tribu por tribu, fracción por fracción e incluso familia por familia, se sacrificaba alegremente por su independencia. Y si la misión garantizada por su parte en este país retrasado encontrara en él a un apóstol sincero, para nada del mundo consentiría que un daño fuera causado sin justificada necesidad a los que se negaban aún a escuchar sus consejos de amigo.

Su desconcierto era pues grande y teniendo que informar a su jefe; se negaba a concluir: " Debo reflexionar aún más sobre la redacción de mi informe y, para eso, me alejaré durante algunos días de este país. Aquí, estoy sufriendo demasiado influencias del entorno en el cual me hallo de forma que me es imposible conservar a mi libre albedrío. Mis informadores, acuciosos para disponer de una autoridad y una fuerza que les darán prestigio y mis mokhaznîes codiciosos de saqueos, venganzas y de honores, conspiran entre ellos para falsear mis ideas e imponerme concepciones sospechosas.

Han conseguido, por otra parte, transformar mi mentalidad hasta tal punto que un viaje en avión encima de este puesto me ha sido imprescindible para darme cuenta de que esta minúsculo recinto del globo terrestre donde me han colocado no es "el ombligo del mundo" tal como comenzaba a creerlo y que los pequeños campos de y churros y cebadas que contemplo cada día de mi observatorio no tienen nada de las riquezas de Lombardía que dieron piernas a los soldados de Bonaparte.

Pediré, pues, permiso de ir a pasar algunos días en Casablanca, para retroceder y juzgar más objetivamente las cosas. Como mis consejeros habituales no tienen menos necesidad que yo de cambiar de atmósfera, llevaré conmigo al chauch Lehcen y su acólito Mustafa, quienes serán felices de conocer una gran ciudad."

Dicho y hecho, el Comandante del Círculo - un oficial superior de la buena escuela africana, muy advertido de las cosas del poblacho y muy partidario de la moral de sus oficiales de las pequeñas fugas hacia la costa - otorgó, rápidamente, el permiso solicitado por teléfono.

Hizo aún mejor: Sabiendo que el puesto estaba desprovisto de medio de locomoción, envió su coche de servicio con autorización de usarlo hasta el primer centro que ofrece algún recurso en cuanto a coches de alquiler.

Los preparativos de la salida fueron muy rápidos en lo que se refería al oficial: se hace rápidamente una maleta de soldado cuando se trata de ir hacia los "lugares civilizados" donde se tiene, siempre, que reconstituir su guardarropa.

Pero, para el chauch y el mariscal de los hogares; fue más largo. En primer lugar, a los dos guerreros les costó mucho creer en su felicidad. No era que no apreciaran a su valor la autorización del viaje que iban a hacer: Era no se imaginaban nada de lo que podíamos ya haber realizado antes y no parecen aspirar vehementemente a saberlo. Pero, hasta aquel entonces, sólo personajes considerables se habían autorizado o se habían invitados a salir de la región de Zaiyan para su placer y los dos modestos auxiliares nunca habían pensado que, a su vez, conocerían un buen día el favor insigne de ir "a pasear sus piojos"; (así habló Lehcen) bajo el control de su jefe francés.

Fue necesario pues, en primer lugar, convencerlos de que no se trataba de ninguna manera de una "taqebat" (broma) y que tenían que prepararse rápidamente menos a no obstante que prefirieran ceder sus lugares otros.

Luego, surgió la cuestión material. Lehcen y Mustafa, acostumbrados a vivir su vida día a día, les valió mucho reconocer que no tenían ni un centavo en sus bolsillos para un viaje tan improvisado. El oficial les había anunciado claramente que todos los gastos del desplazamiento correrían a su cargo, pero un bereber no podía dirigirse a una ciudad – y por ende aun un zoco- sin procurarse nuevas prendas de vestir y pacotilla para su khayma.

- Se ve muy bien, explicó el chauch a su jefe, que no estás casado y que así te ahorraste algunas preocupaciones. En un cerrar y abrir de ojos, ya estás listo para todo. Pero yo que no tuve tu sabiduría, tengo el desplazamiento difícil y cada una mis de visitas a un mercado me obliga a duros cálculos. ¿Te das cuenta de que tengo tres mujeres de las cuales la más terrible es esta Fatma Hammu que pesa 150 kilos y un solo "izar" de los suyos bastaría para vestir a cinco mujeres del tamaño y talle de la esposa de Mustafa? Necesito, pues, mucho dinero para el viaje y te pido que no me presiones demasiado ya que voy a verse obligado a conducir a algunos animales al tendero del puesto. ¿Por qué no me enteraste de tu idea ayer por la noche? Habría encontrado el remedio de cortar a EL Hayi Ali, a su salida del puesto, y de hacer una exacción equitativa sobre la fortuna que tú le entregaste...

- Sabía que eras capaz de ello, viejo tunante, y es por eso que preferí no decirte nada. Pero no pierdas tiempo y hazte listo, nos vamos dentro de dos horas. Y que no te den gato por liebre en la venta de tus corderos.

- No te preocupes a este respecto. El helénico es astuto pero encontró desde hace tiempo a un maestro en tu servidor. Voy a deslizarle todos mis imekkurtha (ovejas viejas y en mal estado) jurándole por Sidi Bu Ifadens (morabito de pura invención) que solamente la falta de hierba es responsable de su estado esquelético.

- Dudo mucho en el éxito de tus villanos propósitos y estas tomando el riesgo de verte arrastrar en juicio por haber vendido animales abocados a morir en pocos días.

- ¡Oh! si la justicia se interpone en los asuntos de los griegos, estoy seguro de que el nuestro no hará largo fuego aquí. Tantos garabatos indecentes le pesan sobre la conciencia en la compatibilidad de sus ventas a crédito de forma que sería el último en hablar de tribunales. Déjame, pues, arreglármelas y todo saldrá bien.

Dos horas transcurrieron en un ambiente de excitación general. Como había de ser, la movilización rápida y ruidosa de los 20 caballeros, que debían ir a garantizar la seguridad del automóvil que venía de Khenifra, había atraído en la bandeja del puesto de Turguila a toda la población de los aduanares de los goumiers y mokhaznís.

El acontecimiento que era de importancia, los comentarios iban a buen paso en un guirigay indescriptible.

En el clan de los goumiers (casi militares, ¿no es este paso?) se mostraba un tanto discreto debido a la presencia de soldados de alta categoría que estaban muy cerca.

Pero, entre los mokhaznís y sus mujeres reunidos y puestos en cuclillas contra un seto de espinas, los chismorreos iban a buen paso y no se temía emitir, con respecto a este viaje inesperado, las hipótesis más absurdas y más increíbles. Ninguno de ellos veía que era normal que el oficial tomara un permiso de algunos días – cosa que solía hacerlo una vez cada año – y llevara con él a su dos principales auxiliares; pero esta explicación demasiado simple no podía satisfacer a todo el mundo. Algunos avisados – y es que los hay en todas las muchedumbres – afirmaban que el oficial, que recibió una visita importante la noche anterior (todo se sabe en Berbería), volvía a Khenifra para pedir el envío inmediato de una columna en el país.

Otros afirmaban que el Capitán debería haber sido convocado por el comandante del Círculo porque le reprocharle el hecho de no haber liberado a los cautivos Ichkern. Finalmente; las mujeres dejaban sueltas las riendas a su imaginación y; sinceramente o por simple deseo de inquietar a las tiendas o khaymas de los dos calificados llamados al honor de acompañar al hakem; insinuaban que Lehcen y Mustafa que procedían del clan de U El Aidi; hoy sospechoso; iban directamente a la cárcel.

Una ellas; una zanfoña még "arrugada; a las declaraciones de los mokhaznís, como las aguas de un aguelman en los días de tormenta "; incluso e fue socarronamente a casa del chauch Lehcen e, insidiosamente; vertió el veneno gota a gota:

- ¡Ah! mis pobres hermanas, os compadecemos. Vuestros hombres no hicieron nada mal. Ellos arriesgaban su vida por el rumi. Y aquí los tenéis arrastrados hacia el infierno cristiano como si fuesen criminales. No deberéis dejarles ir ya que nunca más los veréis. A ver si uno puede tener confianza en el rumi...

Las tres esposas de Lehcen; quiénes se ocupaban de reunir algunas provisiones para el viaje; intentaron; en primer lugar; defender al jefe del puesto de cuyo sincero afecto para con su marido estaban convencidas; pero su confianza se amortiguó poco a poco; luego una inquietud mortal se apoderó de ellas y les paralizó los brazos y las piernas.

- ¿Pero quién te habló de encarcelamiento; tía Aïcha?

- Todo el mundo; todos los caballeros. A ver; míralos cerca del aduar de Mustafa, se consternan ya que quieren mucho al vigilante Lehcen; quién sabe afinadamente conducirlos al combate.

- ¿Y qué dice Fatma Assu, la mujer de Mustafa?

-Oh, ella, igual que nosotras, sabe lo que espera a su marido; pero sabéis que el Capitán no le ayudaría; como a Mustafa desde luego. Por otro lado, ella no es una muchacha de familia (ilis lacel), como vosotras y el encarcelamiento de su esposo la dejaría completamente indiferente. Pues, después de él; otro...

Las tres mujeres rompieron entonces a llorar y se abandonó el bushiar (pan ligero que se prepara en pocos minutos) sobre su horno. Otros commères llegaron para juntar sus lágrimas a las derramadas en la khayma. De modo que, cuando Lehcen regresó a su morada; para despedirse; tuvo la impresión de entrar en la casa de una familia donde se preparaban para enterrar a un muerto.

Pidió explicaciones pero no obtuvo ninguna. Puestas en cuclillas ante la mate central del "khayma", sus mujeres, dejadas solas desde su aparición, se limitaban a llorar y gemir. Sus ojos eran verdaderos torrentes.

- Pero ¡caramba, hijas del pecado, podéis decirme! ¿Qué os hace llorar? No es ciertamente mi pequeña ausencia de cuatro días la que os pone en este estado. Sé que me querréis mucho, pero, os ruego, ¡no seamos ridículos!

Pero los llantos no hicieron más que duplicarse. Entonces, Lehcen, apurado por el tiempo, recurrió a los grandes medios. Agarró brutalmente la mayor de sus mujeres por la mano y la lanzó hacia el hogar donde el pan ya se tostaba: "Vigila eso y rápidamente, asquerosa perra, si no quieres que te entierren hoy mismo". Se dirigió hacia la segunda y; de una patada, la hizo enderezarse: "Mi albornoz, mi carabina, mis cartuchos y sobre todo que te calles". Pero no se ocupó no de la tercera que sólo tenía doce años y que acababa apenas de

"hacer entrar" (de casarse con ella). Pues; asustada, se había levantado sin esperar órdenes y, temblando, se puso a hacer a cualquier cosa.

Minutos después, nuestro hombre, finalmente listo, salió de su tienda sin ocuparse aún más de sus mujeres y se dirigió hacia el automóvil llegado sin el menor entorpecimiento.

Acomodó a en primer lugar a Mustafa y colocó la maleta del capitán en el fondo del coche, limpió con una parte de su albornoz el asiento reservado al capitán cerca del chofer, avisó a su jefe que todo está listo, y, majestuosamente, como el Pacha de Khenifra, se instaló al lado de su camarada, mientras que los goumiers y los mokhaznís rodeando ahora el automóvil se mofaban de él:

-Tachónate bien, Lehcen, un automóvil no es un asno. Sobre todo no tomes la gente de las ciudades por Chleuhs: te harían pasar el gusto del pan.

Eso le fue dichos por uno de sus amigos árabes que servía en el goum.

- No te preocupes por mí; queridísimo Kaddur. Los hombres de raza son siempre buenos caballeros. En cuanto a tus hermanos; vamos finalmente a verlos ya que son escasos en nuestras regiones donde el aire es, seguramente, demasiado malsano para sus frágiles corazones. ¿No tienes una hermana a Ber Rechid? ¿Quieres que, de paso, me vaya a saludarla? Se alegraría indudablemente de saber de tus noticias.

- No tengo hermana, pero, aunque la tuviera, no le enviaría mis saludos con un mono como tú.

-¿Un mono yo? ¿No te has mirado en el espejo? Toma, he aquí uno y contempla tu cabeza de muka (búho), tus espantosos dientes ennegrecidos por el tabaco, tus ojos de sapo; te darás cuenta de que la llegada de un galán guapo como yo a tu familia no puede más que mejorar tu raza que tiene seriamente necesidad de ello...

Dos clanes se formaron inmediatamente: el de los árabes, casi todos goumiers, y el de los beréberes del Makhzen, cada uno sosteniendo a su compatriota por pesadas bromas, mientras que Lehcen, recurriendo a las pocas palabras de francés que había podido retener, dio las últimas recomendaciones al joven Parisiense que la casualidad quiso que les sirviera de chofer:

- ¡Dime, camarada, yo tengo tres mujeres: 90, 75, 65 (una gruesa, una media y una pequeña, las tengo en calibres como cañones) ! ¡Cuidado con la pista, que no nos mates!

- No te preocupes, eh, feo; cuidaremos bien a tu pellejo

Estas palabras dichas en francés no han sido comprensibles para Lahcen que se dirigió hacia Mustafa confiándole que ese chofer le caía muy majo: ¿Te diste cuenta de la amabilidad con que me contestó? Si hubiera sido un conductor beréber seguro que nos hubiera insultado. Estos franceses son realmente gente muy brava. Tienes mucha suerte de tenerme a tu lado como traductor...

- No es aquí donde puedo apreciar tus calidades de intérprete, es a Dar Beida donde se dice que no hay más que franceses en las calles. No te ocultó por otra parte que estoy inquieto. ¿Qué vamos a comer allí? ¿Cerdo?

- ¿No me vas amargar la vida con eso, eh? Estando el Capitán con nosotros no hay por qué tener miedo del hambre. En cuanto al puerco, hubo un tiempo en que tus antecesores se deleitaban devorándolo. ¿No te quedaste con tu parte del jabalí matado a Ben Khelil el otro día? Es cierto que debiste bautizarlo en cordero siguiendo las recomendaciones de Fatma Assu. Por cierto, ¡dime! Tu inquietud no se explica por lo que dejaste detrás de ti: una bonita y linda mujer y una casa abierta a los cuatro vientos.

- ¡Oh! Por eso debería ser menos quejica que tú puesto que tu khayma no está mejor protegida que la mía y corres el riesgo tres veces más que yo.

- No, solamente dos veces porque nadie querrá de mi 90 que está fuera de uso y sólo es buena para la jubilación. Todo lo demás que pueda ocurrir me importa un bledo. Lo más esencial es que no sea un goumier...

- Yo, recomendé que evitara a los negros, pero se sabe que no los hay por aquí.

A eso llegó el Capitán, seguido por el oficial que debía sustituirle en el cargo de jefe del puesto.

En seguida los goumiers y los mokhazénies retrocedieron de algunos pasos y rápidamente se alinearon detrás de los suboficiales.

Algunas recomendaciones del jefe, un apretón de mano a los oficiales, luego el coche arrancó rugiendo de todas partes y pasó a lo largo de la fila de la tropa y los auxiliares, condensados en una admirable saludo, mientras que, a 200 metros de allí; sollozos entristecían de nuevo la tienda del chaouch Lahcen.

Pero éste, después de haber saludado, en un francés defectuoso, recurriendo a palabras de protección y triunfo, a los camaradas permanecidos a la vigilancia de "los monos de enfrente" ya no se ocupaba más que de encontrar una posición estable en la brincadora guimbarda que iba a poner a una dura prueba a sus costas y su fe en la comodidad que se ha pensado aprovechar.

XVI - Mundo Nuevo...

Lo que más llama la atención de los Beréberes de Zaiyan, cuando llegan a las ciudades indígenas del llano, es la blancura de las casas, su alineación y la anchura relativa de sus calles.

Acostumbrados a sus "ksures" rojos e informes en que sólo escasamente moran, viviendo junto a su ganado en la boñiga de los aduares, indiferentes a las normas más elementales de la higiene, el cuidado, que generalmente traen los habitantes de la ciudad para residir confortable y propiamente, nunca deja de impresionarlos.

Las fuentes con sus maravillosas decoraciones de mosaicos, el hermoso estado de las tiendas de las llamadas "quisarias", la ordenanza de las muestras en escaparates, el silencio devoto de la clientela de los mercados, o sea en una palabra, todo lo que hace contraste con el desorden y el ruido de los suqs de la montaña, les da la impresión de estar transportados a un nuevo mundo con el cual no tienen nada que ver salvo el culto de mismo profeta. Las mujeres mismas, que sólo salen veladas, señalan aún en los ojos de los Amazighíes la zanja que los separa de sus correligionarios.

Sin embargo, el bereber no es un montañés que no se cree superior al mejor de los habitantes de la ciudad. Y si los Beréberes rinden, de buen grado, homenaje a la habilidad de los artesanos árabes; beréberes o judíos que les proporcionan cotonadas, azúcar, té e innumerables objetos que ellos son incapaces de obtenerse o de lo fabricar, no les dan prueba ni de reconocimiento ni de consideración.

Es que, para ellos, sólo la guerra, con sus riesgos y sus peligros, da el verdadero gusto a la vida. Y encerrarse entre las murallas de una ciudad o de un "ksar", sobre todo para llevar a cabo los negocios, en lugar de ocuparse de la cautivante existencia de la khayma, no merece más que indiferencia y menosprecio.

Por ello, al principio de la conquista, nada era más curioso que el espectáculo de los Beréberes deambulando en una aglomeración durante los días de mercado.

Se veían circular en las calles y entre las tiendas como en territorios conquistados. Desdeñosos y arrogantes; llegaban con su menosprecio para con los mercaderes hasta entrar en las "quisarias" a lomo de sus caballos. Cuando un objeto atraía su atención, era con el ápice de sus fusiles que lo designaban al tendero sentado en cuclillas en el fondo de su cabina, condescendiendo apenas a la conclusión del asunto. Nunca hay lugar a *inútiles* palabras ni a cortesías superfluas. Uno estaba allí para defender su mercancía o su dinero y no para intercambiar amabilidades que no podían ser más que simple hipocresía. Seguramente, regateaba porque "el precio fijo" era cosa desconocida en la región, pero si hiciera amargamente, nunca se acordaba al comerciante el honor de insistir más de lo razonable. Y cuando acababan los regateos, y que el asunto se tenía concluso o no, vendedor y comprador se separaban fríamente, la mirada dura, el mercader maldiciendo dentro de sí la crueldad de sus clientes, éstos reteniendo apenas la injuria que se les venía de la boca de los "mercaderes de especias".

En la calle; los montañeses seguían siendo los mismos, huyendo instintivamente los Aït Uasker y aislándose en grupos en torno al pueblo para comer su pan y su cebolla "entre hermano", comentando las últimas noticias. Cada tribu tenía su punto de adhesión donde se agrupaba para prepararse a la vuelta. En lo que se refiere al aprovechamiento del viaje a la ciudad para hacer una visita al baño moro público o para ir a rezar en la resplandeciente mezquita, ni siquiera piensan en ello por sentirse extranjeros y sin vínculo con las cosas del espacio urbano.

Hoy por hoy, los sentimientos de las dos poblaciones no han variado: los habitantes de las ciudades siguen siendo, para los Beréberes, hombres sin valor, y la gente del bled, por su parte, no han cesado de verse en los ojos de sus vecinos, como seres sin maneras. Pero, gracias a la paz que reina y sobre todo a la facilidad de las comunicaciones que favorecen y multiplican los contactos, las relaciones se hicieron cardenales, al menos aparentemente. Y si ambos siguen menospreciándose por simples bagatelas, la tendencia hacia el acercamiento resulta cada vez más inevitable, anunciando la próxima unidad de todo el pueblo bajo el control del Imperio de Francia.

Pasando por Boujad, Lahcen y Mustafa que venían de ver todas sus decoraciones esperaban que la población se pusiera literalmente a los pies de su jefe para agradecerle por el control de Turguilal y por la seguridad

que garantizaba en la región que gobernaba. A su modo de ver, un hombre tan temible que hacía temblar a toda una región y que tenía derrotadas a tribus tan turbulentas como la de los Ichkern e incluso los Aït Bu Mellal, tenía derecho a todas las gratitudes. Después de todo, era gracias a su actividad y a su vigilancia que, ahora, la gente de Boujad podía vivir en paz y enriquecerse. Por eso, sin olvidarse de su deber más elemental, ellos no podían dejar pasar al oficial y los mokhaznís sin expresar sus sentimientos de gratitudes. El mismo hakem de Boujad, a quien la devoción de los guerreros le ahorraba intranquilidades y preocupación no dejaría, ciertamente, pasar la ocasión sin acoger con alegría su camarada y sus acólitos y de tratarlos generosamente. Sobre todo por se restos acompañantes dos trotamundos en diferido, la flor del Dir...

Pero su sorpresa fue muy grande; al ver que el Parisiense, a fuerza de multiplicar las llamadas de su trompa, nadie se movió en la blanca ciudad. Los habitantes colmaban las calles pero no mostraban el esperado saludo con el que los disidentes mismos honran instintivamente a los oficiales cuando vienen a hacerles visita en los puestos de su región. Una muchedumbre de mujeres y niños rodea una noria que gime sobre una de las partes bajas de la carretera, pero ningún chaval viene hacia el glorioso coche para lanzarle los habituales y alegres "bonyor" de bienvenida. Tal vez sea esta maldita capota la que encubre los galones del jefe y las medallas de sus camaradas y, seguramente, el entusiasmo será para dentro de poco cuando los viajeros descendan del coche para tomar un poco de descanso... Pero no, ya que incluso fuera del automóvil, los guerreros no suscitan ninguna admiración y es en vano que Lahcen, de pie detrás del Capitán, procura estimular la cortesía de la gente urbana recurriendo a desesperados gestos mímicos. Por otra parte, y es lo que aumenta aún la estupefacción del chaouch, el oficial que, en otros lugares, no pasaría desapercibido, no parece darse cuenta de ello. Y después de haberse despedido del conductor que debe volver a Khenifra, se dirige, apaciblemente, hacia el autocar cuyo destino es Casablanca.

En cuanto al hakem y sus a mokhaznies que se esperaba de cuy aparte se esperaba al menos una invitación a algunas tazas de té, ni siquiera se dejan ver a través de a las ventanas del formidable edificio que se dice que es su "despacho". El autocar está allí, flameando nuevo y vibrando bajo su carrocería amarilla limón. Por su pesada masa, aplasta literalmente los minúsculos coches de turismo que un competidor de C.T.M. Alineó muy cerca de él para quitarle algunos viajeros. Una muchedumbre apresurada y

desapacible se agita alrededor de los vehículos y entre la multitud unos niños manchados de betún y alquitrán arman jaleo.

Pero ¿cómo uno podría decidirse cuando veinte manos se tienden a la vez hacia él para "llevar equipajes M'Cieu" y a procurar un "buen asiento"? Tirado de todas partes, trastornado, maltratado por la tiránica raza, uno se riñe, se enoja, lanza amenazas incluso con las manos y la voz, mientras que gruesas mujeres feas judías enloquecidas y gimiendo hablan de llamar a la policía, pero en vano. La plaza de "erkub" o de embarque en autos, repleta de pequeños enganchadores en trapos que reciben cinco centavos para cada billete vendido mientras tanto hace mucho tiempo que el agente de servicio, hastiado, ha sacado su partida de la situación. Entonces el propio Capitán - esta víctima de elección, fácilmente resignada - considera que es mejor hacer igual que el representante del orden y confiarse al más fuerte de los asaltadores que sabrá proteger su presa y proteger su bolso. Este redentor es, al excedente, inteligente como muchos de sus semejantes que aprenden a luchar desde su nacimiento: considerando que el oficial es hombre capaz de arreglárselas solo y que no recurre a sus servicios más que por caridad, quiere recompensarle ocupándose de sus "çahebs" que lo acompañan como si fuesen su propia sombra. Y, en menos tiempo del que necesitan Lahcen y Mustafa para reconocerse en este tohu-bohu, dónde su mismísimo jefe se ha visto obligado a dejarse empujar, se han hallado arrastrados hacia la bonita "casa" amarilla y confortablemente instalados en los más pasmosos asientos.

Bonitos autocares de nuestras carreteras marroquíes, no se os agradecerá nunca bastante de lo que hicisteis para la pacificación del país. Majestosos y audaces, no retrocedéis ante ningún peligro ni ningún dolencia. Una vez que las armas se depositan en alguna esquina de la disidencia, os precipitáis al menosprecio de los "accidentes" aún posibles y traéis la vida y el llamamiento de las grandes ciudades.

¡Oh! vuestros conductores no son siempre afables hacia nuestros nuevos amigos y sus "lubricadores" indígenas que aprendieron a hablar de motores y cojos de velocidad, no tienen consideración ninguna para sus correligionarios avanzados. Pero, por el contrario, cuántas son las veces en que os han visto pararse en medio camino para "cargar" a una buena zanfoña vestida de viejos trapos y que ni siquiera tenía las fuerzas de pedíroslo. Cuántas veces, también, habéis sido expuestos a las protestas vehementes de los europeos ansiosos de l legar pronto sólo porque os habéis detenido durante unos

minutillos para "descender" a un indígena cerca de su gurbi. Por ello, todo el mudo os guarda simpatía y os bendiga en todos los pueblos marroquíes. Es eliminando las distancias, que vosotros conseguís materializar, en los ojos de nuestro adversarios del pasado, otra forma de nuestra potencia, más cautivante aún que nuestras armas perfeccionadas. Es que vosotros desarrolláis los horizontes y transformáis la existencia, mostrando a los que lo ignoran aún que hay mejores y más cosas que los pequeños campos por los cuales ha batallado, y, igualmente, mejores y más cosas de todo lo que constituye el equipamiento de nuestra zona avanzada. El ferrocarril intenta en vano suplantaros, pero prisionero de sus carriles y esclavo de sus *horarios*, no se interesa más que por las grandes ciudades y no se apartan de ellas. De todas formas, fuisteis los primeros en pasmar al lúgubre Mustafa, le habéis hecho olvidar al mismo "seyed" de Boujad y sus alminares y Lehcen, por su parte, no habla más que del esplendor de los cueros de vuestros asientos, "que servirían para confeccionar bonitas cinturas", y de las dimensiones fabulosas de sus cristales. En cuanto al saludo de la muchedumbre, ya no les interesaba a nuestros dos beréberes. Pues, ahora delante y detrás de ellos, estaba el "propietario de los automóviles" - un viejo judío con dientes de oro - que, sin respeto para el Capitán, instaló toda una colección de "biretas negras" y de "portadores de piojos".

El territorio que se extiende entre Boujad y la Chauga; uniformemente plana y de una monotonía que resulta desesperante, no disgusta tan sólo al Capitán; sino también a sus acompañantes que lo hallan mortalmente aburrido y no se cortan en decirlo; menos mal que haya Ued Zem, un oasis sonriente y reconfortante que, con audacia, la ingeniería de un jefe estableció en medio de los "perpiaños" por piedad para con el viajero acosado. Kourigha donde algunos "insensatos se divierten hendiendo la tierra y a poner bajo el sol las tripas", y finalmente a Casbah Ben Ahmed donde innumerable pequeños rumíes se apresuran anunciando nuevos tiempos, pero nada hace olvidar a los hijos del monte, tan penosamente superados, la uniformidad del paisaje y la sequía del campo. Pues, la vida que llevan al contacto de la insumisión conduce a Lehcen y a Mustafa a no interesarse más que por las cosas de la guerra y lo que notan más aquí es que no hay ningún árbol en todo el horizonte para entoldar al guerrero lastimado por el calor, ni una roca para reflejar la luz de las estrellas, ni una fuente para socorrer al herido extenuado bajo el tormento de la sed o al corcel letalmente jadeante y sofocado. La región, en cuestión, no parece estar hecha más que de hierbas inservibles y de exiguos

campos de cebada o de trigo que cosechadores, procedentes del Sahara, ya estaban atacando. Luego, de vez en cuando, sobre el borde de la carretera, alrededor de brocales invadidos por el lodo y por el barro, un aduar de gente indolente y perezosa que se deja vivir en el menosprecio absoluto del esfuerzo. Entonces, nuestros dos Zayaníes piensan en los goumiers originarios de estos territorios que, a cada momento hablan de su "paraíso" y descubren que, realmente, sus camaradas se están contentando con muy poca cosa. ¿Cómo se atreven elogiar esta zona a la cual Dios ni siquiera dotó de una montaña? ¿Y sobre todo, cómo pueden exagerar en su audacia hasta preferirla a Um Rabia que la naturaleza colmó de sus dones? ¡Ah! cómo sería bueno embrollarlos y cerrarles la boca a su primera exageración.

No obstante, el paisaje cambia repentinamente de aspecto, como para protestar contra las injurias de los dos Zayaníes, y deja descubrir a estos últimos la profusión de sus riquezas. Es otra vez el llano inmenso, pero un llano donde todo manifiesta la potencia del hombre, la generosidad de la tierra y una intensidad de vida que sorprende y enajena a nuestros mokhazenies. Uno se creería transportado en un océano sin límites, donde el verde de los pastos y cultivos de primavera alterna, en una regularidad perfecta, con el color amarillo dorado de las maduras cebadas. Innumerables casitas, cuya blancura es destellante, brillan en este paisaje y en todas las direcciones "como las estrellas de Dios". Hacen recordar al oficial, no menos interesado que sus acompañantes, los balancines de los puertos argelinos cuyas alas llevan lejos, cada día, a los pasajeros de los grandes "transats", La primera y la última sonrisa del sol más bonito del mundo. Y en este océano inmenso, el autocar va sin cansarse, mientras que, disciplinados como soldados, millares de árboles alinean sus largas filas a cada lado de la carretera, a lo largo de los caminos y en las huertas la actividad crece sin cesar ante las miradas profundas y asombradas del chaouch Lehcen y su camarada Mustafa. ¿Dónde estáis, pobres pistas de Tayemut y Sidi Lamin, dónde se atasca a cada paso, miserables casuchas de la Zaouia, lamentables campos de habas de Moha U Ali de los cuales no hay iguales? Aquí, la carretera está más bonita y más propia que el interior propio de los palacios Imahzan. Los automóviles, cada vez más numerosos, que se cruzan o se aventajan, corren con una aceleración tan vertiginosa que ni siquiera se dispone del tiempo para admirarlos mientras pasan. Los mismos pesados camiones que, en país Zaiyan, crujen y chirrían de todas partes al salir a las rondillas, pasan silenciosamente cual si juzgasen incorrecto hacer menos ruido. En cuanto a los "Mazella" a las largas fijaciones,

estos otros auxiliares preciosos de los jefes de columnas, no se atreven ni siquiera a aventurarse fuera de los caminos polvorientos que se les reservan a alguna distancia de la carretera. Hay, no obstante, algo sorprendente : mientras que unos "rumíes" se ven ,así, desechados de la preciosa cinta de asfalto, su obra, hay caravanas enteras de arrieros indígenas que la rellenan as u guisa estorbando la tranquilidad de los automovilistas.

Sin embargo, el encanto persiste en este espectáculo incesantemente renovado de ranchos opulentos donde todo va ordenado, dónde todo revela una disciplina que se ve incluso en el trabajo de la naturaleza misma. Los árboles tienen, en cada cercado, el mismo tamaño, la misma forma. Seguramente, deben de producir la misma cantidad de fruta. Los pies de viña alineados en todas las direcciones parecen haberse puesto de acuerdo para no extremarse mutuamente y para crecer juntos. Las espigas, tampoco, parecen desarrollarse a su propia guisa; se inclinan de la misma manera bajo el peso que debería ser enorme. En cuanto a las malas hierbas que constituyen la herida de los campos beréberes nunca se las ve por aquí. La palmera enana desapareció del paisaje, como los árboles espinosos y también como todo lo que es improductivo y nocivo para las buenas cosechas.

Y lo que aumenta intensamente a sorpresa de los Zayaníes es el hecho de que ven, aquí, un carril y un tren de fosfatos que se perfila en el horizonte con, al cabo del largo convoy, tres coches de viajeros de donde surgen numerosas cabezas de distintos peinados.

Le chaouch Lehcen: ¿Qué es esto?

El Capitán : Es un tren, es decir unos coches que ruedan sobre barras de hierro.

¿Pero qué es lo que empuja esta larga serpiente? ¿Qué es lo que pide que los coches no arrojarde unos contra otros? ¿Qué es este humo negro que se desprende del primer coche?

Mañana en Casablanca, te explicaré todo eso. Por el momento, tienes que retener solamente que tienes, delante de ti, el medio de transporte más cómodo y el más seguro. Hay coches para el transporte de las mercancías cada una de las cuales puede contener el cargamento de 100 camellos y otros coches consagrados para el transporte de los viajeros. En un tren, como el que tenemos ante nosotros, pueden caber 1500 personas m es decir l oque equivale a toda una tribu entera.

¿Por qué no tenemos uno en Khenifra?

Porque la zona todavía no hay seguridad. Pero eso es solamente cuestión de tiempo.

Sois realmente asombrosos. Disteis vida a la madera, al hierro, subyugasteis la tierra y los aires...

- El agua también, ya que esta noche veréis el mar donde tenemos verdaderas ciudades flotantes

- En suma, la única cosa que no pudisteis superar es la muerte.

- Sí... pero todavía no nos hemos dado por vencidos.

- Si... en efecto. ¿Pero cómo habéis hecho para transformar a este país de esta forma? Desde hace una hora, no veo más que cosas maravillosas que, ciertamente, los musulmanes no os han legado. ¡Explícame cómo pudisteis obtener tales resultados mientras que los indígenas que vivían aquí desde hace siglos no habían conseguido saciar completamente su hambre!

- Triunfamos porque somos un pueblo laborioso y organizado, porque, de padre a hijo, estudiamos y cuando hemos descubierto los secretos de la naturaleza, los hemos explotado. En nuestro país, el trabajo comienza desde la infancia y sigue hasta la extrema vejez porque la ciencia es tan extensa que la duración de la existencia humana no nos permite asirla en su totalidad. Y además, estamos unidos, no sólo de familia a familia, de provincia a provincia, sino también de generación a generación. Somos una nación...

- Nosotros también, somos una nación...

- En absoluto. En vuestro país, hay tribus independientes una de las otras y una tribu es, apenas, una pequeña aldea de nuestro país. En su país, no hay instrucción y sin instrucción, se vive en la ignorancia pasando de una montaña a otra. En vuestro país, faltan libros y las muertes son pérdidas definitivas; mientras que en nuestra patria, los difuntos siguen guiándonos en la vida gracias a sus escritos y nos hacen aprovechar la experiencia y los conocimientos que ellos habían adquirido...

- Tenemos también nuestros libros y nuestros científicos y no obstante, no hemos realizado nada que tenga la envergadura de sus realizaciones. La ciencia no es, pues, todo.

- Pero sus "sabios" se ocupan sólo de la religión y del más allá y descuidan completamente la vida cotidiana y sus necesidades. Si te pusieras a escuchar seriamente a los alumnos de la escuela de tu país o incluso a los personajes

doctos de las zaiiyas, te darías cuenta de que sus estudios y sus observaciones versan, exclusivamente, sobre el Corán. Ahora bien, si el Corán es un excelente libro, si su conocimiento perfecto debe recomendarse, si, finalmente, la observación de vuestros sabios preceptos no puede sino mantener muy arriba el nivel moral de los Musulmanes que los conocen y procurara los fieles la seguridad que ellos buscan para el día del Juicio Final. Es a condición de no perder de vista, como lo hacen vuestros científicos, los demás conocimientos que la humanidad puede avanzar; pues, sin otros conocimientos nada es susceptible de crearse sobre esta tierra. Ya que para crear las cosas similares a las que desfilan ahora ante nuestras miradas, no basta el simple hecho de adorar a Dios y de colmarle de rezos; es necesario también, y sobre todo, utilizar las facultades que El nos ha prodigado generosamente, reflexionar, buscar, e incluso apenar. Estas lindas granjas que ves allí, las plantaciones espléndidas que las rodean, este bonito ganado que distingues con tantas ganas no alcanzaron la perfección que se adivina desde aquí por el único efecto de nuestras lecturas santas - ya que nosotros también los tenemos- pero gracias a los estudios que hemos elaborado sobre la materia y a nuestros descubrimientos sucesivos. Me dirás, quizás, que igual que nosotros tenéis casas, árboles, y ganado, y eso es verdad, pero esto no se trata sólo de esto: vosotros estáis en retraso de varios siglos en comparación con nosotros. Vuestros cuchitriles del Bled son exactamente del tipo que se utilizó hace mil de años y todavía siguen siendo incómodos malsanos; vuestros árboles brotan siempre de la tierra con dolor y cuando les apetece producir, sólo os dan frutas no comestibles; sus manadas se funden siempre bajo las inclemencias, viajáis alomo de asnos mientras que nosotros lo hacemos en coches, vosotros guerreáis aún recurriendo al fusil a piedra mientras que tenemos metralletas que extraen 600 disparos al minuto y cañones cuya descarga llega a más de 100 kilómetros. Todo eso porque nuestro cerebro trabaja constantemente en busca de mejorías, mientras que el vuestro.... Pero mi pobre Lehcen, para entenderme...

- Te entiendo mejor de lo que tú crees y rindo sinceramente homenaje a vuestra superioridad sobre nosotros en todas las cosas. Ya que, ni se necesitan libros para reconocer, por ejemplo, que vosotros hacéis la guerra mejor que nosotros, con métodos y medios de que ni siquiera podemos imaginar. Seguramente, ignoro cómo y de qué están hechos vuestros cañones, cómo llegan a darles sus admirables precisiones, cómo consiguen lograr objetivos invisibles para los artilleros. Seguramente, me quedo igualmente estupefacto

ante este extraordinario milagro que hace que hombres montados sobre hierro y acero surcan los cielos sin ningún esfuerzo hasta llegara la altura de las estrellas y siguen conversando con sus amigos permanecidos en tierra. Pero cuando mis correligionarios os tratan de "dyenies" debido a todo eso, digo, yo quien aprendí gracias a vuestro contacto cómo burlarme de los espíritus y negar su existencia, que este insulto es estúpido y que la verdad debe estar en *sus largas meditaciones*, en sus velatorios, en esta forma animada con que saltan de la cama en la madrugada mientras que nuestros musulmanes dedican las tres o cuatro primeras horas del día para estirarse y a bostezar sobre sus miserables catres o incluso sobre esponjosos sofás. Podría ir más lejos: estimo y digo que cuando nuestros morabitos nos dicen que vosotros sois un pueblo maldito, nos mienten y equivocan. O entonces, Dios tiene una manera de maldecir que querría bien participar con mis hermanos. Conviene que este estado del alma indica un principio de transformación...

- Indudablemente, y eso muestra claramente tu buen sentido y la confianza que tienes en nosotros. Y con todo, aún no has vista gran cosa de nuestra potencia y aún nada no ha podido darte una idea exacta de lo que debe ser nuestra obra en este país.

- ¡Cómo! ¿Consideras que las derrotas que infligisteis a la montaña no son nada?

- Yo soy el ejemplo más concreto de ello, porque vosotros sois valientes y porque habéis combatido valerosamente. Pero cuando veas las innumerables tropas de las cuales disponemos en las líneas postreras - sin hablar de las de Francia - y que habríamos podido lanzar contra país bereber, considerarás, como yo, que nunca hemos pensado en haceros seriamente la guerra. Por lo demás, cuando hablo de potencia, no pienso como tú en los únicos medios de matar y pillar, pero en los que deben procurar a los musulmanes y a los cristianos, estrechamente unidos, la paz y la prosperidad. Ya que, para nosotros, la guerra es una cosa horrible y no anhelamos nuestra felicidad más que trabajando: Por otra parte, abre bien los ojos y admira conmigo los primeros resultados obtenidos aquí: tu tren ya no se ve, pero he aquí una ciudad: Settat. Mira como se cuida bien y como es coqueta. Con todo, a nuestra llegada, hace apenas veinte años, era un lugar muy pequeño infestado por charcas de agua estancada y donde un montón de abono encubría las puertas de las viviendas como lo es el caso en nuestra actual Zaouia. Pero colocamos allí a unos hombres de valor, les confiamos de dinero y les ordenamos trabajar.

Se pusieron a trabajar e inmediatamente el bien y la belleza eliminaron el mal por todas partes. El agua potable, que llegó a las acequias descubiertas, se vierte ahora en tubos protegidos de todo lo que pueda mancharla. Los pozos penosamente cavados se transformaron, igualmente, en bonitas fuentes que vierten sin descanso el precioso líquido y lo extienden por toda la ciudad. Las viejas chozas en paja, donde tus correligionarios vivían entre las ratas y los reptiles, dejaron lugar a casitas soleadas que un sutil reglamento exige blanquearlas dos veces al año. Las antiguas callejuelas tortuosas se convirtieron en agradables arterias empedradas y asfaltadas y de cuya limpieza diaria se ocupan hombres de oficio. Por todas partes han crecido árboles que procuraron sombra para quien la necesite, mientras que bancos instalados acá y allá permiten a las personas de edad y a los paseantes cansados sentarse para descansar. Se crearon a escuelas dónde los pequeños Franceses, Italianos, Españoles, juntan cada día con los niños musulmanes, anunciando, así, la gran fraternidad del mañana. Un panadero, un herrero, un zapatero, un restaurador, un mercader de bebidas, unos médicos, están allí para satisfacer las necesidades de quien los solicita. Se arregló y se cubierto un mercado dónde las transacciones se efectúan con total libertad y al amparo de las intemperie. Una oficina de correo y teléfono hacen que este país, antes aislado, se ponga en contacto con el universo entero. Agentes de policía y jueces velan por la seguridad de la gente y sus bienes. En resumen, todo está organizado y previsto. Incluso se determinó la velocidad que los vehículos no han de superar en la travesía de la ciudad para evitar los accidentes, y se establecieron, igualmente, las calles con dirección prohibida, así como las paradas de los autocares. Se han instalado aun pequeñas casillas donde las personas urgidas pueden poner en cuclillas y satisfacer sus necesidades lejos de de las miradas...

¿- Cómo, regulasteis eso también?

- Lo hicimos sobre todo porque se trata, nada menos que, de la salud de los habitantes.

¿- Pero quién se ocupa pues con tanto ahínco de la población?

- Un solo hombre: el controlador, o, como dicen los árabes, el "muraqib", el cual cumple con las directivas del "Residente General".

¿- Este controlador es capitán? ¿Comandante?

- Pero no, es un jefe civil.

-...

- Evidentemente. Seguramente crees que para controlar es indispensable llevar galones como los míos, pero es porque tú nunca saliste de tu zona natal. Figúrate que en nuestra patria, hay jefes militares para pacificar el país y jefes civiles para administrarlo cuando y ano hay guerra. Estos civiles llevan elegantes uniformes...

¿- Entonces, algún día al país Zaiyan será dirigido por civiles?

- Ciertamente, como éste y todos los demás...

- Entonces, encuentro eso extraordinario. Ya que, finalmente, si trabajamos de todo nuestro corazón con nuestros jefes militares, es porque pudimos apreciarnos mutuamente, las armas en la mano, y porque en el día de nuestra sumisión recibimos promesas. Lo que me gusta hoy, es que tenemos, tú y yo, recuerdos que se nos acercan y nos unen. Mi garantía es que cuando te veo rozado por la sospecha, puedo, con sola palabra, un solo nombre, una sola fecha, recordarte uno de mis títulos de tu confianza. Ahora bien, todo mi pasado desaparecerá del día en que nos dejes y cuando se pronunciará mi nombre delante del "muraqib" del cual hablas, no será más que un nombre entre otros como el de buñuelos cualquiera.

- Te equivocas completamente, ya que tu mejor garantía y la de tus camaradas no está en el recuerdo que guardo de vuestras acciones de guerra, sino en el cuidado con que la tengo en cuenta, día a día, en un registro que durará mucho más tiempo que todos nosotros y que mis sucesores no dejarán de consultar. He aquí precisamente una de las manifestaciones de la superioridad de nuestra organización y uno de los beneficios de la solidaridad que nos impone: nunca trabajamos por nuestra cuenta personal ni solamente para el momento presente pero para que el servicio siga funcionando incluso después de nuestra desaparición. Por ello, el primero en llegar a una región debe obligatoriamente transmitirse, por escrito, al sucesor todo lo que aprendió sobre su gente y sus recursos, y eso para ahorrarle a este último una pérdida innecesaria del tiempo suministrándose a investigaciones que ya se hicieron. Es por esta razón que cada noche me ves en el Turguilal, tomar mi pluma y ponerme a escribir mucho tiempo antes de irme a la cama. Así pues, puedes quedarte tranquilo: que me muera esta noche o que esté desplazado, mi sustituto, sea quien sea, no tendrá más que instalarse en mi despacho para quedarse enterado de todo, de la mismísima forma que yo. Debo, por cierto, avisarte que tu expediente personal contiene en la primera página un relato detallado de un pequeño incidente ocurrido hace algunos años en el suq del Zaouia y dónde se trataba

de un hombre ahorcado... de un cabrito...

¡- Ah! Si debes inscribir similares bagatelas en tu libro, es mejor dejarme hundirme en el olvido.

- Es necesario inscribirlo todo para ser justo y verídico. De todas formas, chaouch, no has de preocuparte por la llegada de otros jefes a Khenifra o a Turguidal. En cuanto a los controladores civiles, que todavía no es tiempo de que lleguen a Bu Hayati, estoy seguro de que los Zayaníes los tratarán con el mismo respeto con que nos trataron, ya que, estos dirigentes suelen ser elegidos entre los mejores de mis compatriotas contando con todos los informes y perfectamente informados acerca de los asuntos marroquíes. Nadie sabe mejor que ellos inspirar confianza y hacerse respetar por las poblaciones cuyo control se les se les confía.

- Es igual, el hecho es a pesar de todo extraño... No comprendo aún por qué los oficiales que nos combatieron y sometieron dejan sus puestos de mando a nuevos advenidos, en vez de conservar el control. Además – y estoy convencido de ello- nosotros siempre nos entendemos mejor con los soldados...

¿- Cómo puedes afirmar tal cosa mientras y tú ni siquiera sabes cómo es un controlador civil? Pero he aquí ahora Ber Rechid, otra ciudad edificada a base de planes diferentes de los que sirvieron para fundar la ciudad de Settat, pero es, igualmente, coqueta y agradable. En ella se instituyó la misma organización, se desplegaron los mismos esfuerzos y se obtuvieron los mismos excelentes resultados. Además, se instaló allí un gran establecimiento de las enfermedades mentales, para los locos...

- ¡Oh! entonces, internemos allí inmediatamente a Mustafa que desde Ben Ahmed se quedó corto de palabra y debe de pensar en su mujer o en Sidi ben Taibi...

Mustafa: – ¿Cómo podré platicar con un locuaz como tú?

Lehcen: – Inténtalo al menos. Haz que me calle, deja ver tu alegría... ¿Ya no te conmueve ver cosas extraordinarias? En lo que a mi me toca siento resentimiento por ver el autocar pasar muy de prisa, no obstante tengo muchas ganas de llegar a Casablanca y a esta famosa mar...

Mustafa: – No te regocijes, Lahcen U Ali, tu estancia allí será muy corta.

Decididamente, Mustafa no es locuaz y constituye un lúgubre compañero de viaje. Lehcen intentó vanamente sacarlo de su silencio, pero él se hace ceñudo.

Paree que todo lo que veía le importaba un bledo. Los pilones de la estación de T.SF. De Mediuna le obligan a enderezar la cabeza, pero las explicaciones de oficial acerca de las comunicaciones aéreas no crean en él ningún interés. Se diría que guarda rencor a los europeos por haber sacado unas fortunas de las tierras circundantes y por controlar maestramente a todos los elementos. A no ser, se inquieta el Capitán Alain, que piense ya en con aprehensión en las *sublevaciones* inminentes en su zona. Pero, en este caso, debería decirlo, inquietarse, interrogar y se lo tranquilizará. No, el disidente de ayer se queda mudo. Se recluyó y, como si sospechara que sus acompañantes lean sus ideas, se puso a arreglar su *razza* o turbante so pretexto de la existencia de la frescura del atardecer. Luego, después de haberse aislado y haber ahorrado preguntas, se volvió a ensimismarse pensando en todo lo que ha visto y oído. ¿Está conmovido? Seguramente lo es más que Lahcen, puesto que el prodigioso impulso dado a ese país no puede dejarlo indiferente. Admira sobre todo el esfuerzo desplegado pero nunca creía que los cristianos fueran tan hábiles en materia de agricultura. Al contrario de su compatriota, lleno de sinceridad y de lealtad, lo que le preocupa más es saber qué les ocurrió a los Musulmanes que vivían antes en estas tierras ahora pobladas por los extranjeros. Y tiene razón, porque a fuerza de explorar los lugares con ojos escrutadores no ha visto ningún aduar desde que el autocar empezó a surcar el inmenso llano. Peor aún: los únicos árabes vistos desde "la jaula" donde están encerrados los viajeros, eran misérrimos vestidos con harapos empujando hacia adelante unos borriquitos cargados, obreros con traje semi-árabe semi-cristiano, ocupados en romper piedras al margen de la carretera o segadores vigilados por unos "tadjers" a lomo de caballos. Todas las casas eran cristianas. Entonces el disidente de ayer se pregunta si los llanos de su región, a su vez, no serán invadidos y esta idea lo inquieta. Afortunadamente unos aduares aparecen pronto en el horizonte, luego, después, la gran ciudad donde bulle toda una población hecha, sobre todo, de musulmanes. Y, como el bereber es inconstante, Mustafa, cansado de tanto reflexionar, se dice a sí mismo que nada que no esté "mektub" pueda ocurrir y se arrima por fin a sus acompañantes.

La vida agitada de la famosa "Dar Beida" va a apoderarse de él muy de prisa y acaba con acaparar su interés. Será incluso tan fascinado por las maravillas de los almacenes y todas las bellas cosas ciudadinas de modo que es, con tanta contrición, que él tomará el camino de regreso hacia su montaña. Y una vez ya en Turguidal de nuevo, Nuestros dos beréberes se sitiarán de preguntas, y es Bu Haddiui quien se encargará de narrar los relatos los más entusiastas.

TERCERA PARTE

XVII- En Nombre de la Independencia

El sol va hacia ocaso y sus rayos ya no doran más que débilmente las cuevas de Tighbula.

Es la hora encantadora de las noches primaverales del Dir en que el azul, el rosa y el malva se suceden lánguidamente en el horizonte promoviendo el encantamiento de los ojos.

Es la hora exquisita y suave en que la majestad de las cosas y el sosiego del ambiente incitan a los humanos a la bondad, a la indulgencia, a la fraternidad.

Es la hora bendecida finalmente dónde el bereber, sentado en el fondo de su tienda, contempla con amor la obra grandiosa de Dios y, reconociendo su gratitud para con el Todopoderoso por todas las alegrías y la felicidad que le concedió alza su alma hacia El e implora su perdón.

Pero para el pobre disidente errante entre las montañas extranjeras y forzado no recorrer su terruño más que de noche, cual si fuese un malhechor, esta hora de felicidad serena no trae consigo más que tristeza y tormentos.

No hay alegría que pueda catarse cuando el corazón sangra y cuando, cada día, se tiene que buscar humilladamente un rincón en el bosque para el campamento.

No se puede aferrar a la vida cuando se pide un precio incesantemente humillante o cuando se vive sólo porque la generosidad de otros lo permite.

Esta tarde, no obstante, Hammu U Melluk, los suyos y sus vecinos, parecen haberse olvidado de su profundo desamparo.

Sentados formando un círculo a bordo del acantilado que protege su aduar, contemplan sin tristeza el llano de Uaumana - su comarca - como si, repentinamente, se les hubiera vuelto indiferente.

Las mujeres y los niños ocupados a recibir las manadas que volvían de nuevo del pasto, no vinieron, como era de costumbre, a saludar sus ksures con miradas llenas de amor antes de que la noche los tapara con sus sombras.

Y con todo, nunca fue cuestión, como ahora, de la patria chica amada. Pero se habla de ella tranquilamente, cara acara, después de haberse asegurado que el arbusto, muy cercano, no oculta ninguna oreja indiscreta y que lo que se confía tiene sabor de miel y azúcar:

"El levantamiento del campamento tendrá lugar esta noche y mañana, si Dios lo quiere, es en las casas de Uaumana, cerca de las tumbas de los antepasados, que se tomará la comida el desayuno."

Los preparativos se han llevado a cabo, todos los objetos preciosos que se pudieron adquirirse de las tiendas, sin despertar la atención de los visitantes extranjeros, se han transportado discretamente a distintos escondrijos de la parte baja de las cuevas donde se recuperaran, de paso, esta noche.

Unos bueyes y unas vacas de precio han sido llevados, intencionalmente, a los pastos más próximos de la zona sometida bajo el poder de los franceses donde sus pastores, fingiendo el sueño, esperan que el movimiento sea desencadenado para adjuntarse a las familias.

Una manada de ovejas, en su totalidad, atravesó el río, hace poco, bajo la conducta de un hermano audaz que quiso simular un robo y la fuga hacia los territorios cristianos, bajo los disparos procedentes de la montaña.

Por su parte, el Capitán Alain, avisado desde la víspera por el indicador Taibi, debe enviar fusiles y cartuchos y tener preparada su temible caballería para acoger y ayudar, si es necesario, el aduar, una vez que reciba la señal convenida con Hammu U Melluk.

Todo, pues, está perfectamente previsto y basta no bajar la guardia mantenida exitosamente hasta el momento para que el triunfo sea total. Será obligatorio abandonar a algunos perros y, pero esta pérdida que se sufrirá es poca cosa si se compara con la alegría que debe suponer la vuelta de nuevo a casa.

Se espera la hora, tan deseada desde hace mucho tiempo, para ver a la juventud mientras se divierte y a un hidus que se dispone para cantar, a la intención de los espías de la dyemaâ de la tribu, los méritos de la resistencia a exceso y el odio de los Franceses. Pues, la visita de Hammu U Malek al despacho de la Zauia se conoció en toda la montaña sin que haya la posibilidad de saber cómo, desde la llegada de la noticia a los disidentes, su aduar es objeto de una vigilancia muy rigurosa que, con la primera manifestación de traición, traerá muerte a todos sus miembros y el saqueo de sus tiendas.

La noche avanzó suavemente, como a pesar de su ya, aportando su complicidad al gran drama que se prepara.

Uno a uno, los barrancos se llenaron de sombra mientras que las crestas de los robles y algarrobos se dejaban sucesivamente desnudar de rayos de sol que se agarraban a las ramas.

Los pájaros volvieron, de nuevo, a sus nidos aún inacabados y se instalaron en ellos entre los helechos de ramajes y frondas.

Primero su gorjeo llena los aires sobre las rocas e higueras, luego conquista las plazas reocupadas y finalmente el canturreo muere insensiblemente.

Ahora, es el murciélago que toma posesión del espacio, mientras que entre las malezas de zarzas y moreras salvajes, fieras y reptiles se deslizan furtivamente en busca de la morada o la fuente.

En este mismo instante, sobre la pista de Turguidal, en el puesto vecino de Uaumana, rodeado de hinojos y de plantas meridionales, de nuevo había una reunión de guerreros.

Tales como fantasmas gigantescos, los mokhazénies del Capitán Alain reforzados de algunos jinetes de Khenifra, se perfilan por grupos sobre los picos y van hacia una nueva hazaña.

No se trata, no obstante, más que de facilitar el desenganche de cinco o seis familias, pero esta operación puede implicar peligro y eso basta para darle encanto.

Si una imprudencia se cometiera por un niño o si los insumisos consiguiesen ventilar el proyecto, el combate empezaría, con sus riesgos, y también con posibilidades de victoria y botín.

Por ello, queda por saber si el entusiasmo es general y si la consigna era vigilar el silencio, porque en el caso contrario los beligerantes irían cantando a esta aventura de nueva índole.

¿Pero qué importancia tiene todo esto? Sería una oportunidad para va satisfacer los placeres permitidos y, puesto que es necesario callarse, que este silencio se aproveche para intentar sorprender al vagabundo, presa por excelencia de estos cazadores de hombres, o capturar algunas familias de erizos que se han aventurado saliendo a las altas hierbas.

Y el escuadrón se propaga por todo el poblacho, se inserta en los barrancos, se pierde entre los enebros y los azufaifos tan ricos de esperanzas de toda índole.

Por su parte, el Capitán Alain no se siente no menos feliz. Seguramente, considera que hubiera sido preferible, por distintas razones, que EL Hayi tomase los frentes y precediera a Hammu U Melluk, en la vía de sumisión, pero tal como se presenta, el éxito político obtenido no tendrá menos repercusión entre los insumisos y constituye uno de los preludios más interesantes en las operaciones llevadas a cabo en la montaña. Ya que Hammu U Melluk es un hombre de edad cuya actitud puede influir en la decisión todas las fracciones vecinas e incluso es susceptible que haga precipitar las decisiones en el propio entorno de EL Hayi. De todas formas, el oficial que, a su vuelta de viaje desechó todas las conjeturas liberando a los prisioneros Ichkern y dando sobre la situación política informaciones optimistas, se halla sinceramente agradecido a Hammu por haber confirmado sus dictámenes afanándose en que cumplió con sus compromisos. Es con mucho gusto que va a enviarle, por Taibi, los cuatro fusiles con bayonetas y los 1000 cartuchos que le son necesarios y es de todo corazón que se pone a su frente después de haber advertido a sus jefes.

Sin embargo el chauch Lehcen, sigue sin entusiasmo, en el punto ulterior del escuadrón personal del Capitán, como si presintiera tristes acontecimientos...

Después de haber cruzado el arroyo de Moha U Ali y el de Buhara, y después de haber visitado el panteón de Sidi Taibi y el cuello de Labarat, sin otro incidente que la divertida captura de un infeliz liebre venido a lanzarse a los pies de los caballos, el traslado llega a Uaumana y toma sus disposiciones con vistas al cumplimiento de su misión.

Primero, Taibi y un pariente de Hammu U Melluk venido como rehén y generosamente reenviado por el oficial para ayudar en el transporte de las armas, se han precipitado hacia Tighbula.

Dejando el puesto a las 22 horas, y yendo rápidamente, pueden estar junto a sus amigos hacia medianoche, hora convenida.

Luego, el Capitán Alain, el oficial del puesto y el caporal jefe de la artillería de posición estudian sobre el mapa el itinerario que deben seguir Hammu U Melluk y los suyos así como las posiciones que han de alcanzarse sucesivamente por los mokhazeny en caso de que debieran ayudar los nuevos sumidos.

El territorio donde debe desarrollarse la operación, estando enteramente bajo la vigilancia de los observadores del puesto, el posible recurso al cañón y

a las metralletas será seguramente fácil. No obstante, para advertir errores, provee a cada jefe de grupo de mokhazénies de un gran panel blanco con enrejados negros que deberá disponer ante el puesto cada vez que haya detenciones.

Además se entiende que el primer golpe de cañón no se extraerá más que con la orden expresa del Capitán manifestada por medio de un cohete traído del puesto y que, de ninguna forma, la guarnición pueda intervenir diferentemente que por sus fuegos y desde sus sitios convenidos.

Por último, la señal convenida con Hammu U Melluk para su solicitud de ayuda se ha revelado a tres grupos de centinelas, el Capitán, juntándose con sus jinetes fuera de la muralla, se encoge en su albornoz y, con la conciencia satisfecha, se duerme en espera del momento de la acción.

Son las once.

Una fina media luna aparece en el horizonte, hacia Kebbab y Krruchen y la región es invadido por una claridad pálida. La luna es roja, y es señal del advenimiento del viento, una mala señal. Con todo, el hidus de Tighbula se hace intenso, el círculo de los bailarines y bailarinas reforzado por toda la juventud de los alrededores llamada por el tam tam de los tamboriles.

Se formaron dos clanes de cantantes y en cada clan, dos o cuatro improvisadores (inchadhn) llevan el duelo de elocuencia.

Por turno, éstos ya han tomado la palabra y en modulaciones variadas, pasaron revista a todos los eventos recientes. Uno de ellos elogió las hazañas de un vagabundo en un país pacificado, el otro relató las proezas de un cazador, el tercero recurrió a su vivacidad, en términos discretos y elegidos, habló de a los amores escandalosos de una mujer bella "con ojos mentirosos y preciosos".

Luego el cañón se pone a tronar hacia Dehar EL Ued, el tema favorito se reavivó de entusiasmos y el patriotismo de los amazighíes, "estos leones entre los leones", se ha exaltado expresándose en todos los tonos, mientras que el cristiano, ser impuro y maldito, se le han tildado de las peores calamidades.

Ahora, después de haber combatido a los mokhzeníes del rumi y a sus caides, que "por un pedazo" kumir" vendieron su honor y su país", se pasa al juego de adivinanzas cantadas (tikefrines) e inmediatamente se ocupa de los que se toman por traidores que decidieron hacerse aliados del enemigo:

Querría, oh querido trovador, saber por tu "alun" cuyos sonidos son conmovedores, el nombre del que fue rechazado por el cordero, que quiere correr hacia el "negro" inmundo.

ESTRIBILLO

Oh primo mío, yo mismo bajo la fresca sombra

Y preparo mi noble capa.

La pérfida alusión proviene de un grupo de "Aït Tennammast" conocido por su hostilidad para con el aduar de Hammu U Melluk y cuyo cantante lidia precisamente contra este villorrio. Es evidente y nítido - el cordero suponiendo la carne preferida de la disidencia y el "negro" designando el cerdo, tan apreciado por los cristianos - y para no manifestarla, es necesario ser cobarde, o, en las circunstancias presentes, hacer prueba de una fuerza poco común.

Sin embargo, el trovador campeón de Aït a Hammu vacila y, en su perplejidad, repite como lo requiere la costumbre, en espera de hallar una respuesta, la injuria destinada a su cofradía.

Pero seguir así mucho tiempo, sería abandonar la victoria a favor del contrincante campeón y descalificarse..., sería dejar sembrar la duda acerca de los suyos..., sería, desde todos los puntos de vista, la vergüenza..., la repelente y definitiva vergüenza en presencia de las mujeres...

¿Se podría contestar de cualquier forma e intentar comprometerse con la referencia a otro tema? Esta maniobra no se admitiría, pues las reglas de juego no lo permiten y sería, por otra parte, inútil ya que, una vez más, la intención de provocar un incidente es ineludible y, para llegar a hacerlo, sería fácil plantear el tema de modo distinto.

¿Se podría tomar cranealmente, y con un tono irónico, la defensa de los candidatos a la sumisión para dar una impresión de indiferencia? Desgraciadamente no; siendo la visita del jefe del aduar a la oficina del cristiano de notoriedad pública, nadie se dejaría llevar por esta ironía y, dado que la respuesta se ha tomado en serio, la tormenta que se intenta evitar está por desencadenarse a pesar de todo...

Doloroso dilema que atiborra la situación con tantos sentimientos distintos y que y cuya solución no puede ser más que desastrosa, puesto que la capitulación misma es incapaz de eludir el escándalo... la riña..., la batalla puede tener lugar dentro de algunos momentos apenas después de la vuelta a la tierra natal... de la liberación...

Los ancianos del aduar, ellos también, están en las ansiedades. Oyeron desde lejos la improvisación fatal y, enseguida lo entendieron todo. Conociendo la susceptibilidad de su hermano y su valor, temiendo una respuesta demasiado viva que en otras circunstancias en circunstancia alentarían, se levantan y, impacientes, se acercan del grupo donde los Aït Tennammast triunfan siempre, para atajar, antes de que sea tarde, la frase fatídica.

Pero, en ese mismo momento; los despiadados ganadores, usando su derecho, detienen de un señal las dos filas de cantantes y, marcando así definitivamente la debilidad del adversario, pasan a otra copla, plantean una nueva cuestión, lanzan precisiones: Que decís, oh Aït Hammu, hermanos míos, de este pescado que vive libre en el fondo del agua y que alegre va al anzuelo y a su muerte

ESTRIBILLO

Oh primo mío, yo mismo bajo la fresca sombra y preparo mi noble capa

Por lo tanto, la duda y ano es posible incluso para los que se niegan a comprender y cada uno se pregunta lo que será del resto de la noche. Los tamboriles que se llevan incesantemente a las brasas de al lado para calentarlos, con miras a que resuenen mejor, se arremolinan encima de las cabezas, bajo los golpes alegres o rabiosos. Las mujeres y las jóvenes muchachas se aprietan aún más contra los bailarines como si, presentando la trágica aventura, quisiesen recordar que ellas están allí y que tienen derecho a la victoria. Ya sus miradas, hace poco lánguidas y promisorias, se colman de centellas dirigidas hacia el "enemigo" y los gestos con que acompañan las trovas desprecian ahora el ritmo, se hacen desordenados.

Fuera del círculo, las ancianas que tienen experiencia, reúnen a los pequeños "porque ya es hora de que se vayan a dormir" y, temblando, los chavales se preparan a huir.

En cuanto a los jóvenes mancebos de Aït Hammu, siguen cantando como si nada pudiera conmooverlos..., repiten siempre el final de la maldita copla..., pero se cuentan y, de los ojos, se confían mutuamente sus angustias, mientras que el amghar y los de su edad desanudan, silenciosamente, los lazos del ganado, ya listo para su horrible destino...

Entonces, sin tardar más, la desdicha que amenaza el aduar se arroja despiadadamente sobre él.

Un grito, un solo grito, acaba de resonar a doscientos metros de las tiendas, largo como una llamada, siniestro como un gemido: "¡abuu...h!" e inmediatamente un tiroteo chirría sembrando la muerte y sus ecos son devueltos lamentablemente por las rocas de Kheddi. Unos hombres sucumben con el estribillo de amor en los labios..., los niños se tuercen entre los brazos de sus madres..., la sangre se derrama y enrojece los fulares..., y el cuerpo a cuerpo se hace horrible en la oscuridad de la noche... los gritos revientan por todas partes... Se gruñe en todas las esquinas... luego, muy suavemente, se mueren en saber ni siquiera por qué... preguntándose donde está Dios... el Todopoderoso, el Misericordioso...

Sin embargo, algunas voces se identifican a través de la carnicería y se reconoce a los asaltadores. Son los Aït Bu Mellal, los propios huéspedes de las víctimas, ayudados por los Darqouis de Sidi Abdelmalek ben Taïbi conocidos por sus turbantes verdes.

Entonces, las fuerzas decuplicadas por la violación infame de la hospitalidad, los Aït Hammu supervivientes se rehabilitan y atracan al enemigo. Los fusiles faltan, y Taïbi todavía no ha llegado, ¿pero qué importa? Los puñales sustituirán a las armas de fuego y los traidores, así como sus "saharianos", van a ver lo que los Aït Umalu pueden hacer. Se les destripará uno por uno; se les cortarán los brazos y las piernas, se les sacarán los ojos y la victoria permanecerá para los que sufrieron tanto por la independencia y que conste que, en sus nombres, se decidió destruir. Hay muertes y heridos, el ganado se saqueó, la ruina es ya total, pero aunque no quede más que uno contra cien enemigos y aunque no se tenga más que hiervas para comer, se hará que la vida esté llena de honor. Pero es necesario obtener la victoria... salvar a los niños... unirse al cristiano quien los disparos deberían haber avisado ya hace unos instantes ...

¡Desgraciadamente! ninguna socorro llegará puesto que el hombre encargado de pedirlo cayó entre las primeras víctimas y puesto que Uaumana m por s uparte, está lejos... muy lejos...

Además, Hammu U Melluk es prisionero y unos jinetes enemigos lo arrastran ya hacia el zoco de los Aït Bu Mellal.

Entonces, desesperándose - ya no son más que cuatro - los Aït Hammu se precipitan y, batidos de dolor, se lanzan a través de bosque, siguiendo los pasos de sus familias...

Al despertar del día, la caballería francesa, primero sorprendida por el mutismo de la montaña y creyéndose traicionada, atendió a doce personas ensangrentadas, mientras que a lo lejos, sobre las alturas de Anuggal, dos cientos guerrilleros hacían comitiva a Hammu U Melluk y, cantando unas letanías, preparaban su suplicio bajo nuestros inútiles cañoneos...

XVIII- Las Grandes Horas

Un delator aportó la noticia del inminente advenimiento de la columna francesa a la montaña esta noche y, de Anuggal a Krruchen, se ha extendido instantáneamente.

Como un tremendo golpe de trueno, sembró pavor por todas partes y, sobre todas las caras, se lee la indecible angustia de los grandes días.

Sin embargo, no hay pánico; se ha tomado la decisión de defenderse hasta la muerte. Pero se piensa en las culturas del llano y se estremece ante la idea de verlas destruidas.

Se piensa también en la alianza de Kebbab, invalidada tan pronto como concluida, en las ambiciones malsanas que se sospechan, en la actitud ambigua de algunos notables. Y se pregunta con ansiedad si la montaña se mostrará digna de su pasado, si el odio del invasor vencerá los desafíos y los disentimientos interiores.

Sin embargo, las rivalidades entre los notables de las distintas agrupaciones son tan duras que nadie está de acuerdo a dar el primer paso hacia su vecino para la reconciliación necesaria.

Las palabreras se multiplican en cada tribu pero fuera de este marco, los más impacientes dejan mostrar una indiferencia total. Se recuerdan, aún demasiado, las afrentas de Tighessalin, los insultos de Tinteghalin, la famosa razzia de Ben Khelil donde algunos fallecieron a falta de socorros, por eso resulta difícil olvidar las heridas del amor propio, más sensibles entre todas.

El peligro, en cuestión, está muy lejos de esta zona donde no se toma realmente conciencia del riesgo más que con los primeros truenos de fusil.

Se recela la victoria cristiana que sólo un milagro puede impedir y se prepara a morir convenientemente para merecer el respeto de la historia, es decir, de los "inchadhn", temibles expresadotes la opinión pública. Pero, como es imperioso desatinar al enemigo, de cuya necesidad mórbida de información están al corriente, una nube de viejos y de ancianas, con destreza primorosa,

invaden cada día los puestos del borde para extender falsas noticias, anunciar reuniones, intimidar...

En Turguidal, en ese mismo tiempo, se despliega una actividad poco habitual. Los convoyes se suceden unos tras otro, acumulando provisiones de toda índole, municiones, material y todo lo que es necesario para la instalación de las indispensables enfermerías indígenas en las futuras obras de la montaña. Cada mañana, un envío de goumiers subidos se dirige hacia la Aqisari, y se ocupa de la guardia, a lo largo de la pista de los coches, hasta la puesta del sol. La intendencia procede a la compra del ganado. El griego acapara los huevos y los pollos. Unos mercantes de todas las nacionalidades pululan el puesto donde se avivan a adjuntarse a la columna con sus cotonadas que permitirán la apertura inmediata de nuevos mercados de atracción.

En cuanto al Capitán Alain, cuya confianza en las operaciones se refuerza cada día, se ocupa sobre todo de mantener a su aliado el Hayi en sus buenas disposiciones hacia para con él, pero como Sidi Abdelmalek Ben Taibi consiguió algunos días antes devastar el aduar de Hammu U Melluk, intensifica su servicio de informaciones hacia su residencia así como hacia Tihuna donde se establecieron sus hermanos Sidi Mohammed y Sidi EL Mekki.

Hora tras hora, se percata, gracias a sus emisarios cuyos servicios remunera más ampliamente, lo que hacen sus amigos y sus adversarios y cada noche, por telegrama, da al comando el sentido de las precisiones recibidas.

Sobre los mapas del Estado Mayor, las pequeñas banderas rojas que señalan los sitios sucesivos de las formaciones adversarias, se suministran a una zarabanda desenfrenada, teniendo ala extrema movilidad las agrupaciones y más aún la ausencia de toda organización defensiva.

Aquí estamos, ahora, a algunos días apenas de la llegada de la columna Francesa a Turguidal. Las tropas, que acaban de desplegar un esfuerzo pasmoso en la región de los Aït a Uirra, se acampan en la Zauia de Ech Cheikh y se disponen para escurrirse a lo largo de la montaña hacia el territorio de los Ichkern.

Su jefe, que, no es corto de palabras - es el coronel Freydenberg militar de gran envergadura - ya elaboró el plan de la nueva campaña y con determinación, para abreviar la duración y reducir las pérdidas de hombres, decidió de atacar inmediatamente a la tribu más hostil: los Aït a Yaqob U Aïsa.

Pasando por Anuggal, se podría aprovechar la ocasión para vengar la masacre de Tighbula, pero se descarta del todo este sentimentalismo que no debe procurar ningún resultado práctico. Por otra parte, los Derqaua de Sidi Abdelmalek que son los verdaderos responsables de la agresión contra Hammu U Melluk, ya abandonaron su campamento y se replegaron muy lejos hacia el sur.

Al contrario, los Aït Yaqob U Aïsa y sus nidos de águilas de Tinteghalin, constituyen, para una columna decidida, un objetivo prioritario.

Desde el punto de vista táctico, la región, precedida de un extenso llano muy favorable para los despliegues preparatorios, permite todos los aplomos. Sin embargo, una vez atravesado este llano, habrá que subir las rudas cuestas sobre las cuales se ha edificado el pueblo, pero los caminos son numerosos y el asalto podrá perpetrarse sin peligro bajo la protección de la artillería.

Desde el punto de vista político, la opción por la turbulenta tribu para la apertura de la campaña, no se impone con menos ahínco. Esta agrupación, sobre todo desde su exitosa resistencia frente a los propósitos de Moha U Hammu, pasa por la más dura y rígida de todas las tribus.

Últimamente ha sido saqueada de forma muy grave. En sucesivas ocasiones, su dyemaâ vino al puesto del Turguidal para parlamentar, obteniendo así la liberación de sus presos, pero se trata de gente que guarda un intenso rencor para con los extranjeros y que tienen una gran confianza en el valor de su guerrilleros, que a pesar de la marca de interés que se acaba de concederles, será ciertamente el alma de resistencia. Por lo tanto, nada puede esgrimir aún más el desarrollo posterior de las operaciones como lo hará una deslumbrante victoria en contra de ellos y la ocupación definitiva por nuestras tropas de Tinteghalin, su capital.

Por otra parte, es allí donde se hallan yacidos los miembros más ilustres de la familia de los Imhiuachies y, según una leyenda que tiene solvencia en los entornos más patrióticos de la región de Zaiyan, la hospitalidad otorgada a los restos de estos morabitos venerados, redime a la tribu contra toda violación de su territorio.

Así, si este territorio sufriera una invasión, un jinete vestido de blanco y montando a un caballo gris claro, debería surgir de las tumbas y, lanzándose hacia los asaltadores, una bandera a la mano, causaría su destrucción inmediata y total. Por ello, poco importa intentar disuadir a los partidarios

Zaiyan, que estarían al frente de sus guerrilleros, de tal creencia y convencerles de que nada parecido pudiera atajar una columna francesa.

Por último, acometiendo a los Aït Yaqob U Aïsa, se dará satisfacción a El Hayi que multiplica sus exhortaciones en este sentido ante el Capitán Alain y promete traer a todos los Aït Ishaq en nuestras líneas una vez que las posiciones de Tafilalt, situada al sur de Tinteghalin, se habrá procurado su puesto y sus cañones.

Mientras que el espléndido jefe preparaba así uno de sus éxitos más brillantes - y Dios sabe se enteró los albures de toda esta dura montaña bereber que se extiende de Uauizert hasta Marmusha, y por todas partes donde fue necesario un jefe de envergadura - la situación en disidencia estaba seriamente codificándose.

Después de la obtención de las informaciones aportadas por los delatores de las dyemaâs a propósito de las fuerzas en marcha hacia sus territorios y de la gravedad de peligro que les acechaba, los notables se pusieron, finalmente, de acuerdo acerca de la necesidad de una alianza defensiva entre todas las tribus del Dir. El convenio fue estorbado, al principio, por serias dificultades, debidas a que cada uno quería que los contingentes de las coaliciones se reunieran en su localidad, pero a fin de cuentas para quitar de en medio la disconformidad recurrieron al arbitraje del "aguram" Sidi Mohammed Ben Taibi y el acuerdo no tardó en llevarse a cabo. Ahora, siguiendo las recomendaciones de esta figura de gran renombre, se decidió que los guerrilleros de Aït Ishaq se reunieran en Butasefsaft para vigilar el avance la columna Francesa desde Uaumana hasta la Zauiya, mientras que los de Ichkern se reunirían en Tintegnalin para prohibir el acceso a esta aldea y, eventualmente, a la de Kebbab, la capital de los Imzinaten.

En espera del gran momento de acción, todos se pondrán a obstruir los caminos que llevan hacia sus tribus por medio de bloques de piedras y rocas y a escrutar a todos los espías, que actúan a favor de los cristianos y que infestan el país, para exterminarlos.

Precisamente, se empieza a hablar con insistencia del compromiso de El Hayi Ali que había prometido la sumisión de su tribu al Capitán del Turguilal y la actitud cada vez más extraña de El ex sumiso Ali U Hussa quien, abusando de la hospitalidad con que le han tratado, se ingenia, de mil de maneras, a sembrar el desaliento en su entorno y en los mercados. Y si, a falta de pruebas, no se puede nada por el momento contra el primero cuyo clan es el más fuerte, no

se podrían no tolerar ya mucho tiempo las maniobras del segundo que puede sin inconveniente sacrificarse, para dar el ejemplo.

El crimen es inmediatamente cometido por unos voluntarios pertenecientes a la tribu de Bu Haddu, felices de dar a Sidi Mohammed Ben Taibi esta prueba de sumisión y tal vez de sosegar una venganza personal.

Una mañana, en pleno camino, a Ali Ishaq, se le acercan dos jóvenes de su edad y dejan mostrar su complacencia de formar compañía de viaje junto a él. Se simulan pruebas de amabilidad y nadie quiere preceder a sus camaradas en la estrecha senda donde no se puede caminar más que uno detrás del otro.

Por último, y aunque nos in vacilación, ya que se está en un país donde uno recela su propia sombra, Ali U Hussa pasa el primero y algunos minutos después, cuando se arriman a una bonita fuente con miras a estancar su sed, un puñal lo atraviesa de par en par y cae muerto bajo los pies de sus asesinos.

En aquella misma tarde, la noticia se transmite de un aduar a otro en haciendo que todos los disidentes se enteren del crimen, extendiendo por todas partes alegría y entusiasmo, mientras que el Capitán Alain añade tristemente, un nombre a la lista ya larga de los acreedores oscuros de la civilización.

Como si se hubiera liberado una multitud de reptiles, las hierbas del llano de Tighessalin se aviva esta mañana de vida. Cientos de filas de soldados y seguidores, largas, flexibles y multicolores, la surcan por todas las direcciones en busca de sus posiciones iniciales.

Sobre el dyebel (montaña) de Buyghssaen, este bastión de la región de Ichkern "desde donde se asoma al universo entero", millares de albornoces blancos se agitan bajo la brisa matinal luego, como turbantes, coronan las rocas.

Es el gran día que Francés y Beréberes esperan desde así mucho tiempo, unos desean que sea pacífico, otros invocan a el "la'fu" y la liberación del "yugo" extranjero que les amenaza.

Ya, ninguna planta meridional estaba empinada y bajo los pasos de los hombres y de los caballos, las florcillas y altas espigas se vieron sesgadas como vencidas antes de sus maestros. No obstante el coronel había dado órdenes para que los cultivos se redimieran, pero cómo evitar daños cuando un ejército de 3000 hombres y de 1500 caballos se avanzan mientras tanto reciben injurias? Y de allí arriba, los insultos llueven, en espera del tiroteo...

La columna tomó en el mayor orden su formación, ante su objetivo. Los seguidores y el majzén están en contra de la montaña, apretados de muy cerca por el ante-guardia regular, se atienden a los órdenes, todavía no han disparado ningún tiro de fusil, y como los héroes de Homeros, se limitan a responder a las provocaciones por otras similares.

A la derecha y a la izquierda, legionarios y tiradores forman los flanqueadores y, en asiduos, ya buscan a eventuales vigilantes de ojos de las cuestras que son necesarios subir y escudriñan las sendas que los conducirán mejor a la victoria.

En el centro, la artillería acaba de ponerse posición de disparo bajo la vigilancia de su impasible comandante, el coronel Ducla, mientras que el coronel Freydenberg, el jefe, que tiene su puesto de mando contra el santuario de Sidi Bu Anan, dirige una última vez su gemelos hacia cada uno de sus grupos y después, por medio de un breve silbido, da señal de asalto.

Inmediatamente, las invectivas cesan, de parte de los dos bandos, y el tiroteo se desencadena sobre todo el frente de los insumisos. El cañón truena, a su vez, cubriendo los picos del humo de sus obuses y obligando a sus defensores a evacuar. Pero la posición es de una longitud desproporcionada y a pesar de la precisión de los tiros, los Beréberes sólo dejan los puntos de combate que se han convertido en intolerables, para ir a ocupar otros muy próximos. Y, como los seguidores de la columna sufren unas pérdidas y dejan mostrar su vacilación, como lo es el caso en las cercanías del cementerio de los Imhiuachies, un jinete blanco acaba de aparecer originando un pánico en un grupo de los Zayanés, un inmenso clamor resuena en la contigüidad de los montañeses que dejan de disparar y esperan ansiosamente el milagro. Pero el jinete, apenas a la salida del cementerio una gavilla de metralleta le obliga a replegarse y recorrer el camino de toda la velocidad de su corcel. Su bandera se le cae de las manos y se pierde entre las tumbas. Su albornoz blanco se clava en los áloes espinosos. Él mismo vacila, se arremolina, pretende hacerse pequeño bajo las bolas que le acosan, y finalmente desaparece detrás de una qubba con tejas verdes.

Entonces, el Majzén de Buazza y el primer Goum mixto cargan el sable en mano, las tropas escalan los atajos con la bayoneta en alto y, en menos tiempo del que necesitan los insumisos para reponerse de su decepción, el pueblo se acerca, se ocupa y se sojuzga.

Al ver sus casas profanadas, al constatar, una vez más, que las predicciones que alimentaban sus esperanzas se desmienten, el adversario no puede contener su rabia pero, en vez de resignarse ante lo evidente y rendirse, sus contingentes se reforman rápidamente detrás los picos para reaparecer, luego, decididos y cada vez más numerosos entre las encinas verdes. Como hace poco, pero ahora de muy cerca; se invectiva firmemente. A cientos metros, apenas, aplanados detrás de las rocas o de pie contra los más grandes árboles, los Zayaníes, los Ichkern, los Mokhazenyies y los goumiers, que, a menudo se han enfrentado, procuran dejar para la memoria de la lucha los recuerdos de las injurias más variadas. Luego, las taras de cada uno siendo expuestas, se desafían en duelo, hombre a hombre, tribu a tribu, y para que el día del mañana los cantos del trovador sean sólo alabanzas, se muestran desabrigados ofreciéndose a los tiradores de enfrente y cuando las balas fallan sus objetivos, se ríe burlescamente y se reclama su turno, suplicando que el cañón y el mortero de al lado se abstengan aún.

Pero el jefe de columna quiere terminar y las tropas tienen presteza para acampar. Ya las órdenes empiezan a circular, y prescriben de descolgar. Entonces, se intercambian algunas últimas salvas, se grita otra cita para los próximos combates y, mientras que el cristiano elabora su inmenso campo en terreno conquistado, los Aït Yaqob U Aïsa e Imzintan se pierden en el bosque.

Los Aït Ishaq, deliberan aún más allá de la Aqqba U Slem, mientras que Sidi Mohammed Ben Taïbi, el estratega de ayer, desgrana, lejos de los golpes, su inseparable rosario...

La victoria que acaba siendo la de los Franceses después de cada enfrentamiento, la bandera tricolor flota en innumerables posiciones. Todas las alcayatas Ichkern sucesivamente han estado ocupadas e inmediatamente han sido conectadas mediante pistas rápidamente arregladas.

Luego se calcularon las producciones de las fuentes y se trazaron trazado los planes. Y ahora, en torno a cada sitio elegido para la edificación de un obraje, se despliega una actividad colosal para la construcción de refugios para el invierno.

Por ello, no es del todo un auténtico oficial el que no se haya hecho las veces de un arquitecto o ingeniero, y del mismo modo no es, del todo, soldado el que no haya depositado sus armas – que como es de suponer están al alcance de su mano - para trabajar con la paleta con el cepillo o ocuparse del control de agua.

Y, gracias a la diligencia de todos, cada jornada de labor da un nuevo elemento de muralla que se aviva en cubrir de cal para mostrar a los observadores insumisos que se dispone a emplazarse definitivamente.

Es en este entonces que, mientras que desesperados por no ver las tropas abandonar el territorio; los Ichkern comienzan a reflexionar seriamente acerca de la situación. Por ello suena para ellos la hora de las grandes decisiones, la hora en la cual es necesario optar entre dos alternativas tan dolorosas la una como la otra: la sumisión o el exilio.

Por eso, cada noche este tema se convierte en eje central de unas infinitas conversaciones movidas en todas las familias y bajo el techo de todas las tiendas que, desde que la derrota resultó irremediable, se han trasladado precipitadamente lejos hacia Tifert, Mulay Yaqob y Tnarten.

No se procura en absoluto volver a la tribu y vivir bajo el yugo de los cristianos ¿quién podría atreverse a hablar de una tan abominable alternativa en un tiempo en que las lágrimas siguen derramándose aún por los caídos en el campo de batalla? Pero conviene tanto mencionar con mucho énfasis las innumerables razones que se tienen para luchar aún seguir huyéndose más lejos si es necesario.

Se piensa entonces en los usures que se han abandonado y de los que van a apoderarse los Zayaníes de la columna francesa; pero se experimenta, al mismo tiempo un sentimiento de consuelo y de desahogo pensando que un milagro puede producirse mañana y hará que los Beréberes desterrados regresen a su tribu sin necesidad de humillarse.

Se habla también de las crueles pérdidas sufridas y se llora un poco porque el Amazigh es sensible, pero, muy rápidamente, se recuperan los ánimos y se dice que nada se sustituye mejor que los hombres, que los guerrilleros sólo se forman para defender el suelo nativo cuando se ataca y que los de la tribu que cayeron durante los últimos combates no han hecho más que cumplir con su deber. ¿Cuándo la libertad se halla amenazada puede un beréber pensar en contar las tumbas? Para él es necesario saber sufrir cuando llega la hora del sufrimiento y estar a la altura de los grandes días de la prueba.

... Sin embargo, la ocupación francesa se extiende cada vez más hacia el sur y los aviones no dejan ningún respiro a las tribus gruñonas.

Desde los albores del día los malditos pájaros invaden el cielo, como cigüeñas gigantes, luego, cuando llegan en cima del bosque, dejan caer sus bombas.

El cañón se injiere y sus estruendos se hacen oír en todas las direcciones, sembrando terror entre los seres humanos.

Hay pocas víctimas o casi ninguna como si el cristiano no quisiese más que intimidar, pero bajo la amenaza permanente de la muerte, la existencia se hace un interminable calvario.

Los niños, sobre todo, tienen miedo y las palabras para confortarlos se agotan rápidamente. Cada mañana se los lleva a grutas profundas e indeterminadas donde se anidan los grandes escorpiones y los lagartos verdes, pero estos refugios resultan ineficaces ya que no llegan a tranquilizarlos. De vez en cuando, una cosa infernal silba, gime y truena sobre los uedes (ríos) y montañas, luego, como si la mano de Dios la guiara, viene para explotarse contra el suelo, justo muy cerca de los últimos refugios, y en un estropicio espantoso, arrasa la tierra, aplasta las rocas, pulveriza los árboles y da sensación de estremecimiento. Entonces, los hombres se convierten en seres apagados y sombríos.

Su clarividencia tiende hacia la duda y su arrogancia se inclina. Desaparece la confianza en sus líderes. Olvidan el Islam, el gran Islam, por el cual los ilustres igurramn (jerifianos) no han sabido sacrificar su vida y ni siquiera se han expuesto a la muerte encabezando a los fieles y ahora piensan más que en sus pequeños que, de un momento a otro, pueden alcanzarse por las balas y sucumbir. ¿Pero a dónde se puede ir? El exilio es cosa fatal; arruinó y avasalló a los zayaníes que se han resignado en él durante la ocupación de Khenifra, hace algunos años. La sumisión al cristiano es difamadora y supone un montón de riesgos ya que el vencedor no dejará de vengar a sus muertes, en caso de que los haya. Sin embargo, es necesario decidirse, elegir, abandonar este lugar inhospitalario. Y, porque los emisarios del Capitán Alain hablan incansablemente de paz y fraternidad, de bondad y perdón, porque, por el contrario, es cuestión de un nuevo Jefe que acaba de llegar a Aghbala, un país libre, la escisión se produce y la crisis se desenreda. Una noche, cuando el sol dejó de iluminar el mundo, cien familias de Ait Ben Mesud, decampan sin ruido y ganan el puesto más cerca, mientras que el resto de la Confederación, aún sediento a aventuras, reúne precipitadamente sus manadas y, en convoyes pintorescos, huyen hacia nuevos horizontes.

¿Pero de dónde proviene la agitación que, esta noche, atraca de nuevo a la disidencia presupuestamente bien protegida? del dyebel de Tifert a Buattas donde se instalaron los aduares en fuga, unos fuegos enardecen abarcando

todas las colinas y hay unas manos desconocidas que incansablemente los amparan. En cada campamento y en el lugar de Aghbala, convertido en la esperanza del Islam, unos caballos se preparan precipitadamente, luego los ojos fascinados por la doble hoguera de Bu Uchen que les indica el punto de adhesión, los jinetes se dirigen velozmente hacia él. ¿Se trata de una nueva anticipación francesa ejecutada a favor de la oscuridad o de de una embestida decidida repentinamente por las dyemaâs?

¿Es necesario prepararse a huir una vez más o revivir la esperanza después de un nuevo EL Herri? Ya que finalmente, los igurramn lo han asegurado, nunca la derrota de los amazighíes será definitiva y la revancha puede llegar en el momento en el que menos se espera para recompensarlos por su fe y sus sufrimientos.

Pero, desgraciadamente nada de todo esto ocurre... Al contrario la montaña sufre una nueva prueba y es uno de los notables más reverenciados que se prepara para abandonarla puesto que EL Hayi Ali que, desenmascarándose, aconseja fríamente a sus hermanos inclinarse ante lo ineluctable..., de depositar las armas..., "hacerse cristianos". Sin sucumbir bajo la vergüenza, fue a ver al enemigo y volvió de nuevo alomo de un hermosísimo caballo, y tal vez con el título de caid. Y los demás notables que habían prometido respaldarle están al tanto de lo que esta alternativa supone le preparan el mismo destino de Hammu U Melluk.

Sin embargo, EL hayi no es hombre que se deja engañar fácilmente ya que ha sido muy cauteloso. Decidido a cumplir, cueste lo que cueste, con sus compromisos para con los Franceses, seguro de la fuerza que le confieren los treinta fusiles de su fracción y de la proximidad del puesto de Tasfilalt dónde se encuentran los 1500 jinetes Zayaníes de la columna, organizó su ksar de Butasefsaft para la defensa, luego brutalmente, como siempre, ha sumado a las agrupaciones indecisas en pronunciarse a favor o en contra de él.

Entonces, a modo de respuesta, se encendieron algunas hogueras en Bu Uchen y se bloqueó inmediatamente el ksar, bajo la dirección de Sidi EL Mekki ben Taibi...

Ahora, como si nada nunca les hubiera unido, los Beréberes se enfrentan entre sí con una impaciencia sin par. Desde el nacimiento del sol, los Ichkern, reforzados por los Aït Sokhman sus huéspedes de Aghbala, ocupan los bosques a los que asoma el ksar y la fuente que lo alimenta. Ningún ser vivo puede cruzar los lugares sin ser alcanzado por un tiroteo.

Por su parte, los asediados que no han tenido tiempo para avisar la columna, se defienden con la energía de la desesperación. No dudan, de ninguna manera, en su suerte en caso de derrota, por ellos han decidido a arriesgar costosamente su vida.

EL Hayi ya está cubierto de heridas, pero nada puede derrocarlo. Tres de sus hermanos alcanzados por las balas gimen mortalmente tendido sen el suelo, pero a las mujeres que los lloran les muestra cuatro los cadáveres de cuatro enemigos matados.

Sin embargo, los asaltadores realizan valiosos progresos. Favorecidos por la naturaleza del terreno, se acercan arrastrándose hasta cien metros de cara y, protegidos por el acantilado, se preparan a saltar hacia la puerta de la fortificación.

Entonces, para la gran alegría de los que ya se desesperan, diez mokhazienes guiados por el chauch Lehcen aparecen sobre una cima detrás la cual patrullaban y abren un fuego apuntando a los guerrilleros de Sidi EL Mekki. Éstos, creyendo que se trata del advenimiento de la columna y sin pensar en recoger sus muertos, huyen perdidamente. EL Hayi que ya no parece ser más que montón de vendajes tachados de sangre, halla las fuerzas de montar su caballo y participar en la persecución. Los demás heridos; revigorizados por la llegada del Capitán Alain y de los Zayaníes finalmente alertados, alcanzan penosamente las cumbres y disparan hacia el enemigo en fuga, mientras que las mujeres, siempre atormentadas por los combates, corren arrastrando a los niños para mostrarles una victoria.

La calma renace, finalmente, y seguidamente a los alrededores del ksar en y mientras que unos braseros anuncian cuchipandas, tres colores rápidamente juntados se alzan en la punta de un mástil, en honor de su Majestad Jerifiana y de Francia.

XIX - - ; *Mektub !...*

EL jefe de la hora anunciada ha sido abatido lamentablemente y, de noche, optó vergonzosamente por la fuga. Con todo, había prometido una victoria sin precedentes y, a su llamada, toda la población de Aït Sokhman se había estremecido de tanta esperanza. A lo largo de un mes, y desde Naur hasta Tunfit, las fiestas se habían sucedido en honor del emisario de Dios y, de todas las partes, los presentes afluidos, aportados en gran cantidad por los orgullosos dyemaâs. Mujeres habían hecho prodigios para acercarse al santo hombre, para llegar hasta su capa y conocer sus caricias consagradas. Incluso los niños se han escapados muchas veces de sus tiendas y, llenos de adoración, habían pasado largas horas contemplando al ser sobrenatural que pudo parar los llantos. Pero prometer es una cosa y cumplir con la promesa es otra cosa distinta y el blocao de Alemsid, dónde el rumi debía perecer, se ha defendido tenazmente. Entonces, el fracaso viene con su comitiva de desdichas y, de nuevo, las lágrimas entristecen las caras enflaquecidas.

Es así que, de vez en cuando, el pueblo bereber se deja llevar por las ilusiones y esperanzas, luego cae en el desaliento. Una estrella brota, súbitamente en el cielo y el beréber se llena de sueños. Pero poco después, invariablemente, la estrella palidece y acaba desapareciéndose de su horizonte dejándolo desamparado ante su propio destino. Aquí, es un amghar que quiere hacerse pasar por el sultán y alza un estandarte que sus manos terminan con soltar; en este instante es un pastor que, un acto de fraude acaba de empujar al pináculo y al menosprecio de la razón, llega seducir a las muchedumbres y comunicar su peligroso descaro; en otra parte, es un iluminado que, en su exaltación malsana, consigue levantar masas y perpetrar a su pérdida.

Y es el fuego de cañas que amenaza, cada vez, con destruirlo todo sobre su paso luego se apaga sin fuerzas, al primer levantamiento de tierra encontrado. Incapacidad de los jefes de guerra electos quienes sólo su "suerte" cuenta en los sufragios del pueblo, pusilanimidad de los morabitos quienes no tienen como normas de conducta más que su capricho o pretendidas inspiraciones

divinas, inconstancia de los guerrilleros que se desalientan con el primer fracaso o se traicionan mutuamente, todo contribuye a hacer de cada convulsión del episodio sin futuro que comienza en el entusiasmo de las reuniones públicas y se termina en la desolación de los capuchones sometidos

Y aún así y a pesar de las lecciones del pasado, el Beréber despreocupado no sabe resistir a la tentación y a los llamamientos a la guerra y, por muy débil que sea su confianza en los esfuerzos que se le piden, su deseo de disparar balas sigue siendo más fuerte que la razón hasta el momento en que el vacío del cercado de ganado y las quejas de sus hambrientos niños vienen a recordarle que ha de volver a luso de la cordura.

Sea como sea, el problema vuelve a ser común para la gente del Dir y las angustias e acapara de nuevo de las familias. El cañón y la aviación se hacen sesudos pero, para destacar otras causas, la inquietud no es menos colosal. Las tres mil tiendas en fuga encontraron un refugio en el territorio de los Aït Sokhman, pero no se admitieron más que momentáneamente, para esperar allí la liberación.

Ahora que toda esperanza de este orden debe abandonarse, es necesario pensar en otra solución, ir más lejos, huir, huir aún, huir continuamente, ya que la región es pobre, las tierras de labranza muy escasas y el "hakem" de Alemsid amenaza con reanudar los bombardeos si no se vuelve de nuevo a la razón.

¿Pero a dónde se puede ir más adelante? Ya, se tiritaba debido al intenso frío y el pie del Gran Atlas se cubre de nieve. Se vendieron las alfombras y el ganado desapareció, saqueado por los jinetes que están al servicio de los franceses o por las enfermedades. Los fusiles se van igualmente uno tras otro, cedidos a barato precio o intercambiados contra el grano. Y la miseria se hace cada vez más aguda ahora que la gente de Ued El Abid se niega no solamente a prestarles los arados sino que no le permiten cavar la tierra ubicada entre los penachos de lentiscos.

Entonces, como siempre, se da la vuelta hacia los dyemaâs y se les pide de actuar... ¿Pero qué pueden hacer los notables para salvar a sus hermanos? Habían contado con la fraternidad musulmana. Los Aït Sokhman se niegan a cumplir su deber más sagrado hacia las tribus. Los personajes religiosos cuya protección habían esperado y ayuda en estas horas difíciles, acaban de enfrentarse sangrientamente unos contra otros y no piensan más que en entre matarse por miserables cuestiones de de mujeres. Igualmente, y a pesar de su

repugnancia para tal solución, las dyemaâs no pueden aconsejar más que sumisión al cristiano. Será, ciertamente, una gran desdicha para unos guerrilleros que para seguir siendo libres ya han consentido tantos sacrificios, pero nadie tiene el derecho a contradecir a la voluntad de Dios cuando ésta se revela tan evidente.

¿A caso las noticias procedentes de la zona sometida no muestran que, bajo de la autoridad de los franceses, la fracción de los Aït Bu Mesud y la del Hayi Ali son las tribus más felices del todo Dir? ¿Los más pobres sus aduares no han sido socorridos desde la llegada al puesto? ¿Por último, el rumi no respeta los hogares y la religión mejor que los mismísimos musulmanes? Ya no hay, pues, motivo para vacilar y puesto que los beligerantes consideran, igual que los notables, que la resistencia ya no es posible, se desandarâ el camino que lleva hacia la tribu esta misma noche. En cuanto los Aït Sokhman, muy pronto tendrán la ocasión para arrepentirse de haber sido egoístas...

Entonces, desde el final de la noche, una noticia inédita circula, por teléfono, de una extremidad a la otra del frente francés y, en todos los puestos, se aviva una alegría indescriptible. En Uaumana como en Zauia, en Asserdun como en Tissli y por doquier en Muluiya, un mero grito entre los troperos y los mokhazenes están en situación de delirio.

¡Allí están! ¡Allí están! se avisa de todas las torres de celada y cientos de ojos se dirigen con avidez hacia innumerables columnas en marcha, donde, por primera vez desde muy largos meses, no se oye ningún tiroteo.

Salen de todos los taladros, de todos los barrancos y, sobre cada senda, es una hormiguera que, lentamente, se acerca, engrandece, se desparrama, se convierte en una multitud.

Hombres, mujeres y niños avanzan en silencio, la mirada hipnotizada por la fortaleza blanca, aún ayer objeto del odio universal, hoy esperanza de todos.

Se los ve detenerse, de vez en cuando, como si, sintiendo un remordimiento súbito, quisiesen desandar el camino ya hecho; pero después de haber tomado un aliento alentado un poco, reanudan con determinación la marcha detrás de los animales cargados.

Los ancianos parecen extenuados, pero, a sabiendas de que se trata de la última etapa y del final de sus sufrimientos, siguen valerosamente hacia adelante.

Entonces, los jinetes salen cabalgando de todas las fortificaciones y van al encuentro de sus nuevos amigos.

Ellos también se muestran complacidos ante el espectáculo de esta entrada en masa que les recompensa por sus esfuerzos.

La sumisión del adversario va a transformar su existencia y privarlos de provechosas razzias, pero, gracias a los brazos que vuelven de nuevo, el país va a valorizarse y el precio de la vida va a disminuir. Y además, los oficiales franceses que esperan este día desde hace mucho tiempo van a sentirse tan felices ya que el evento se convierte para todo en una verdadera celebración.

¿Felices? todo el mundo lo es seguramente, y el Capitán Alain en particular no disimula sus emociones. Se leen en sus ojos, se infieren de todos sus actos.

Desde la aparición de los insumisos, delante de los puestos de su sector, ha informado a su comandante de círculo, luego ha desencadenado las medidas inmovilizadas desde hace tiempo con motivo de objeto de este grato día.

Bajo sus órdenes y puesto que sabe que la miseria es muy grande en la montaña, el Lugar Teniente del servicio de las Subsistencias emprende la fabricación de varios millares de panes; se requisan la sémola, el azúcar y el té del griego y las mujeres de los goumiers y algunos mokhazénies se movilizan para la preparación de un gran cuscús.

Sabiendo también que el paludismo a ya hace devastaciones entre las familias que vuelven de nuevo, ordena la apertura de la enfermería- ambulancia, con el fin de no diferir más la lucha contra esta plaga.

Pero los socorros materiales que está en condiciones de prodigar gracias sobre todo a las economías hechas mediante el resultado sus de razzias, no constituyen su única preocupación.

Lo que lo preocupa más aún, es la salud moral de los recién sometidos, como sabe perfectamente, están sacudidos y que sólo - el mejor médico de los almas - les puede ayudar para recuperar sus fuerzas. Se dice, en efecto, que los Ichkern y los Ishaq volviendo sus tribus, a pesar suyos, después de haber agotado su ímpetu de resistencia, el odio que han profesado siempre para con el extranjero debe seguir siendo el mismo. Van a protestar de sus buenos sentimientos hacia los Franceses, van a depositar las armas que les quedan o prometer no volver a usarlos contra su vencedor, pero seguirán considerando como enemigos a los que, necesariamente van a tener que regular todos los detalles de su vida. En sus relaciones, con los oficiales y los soldados, van a

mostrarse sometidos y respetuosos, pero cuando vuelvan a sus casas, en los aduares, es seguro que hablarán con menosprecio del conquistador o "rumi". Ahora bien, nada sería más desastroso que dejar durar tal estado de alma; el trabajo de organización y de integración que es obligatorio ser emprender, las medidas más útiles pudiendo ser desvirtuadas o mal interpretadas bajo los techos de las tiendas. Es pues tan urgente tranquilizar los recién sumisos y ganar su corazón en vez de distribuirles pan o remedios. Es sobre todo necesario mostrarles, inmediatamente, que lejos de exponerse a represalias o a incordios una vez que se integran a las líneas francesas, vana ser acogido sen ellas como guerreros dignos de la más grande de las estimas y del más magno de todos los honores.

El Capitán Alain no vacila, igualmente, en juntarse con sus mokhzenies al pie de la montaña Bu Gurir y capitanearlos para recibir "sus administrados" o, como lo subraya el cauce Lehcen, los nuevos "imsubrenes"

Los primeros hombres con quienes se encuentra son precisamente notables de Aït Ishaq y de Aït Ben Haddu cuyo informador Taibi, que sirve por la última vez de guía para los disidentes, le hace recordar las últimas hazañas.

Hace algunas semanas y en una noche horrible este último robó dos fusiles del puesto de la Zauia. Para traspasar fácilmente la red de hilos de hierro alambrado, lo cubrió mediante una trenza de palmera enana, luego, hecho esto, cavó un agujero en la pared de la muralla, se deslizó a través de él como un lagarto y así llegó hasta una tienda -morabito que contenía armas. Su exitoso golpe, fue proseguido por un tiroteo de los centinelas, pero no ha sido alcanzado...

Este otro participó en la emboscada contra el Aqisari y en la captura del mokhazni Raho. Combatió tenazmente aquel día y también en los enfrentamientos que siguieron después...

Este tercero estaba entre los agresores del aduar de Hammu U Melluk. Los supervivientes muchas veces pronunciaron su nombre de manera formal. Sospechan incluso que había causado el atentado ampliando y desvirtuando la información que poseía acerca de las relaciones del notable con el Capitán...

Este cuarto... pero todos; sin excepción, cometieron fechorías, mataron a mokhazzenies, pronunciaron discursos exaltados contra los Franceses. He aquí uno que corresponde exactamente a las descripciones dadas por los informadores sobre los asesinos de Ali U Hussa.

Basta mirarlos directamente en los ojos para darse cuenta de sus perturbaciones cual si no tuvieran la conciencia tranquila. Además vacilan y se desvían de la senda, los capuchones cubren a mitad sus caras, las mujeres se detienen bajo pretexto de rehacer los cargamentos, los niños retroceden a la vista del oficial de cuya maldad les hablaron a menudo y se cobijan detrás de sus madres. Resumidamente, todo el mundo tiene miedo, se esperan reproches, o incluso unos golpes de pie...

Entonces, el Cristiano tanto temido avanza con determinación hacia los venidos, y "con la sonrisa a los labios y la mano tendida", como si nunca hubiera hostilidad, se coloca en medio de los hombres y, fijándose en ellos se inquieta por su salud y la de los niños.

XX - - El Terrible Rumi...

Para toda persona no iniciada, una sumisión corresponde a un evento trascendental que se caracteriza, sobre todo, por una ceremonia solemne e imponente, a lo largo de la cual el vencido, superado y mortificado, deposita al pie de su adversario triunfante, sus armas y sus municiones. Sin el menor esfuerzo, se imagina a oficiales orgullosamente acampados a lomo de sus caballos ardientes, largas filas de soldados y auxiliares, con el sable en posición de saludo y, ante legiones, un desfile de beréberes cuyos ojos son sombríos, entregando, uno por uno, sus adminículos de guerra. Naturalmente, un toro de sacrificio (targuiba), completa siempre el decorado y produce estertores en un charco de sangre en presenciad e todos los asistentes, mostrando por su muerte que la paz vuelve a reinar entre los seres humanos. No obstante, la realidad es casi siempre diferente, en la mayoría de los casos, nada hace recordar. Ni de lejos. Esta tradición. Primero, un apuesta en escena tan dramática no es aplicable más que cuando se tratad e recibir la capitulación de un agrupamiento o de un jefe de guerra importante cuyo prestigio exige que le sea impuesta una sumisión pública, destinada a marcar, en los ojos de los insumisos aún vacilantes, la eficacia de las armas francesas.

Y en las montañas de EL Atlas, se somete generalmente por pequeños paquetes y sólo ocasionalmente se ha de acoger a los jefes de envergadura puesto que, en cada tribu o fracción de tribu, la autoridad está en manos de una asamblea. Por otra parte, la sensibilidad de los Francés es tal que, salvo en casos necesidad política absoluta, repugna a infligir a al adversario que sucumbe las armas en la mano, un ceremonial tan doloroso en el cual se manifiesta, evidentemente, cierta humillación. Conociendo al Capitán Alain, se puede creer sin dificultad, que esta mañana no hay en Turguidal, ningún despliegue de tropas y ninguna bestia ha sido distraída de las magras manadas traídas por los nuevos sometidos.

Sin embargo, en Aït Ishaq , y contra la red del hilo férreo de púas que rodea la fortificación septentrional, los notables acaban de reunirse y sentarse en

torno a EL Hayi Ali, sometido desde hace seis meses en las condiciones ya citadas, y del chauch Lehcen. Éste ya les mostró un cañón, una metralleta y, finalmente, el inmenso abastecimiento del puesto. Incluso tardó mucho ante el depósito de municiones donde montones de obús y cientos de cajas de cartuchos se encuentran acumulados. Y ahora, como hace falta esperar la hora de presentar a los montañeses al Capitán Alain y al Comandante del Círculo, *auxiliado* desde ayer por la noche con fondos de ayuda, empieza a procurar a los nuevos sometidos, en el tono divertido que le es propio, "las consignas del perfecto sumiso".

Los ex disidentes escuchan las palabras del auxiliar, pero, obviamente, su pensamiento está en otra parte. Allí están, una quincena de personas de todas las edades: Cada uno de ellos es representantes de una agrupación importante. Su actitud es digna y no deja vislumbrar ninguna inquietud. Se adivina que estaban esperando, ansiosamente, conocer las condiciones de su sumisión para acabar ya una vez para siempre, y se adivina también que van decididos de aceptarlo todo puesto que la hora inevitable ya ha sonado. Por otra parte, parecen un tanto serenos ante los propósitos de los mokhazeny y goumiers con quienes comparten las comidas desde su vuelta y saben, de antemano, que no les será impuesta ninguna cláusula humillante.

Y si esperan ser tratados con severidad tal como lo rigen las leyes de la guerra, la vergüenza que experimentaban ayer, cuando descendían las cuestras de Sidi Said, ya ha desaparecido completamente. Pero estaban ansiosos a oír el discurso del propio Capitán, que dejó de ser, para ellos, "este perro del cristiano" o el "rumi maldito" para ser simplemente el "hakem", es decir el jefe. Detalle divertido: algunos notables llaman al oficial el Capitán "Ali" bajo pretexto de que les cuesta mucho pronunciar el nombre Alain. Pero el chauch, despiadado, insinúa que esta pueril berberización del nombre del cristiano, al cual va a ser necesario obedecer, es calculada: debe dar la ilusión que están sometidos a un compatriota y reducir, así, la amargura de las horas.

Sea como sea, el momento previsto para la reunión ya ha llegado por fin, y con el llamamiento de un plantón, todo el mundo se dirige lentamente hacia el salón del jefe de oficina donde se hallan los oficiales. Luego, cada uno, habiéndose colocado a su conveniencia sobre los amplios sofás ya conocidos, el Comandante del Círculo toma la palabra y después de haber deseado la bienvenida a los delegados, les pide informarle si tiene designado un jefe susceptible de hablar en su nombre.

- No tenemos jefe. Somos la dyemaâ. Cada uno de nosotros representa los suyos y es el único apto para hablar y asumir compromisos en su nombre. No obstante ahora tú eres el jefe...

- Bien. El capitán va a comunicaros las condiciones de la sumisión y seréis libres de aceptarlas o de rechazarlas. Por supuesto, los que no las encontrarán a su conveniencia, serán expedidos con sus familias hasta el límite de los puestos del frente y volverán a su disidencia.

- Somos unos vencidos bajo tu mando y nos sometemos a todo las imposiciones que te agraden.

Entonces, el capitán Alain a su vez toma la palabra y, en un silencio devoto, les dicta a los Beréberes lo que conformará sus obligaciones:

- Os someteréis a la autoridad de Francia y la del Sultán de vuestro país en nombre de quien se ha decidido restablecer la paz. Obedeceréis a las órdenes de los oficiales y nuestras tropas podrán transitar por todas partes en sus montañas. Se respetará a sus familias, así como su religión. Sus casas y sus tiendas serán inviolables, salvo en el caso en que unas pesquisa caseras fueran necesarias como consecuencia de un atentado cualquiera. Vais a recuperar vuestros ksures y vuestros campos, pero cada agrupación será responsable de la seguridad en su zona de hábitat o trashumancia cuyos límites nos vais a indicar. Se castigará con pena de muerte cualquier asesinato cometido en contra de un soldado francés o de un auxiliar. Este será igualmente la sanción en casos de complicidad con los insumisos y los disidentes que, de aquí en adelante, os es prohibido recibir en vuestras casas sin autorización. Respetaréis los bienes ajenos, dejaréis de enfrentaros sangrientamente, incluso en casos de venganza de sangre. Nunca deberéis aplicar la justicia con vuestras manos. Vuestras armas las guardaréis para defender a vuestras familias contra los insumisos, pero una lista de estas armas será efectuada cuidadosamente por nosotros desde ahora y la dyemaâ será responsable de su conservación y su presentación a todo requerimiento de la autoridad. Con el fin de evitar toda confusión con los truhanes insumisos, a todo poseedor de arma se le otorgará una autorización especial que deberá presentarse a la petición de todo jefe de cuadrilla o patrulla encontradas, so pena de confiscación definitiva del fusil o de la carabina y de sanción muy grave. Gracias a estas condiciones, se os admitirá en todos nuestros mercados y podréis circular con libertad total en todo el territorio de la tribu. Sus hermanos actualmente en la necesidad, podrán

inmediatamente procurarse un pequeño capital aportando al puesto pollos, huevos, madera, cal y escayola que les costarán poco trabajo y que se les pagarán, durante la sesión, por precios razonables que fijaré yo mismo. En caso de litigio, se acudirá a mí sin demora, sea en esta oficina abierta de día y noche, sea durante mis giras en vuestros aduares.

- Te agradecemos, todo esto nos parece sensato y no puede más que beneficiarnos.

- Por fin, vuestras instituciones y costumbres serán respetadas en todas las medidas compatibles con el orden público que vamos a restablecer...

- Nos sentimos muy gratos...

- No obstante, los notables que designaréis para formar parte de las dyemaâs deberán ser autorizados por nosotros para que nos sea posible descartar, cuando proceda, a los hombres de desorden. Además, como no podría ser cuestión de molestar a las dyemaâs continuamente para las necesidades del servicio diario, sólo vendrán a la oficina una vez por semana, el día de la celebración del zoco, que vamos a restablecerse inmediatamente; pero cada una de vuestras grandes fracciones (khoms) designará a un amghar común a todos sus aduares y que será nuestro representante en las mismas y servirá, igualmente, de intermediario entre la asamblea y la oficina. He aquí nuestras condiciones. Los que no caen a su grado que lo digan con franqueza...

A decir verdad, el Capitán Alain que sabe que su discurso no contiene ninguna exigencia excesiva, no espera contestaciones. Al contrario, contaba firmemente con una aceptación inmediata y llena de entusiasmo. Pero, ante su gran sorpresa y la del comandante del círculo, un momento largo como un siglo, transcurre lentamente sin que se oiga una palabra de parte de los notables. Como si las últimas palabras escuchadas les pareciesen extrañas, los beréberes se cuchichean cosas que no se oyen y vacilan en contestar. Pese al misterio que caracteriza sus confidencias, hay que intentar entender la causa de su perplejidad. Por ello, habrá que buscar en su pasado de insumisos unas indicaciones susceptibles de aclarar las cosas.

Primero, estos hombres, que desde siempre aplicaron la ley del talión o desquite, creían que se les iba a imponer unas condiciones muy duras, y, de antemano, se habían preparado para lo peor. Pues, gracias a las exageraciones de los morabitos acuciosos de conservar a su clientela muy cerca en disidencia, lo peor era la confiscación de las mejores parcelas de tierra, el desarmamiento general de los guerrilleros, los trabajos forzados en nuestras rutas y en nuestra

sobras, asistir a extracción de las jóvenes de los aduares para la organización de la prostitución a favor de los soldados. Por su parte, los notables de la tribu estaban convencidos, debido a los mismos morabitos, de que el "el cristiano", descontento del rol desempeñado por las dyemaâs durante la resistencia, tenían planeado someter a las agrupaciones tribales contando con la nominación des caides extranjeros. En cuanto a los errabundos que, durante tres años, han cometido asesinatos y estupro, estaban tan seguros del triste destino que les esperabas e se juntan a los franceses, por eso sólo los menos recelados optaron por volver a sus fracciones. Los demás se quedaron en las montaña sen esperad el comportamiento de los franceses para con sus camaradas. Ahora bien, ninguna de estas ideas vino para rozar el pensamiento del Capitán y como los notables no pueden concebir que un perdón total pueda concederse a un agente que combatió hasta el agotamiento de sus fuerzas, se preguntan angustiosamente si sus vencedores estaban al tanto de todo y si el día del mañana no les tiene preparadas algunas sorpresas desagradables. Amen de todo ello – los delegados lo saben perfectamente – los zayaníes sojuzgados antes de las tribus del Dir debieron pagar una gran multa de guerra y el Capitán Alain – y esto lo sabe igualmente todo el mundo en la montaña – ponía al día la lista rigurosamente exacta de los crímenes, robos de armas y raptos de animales cometidos por los disidentes en zonas pacificadas y ello para un eventual ajuste de cuentas en el futuro...

En segundo lugar, la nominación de un representante del Capitán en cada fracción es una medida de nueva índole a la que los notables no llegan a entender perfectamente. Si se trata de designar un simple intermediario, sin poder y sin autoridad hacia el agrupamiento, piensan que no es necesaria la actuación de un notable a estas alturas y que un simple reqqas, elegido por turno por todos los aduares, es susceptible de transmitir las órdenes o las informaciones, la yema a, siguiendo su ejercicio de autoridad como antes. Si, al contrario, se trata de un jefe o ,en otras palabras, de un caed que hace falta nombrar, la cuestión es de suma importancia y e incluso de una gravedad colosal y no puede solucionarse sin la reunión de los jefes de tiendas, sin discusiones y sin sorteo, el cargo que ya costó la vida a Hammu U Melluk ávido de ser jefe y que llevó al Hayi Ali traicionar sus hermanos y volver a la tribu conquistada seis meses antes de los demás, es solicitado por todos los personajes notorios y ya ha sido, esta noche, objeto de conversaciones animadas en todas las tiendas. Conviene, entonces, pedir al hakem las precisiones necesarias...

Por fin, la cuestión material, que es, no obstante, la más importante, ha sido omitida por el Capitán. Sometiéndose, la tribu había esperado que su miserable situación fuera mejorada rápidamente gracias a los franceses y efectivamente, ya ha beneficiado de las largas distribuciones de víveres e incluso de vestimentas. Pero sea como sea la buena voluntad de los vencedores, no puede ser ilimitada. Sobre todo si se toma en consideración *que las tiendas*, completamente arruinadas en tiempos de disidencia, no necesitan más que harina y azúcar. Les hace falta enganches para las labores, leche para los niños y ancianos, lana y pelo de cabra para la confección de los iflidyen de las tiendas y albornoces, yo tras tantas cosas que generalmente no pueden procurarse en una oficina, al menos en cantidad suficiente. Ahora bien, se ha pensado ya en todo esto y la dyemaâs se había puesto unánimemente de acuerdo que la situación no tiene más que un solo remedio realmente eficaz: la guerra a los disidentes de Aït Sokhman y sus huéspedes del Dir. En el Ued El Abid e incluso en las fronteras del territorio de Aït Ishaq, las manadas son innumerables, los sitios de campamentos perfectamente conocidos y la más pequeña harca, debidamente elaborada y abastecida en municiones, sería capaz de repoblar con sus animales todos los ksures de la comarca, permitiendo así, a los agrupamientos reanudar de nuevo su actividad de trashumancia. Y trashumar, es toda la vida... No obstante, a pesar de sus declaraciones de Tamedyut –durante la entrega del prisionero Raho – el Capitán Alain no aludió, de ninguna forma, a esta guerra de la cual sus nuevos amigos codician tantos lucros y de la que, él mismo, habría obtenido excelentes resultados políticos si lo hubiera querido.

Se ve que las vacilaciones de los beréberes son ampliamente justificadas. ¿Pero cómo explicarlas a los oficiales sin darles la impresión de que se retrocede ante una decisión firme, sin tomar el riesgo de tenerlo enfadado? El Capitán domina bien la lengua bereber pero, al fin y al cabo, es un extranjero que no tiene la mentalidad de los Imazighen y a quien conviene que hable de un modo especial cuando se trata de dialogar. Como los jefes franceses parecen impacientes, de un solo golpe todos los notables se dirigen hacia el chauch Lehen, lo rodean y a voz baja, muy baja, cara a cara, le confían las razones de sus inquietudes, no sin suplicarle de no repetir a Capitán que los propósitos que él considerará razonables, " él que sabe muy bien "... Desde luego, no dejan de aprovechar la ocasión para apelar a su sensibilidad y prometerle una parte de, digna de su valentía, de los lucros eventuales.

– Piensa pues, querido Lahcen, en los miles de borregos que se agrupan cada tarde a penas a corta distancia del puesto de Tissli. ¿No es una vergüenza para todos nosotros tolerar un semejante agravio de parte de los insumisos? Procura, entonces, que el Capitán nos autorice a actuar e intenta hacerte nuestro dirigente. Estamos convencidos de que podemos entendernos, en seguida, sin recurrir a la generosidad de la "la oficina". Naturalmente, incluso sino te vienes con nosotros, nos comprometemos a beneficiarte al término de cada expedición exitosa...

– He aquí un razonamiento que me es familiar, y me encanta oírlo declararlo. Voy a comunicar al Capitán todo lo que acabáis de decirme. Pero, ¡vamos a ver! (El chauch baja más el tono de su voz) ¿no me habéis difamado de ser un traidor, hace algunos meses, porque estabais combatiendo? ¿Y no creéis que los Musulmanes de Tifert habrían tenido razón por haberos maldecido, a su vez, si los "hubieseis comido"?

– ¡Huchch Lahcen! ¡Cómo escoges mal los momentos para bromear! ¿En qué vas a pensar ahora? ¿Y cuento es ese del traidor y de los musulmanes de Tifert? No hay más verdad que la de olla llena –tú mismo lo dijiste– y no podemos seguir indefinidamente a agotar la tuya...

– ¡Oh! No niego nunca mis discursos y este lo rechazaría menos que los demás. Pero, me es infinitamente agradable darme cuenta de que, a fin de cuentas, estamos de acuerdo a este respecto....

Dicho esto, el chauch se libera penosamente del círculo de los que lo rodean y transmite al Comandante y al Capitán los deseos de los nuevos sumisos. Entonces, afianzados, los oficiales tranquilizan a los inquietos:

–En que a las condiciones de los sumisos se refiere, todos las habéis oído y no habrá motivo para imponer otras. Para nosotros el pasado ya no cuenta y los golpes que nos hemos dado mutuamente ya forman parte del olvido. De aquí en adelante, no os juzgaremos más que por vuestros actos de sumisos y esperamos que no merezcáis más que cumplidos. En cuanto al amghar que está por designarse en cada fracción, y como debe ser el caso de un representante del Makhzen, dispondrá de toda una autoridad para la seguridad del territorio. Pero no tendréis que designarlo más que dentro de ocho días, lo que os permitirá de deliberar plácidamente vuestra decisión. Hoy, no se trata más que de aceptar los principios de su institución.

- ¡Gracias! ¡Gracias?
- Por último el asunto de las manadas de Ait Sokhman esta resuelta de antemano. No sólo podréis arremeterlos como os antoje...
- ¡Que Dios te bendiga!
- ... Pero nuestra caballería os ayudará y os procuraremos armas y cartuchos tal como os hemos prometido.
- Eres un hombre magnifico...
- No obstante, ninguna expedición tendrá lugar sin que haya sido autorizada por el puesto...
- ¡Sí! ¡Sí!
- Sólo los voluntarios participarán en estas expediciones...
- De acuerdo. Nos procuras una alegría incomparable y puedes contar con nuestro acatamiento y nuestra lealtad.
- Entonces, vamos a proceder al equipamiento de armas y distribuiros algunos sacos de sémola. Luego, desde esta noche, podréis volver a vuestros ksures. Éstos necesitan reparaciones pero podéis rápidamente enmendarlos. De nuestra parte, nos ocuparemos de facilitaros granos de sememillas y todo irá bien si Dios quiere.

Dichas estas palabras, los beréberes se precipitan hacia las manos de los oficiales, que aprietan con efusión, luego hacen mil demostraciones de amistad al chauch Lehcen cuyo prestigio se agranda considerablemente gracias a su habilidad a hacerse entender ante sus jefes. Por fin, deciden juntarse con sus familias cuya impaciencia se puede adivinar.

Sólo El Hayi Ali es triste porque esperaba que le nombrasen caíd de toda la tribu. Pese a la oposición de los recién llegados. Y, ahora, ni siquiera está seguro de que vaya a conservar el cargo de amghar de su fracción que acaba de consolidarse. Pero no experimenta ningún sentimiento de resentimiento. Ya había cosechado segado innumerables campos de trigo abandonados por los fugitivos del mes de mayo, ha comprado admirables parcelas de tierra y, en cinco meses, su riqueza aumentó considerablemente gracias a las razzias ejecutadas en contra de sus propios hermanos y a su hábil administración. Y se dice en sí mismo que, hachas todas las cuentas, no ha de tomarse por un desgraciado...

En cuanto al chauch que consiguió afiliarse a Taibi en su makhzen, su único desvelo es ser cauteloso con los nuevos sumisos y ser discreto a cerca de sus proyectos belicosos. Porque "en boca cerrada no entran moscas" y las ocasiones de razzias escasean demasiado y no hay que dejarlas pasar contando con fanfarrones.

Durante la noche, los Aït Isaac se extienden a lo largo de la zona, en busca de sus casas o de sus anteriores lugares de campamento, y sus caravanas se mueven en todas las direcciones y abarcan todo el llano que está a los alrededores del puesto.

No obstante, mientras que el Comandante de círculo y el Capitán Alain, acodados a un bastión de la fortaleza, se regocijan esta vuelta de la vida y de la paz en esta región que sufrió tantos dramas, los mokhazénies y los goumiers, indiferentes a la política, vienen a honrarlos mediante un hidus. Y, lentamente, una copla se alza hacia el cielo recitando toda la perfidia de los inchaden para con sus adversarios de ayer, rescatados de la disidencia y vueltos con un estado de extremo desfallecimiento:

Aua ma deguen iyrán a uinna di inchaden

Aua ur deguen iqqin khas allen dhi meyan.

(¡Oh! ¿Qué os ocurrió a vosotros que volvéis?

No quedan en vosotros más que los ojos y las orejas).

XXI—Observaciones sobre los Beréberes de ayer y los de hoy Los Intelectuales

Clausurando este libro, un escrúpulo se apodera de nosotros y nos obliga a dar algunas explicaciones en torno al tema de la mentalidad beréber. Pues, sin esta precaución se corre el riesgo de no entender perfectamente ciertos aspectos mencionados más arriba, nos referimos a ciertos gestos y actitudes que puedan quedarse sin explicación para los lectores no familiarizados con la gente y las cosas de este país. En Francia, particularmente, donde personas de buena fe siguen asombrándose ante la idea de que soldados argelinos, tunecinos y marroquíes participan afanosamente en las conquistas francesas en contra de gente de su propia raza. Es imposible dejar de experimentar un sentimiento de sorpresa ante la imagen de los recién sometidos de Aït Isaac que piden, cual si se tratase de un insigne favor, la autorización para ir a atacar a sus compañeros de lucha de los que se separaron hace apenas 36 horas. Habrá, pues, que recordar que estamos en condiciones diferentes y entre seres humanos completamente distintos de nosotros y, si se quisiese examinar de muy cerca esta realidad beréber, se debería, como afirma Pierre Mille, tildar de nuestra memoria todo aquello que implica nociones preconcebidas, los términos de democracia, de patriotismo y de solidaridad nacional.

En cuanto al resto, es la historia misma de los beréberes que es susceptible de iniciarles a las causas lejanas y profundas de las cosas que pueden desviarnos.

He aquí, en efecto, un pueblo que nunca fue realmente dueño de su país. Residiendo en la comarca más fértiles del mundo, a las puertas mismas de la potente Europa, expuesto, así, a todas las codicias y a todas las invasiones, su pasado no es más que una larga sucesión de guerras sostenidas por la salvaguardia de su independencia. Pero, tal como tuvimos la necesidad de verlo al principio de este libro, su carácter y su organización son tales que desde los albores de su historia, nunca consiguió ni pensó, seriamente, en unirse para hacer frente a sus invasores y a constituir una resistencia eficaz. De hecho, las tribus tenían poca conciencia de su comunidad originaria y se

ocupaban de ella mediocrementemente, conformaban, a menudo, enemigos unos para los otros. Cuando su libertad o sus intereses personales se hallaban amenazados, decidían tomar las armas y defenderse momentáneamente unidos contando con efímeras alianzas o se juntaban aisladamente o en pequeños grupos. Y una vez derrotados y sojuzgados, estas tribus se sometían a la ley de su invasor y se ponían a su servicio o iban a refugiarse constituyendo islotes en montañas inhospitalarias donde los Franceses serían los primeros en perseguirlos.

Ahora bien. Si la defensa de las tierras fructíferas y de los pastos opulentos del llano no consiguiera a agrupar todas las energías con vistas a desplegar un esfuerzo común, a crear en el pueblo una conciencia colectiva, un verdadero espíritu nacional, la existencia en zonas rudas e ingratas, con un clima riguroso, con recursos casi revocados, no podría más que desarrollar, al sumo grado, el egoísmo y el individualismo de las tribus y de sus miembros. Sólo después de haber luchado por la libertad y por el honor, los agrupamientos se fijaron en un problema muy concreto y urgente que había que zanjar: el de la subsistencia de las familias y de las manadas, es decir de la "duración" lejos del enemigo y de su yugo. Se entregaba, entonces, a desmontes y talas intensivos, pero las amplitudes así conquistadas sobre el bosque y los escombros y rocalla no podían cubrir todas las necesidades. Se intentaba organizarse, aliarse entre refugiados de un mismo macizo independiente para la defensa y la explotación de los recursos comunes, mas en las agrupaciones, así, formadas azarosamente, se vivía bajo un régimen de protección mutua más que la solidaridad moral efectiva. No solamente les faltaba el cemento de una afección natural y la fuerza de un pasado y de un patrimonio histórico comunes, pero sus miembros se habían enfrentado tan a menudo, antes de reunirse por la adversidad, de forma que sus pactos no podían durar ninguna prueba: Con el menor de los conflictos de interés o con la primera herida del amor propio, los recuerdos amargos aparecen y acarrear directamente el intercambio de golpes, bajo la mirada del invasor que, desde luego saca provecho de esta discordia.

¿Cómo extrañarse, pues, de la indiferencia con que actúan los Beréberes frente a sus hermanos o de la fría crueldad por la cual optan para destruirse recíprocamente? Se trata de toda una herencia de veinte siglos de ignorancia, de escisión de vanas convulsiones, de dominación extranjera insensible frente a su evolución y a su destino. Pese a la lengua y la religión que comparten, y

pese a los ejemplos que han conocido y las guerras que han sostenido, están pagando su individualismo encarnizado y su carencia absoluta de un ideal que hace que fallen en tomen conciencia e su unidad. La incoherencia de su pasado, la desemejanza y la complejidad geográfica de los macizos que los recibieron después de cada tormenta, la forma oligárquica de su constitución y la ínfima multiplicidad de sus gobiernos pesan, excesivamente, sobre sus hombros de tal forma que parecen haberse forjado una moral particular, hecha enteramente de egoísmo y de pasiones contradictorias, donde ninguna palabra del lenguaje patriótico europeo no llega a conservar su verdadera acepción. Para decirlo todo, non os encontramos en presencia de un autentico pueblo o de una nación que dispone de una personalidad propia, pero de una multitud de agrupaciones, extranjeros unos para los otros se incapaces de desplegar el menor esfuerzo para defender sus intereses materiales inmediatos o para saciar su sed de libertad y de independencia.

No obstante, de este cuadro sombrío que acabamos de pintar, no se ha de inferir que estamos en presencia de una raza incapaz de progresar ni tampoco que está condenada a un estado de minoridad perpetua. Al contrario, todo indica que, razonablemente guiados por unos educadores inteligentes y decididos, serán en todos los dominios unos educandos dignos de sus instructores. Pues, ante el más grave de los defectos, a que hemos pasado revista, pueden oponer innumerables cualidades: el amor de la patria chica, el ardor en el trabajo, el espíritu de economía, la inteligencia, la bravura, el orgullo, todas estas virtudes gracias a las cuales pudieron imponer su estima a pesar de las derrotas acumuladas.

A demás, todas las experiencias vividas lo atestiguan enérgicamente: cada vez que se hallaron en contacto con una civilización, dieron, sensacionalmente, prueba de que eran capaces de evolucionar. Y, si estas experiencias terminaron finalmente con un fracaso, eso es debido únicamente a que se han preocupados por conquistar puertos y llanos donde podían instalar sus nacionales, inquietándose, luego, sólo por las elites cuyo concurso era necesario para la seguridad de sus establecimientos, ninguno de los invasores de sus territorios, salvo los árabes que les impusieron su religión, había juzgado útil ir con la conquista hasta su extremo. Ahora bien, en nuestros países africanos, toda conquista es efímera y, por tanto, deja inviolados a los hogares de hospitalidad donde puede nutrirse el odio del dominador y de todas las cosas nuevas que trae consigo. Toda empresa de colonización es vana,

pretende engrandecerse con el contacto con una anarquía no avasallada o que se halla en plena indiferencia o menosprecio sentido para con la masa de los autóctonos. Tarde o temprano, un maremoto surge para arrebatarlo todo en su camino, no deja ninguna manifestación del esplendor que caracteriza el país y ano quedan más que ruinas.

De todos modos, para volver a las esperanzas que fundimos contando con los Beréberes, un araza que, pese al egoísmo de las civilizaciones antiguas, pudo producir a emperadores y unos sultanes ilustres, pensadores de gran renombre e incluso a unos santos, no puede abocarse a la muerte o a ir vegetando en eterno estado de barbarie o de semi-domesticación. Y el espectáculo que tenemos ante los ojos, en el este de África del Norte muestra perfectamente lo que una política humanitaria, que no está más que en sus principios, puede obtener de ella.

Instruidos por la esterilidad de su pasado, los Beréberes se entregaron afanosamente al trabajo en todas las actividades humanas, con el firme deseo salir por fin, y para siempre, del camino trillado donde los siglos los hundieron. El viejo espíritu de Independencia que atormentaba tanto a los cerebros de sus antecesores ya está muerto, dio lugar aun patriotismo más consciente y más realista que lleva a los individuos no sólo a acomodarse a la cercanía de del Extranjero, como en el pasado, pero discerniendo y deseando su presencia. Y a no se piensa en criticar sistemáticamente los actos del dominador, se procura entenderlo se imitarlos, al menos en las cosas buenas. Se deja de contentarse solamente con instruirse, se ansía, igualmente, a producir para cesar de vivir como parásitos, a carga de la sociedad. Los diplomas universitarios, que eran, antes, suficientes para sus poseedores, preocupados por destacare n medio de l amasa iletrada o cercad e los dispensadores de las prebendas, y a no tienen valor para ellos ano ser que les permitan participare n de una forma útil en la vida pública. Y ano se anhela ser sabios "manera caducada", es decir unos pensadores huecos, unos incapacitados, unos "remolcadores" aptos a mantener algunos empleos subalterno sen las administraciones. Se anhelan actividades como las de médicos, veterinarios, jueces, abogados, ingenieros agrónomos, politécnicos, administradores. Y los más evolucionados se han percatado de causas del descuido de sus antepasados, por ello su sola preocupación es soslayar toda aventura idéntica escolarizando no, exclusivamente, a los hijos de sus familias, sino a todos los niños del pueblo y con ellos a las mujeres que han sido

marginadas por las generaciones anteriores. En resumidas cuentas, la necesidad de unirse, progresar, hacer las cosas seriamente, dejar de ser simples comparsas inútiles y dañinos o meros pueblos cuya experiencia obsesiona tiránicamente a las jóvenes generaciones beréberes igual que a las jóvenes generaciones de los árabes del Norte de África.

Sólo Francia, pues, tiene interés en hacer que esta aptitud y esta tendencia a evolucionar tengan sus frutos y que los valores indígenas, que se manifiestan cada vez más en gran cantidad, se conviertan en un factor importante de la potencia francesa y de los países que tomó bajos u protección.

¿Acaso nos hemos percatado, en Francia, de las posibilidades que se nos ofrecen a estas alturas? Contestamos rotundamente que sí y nuestra opinión se fundamenta en serias razones. Desgraciadamente, en materia de liberalismo colonial y de progreso, es escaso que ante la prudencia muy comprensible adoptada por la nación colonizadora esté contrapuesta por un apresuramiento no comprensible de los colonizados. Y, como son, naturalmente, los indígenas instruidos los que se muestran más apresurados, no es ninguna exageración afirmar que estos últimos forman actualmente la clase social la más desgraciada de África del Norte. Lo menos que pueda decirse es que están aislados moralmente entre sus "viejos" con quienes ya no tienen nada que ver y los Europeos a quienes se complacen en imitar en ciertos entornos aunque, hagan lo que hagan, nunca llegan a asimilarse a ellos. Además, este aislamiento, extendiéndose a los naturalizados, lo que implica un verdadero no sentido, va a prolongarse hasta la muerte, incluso para los pobres niños...

Nuestro propósito es otro que entrometernos en política e incluso si tuviéramos que tratar a fondo, con la competencia requerida, los problemas actuales, se entendería que vacilamos en hacerlo a la ocasión de estas modestas observaciones. Sin embargo, esta cuestión de intelectuales y de naturalizados tiene gran repercusión en nuestras relaciones diarias y en nuestro porvenir común. De ahí que no puedan pasar desapercibidas aquí. Nos permitimos, entonces, de que nuestra existencia ha sido dedicada a la causa de la fraternidad franco indígena para desear que todo sea llevado a cabo para poner fin a los malentendidos y a las incomprensiones que subsisten todavía en este marco. Pues, no servirá para nada anunciar unas ideas generosas ni tampoco colmar a los indígenas de favores de toda índole, mientras que los europeos y los Indígenas iletrados o fanáticos, que viven diariamente en contacto con los indígenas instruidos, no dejen de ver en estos últimos un

Gandhi en hierba, un futuro comunista o un renegado y enemigo de Alá. Es decir que hace falta, primero y antes que nada, despejar el "clima" Norteafricano de los prejuicios que le encubren, puesto que es, sobre todo, de esta precaución que depende la feliz solución de todos los problemas políticos que se nos plantean. Para llevar a cabo esta tarea ¿Será necesario que contemos, sobre todo, con la comprensión patriótica de los Franceses cuya amistad sincera deseamos?

Es de saber, a estas alturas, que el hombre que habrá causado más perjuicios a la causa francesa en este país es incontestablemente Charveriat que, afirmando hace cuarenta años que "la hostilidad" de un indígena se mide con su grado "de instrucción francesa", situó para siempre las relaciones entre franceses e Indígenas bajo el signo de la sospecha recíproca. Sin duda este monstruoso aforismo, emitido algunos años después de la organización de la enseñanza indígena, en una época en la cual las heridas de la gran kabila aún no se habían curado, nunca halló crédito más que de parte de los agitadores de todas las razas, igualmente preocupados por situar bajo tales auspicios su sentimiento de odio y de discordia. Pero las molestias coloniales nunca tuvieron otra causa que las agitaciones de algunos puños grupos de pescadores en aguas turbias y pese a lo que pueda pensar la inmensa mayoría de la población testigo de la terrible sentencia que acabamos de mencionar sigue destruyendo demasiadas amistades y simpatías franco indígenas como para no destacarse en este marco.

Nos permitimos, entonces, desear que la detestable atmósfera creada por este juicio precipitado e injusto deje de afectar a nuestra política norteafricana. "Las palabras crean mentalidades" escribió Camillo Marabini en su libro "El problema Francia - Italia" y esta verdad es valedera para todas las relaciones entre los pueblos. La primera condición de una colaboración fecunda es la confianza, pero una confianza total, recíproca y duradera. Y este sentimiento nos es tanto más necesario que el mundo ha perdido un poco de su equilibrio y ya que el porvenir debe seguir sonriendo sólo a los fuertes, nos es menester permanecer unidos.

Clausuramos este libro evocando este deseo que no se inspira más que en nuestro afecto para el pueblo vigoroso y orgulloso de donde procedemos y en nuestros sentimientos más profundos y definitivamente franceses. No pretendemos ninguna crítica: sabemos que un siglo de contacto, durante el cual algunos nos han combatido, nos han observado como nosotros los hemos

observado, no puede darnos más de lo que pudimos sacar. No obstante sin inmiscuirnos en un dominio que no es el nuestro, sin embriagarnos con ninguna quimera, sin faltar el respeto a nuestras viejas generaciones, decimos que ya es hora de que dejemos que la juventud indígena tome el relevo y colocarse en el lugar que le corresponde dentro de la sociedad francesa. Esto ha de hacerse con miras a su sana y sincera evolución, y también con vistas a una unión cada vez más completa y, también, con vistas a la grandeza de la patria común.

LÉXICO

Abreviaturas: P.a. : Palabra árabe o de origen árabe.

P.b. : Palabra bereber.

Aïcha, P.a.: Nombre de la última oración del día (religión musulmana). Esta oración se efectúa en la Mezquita o en casa, hacia 21 horas.

Aguejdur, Escena por la cual las mujeres beréberes manifiestan su aflicción con motivo de un fallecimiento.

Desde que el moribundo muere, todas las mujeres presentes se precipitan fuera del cuarto o de la tienda mortuoria (nómadas) y se juntan a la proximidad de la habitación rompiendo a gritar clamorosamente. Luego, mientras que los más próximos parientes (madres, mujeres, hermanas) que se han enrollado en el lodo en el polvo, en señal de luto, van de un lado a otro, gimiendo, las manos cruzadas detrás de la espalda, las demás mujeres se forman en círculo para el aguejdur. Este consiste en rasguñarse las mejillas por medio de las uñas, en un movimiento de arriba hacia abajo que sigue el ritmo entrecortado con que las mujeres repiten indefinidamente la frase "Ahi Ayayuahi" (aproximadamente: ¡Ah! ¡Qué desgracia es la mía!).

Todo recién fallecido tiene derecho, al menos, a un agueydur, incluso si el cuerpo se haya quedado en el campo de batalla, haya sido quemado por el enemigo o arrastrado por el agua. Además un agueydur se cumple a lo largo de la semana que sigue la defunción, cada vez que una mujer se presenta en el domicilio del difunto para expresar su pésame a la familia.

El número de las mujeres que participa en el agueydur y la duración del mismo varían según la edad del difunto y el estado moral de su familia dentro de la agrupación. Para las personas muy importantes, cuya muerte afecta a toda una colectividad, se marca, al mismo tiempo, el carácter general del luto deshacer, durante algunas horas, todas las tiendas de la colectividad en cuestión.

La escena de agueydur es extremadamente impresionante hace
Recordar, en ciertos aspectos, los lutos de la antigua Europa.

Aguram, P. B. : Personaje religioso ilustre, por ejemplo Sidi Ali Amaush,
Sidi Mohammed Ben Taibi, etc.

Aguelman, P. b. : Lago, estanque.

Ahmil. P. b. : Fiador, Fianza

Aït, p.b. : Hijos de

Aït Ari. P.b. : Los hijos de la montaña (arbolado). Esta expresión con
acepción peyorativa. Se emplea para designar unos montañeses de esencia
inferior.

Aït Ahmed U Aïssa: Tribu bereber de la sub confederación Ichkern
(aproximadamente 500 familias). Su punto centra les El Mers N' Aït Hind, a
25 kilómetros al sudoeste de Kebbab.

Aït Arfa: Tribu bereber de la sub confederación de los Aït Mguild
(aproximadamente 2000 familias): Su territorio se extiende de la Muluiya a
Azrou. Una de sus fracciones, que se aliado sin combatir en 1917, se ha
rebelado en 1919 y se ha sometido de nuevo dos años después, con la
reaparición de nuestras colonias en la región.

Aït Bumzil: Tribu beréber de la sub confederación de los Zayanés. Su punto
centra les Bumzil, a 40 kilómetros, a leste de Khenifra: Esta tribu, incorporada
desde 1917, se ha sometido en 1921 sin combate, y ello gracias a la influencia
de Amhroq Uld Moha U Hammu, khalifa del pacha de Khenifra, donde se
hallan sus parientes maternos.

Aït Izdeg: Tribu beréber de la confederación de los Aït Yafelman, fijada sobre
los dos dorsos del Alto Atlas. Puntos principales: Midelt y Rich. Se había
sometido sin resistencia con la llegada de la primera Colonia francesa a su
región, pero se ha sublevado en 1919 después del llamamiento de Sidi
Belkacem Ngadi de Tafilalt para someterse, de nuevo, desde la reaparición de
los soldados franceses.

Aït Yaqob U Aïsa: Tribu beréber de la sub confederación Ichkern
(aproximadamente 600 familias). Su punto central es Tinteghalin, sede de su
mercado, ocupado por la colonia Freydenberg el 16 de mayo de 1922 tras un
combate bastante duro en el cual participaron los Imzintanienies; los Aït Ahmed
U Aïsa y algunos de los Aït Ishaq.

Tribu aguerrida a la cual se otorgan orígenes cristianos. Sus notables pasaban por unos falsos, pero, en nuestra relación con la tribu sumisa, nada confirma tal opinión.

Amahzun, P.b. : Pertenciente a la familia de los Imahzaníes, que es la del viejo maestro de la región de Zaiyan, Moha U Hammu.

Aman, P.b. : Salvoconducto acordado a un enemigo para irse al campo Adverso. Perdón acordado aun enemigo después del cese de las hostilidades.

Aman, P.b. : Agua.

Amhroq, (Uld Moha U Hammu Zaiyani): Hermano y khalifa del Pacha actual de Khenifra.

Amazigh, P.b.: Bereber. Plural amazighíes o Imazighen.

Imazighen, P. a. Plural de Amazigh (consulta resta palabra)

Imgharen, P. b. Plural de Amghar: (ver esta palabra)

Imghughen, P, b.: Singular: Amghugh, disidente, insumiso.

Imsubren, P, b. Plural de Amsuber. Sumiso. Peyorativo.

Imzinatén, p. b. : Una de las tres tribus de la sub-confederación Ichkern, Centro: Kebbab 1000 familias aproximadamente.

Inchadhen, P. b. Singular Anehadh. Aedo (ver hidus)

Irbbaân, P, b. Singular: Arrbbaâ. Socio agrícola que recoge la cuarta parte de la cosecha como pago de su labor.

Irrqasen, P. b. : Singular Arrqas: mensajero, Informante.

Izar, P. a.: Vestido exterior, amplio y ligero, de la mujer bereber o árabe de la zona interior.

Leff, P. b. : Partido político. Clan.

Kebbab : Gran burgo, centro político y mercado de los Aït Imzinatén. Ubicado a 30 Km. al sur de Khenifra.

Krruchen: Mercado de los Aït Ihand, situado a 30 kilómetros al este de Kebbab.

Khammes o khammas, P. a. Socio agrícola que recoge la quinta parte de la cosecha como pago de su labor.

Khayma, P. a.: Tienda negra árabe o bereber.

Jeira, P. a. Nombre propio de mujer.

Kotchi: Deformación de la palabra "cocher" coche o carro tirado por caballos.

Ksures, P. a.: Singular: Ksar, Nombre árabe dado al ighrem bereber (ve resta palabra)

Makhzen, P. a. Dos acepciones: 1. Gobierno jerifiano. 2. Tropas auxiliares Marroquíes idénticas a los llamados gum (ver esta palabra) con esta particularidad que los mokhazníes no contactan compromisos de duraciones determinadas.

Mechwi: P. a. Totalidad o parte importante de un cordero o de una cabra ensartados y asado sen el horno o sobre un fuego del hogar.

Mokhazni: ver Makhzen

Muludi: Nombre de un comerciante árabe de Kebbab.

Muluiya: Uno de los más importantes ríos de Marruecos. Su manantial se ubica en el sur de Alemsid y desemboca en el Mar Mediterráneo/

Uar eddin, P. b.: Sin religión

Ued, P. a. Río (en beréber sed ice Assif)

Ued Seru: Río de Um Rabia que toma su fuente en este de Krruchen y atraviesa los territorios de los Ichkern y Aït Ishaq desde el este al oeste.

Uld Jaua: Tribu árabe de la región de la Muluiya que se sometió sin combate, luego se sublevó en 1919 después del llamamiento de un agitador para aliarse de nuevo desde la reaparición de los efectivos franceses en la región.

Partisan: Caballero o peatón marroquí reclutado momentáneamente para una misión de guerra.

Peseta: Antigua moneda marroquí que valía aproximadamente 1, 25 francos franceses dependiendo del curso de cambio.

Caid, P. a : Ver caid

Qisaria, P. a.: Conjunto de tiendas comerciales vecina sen una ciudad donde se venden estopillas, seda, yo tras mercancías de lujo.

Qubba, P. a.: Cúpula.

Ramadán, P. a.: Ayuno anual que dura un mes durante el cual no se come de día ni se bebe ni se mantienen relaciones sexuales con las mujeres.

Razzia, P. a. : Ataque contra el adversario llevado a cabo con la finalidad de la captura de sus rebaños y de otros bienes muebles.

Razza, P. a.: Turbante de 2 hasta 3 metros de largura utilizada por los indígenas para taparse la cabeza.

Rogui, P. a.: Jefe de guerra que, antes, se ponía a la cabeza de una armada más o menos numerosa con vistas a acapararse del poder (Marruecos).

Rumi: Nombre con el cual los Beréberes y Árabes designan a los Europeos.

Salopard, Palabra con que los soldados franceses llamaban a los insumisos y a los disidentes marroquíes. Con lleva un sentido de indulgencia. Su origen remonta a la época romana.

Seguia, P. a. : Canalización cavada en la tierra con miras a irrigar los campos.

Siasa, P. a.: Política basada en la persuasión.

Sidi Mohamed ben Taibi: Hijo de Sidi Taibi Derqoui. Personaje religioso influyente en la región estudiada que se empeña en tomar la dirección política en las zonas insumisas, pero parece incapaz de lograrlo mientras no toma la decisión de encabezara los guerrilleros para el combate. (Muerto en 1932 e inhumado en Anfgu, en el Atlas).

Slugui, P. a. galgo

Taddart El Udhu, P. b.: Cuarto de ablución (aseos)

Tadhá, P. b.: Aliado (ver La Montaña beréber)

Tadjer, P. a. Literalmente: Comerciante> prácticamente: término bajo el cual los indígenas designan las colonias europeas.

Tama Nmeluyt, P. b. : Cresta que separa el bacín de la Muluiya de él de Seru, al norte de Krruchen.

Tameghrust, P. b. Cordero o cabra destinado al sacrificio.

Tanaimalt, P. b. : Mal agüero

Tareqast, P. b. : Colina que domina la región circundante y que sirve habitualmente de puesto de observación.

Taskert, P.b.: agrupamiento árabe fijado en una zona berebere, al norte de Kebbab y compuesta únicamente de jérfes.

Tghecht, P. b. : Oveja que anda encabezando a un rebaño sirviendo de guía.

Thidjals: P. b. : Singular: Thadjalt. Viuda o divorciada vuelta a casarse.

Tibubalines, P. B.: Singular: Tabubalt: Espiga que crece sobre tallos de hinojo y a la cual sea tribuye las propiedades de un afrodisíaco.

Tifas: P. b. La primavera.

Thimithar, P. b.: singular: Tahamatarth. Palabra de paso, de reconocimiento.

Tizi Nghechu: columna que une las regiones de la Muluiya y el oeste de Seru, al sur de Krruchen.

Zauia o zaiya de los Aït Ishaq: gran aldea beréber, ubicada a 25 kilómetros al sudeste de Khenifra. Centro principal y mercado de los Aït Ishaq. Una mezquita se erige allí y datada de 250 años aproximadamente, pero pese a los cuidados, que han sido llevados a cabo desde la ocupación, sólo algunas de sus ruinas han podido ser conservadas.

Zelidy: Cuadrillos de mosaico.

Zeriba: Cercado de madera que protege las tiendas en contra de los ladrones nocturnos. Cercado del ganado.

Zineb: Nombre árabe de mujer

Sumario

PREÁMBULO	9
PRIMERA PARTE	15
Capítulo	17
I La insoportable paz	17
II La alerta	24
III La agresión	41
IV El prisionero Raho	47
V Hacia la libertad	53
VI ¿Por qué?	61
VII A pequeñas causas grandes efectos	69
SEGUNDA PARTE	73
VIII La réplica	75
IX Después del combate	83
X Los vencidos	85
XI La historiada de Ali U Husa	95
XII Solidaridad	103
XIII Ellas	111
XIV El Hayi Ali y Hammu U Melluk	125
XV Perplejidad	143
XVI Mundo nuevo	153

TERCERA PARTE	167
XVII En nombre de la Independencia	169
XVIII Las Grandes Horas	179
XIX Mektub	195
XX El terrible rumí	197
XXI Observaciones sobre los Beréberes de ayer y de hoy.....	



